

CCIÓN
GENERAL DE BIBLIOTE

MIGUEL MORA

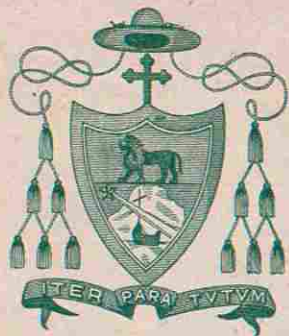
HARMONIA
ENTRE
LA CIENCIA
Y LA FÉ

BL240

M5

c.1

008100

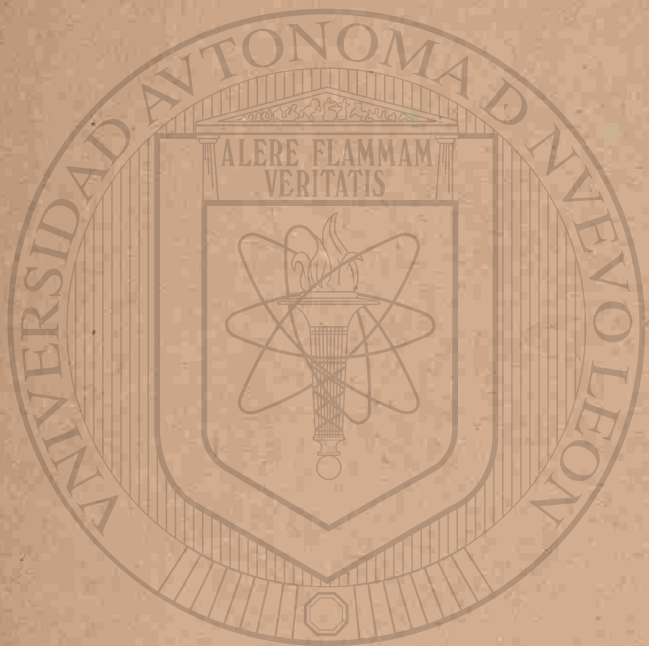


1080020740

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



HARMONÍA

ENTRE

LA CIENCIA Y LA FE

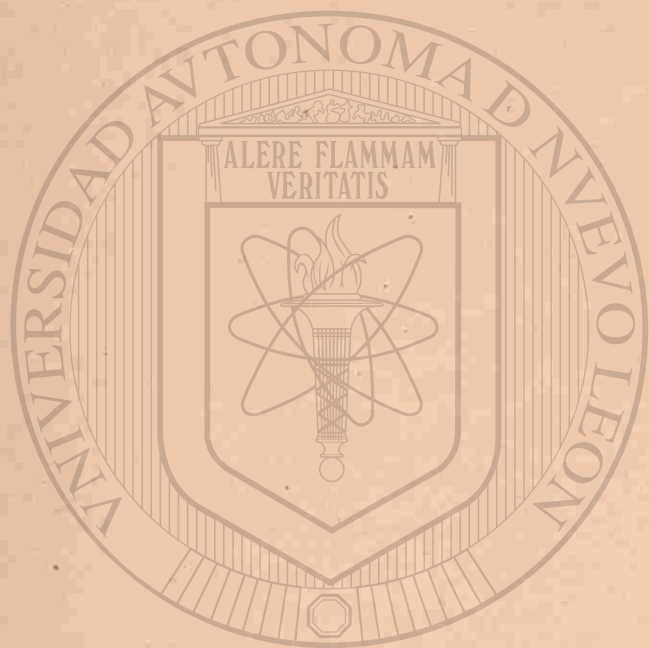
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.
210.
Mo.



HARMONÍA

ENTRE

LA CIENCIA Y LA FE

ENSAYO ESCRITO POR

EL P. MIGUEL MIR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Τὰ πάντα ἐν αὐτῷ συνέστηκε.
Todas las cosas se juntan, se enlazan y subsisten
en Jesucristo.
SAN PABLO, Colos. 1. 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1881



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tello

Reina Alfonsina

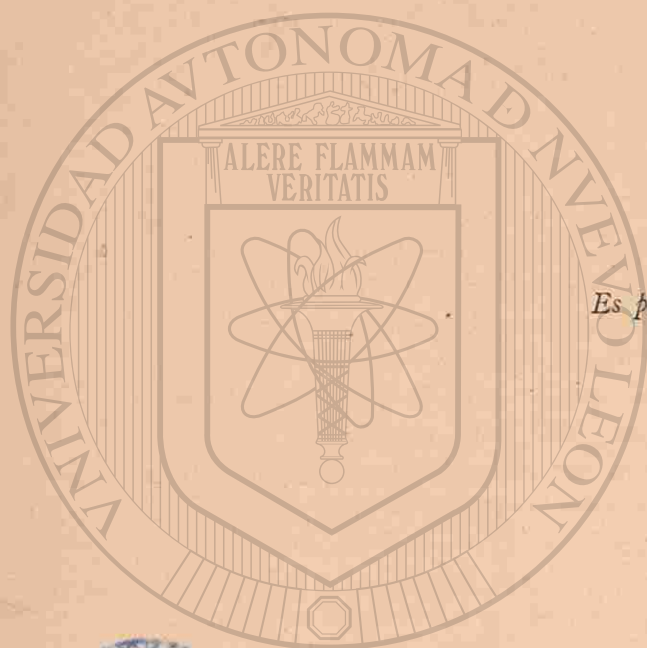
Biblioteca Universitaria

FONDO DE
VALVERDE Y TELLO

44818

BL 240

ms



Es propiedad.



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION

Quero juro por la Verdad eterna, decía hace setenta años el Conde de Maistre, la ciencia y la fe no se aliaron jamás fuera de la unidad. Estas palabras del ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo*, aunque al parecer enuncian una sentencia llana y vulgar, encierran profundísimo pensamiento.

Dios, en quien se juntan por altísima é inefable manera el número y la distinción con la unidad simplicísima é indivisible, ha querido dejar estampada en todas las criaturas la huella de su esencia soberana. La unidad en la variedad es la ley que rige y preside á todos los seres. Esta ley resume las demás leyes del universo; brilla con incomparable resplandor en todo el ámbito de la creación, y así se extiende al orden físico, como al moral y al científico ó inteligible.

Cuanto más estudiamos las fuerzas de la naturaleza material, mayores relaciones de semejanza descubrimos entre ellas. La luz, el calor, la atracción, los fenómenos eléctricos y magnéticos, y las demás actividades que obran en la materia, guardan entre sí prodigiosas analogías; se sustituyen y transforman unas en otras; y aunque sean muy diferentes los cambios ó alteraciones que producen en los cuerpos, ofrecen todas indicios de un origen común, cual si fueran efectos de una misma causa y consecuencias de un solo principio. Entre estas fuerzas y las que

008100

animan á los séres orgánicos, existen sorprendentes afinidades; y comparando estos séres orgánicos entre sí, ya en su conjunto, ya en sus partes integrantes, aparecen todos como gradaciones insensibles de tal manera sujetas á un plan único de organizacion, que su estudio no presenta más que distincion y diferencia por un lado y semejanza por otro. Y finalmente, como corona de esta gloriosa unidad, el hombre, en quien se juntan y armonizan sustancialmente la vida vegetativa, la sensitiva y la racional, por la semejanza que tiene con los espíritus ó inteligencias separadas, y por su aspiracion hácia Dios, á quien tiende con ímpetu irresistible, es el lazo que une el mundo inferior y material con el superior y espiritual, lo visible con lo que no se vé y lo temporal con lo eterno.

En las leyes físicas, cuya accion en los cuerpos conocemos por los efectos que percibimos con los sentidos, vislumbramos una sombra de las que dirigen á las criaturas racionales. El mundo físico y el moral se corresponden y completan á maravilla; en los principios de aquél vemos simbolizados los de éste; la ciencia de lo que *es* nos lleva á la ciencia de lo que *debe ser*; y es por todos admitido que las leyes que gobiernan al hombre son el fundamento de las que rigen á la sociedad, la cual no es más que la muchedumbre de los individuos dirigidos á un fin por unos mismos medios bajo la direccion de una suprema autoridad. Así todo está unido y enlazado en el universo: todo se refiere á los mismos principios, y se reduce y subordina á un solo centro de unidad.

Pero donde más resplandece la variedad combinada con unidad prodigiosa es en el mundo científico ó inteligible. Las ciencias, como las Musas, son hermanas; en sus facciones resaltan las señales de un origen comun, y en sus instintos se revelan las mismas tendencias ó destinos. Enlazadas y asidas dulcemente de las manos, se prestan mútuo auxilio; caminan todas á la par; no adelanta una el

paso sin que se muevan las demas, ni se retrasa ó retrocede ninguna sin que las otras se resientan de ello, y se estorben y confundan. Entre ellas no es posible el divorcio ó la enemistad; juntas marchan á la conquista del universo, y juntas le arrancan sus más preciados secretos. Por esto no podemos aplicarnos al estudio de cualquiera de ellas sin el auxilio de las otras; y cuanto más adentro penetramos en la investigacion de los elementos que las componen, de las leyes que las gobiernan y de los principios generales que las dirigen, mayor unidad, sencillez y armonía descubrimos en estos elementos y principios, hasta el punto de verlos confundirse é identificarse, á la manera que en geometría las figuras inscritas ó circunscritas tienden á confundirse con la curva límite de sus inscripciones ó circunscipciones.

La razon de esta unidad maravillosa de las ciencias está en la misma condicion y naturaleza del conocimiento científico. La ciencia no es más que el estudio, la revelacion y reproduccion en el mundo intelectual de los séres que componen el universo: es el orden de las cosas transportado al orden de las ideas; la expresion, el reflejo y la fidelísima reverberacion en el brillante espejo de nuestra inteligencia de los objetos á cuyo estudio nos aplicamos, de las fuerzas que los animan y de las leyes á que obedecen estas mismas fuerzas. Ahora bien: todo en el mundo está milagrosamente unido y armonizado: sus partes y elementos que salieron al mismo tiempo de las manos de Dios se enderezan, cada cual á su manera, al fin supremo y universal á que las destinó su adorable Providencia; todas obedecen á una misma ley de perfectísima unidad; todas contribuyen á la realizacion del plan divino, plan único, esencialmente el mismo en su sustancia, pero variado de mil maneras en sus partes accesorias: plan concebido por aquella Sabiduría infinita que existía desde la eternidad antes que surgiesen de la nada los cielos y la tierra,

los abismos del mar, los montes y las praderas; que asistía á Dios en la formacion de los cielos cuando señalaba por compás la sobrehoz de la tierra, cuando afirmaba arriba el firmamento y abajo las fuentes del abismo, cuando ponía á la mar sus leyes y á las aguas para que no pasasen su mandamiento; que midió las aguas con el puño y pesó los cielos con el palmo de su mano; que dió ley á la lluvia y camino al relámpago de los truenos; que contempla cuanto se hace debajo del cielo y el resplandor de su luz llega hasta los confines de la tierra, y los cielos pregonan su gloria y declaran la sabiduría y artificio maravilloso de sus manos. Pues esta unidad y consonancia admirable que brilla en la naturaleza, tiene que brillar tambien en la ciencia que la refleja en el órden del pensamiento. Y como el principio de la unidad en la creacion es la Esencia divina, causa eficiente, ejemplar y final de todas las cosas, principio de todas las esencias que subsisten en ella y por ella, sol que las esplendora y vivifica, luz eterna é indeficiente, cuyos rayos así se reflejan en la brizna de hierba que se extremece al contacto del céfiro como en las ruedas inmensas de los astros que giran por el espacio, de igual manera las ciencias han de hallar su unidad, su perfeccion y armonía en esta misma esencia soberana. Porque las ideas del hombre, como sean exactas y verdaderas, se ajustan y, como si dijésemos, vibran al unísono con las ideas de Dios; la ciencia humana es imagen de la ciencia divina, y la verdad que reluce en nuestro entendimiento viene á ser una vislumbre, traslado ó participacion de aquella verdad sobrenatural que es matriz de todas las verdades, luz de todas las inteligencias, fuente y principio de todo conocimiento. En esta verdad y sabiduría divina resplandece perfecta, asombrosa é inefable unidad, la cual, al descender y reflejarse en las criaturas, y de éstas en nuestros entendimientos, no puede ménos de señalar el vínculo maravilloso que enlaza á todas las ciencias,

y el punto en que se completan y acaban todos los conocimientos del hombre. Cuanto las ciencias humanas se acerquen más á este punto ú objeto, más se acercan á su unidad; cuanto se alejen de él, más se desviarán y apartarán entre sí, ni más ni ménos que los radios de un círculo se acercan ó apartan unos de otros conforme se acercan ó apartan del centro. Y esta es la unidad suprema, absoluta, trascendental de la ciencia, el punto donde se encuentran y perfeccionan todos los conocimientos científicos, el centro donde se juntan y armonizan la sabiduría divina y la humana, la ciencia y la fe, la razon y la revelacion, el dogma y el pensamiento verdaderamente libre.

Tan sublime unidad de los conocimientos científicos apareció en toda su magnificencia á la vista del primer hombre, al abrir los ojos de su espíritu á las verdades que Dios en su providencia adorable fué servido de manifestarle. Su limpia mirada abarcando la amplitud del plan divino que iba á desarrollarse en el universo, descubrió los misterios de la naturaleza y de la gracia, las analogías entre el mundo material y espiritual, las bellezas de la creacion, la perfeccion de sus leyes y la consonancia de todas sus partes y elementos. La luz de Dios iluminando la naturaleza la reflejaba en su entendimiento con todo el esplendor de sus encantos, la sencillez de su plan y la armonía de sus relaciones; y esta consonancia sublime, eco en el tiempo de aquella armonía inefable que desde toda la eternidad resonó en la profundidad de los pensamientos divinos, era á su vez débil trasunto de otra armonía más bella, más íntima, más profunda que el mismo hombre sentia resonar entre su corazon. Entre sus ideas y sus afectos, entre su razon y sus instintos habia una correspondencia y concierto admirables. Sus pensamientos eran puros, sus afectos ordenados, sus deseos perfectamente ajustados á la ley que la mano divina habia grabado en su espíritu. Dios ocupaba su corazon; y de este centro divino

saltaba una fuente de agua viva, de dicha completa y bienaventurada que, elevándose hasta la vida eterna, caía y se derramaba por toda el alma y la bañaba en celestiales delicias.

La pronta prevaricacion del hombre impidió que gozase por mucho tiempo de bien tan inefable. Su soberbia soplando con aliento maléfico en la llama que Dios habia encendido en su alma, atrajo sobre su entendimiento tinieblas y oscuridades infinitas y colocó su voluntad en una posicion falsa, irregular y contradictoria. Un elemento de diabólica perversidad alteró y trastornó todas sus facultades y corrompió todas sus pasiones; con lo cual, turbadas las relaciones de la criatura con el Criador, el mal hizo su entrada en el mundo, y el principio de la division y del odio empezó á reinar en aquellas regiones donde no habian de florecer más que la unidad, la harmonia y el amor.

Borrándose poco á poco de la memoria de los descendientes del primer hombre los recuerdos de las enseñanzas divinas, las ideas fundamentales del orden científico se fueron igualmente oscureciendo y alterando: los dominios de la sabiduría se poblaron de mónstruos y ruinas, y los principios científicos fueron más bien accidentes de la inteligencia que partes vivas de un gran todo, unidades heterogéneas no reducibles á número ó sistema, chispas ó destellos de luz sin direccion á un foco ó centro comun, las cuales si iluminaban por un momento el espíritu no le permitian ver en toda su esplendidez la unidad del plan de la creacion. Con la prevaricacion del hombre, la ciencia, habiendo cesado de adorar á Dios, habia perdido su unidad y habia perdido tambien el principio de su vida.

A pesar de esto, la inteligencia humana guiada por un instinto divino, buscaba con anhelante curiosidad la ley de la unidad que resplandece en la creacion. Sumida en densas tinieblas, creía ver la harmoniosa magnificencia de la naturaleza y la de la ciencia que la refleja en la esfera

del pensamiento; y este concierto y harmonía, más bien sospechada que científicamente conocida, era cantada por los poetas, magnificada y engrandecida por los filósofos y sublimada por cuantos podian apreciar las bellezas del universo. Así Ferécides, intérprete de la ciencia y tradiciones de los fenicios, representa al universo dibujado en un velo ó manto magnífico tejido de consuno por Zeus y por la Harmonía, madre y engendradora de todas las cosas. Pitágoras, partiendo de la idea de que en todo cuanto vemos brilla matemática regularidad, sostiene que la unidad es el elemento primordial de los séres visibles é invisibles, y todo el universo una música divinamente concertada como resultado del acuerdo perfectísimo de los números y de las proporciones. Y Platon, lleno de sus grandes ideas sobre la divinidad, afirma que Dios, el gran Arquitecto del mundo, el *Gran Geómetra*, como él le llama, emplea su actividad infinita en *geometrizar* en el universo¹. Así expresaba la poética antigüedad el enlace sublime que une á todos los séres, su mútua correspondencia y la unidad que los anima, adivinando con prodigiosa intuicion el principio de esta unidad, que es la Sabiduría eterna, fabricadora de la máquina del universo, principio del sér como del conocer, que reina en el mundo material con su actividad infinita y en el moral por la santidad, la providencia y la justicia.

Mas este principio soberano de unidad y de vida, tan bello aún en medio de la oscuridad con que se presentaba á la fantasía de los antiguos, no apareció en todo su esplendor y magnificencia hasta el advenimiento de Aquel en quien estaban encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y que vino á este mundo para

¹ Sobre las doctrinas de los antiguos acerca de la harmonía y simbolismo de la naturaleza, puede verse el curioso libro *Die harmonikale Symbolik des Alterthums von Albert Freiherr Von Thimus*. Véase tambien á Lenormant en *Les origines de l'histoire*. Apéndice III, pár. III.

dar testimonio de la verdad. Por Él la ciencia fué levantada á la esfera sobrenatural de donde habia descendido con la caída del hombre. Él formó la cadena de oro, que uniendo el cielo con la tierra, enlazó y armonizó todas las cosas visibles é invisibles. Gracias á su celestial enseñanza, la idea de Dios se aclaró y perfeccionó en el humano entendimiento; conoció este con toda seguridad el fin de la criatura racional y el del mundo á él subordinado; y todas las verdades científicas, religiosas y morales se estrecharon y abrazaron en aquella Palabra eterna y subsistente, que después de hablar á los hombres por el espectáculo de la naturaleza, por la voz de los profetas y por las maravillas obradas en favor del pueblo escogido, quiso hablarles por sí misma, inmediata y directamente, y asentar en el fundamento de su indestructible verdad el edificio de la ciencia y el de la felicidad y bienestar del género humano. El Verbo de Dios humanado, Sabiduría increada y subsistente, concebida en el seno de la Esencia divina desde los principios de la eternidad, vino á este mundo para fundar en la tierra el reino de la verdad, y demostrar que esta no es palabra vana, abstraccion fría é inanimada, sino una realidad gloriosa que existe en Él y por Él, que todo lo ilumina y vivifica, y cuya voz escuchan y acatan cuantos pertenecen al reino de la verdadera sabiduría. Y no contento con el testimonio pasajero de su enseñanza, estableció una autoridad visible, permanente é incontrastable, á quien dió poder para enseñar y declarar la verdad que Él habia enseñado, y propagarla por todo el mundo hasta la consumacion de los siglos.

Mas este testimonio augusto, las enseñanzas que propone y la luz que derrama en el entendimiento, aunque bastantes á sacar á los hombres del torcido sendero de sus errores al camino real de la verdadera sabiduría, no los ilumina de suerte que los venza de todo punto con la claridad de su evidencia. Sus fulgores son tibios, movibles

é inconstantes. Andamos por fe, dice San Pablo¹, y no por vision; en parte conocemos y en parte profetizamos; ahora vemos como por espejo y oscuridad, aguardando el día en que nos sea revelada la verdad en toda su perfeccion y entereza, y la veamos intuitivamente cara á cara, como nos vemos y conocemos á nosotros. Así el resplandor intrínseco de la doctrina revelada, y la gracia y los beneficios de la redencion, no nos quitan la triste libertad de errar, y ménos aún la secreta soberbia del corazon que, como fué causa del primer extravío de nuestro entendimiento, y del primer torcimiento de nuestra voluntad, continúa mezclándose en todos nuestros errores, é influyendo en nuestras prevaricaciones y extravíos.

¡Misterio profundo del corazon del hombre! Por una parte se siente movido hácia Dios, su principio y su fin inevitable, y por otra huye de él, cual si fuera su enemigo. Trabaja y se afana por saber, confiesa que nada hay más bello que la verdad, que por ella son bien empleados todos los tesoros de la tierra, que en su busca debe el hombre atravesar los mares y peregrinar por extrañas regiones, y exponerse á todos los riesgos y peligros; y cuando esta verdad se le ofrece en su esplendorosa hermosura, desvía de ella los ojos y hasta la desprecia y aborrece, sobre todo cuando le viene del foco de toda luz, de todo conocimiento y de toda sabiduría. Desamparando al Maestro de la verdad, desoye sus divinas enseñanzas, y se va tras de sofistas desvergonzados, obreros de ideas é histriones miserables de la ciencia. Anhela conocer los objetos que por su dignidad y alteza pudieran apagar su ánsia de saber, y siente un tédio, un disgusto y fatiga imponderables en la contemplacion de tan sublimes objetos, entregándose con todo el ardor de su alma al estudio de una infinidad de pequeñeces que nada le importan y nada valen. Siente ver-

¹ II. Cor. v. 7.

güenza de ignorar una rareza ó curiosidad baladí, y no la siente de ignorar las grandezas divinas, las leyes eternas del mundo y las maravillas de la creacion. Halla su gozo y placer supremo en poner dificultades en aquello mismo cuya evidencia salta á los ojos. Complácese en enredarse en el laberinto de sus propios errores, en amontonar nubes que le oculten el sol de la verdad, y en apagar con su propia mano la luz cuya serena claridad regala por otra parte su corazon. Y llega á tal extremo su soberbia, que cree hallar desórden y confusion en el órden supremo que reina en la Inteligencia soberana, y contradiccion y repugnancia en la misma Verdad infinita, ora le sea revelada por el espectáculo de la naturaleza, ora le hable por sí misma movida de su amor y condescendencia inefable. Tal es el hombre; tales son sus miserias y debilidades; este es el origen de sus errores, de sus contradicciones inenarrables, y de lo que en estos últimos tiempos se ha dado en llamar *conflictos* entre la ciencia y la fe.

Estos conflictos, más que dudas ó dificultades especiales que la razon humana objeta contra la razon divina, son la forma general que afectan todas ellas. En una de sus obras afirma Federico Schlegel que la historia es «una lucha perdurable de las naciones y de los individuos contra los poderes invisibles¹.» «Hablando propiamente, dice Goethe, no hay más que un tema en la historia, y este tema principal, al que se subordinan los demas, es la lucha entre la incredulidad y la fe².» Lo que dice Goethe de la historia del linaje humano, se verifica en la de cada uno de los hombres en particular; pues á poco que examinemos lo que pasa en el interior de nuestras almas, los móviles de nuestras acciones y los misterios de nuestro corazon, veremos en el fondo de nuestras conciencias luchando á todas horas y á brazo partido el elemento natu-

¹ En la *Filosofía de la historia* donde desarrolla largamente esta idea.

² En el *Divan Oriental*.

ral y el sobrenatural, Dios y el hombre, y la soberbia humana con la misericordia divina.

No es esta la ocasion de historiar esta lucha, y las formas y aspectos diferentes que ha ido tomando con el andar de los siglos. Nada hay nuevo debajo del sol, dice la eterna Sabiduría¹: los hombres han sido siempre los mismos; iguales pasiones é intereses los han movido siempre y agitado, y por consiguiente, para conocer el carácter, las causas y los efectos de la lucha y contraste entre la razon humana y la verdad divina, basta abrir los ojos y contemplar lo que pasa actualmente á nuestro alrededor. La cuestion de los conflictos entre la ciencia y la fe se agita hoy con vehemencia en todas partes. En las Academias, en las reuniones científicas y literarias, en las cátedras, en los libros, en las revistas y papeles periódicos, hasta en el seno de la familia á donde parece no habia de llegar el rumor de tales debates, plantéase á todas horas el tremendo problema, y cual la fabulosa esfinge, demanda perentoria contestacion. Las tempestades promovidas por estas cuestiones, el carácter que distingue á cada uno de los bandos opuestos en que dividen á los hombres, la soberbia y vanos triunfos de unos y el desfallecimiento de otros, ¿á qué referirlos? ¿Quién no recuerda con pena ciertos debates en que alguno de esos oradores de palabra fácil y arrebatada, tan comunes en países como el nuestro alumbrados por el sol meridional, se lanzaban á traves de las cuestiones más difíciles y trascendentales, y desde las alturas de su elocuencia arrojaban sobre sus oyentes palabras envenenadas que trastornaban sus entendimientos y enloquecian sus corazones? ¿Quién podrá olvidar jamas el efecto fascinador y la especie de eléctrica conmocion que estremecía al auditorio cada vez que el orador, al hablar de las relaciones entre la razon y la fe y su lucha y

¹ Eccl. 1, 10.

oposicion, á su decir, invencible, invocaba el nombre sagrado de la *ciencia* y sus timbres y gloriosas conquistas? ¡Cuántos perdieron las creencias cristianas seducidos por el encanto de esta palabra! ¡Para cuántos fué este nombre la ténue nubecilla que, apareciendo en el horizonte de su entendimiento, se fué derramando poco á poco hasta ocultarles por completo el sol de la verdad, y sumergirlos en las tinieblas de la duda y en el abismo de mil contradicciones y absurdos!

No se puede negar que el nombre de *ciencia* ha tenido siempre para el corazon humano una influencia misteriosamente terrible; diríase que conserva algo de aquel hechizo diabólico con que hubo de vibrar en los labios del primero que lo pronunció en el mundo, homicida desde el principio, enemigo del hombre y su perpétuo tentador. Su sonido, si por una parte exalta nuestro corazon, por otra le inspira no sé qué vago temor y presentimiento de fatales peligros, como si le trajese á la memoria el recuerdo de alguna catástrofe espantosa acaecida en el mundo por la influencia de esta palabra. Una voz secreta le dice que si nada hay más noble y sublime que la ciencia, nada hay tampoco más peligroso; de donde resulta que, mientras unos la enaltecen y aclaman y pregonan sus derechos y conquistas, otros la tienen en sospecha y prevencion, al ver continuamente este hermoso nombre en boca de los sofistas, de los herejes, de los falsos hermanos, de los hipócritas y seductores, y de cuantos han guerreado contra Dios, contra la Iglesia y contra la misma sabiduría, fiando en este nombre las esperanzas de sus triunfos.

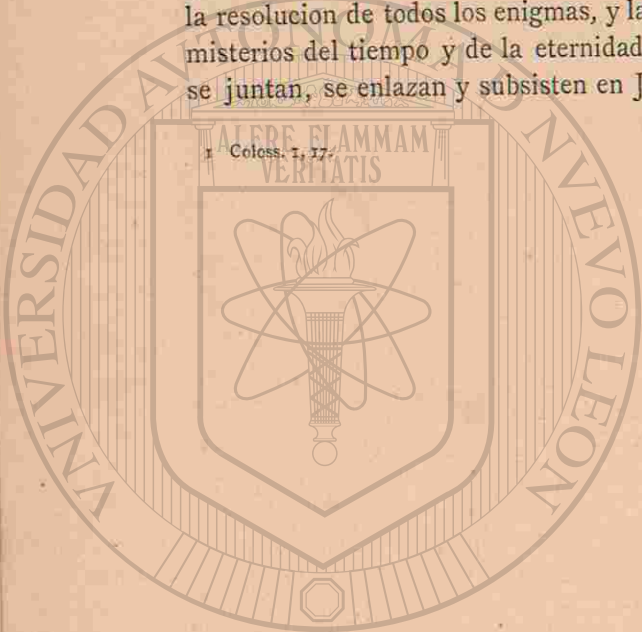
En el punto á que han llegado las cosas entre nosotros, parece necesario examinar el fundamento de estas locas esperanzas y de aquellos vanos temores. Este fundamento está en la eterna cuestion de las relaciones entre la ciencia y la fe, y los llamados *conflictos* entre ambas. Como sería muy largo examinar cada uno de tales conflictos

por sí, y por otra parte ya lo han desempeñado victoriosamente grandes ingenios, juzgamos más conveniente investigar el fondo mismo de la controversia general que todos ellos entrañan, considerando los elementos de la ciencia y de la fe, y comparándolos mutuamente para ver las relaciones de conformidad ó divergencia que puedan resultar de su comparacion ó paralelo. Con esto creemos se aclarará mejor el objeto sobre que versa esta discusion, y se hará más fácil é inteligible la resolucion de cada una de las dificultades ó conflictos, que como objeciones contra la tésis general puedan aducirse.

Mas antes de entrar de lleno en el estudio que nos hemos propuesto, queremos acudir á un reparo que por ventura se nos podría hacer. Por el giro que llevan las ideas expuestas hasta aquí, pudiera parecer á alguno que la discusion en que nos hemos empeñado va á perderse en las nubes y alturas de la teología. Si esto se dijera en son de censura, confesamos desde luego que la cuestion de las relaciones entre la ciencia y la fe es cuestion esencialmente teológica, y que, por consiguiente, hay que resolverla teológicamente. Lo contrario, sobre empequeñecer un debate grandioso, sería desflorarlo y dejarlo sin resolver. Esperamos, sin embargo, que levantados á estas alturas no solo no perderemos de vista el punto que tratamos de ventilar, sino que, desvanecidas las sombras y oscuridades, se ofrecerá á nuestros ojos en todo su nativo esplendor. Dios es luz. La claridad que esmalta sus perfecciones reverbera en todas sus obras, y ordena y esclarece nuestras ideas. Lo que no alumbra esta luz está condenado á permanecer en tinieblas de muerte; lo que no aclare la ciencia de Dios no lo aclarará de seguro la vana ciencia de los hombres. Así lo han reconocido áun los mayores enemigos que ha tenido esta ciencia soberana, confesando abiertamente que en el fondo de toda controversia hay una cuestion de teología, verdad á nuestros ojos evi-

dentísima, y que tiene por base, principio y fundamento aquellas palabras profundísimas de San Pablo ¹, que nos hemos atrevido á poner al frente de este ensayo, palabras que son el trasunto de toda la sabiduría divina y humana, la resolución de todos los enigmas, y la clave de todos los misterios del tiempo y de la eternidad: «Todas las cosas se juntan, se enlazan y subsisten en Jesucristo.»

¹ Coloss. 1, 17.



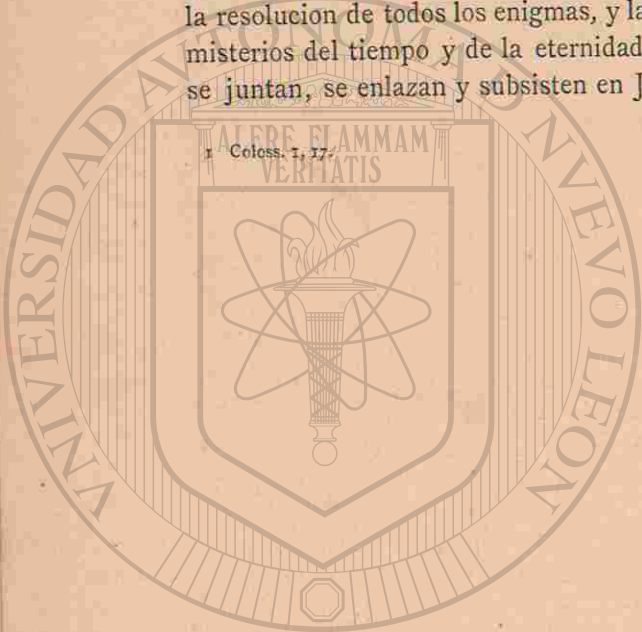
CAPÍTULO I.

LA CIENCIA EN EL ENTENDIMIENTO.

LA ciencia puede ser considerada en su desenvolvimiento *ideal*, ó en su origen y progreso *histórico*, esto es, segun que se engendra, crece y se desarrolla en nuestro entendimiento, ó segun que, manifestada á lo exterior por la palabra ó por la escritura, se extiende y comunica á los demas, y pasando de mano en mano alcanza su perfeccion á traves de los siglos y con el trabajo continuo y aunado de las generaciones. En el primer caso es producto espontáneo de nuestra inteligencia, y resultado de nuestro trabajo y esfuerzo individual; en el segundo es el resultado de muchas fuerzas diferentes, que ora se auxilian, ora se oponen y contrastan unas á otras conforme sea su direccion ó intensidad. Y como las circunstancias del origen y desarrollo de la ciencia sean muy diversas, muy distintos los elementos que entran en su composicion, y muy diferentes las dificultades y resistencias que tiene que vencer para llegar á su perfeccion, segun que se encuentre en uno ó en otro estado, conviene estudiar cada uno de estos estados de la ciencia por sí, para que, conocidas aquellas circunstancias, elementos y dificultades, se nos hagan manifiestas las relaciones de armonía ú oposicion que de ellos pueden resultar con respecto á la fe y á la revelacion, esto es, aquella ciencia que el hombre no alcanza por sí mismo, sino que

dentísima, y que tiene por base, principio y fundamento aquellas palabras profundísimas de San Pablo ¹, que nos hemos atrevido á poner al frente de este ensayo, palabras que son el trasunto de toda la sabiduría divina y humana, la resolución de todos los enigmas, y la clave de todos los misterios del tiempo y de la eternidad: «Todas las cosas se juntan, se enlazan y subsisten en Jesucristo.»

¹ Coloss. 1, 17.



CAPÍTULO I.

LA CIENCIA EN EL ENTENDIMIENTO.

LA ciencia puede ser considerada en su desenvolvimiento *ideal*, ó en su origen y progreso *histórico*, esto es, segun que se engendra, crece y se desarrolla en nuestro entendimiento, ó segun que, manifestada á lo exterior por la palabra ó por la escritura, se extiende y comunica á los demas, y pasando de mano en mano alcanza su perfeccion á traves de los siglos y con el trabajo continuo y aunado de las generaciones. En el primer caso es producto espontáneo de nuestra inteligencia, y resultado de nuestro trabajo y esfuerzo individual; en el segundo es el resultado de muchas fuerzas diferentes, que ora se auxilian, ora se oponen y contrastan unas á otras conforme sea su direccion ó intensidad. Y como las circunstancias del origen y desarrollo de la ciencia sean muy diversas, muy distintos los elementos que entran en su composicion, y muy diferentes las dificultades y resistencias que tiene que vencer para llegar á su perfeccion, segun que se encuentre en uno ó en otro estado, conviene estudiar cada uno de estos estados de la ciencia por sí, para que, conocidas aquellas circunstancias, elementos y dificultades, se nos hagan manifiestas las relaciones de armonía ú oposicion que de ellos pueden resultar con respecto á la fe y á la revelacion, esto es, aquella ciencia que el hombre no alcanza por sí mismo, sino que

se la encuentra ya hecha, y le es comunicada por un agente extrínseco y sobrenatural. De aquí resultará la division de todo nuestro trabajo y las dos esferas ú órdenes de consideraciones que iremos haciendo respecto de la ciencia, considerándola, ya en los límites del entendimiento donde se origina, ya segun que sale de ellos, y comunicada á los demas acrece su caudal con la afluencia de los conocimientos adquiridos por otros individuos.

AL imperio de una palabra emanada de la Inteligencia infinita brotaron los mundos con su órden y armonía inefables, con su divina hermosura y prodigiosos resplandores. En el azulado firmamento brillaron innumerables estrellas. Obedientes á la voz del Criador, emprendieron los astros su raudo vuelo, repartidos en grandiosos sistemas, con un equilibrio admirable y siguiendo órbitas determinadas. La fuerza y el movimiento animaron la masa de materia que llenaba las inmensidades del espacio; la actividad y la vida sucedieron á la inercia y á la muerte, y la tierra, el aire y el mar sintieron agitarse en sus senos séres infinitos que llevaban en sí una chispa de aquel fuego vital que la diestra de Dios habia derramado en toda la naturaleza.

Avivada por el divino aliento, se vistió la creacion de maravillosos encantos. La tierra, antes seca y estéril, se cubrió de un manto de resplandeciente hermosura. Los valles y las colinas se matizaron de graciosas flores, que esparcieron por el ambiente la riqueza de sus matices, su fragancia suavísima y la pompa de sus colores, más bella y rozagante que la vestidura de los reyes en los dias más espléndidos de su gloria. Los árboles hendieron el espacio con su vicioso ramaje, mostrando á traves de las hojas temblorosas el dorado fruto que el Espíritu de Dios habia hecho germinar de los duros é intratables troncos.

Saltaron de las breñas aguas cristalinas que, deslizándose hácia los valles y recogidas en torrentes y rios caudalosos, surcaron la superficie del globo y derramaron por todas partes el verdor, la vida, la abundancia y la riqueza. En las llanuras inmensas de los campos, en las soledades de los desiertos, en el aire purísimo de los cielos y en el fondo inaccesible de los mares, se rebulleron y agitaron innumerables vivientes, que con su prodigiosa variedad fueron la gala más noble de la creacion. Y del trinar de las pintadas avecillas, del rugido de las fieras, del confuso ruido del aire que vibraba en las hojas de los árboles, del murmullo de los torrentes y del estruendo de las ondas del mar, se formó una música incomparable, un himno de gloria y cántico de perdurable alabanza al Hacedor de tantas maravillas y al soberano Autor de tantos esplendores y magnificencias.

En este egregio alcázar levantado por la mano de Dios para manifestacion de su virtud, apareció por fin el hombre, rey de la creacion, resúmen de sus grandezas y su espléndida coronacion y complemento. Obra maestra de la Sabiduría infinita, lazo del mundo visible y del invisible, lira viviente, como le llama Clemente Alejandrino, destinada á cantar la gloria del Supremo Hacedor, es el único sér entre cuantos habitan la tierra capaz de penetrar los misterios de la naturaleza y de subir por ellos al conocimiento del Creador soberano. Dotado de un sentido divino, percibe la armonía inefable que resuena en el ámbito de la creacion; oye los ecos misteriosos que se desprenden de todas las criaturas; siente la corriente de vida que circula en la naturaleza; interpreta sus tendencias y aspiraciones; es el alma de todo lo que no vive, el ojo de todo lo que no ve, el corazon de todo lo que no siente, la lengua de cuanto permanece mudo en el universo. Asiste al espectáculo sublime que por todas partes le rodea, no como observador ocioso é inactivo, sino como

criatura racional que con el rayo de su inteligencia, destello de la luz increada, escudriña los secretos de las maravillas divinas, sus fines y sus misterios, y con la energía de su voluntad se levanta á sí mismo, y con él en cierta manera á toda la creacion al amor y adoracion de la soberana Majestad. Colocado en el centro del universo, asómbrase al pronto de la variedad, hermosura y muchedumbre innumerable de los séres que lo componen; mas incitado por la nativa curiosidad que forma parte de su sér, recorre con inquieta mirada los objetos que descubre á su alrededor; observa las formas y las propiedades de los séres que tiene á la vista, su actividad, sus efectos y alteraciones; busca con afan la relacion y dependencia de estos efectos con sus causas; inquiere las leyes de estas relaciones; y no satisfaciéndose con el conocimiento de las razones próximas é inmediatas, sube de causa en causa hasta encontrar la razon última de lo que movió primeramente su atencion y excitó su curiosidad. De esta manera, pasando de la admiracion á la curiosidad, y de esta á la indagacion y al estudio, brota en su entendimiento la luz de la ciencia que le abre camino al conocimiento de la naturaleza y á la investigacion de sus profundidades y misterios ¹.

Esta ciencia es muy varia segun sea la diferencia de los objetos que nos proponemos estudiar; mas como en

¹ Todos convienen en que la admiracion es el principio de la filosofia; pero nadie tal vez ha descrito este origen de una manera tan bella como Platon en varias partes de sus obras. «Alejado el filósofo, de los negocios humanos, dice en el *Fédro* (ed. de Didot, t. I, p. 714), y fijo siempre en lo divino, la muchedumbre le vé como fuera de sí, pero ignora que está lleno de entusiasmo.» «Afecto ó pasion propia del filósofo, añade en otra parte (en el *Theeteto*, t. I, p. 119), es la admiracion; y no es otro sino este el principio de la filosofia, por lo cual parece no haber explicado mal su origen quien llamó á Iris hija de Taumante (esto es, de la admiracion.)» «La sabiduría, en fin, concluye (en el *Convite*, pág. 682), es cosa bellísima, y como el amor recae sobre lo bello, síguese necesariamente que el amor desea la sabiduría, ó es filósofo, y por esto ocupa un lugar medio entre el necio y el sabio (que posee la verdad y la sabiduría); y la causa de esto es su origen, pues nació de un padre sabio y opulento (porque fué inspirada por la hermosura y amabilidad de la verdad) y una madre que no era sabia ni rica (por cuanto el acto de entender y saber brotó del alma en su estado de ignorancia y nativa corrupcion.)»

medio de tan gran variedad conserva siempre ciertos caracteres comunes, universales y constantes, veamos de investigar estos caracteres para formarnos idea clara de la naturaleza del conocimiento científico, que es uno de los dos puntos sobre que ha de girar la discusion en que estamos empeñados.

Ante todo, conviene asentar, como base de cuanto vamos á decir, que el principio generador de la ciencia está dentro de nosotros mismos; es aquel principio que vive, se mueve, siente y se agita en nuestro interior, que se nos revela por la conciencia de nuestros actos, nuestra alma, en fin, la cual, por la aplicacion de sus facultades, estudia las esencias de las cosas, y penetra en ellas, y se las hace propias, y por una asimilacion misteriosa, se pone en relacion con la naturaleza sensible, con el mundo espiritual y metafísico, y hasta con la esencia misma de Dios. Todas las facultades del hombre, á consecuencia del mútuo influjo y simpatía que tienen entre sí, por radicar todas en la esencia misma del alma, intervienen en esta asimilacion; mas la que tiene en ella la parte principal es el entendimiento, potencia suprema donde se forma, se perfecciona y consume el conocimiento científico. Esta nobilísima facultad, reproduciendo una semejanza de los objetos que aprehende ó percibe, los retrae y copia y como engendra de nuevo en sí misma, no real, sino idealmente, esto es, segun su imágen ó semejanza inteligible, formando así aquellos conceptos ó juicios que, levantados á su esfera más pura y espiritual, producen propiamente la ciencia. Prescindiendo ahora del origen, cualidades y manera de ser de esta imágen (cuestion larga, y la más difícil y empeñada de toda la filosofia), está fuera de duda que en su origen y formacion obran dos causas ó elementos, que son la actividad propia del espíritu que se aplica á un objeto determinado y lo trabaja y elabora, y la influencia de este mismo objeto que determina al alma

al acto de entender, informándola, y haciéndosele presente por una cierta manifestacion, imágen ó claridad que se refleja en la misma alma. Así, pues, en toda representacion intelectual hay sujeto y objeto, accion y pasion, fuerza viva que obra y materia á que se aplica esta fuerza. El sujeto, la fuerza y la actividad están en el alma; el objeto á que se aplica son las cosas que la misma alma percibe ó entiende.

La muchedumbre de tales objetos, así como la fuerza y actividad de nuestro espíritu, son inmensas. Los cielos, la tierra, cuanto se halla sometido á la accion de nuestras facultades, todo lo que abarcan los ojos y siente el tacto y oye el oído y perciben los sentidos, es término de la afanosa curiosidad de la inteligencia del hombre. Todo atrae y solicita su atencion: el resplandor y ordenado movimiento de los astros que tachonan la bóveda del firmamento, la tierra sólida y recogida en sí misma con su movimiento natural, los campos tendidos por largos espacios y cubiertos de amenidad y lozanía, los montes levantados á lo alto con sus collados cubiertos de nieve, los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, el aire sutilísimo impalpable que la rodea toda y la hermosea y vivifica, la infinita muchedumbre de plantas, árboles, mieses y animales destinados para su mantenimiento y recreo, la gracia de las fuentes que perpétuamente se despeñan de los riscos, la gala y bizarria de las flores, y, en fin, toda la belleza y variedad de cosas que despliega el universo y presenta á la accion de nuestras facultades.

Llevado por el deseo de conocer é investigar lo que al principio excitó su admiracion, estudia con inquieta curiosidad todo cuanto se le ofrece á la vista; en un sólo objeto ve un mundo de verdades que le prestan materia de profundas meditaciones. Por su prodigiosa fuerza de análisis descompone este objeto en sus partes, lo desenvuelve y desmenuza, abstrae é investiga separadamente sus pro-

iedades, considera su extension ó cantidad, la composicion íntima de sus elementos, su figura, color, brillo, sonoridad y demas cualidades sensibles. Compara unos objetos con otros, los ordena y clasifica, reúne sus analogías, indaga sus relaciones, y nada deja por mover á fin de romper el velo que oculta la íntima esencia de los seres. No satisfecho con lo que ofrece á su contemplacion la naturaleza del suelo donde vió la primera luz, lánzase animoso y se derrama por todos los ámbitos de la tierra en busca de nuevas cosas que puedan satisfacer su curiosidad; trepa las montañas, cruza los rios, penetra en los pavorosos desiertos, afronta en frágil navecilla el furor del Océano implacable, y sin que le arredren los ardores del abrasado clima de los trópicos ni el rigor de las ateridas regiones polares, recorre la espaciosa redondez de la tierra para estudiar los seres que la habitan; sigue en su vagaroso giro á las aves voladoras, conversa con los cuadrúpedos, se abate á los insectos que arrastran por el suelo, desciende á los abismos del mar, abre las entrañas de la madre tierra, y todo lo registra, reconoce y escudriña á fin de explorar los secretos de la naturaleza y hacer el inventario de sus tesoros. Su industriosa actividad ensancha con el poder de los instrumentos la esfera á que naturalmente se extienden los sentidos; pregunta á los astros por la naturaleza de los elementos que los constituyen, y el espectro de su luz le da categórica respuesta; calcula la rápida sucesion del tiempo, la extension inmensa del espacio, las leyes del movimiento á que obedecen así los átomos invisibles que flotan en la atmósfera como la pesadumbre de los astros que mueven sus centelleantes ruedas por el espacio inmensurable. Y cuando sorprendido de tantas maravillas vuelve en sí y examina el organismo de su cuerpo, el equilibrio, la armonía y perfeccion de sus partes, su admirable disposicion y estructura, y sobre todo cuando estudia la fuerza que interiormente

le mueve y anima, su espíritu descubre otro mundo de belleza más prodigioso aún que el que le revelaron los sentidos. La energía y actividad de sus facultades, la fuerza de su memoria, el poder de su creadora fantasía, el origen y generacion de sus ideas, la intimidad de su conciencia, la esencia de su alma, simple, espiritual, incorruptible, llamada á destinos eternos, le llenan de asombro y admiracion; y sin que la contemplacion de tantas maravillas satisfaga su curiosidad, guiado por el destello de la divina luz que resplandece en su alma, levanta el vuelo hasta el principio de donde proceden todos los seres, y rompiendo los muros y límites que rodean las cosas visibles, pasa adelante y no pára sino en la esencia misma de Dios; y extasiado ante el mundo infinito de grandezas que contempla en la Deidad Soberana, admira su infinita actividad, fuente de vida de donde mendigan la vida todas las cosas que la tienen, su bondad inefable, que sustenta todas las cosas sin necesidad de alguna, su altísima providencia que todo lo cuida y dispone con inefable suavidad, el océano de su amor de donde salieron todos los seres y á donde todos tienen que volver. Tan grande es, tan inmensa la esfera á que se extiende el humano conocimiento, tan poderosa la fuerza de nuestra actividad, tan noble y vehemente el impulso con que nuestra alma se siente movida hácia la verdad deseosa de reconocer y abarcar sus dominios.

Mas apartando la vista de campo tan vasto, recojamos el pensamiento, y ya que hemos considerado el *sujeto* y el *objeto* de la ciencia, esto es, el principio formal y eficiente que es la actividad nativa del entendimiento, y las cosas á que se extiende esta facultad, que son todas las sometidas á la jurisdiccion de los sentidos y facultades de nuestra alma, veamos de estudiar la naturaleza íntima de este conocimiento, sus propiedades y condiciones, y los elementos que esencialmente lo constituyen.

Desde luego suponemos que el conocimiento científico no es mera opinion, conjetura ó probabilidad, sino un conocimiento firme y asentado, independiente de las circunstancias del tiempo, de las personas y de los lugares; su valor, por lo tanto, no es hipotético ó condicional, sino absoluto; no imaginario, sino real y efectivo; de suerte que la verdad propiamente científica tiene una realidad intrínseca y necesaria, que prescinde de las condiciones individuales del sujeto en que radica, que vence á la accion del tiempo, antes cuanto más combatida más resiste, y cuanto más ensayada y contrastada tanto más pura, más fina y acendrada sale del ensayo. «El tiempo, dice Marco Tulio ¹, borra las ficciones y fantasmas de la opinion, y confirma los juicios fundados en la verdad de la naturaleza.» Las hipótesis dejan de serlo y se convierten en tésis en llegando á tener esta firmeza, esta realidad, este valor absoluto, fijo é independiente. Distinguir entre las hipótesis y las tésis, y dar á cada cual de ellas su valor, es el fin principal de la ciencia. Mas ¿dónde está la norma ó la luz de este criterio? ¿Dónde la ley y regla del conocimiento científico? En resolucion, ¿cuáles son los caracteres especiales, cuáles las condiciones que levantan las ideas ó juicios que formamos de las cosas á la altura de la ciencia?

Ante todo, la primera condicion que debe tener el conocimiento para ser llamado propiamente científico, es que sea *verdadero*. Santo Tomás, hablando de la verdad, da de ella una definicion tan bella, tan profunda y adecuada que el Conde de Maistre ² no duda en calificarla de «resplandor ó rayo de la misma verdad que á sí propia se define y manifiesta.» «La verdad, dice, es una ecuacion entre el entendimiento y la cosa entendida» ³, no en sí misma y se-

¹ Lib. 2 *De natura Deorum*. c. 2.

² *Les Soirées de Saint-Petersbourg*, Deuxième Entretien.

³ *Summa adversus gentes*; p. 1.^a, q. 21 a. 2.

gun la naturaleza del acto intelectual, que siendo espiritual, está claro que no puede compararse ni igualarse con el objeto conocido, que es muchas veces tosco y material, sino según lo que este acto intelectual representa, es á saber, en cuanto conoce y afirma lo que es ó niega lo que no es. Entonces alcanzamos la verdad de las cosas cuando nuestras ideas, conceptos ó juicios son conformes á la realidad, cuando se ajustan á ella perfectamente y la expresan tal como es en sí, y según existe en la naturaleza de las mismas cosas.

Para entender el alcance de esta hermosa definición, conviene observar que como enseñan los dialécticos, la verdad en las ideas ó conceptos es absolutamente necesaria y esencial; pues es imposible que una idea no represente algún objeto, y que éste no sea conforme al concepto que lo representa, porque de lo contrario, ese concepto no representaría tal objeto, sino otro distinto. La verdad y también la falsedad caben ya en el juicio, operación del entendimiento por la cual afirmamos ó negamos de una cosa lo que le conviene ó no le conviene. Si aquello que representa el *sujeto* en la proposición es conforme á lo que de él se enuncia, ó sea á su *atributo*, el juicio será verdadero; falso por lo contrario si el *sujeto* no es según se afirma en el *atributo*. Entre la verdad de la idea y la del juicio, corren grandes diferencias. La verdad de la idea es una mera afección, un modo de ser de la misma respecto del objeto que representa, ni más ni menos que la semejanza ó parecido de una efigie es un accidente de esta respecto del objeto figurado ó representado. Así que entre la idea y el objeto existe relación de identidad ó conformidad, pero no nos damos cuenta de ella. La verdad del juicio ó proposición es una relación entre el concepto y el objeto á quien se aplica; pero relación conocida, afirmada y expresada actualmente de un modo real, más ó menos espontáneo. En la idea la verdad está latente, y por de-

cirlo así, inactiva y muerta; en el juicio está clara, activa, viviente, en cuanto el entendimiento la conoce, la acepta y afirma. Por esto dice admirablemente Santo Tomás ¹, que en la idea se halla la verdad en un estado imperfecto ó incipiente, mientras que en el juicio está ya en un estado formal y perfecto, como lo indica el nombre de *verdades* que solemos dar á los juicios ó proposiciones. A esta verdad del juicio se aplica propia y perfectamente la definición que da el santo doctor de la verdad en general, es á saber: *la igualdad entre el entendimiento y el objeto*.

La explicación con que aclara y confirma todo esto el santo doctor ², es por extremo profunda y luminosa. En el juicio ó proposición, dice, el *sujeto* expresa la cosa como es en sí, en su propia realidad, prescindiendo del modo como pueda ser aprehendido por la inteligencia, y el *predicado* ó *atributo* representa la misma cosa según la idea ó concepto que se forma de ella nuestro entendimiento. El uno se refiere al otro, esto es, el *sujeto* se relaciona con el *predicado* por medio del verbo *ser*, que es signo de identidad; con lo cual la relación entre el sujeto y el atributo viene á ser una relación entre la idea y el objeto, entre el entendimiento y la realidad. De donde se sigue que si el atributo es conforme con el sujeto y se puede afirmar de él, entre el entendimiento ó sea el concepto que forma la mente del objeto, y este mismo objeto, habrá relación de conformidad y por consiguiente verdad; de lo contrario, habrá relación de desigualdad ó falsedad.

Esta conformación entre la inteligencia y la cosa entendida, esta semejanza entre el concepto y la realidad, esta ecuación ó igualamiento entre dos términos, uno intrínseco á la mente y otro extrínseco, es el fin á que tiende la ciencia; á establecerla y plantearla se dirigen sus conatos; en resolverla, deslindarla y esclarecerla trabaja

¹ *Disput. De Veritate* quest. 1, art. 3.

² *Summa P. 1.^a*, q. 16 a. 2.

gun la naturaleza del acto intelectual, que siendo espiritual, está claro que no puede compararse ni igualarse con el objeto conocido, que es muchas veces tosco y material, sino según lo que este acto intelectual representa, es á saber, en cuanto conoce y afirma lo que es ó niega lo que no es. Entonces alcanzamos la verdad de las cosas cuando nuestras ideas, conceptos ó juicios son conformes á la realidad, cuando se ajustan á ella perfectamente y la expresan tal como es en sí, y según existe en la naturaleza de las mismas cosas.

Para entender el alcance de esta hermosa definición, conviene observar que como enseñan los dialécticos, la verdad en las ideas ó conceptos es absolutamente necesaria y esencial; pues es imposible que una idea no represente algún objeto, y que éste no sea conforme al concepto que lo representa, porque de lo contrario, ese concepto no representaría tal objeto, sino otro distinto. La verdad y también la falsedad caben ya en el juicio, operación del entendimiento por la cual afirmamos ó negamos de una cosa lo que le conviene ó no le conviene. Si aquello que representa el *sujeto* en la proposición es conforme á lo que de él se enuncia, ó sea á su *atributo*, el juicio será verdadero; falso por lo contrario si el *sujeto* no es según se afirma en el *atributo*. Entre la verdad de la idea y la del juicio, corren grandes diferencias. La verdad de la idea es una mera afección, un modo de ser de la misma respecto del objeto que representa, ni más ni menos que la semejanza ó parecido de una efigie es un accidente de esta respecto del objeto figurado ó representado. Así que entre la idea y el objeto existe relación de identidad ó conformidad, pero no nos damos cuenta de ella. La verdad del juicio ó proposición es una relación entre el concepto y el objeto á quien se aplica; pero relación conocida, afirmada y expresada actualmente de un modo real, más ó menos espontáneo. En la idea la verdad está latente, y por de-

cirlo así, inactiva y muerta; en el juicio está clara, activa, viviente, en cuanto el entendimiento la conoce, la acepta y afirma. Por esto dice admirablemente Santo Tomás ¹, que en la idea se halla la verdad en un estado imperfecto ó incipiente, mientras que en el juicio está ya en un estado formal y perfecto, como lo indica el nombre de *verdades* que solemos dar á los juicios ó proposiciones. A esta verdad del juicio se aplica propia y perfectamente la definición que da el santo doctor de la verdad en general, es á saber: *la igualdad entre el entendimiento y el objeto*.

La explicación con que aclara y confirma todo esto el santo doctor ², es por extremo profunda y luminosa. En el juicio ó proposición, dice, el *sujeto* expresa la cosa como es en sí, en su propia realidad, prescindiendo del modo como pueda ser aprehendido por la inteligencia, y el *predicado* ó *atributo* representa la misma cosa según la idea ó concepto que se forma de ella nuestro entendimiento. El uno se refiere al otro, esto es, el *sujeto* se relaciona con el *predicado* por medio del verbo *ser*, que es signo de identidad; con lo cual la relación entre el sujeto y el atributo viene á ser una relación entre la idea y el objeto, entre el entendimiento y la realidad. De donde se sigue que si el atributo es conforme con el sujeto y se puede afirmar de él, entre el entendimiento ó sea el concepto que forma la mente del objeto, y este mismo objeto, habrá relación de conformidad y por consiguiente verdad; de lo contrario, habrá relación de desigualdad ó falsedad.

Esta conformación entre la inteligencia y la cosa entendida, esta semejanza entre el concepto y la realidad, esta ecuación ó igualamiento entre dos términos, uno intrínseco á la mente y otro extrínseco, es el fin á que tiende la ciencia; á establecerla y plantearla se dirigen sus conatos; en resolverla, deslindarla y esclarecerla trabaja

¹ *Disput. De Veritate* quest. 1, art. 3.

² *Summa P. 1.^a*, q. 16 a. 2.

principalmente, y en acrecentar el número de estas igualdades ó ecuaciones ya planteadas y resueltas, y en su combinacion y enriquecimiento, consiste el crecer y el enriquecerse de la ciencia.

Pero ahondemos más en la naturaleza de estas proposiciones y juicios, y veamos qué otras condiciones exigen, además de su intrínseca verdad, para elevar el conocimiento á la altura de la ciencia.

El conocimiento propiamente científico, dice Santo Tomás, es un conocimiento perfecto, esto es, claro, evidente, razonado y demostrativo cual se obtiene cuando se conoce la realidad de las cosas por las causas que las producen. Sólo entonces podemos afirmar una cosa, una verdad ó proposición, cuando podemos dar la razón de ella, fundamento de nuestra afirmación. La ciencia no se contenta con asentar una verdad sino que la demuestra, señalando la razón en que se apoya, y no una razón ó causa cualquiera, sino la próxima é inmediata, anterior en el orden ontológico á la conclusión que de ella pretende sacar, y que por consiguiente la contenga y de ella se vea brotar clara y manifiestamente. «Porque entonces sabemos las cosas por demostración, dice un antiguo dialéctico¹, cuando sabemos la conclusión por virtud de sus causas y principios, y que aquellos son la fuerza en que estriba la verdad de ella, y que ellos son tan firmes y ciertos que de ninguna manera puede dejar de ser verdad lo que ellos dicen.» Así, por ejemplo, si queremos saber científicamente la verdad de esta proposición: *el alma es incorruptible*, buscamos la razón por la cual no puede corromperse una sustancia, y hallándola en su simplicidad ó indivisibilidad, pues solamente puede destruirse ó deshacerse lo que se compone de partes, argüimos de este modo: toda sustancia simple es incorruptible, pero el al-

¹ Pedro Simon Abril, en la *Primera parte de la Filosofía llamada la lógica ó parte racional*. Impresa en Alcalá de Henares, 1587, lib. III, c. XXIV, f. 87.

ma es sustancia simple; luego es incorruptible. Esta verdad así demostrada es propiamente científica, pues aparece clara y manifiesta en la razón ó causa que la verifica. De aquí tuvo origen el dicho de Aristóteles, es á saber: que el *medio* de la demostración es la causa.

Más aún: el conocer una cosa por su causa no solamente incluye el conocimiento de su causa próxima é inmediata, sino que exige además la seguridad de ser esta verdaderamente la causa de la cual depende en el orden de la realidad, ya sea física, si la verdad que tratamos de demostrar pertenece al orden físico y de la naturaleza, ya metafísica, si la verdad pertenece al orden de las ideas ó inteligible. Por manera que no basta conocer esta causa en sí, sino que es necesario conocer su influencia en el efecto, consecuencia ó verdad que deseamos conocer, é influencia tal, que concedida la causa, principio ó proposición, se siga necesariamente aquel efecto ó consecuencia y no de otra manera. Así en la demostración antes propuesta, no basta conocer la simplicidad del alma, sino también que de su simplicidad se sigue su incorruptibilidad. Solamente así puede haber verdadera ciencia de un objeto; solo así puede haber verdadera demostración, y descansar y quietarse la insaciable curiosidad del entendimiento deseoso de saber no solamente las causas en sí, más también lo que las constituye tales, esto es, el fundamento de la intrínseca relación entre la causa y el efecto.

Santo Tomás da otra razón de la necesidad de conocer y apreciar el fundamento de la dependencia entre el efecto y la causa, que aclara maravillosamente este punto. Para saber alguna cosa, dice, y para conocerla perfectamente tal como es en sí, según su verdad y realidad, es necesario que todo el ser del objeto con sus principios y consecuencias se refleje y reproduzca en el entendimiento, de suerte que la mente se lo figure y se haga de él imagen viva, perfecta y expresiva; porque los prin-

principios del conocimiento, añade profundamente el santo Doctor, son los mismos que los del ser de las cosas que se conocen. Ahora bien; nada existe solo, independiente y sin relacion con otro ser; nada existe por sí ni para sí: toda existencia viene de otra y se determina y endereza hácia otra; todo existe para todo, ordenado al gran fin del universo y relacionado con los demas séres que lo componen. Luego si el conocimiento de un objeto ha de reproducirlo tal como es en la realidad, debe dárselo á conocer todo entero con sus causas y efectos, sus principios y consecuencias y las relaciones de semejanza, origen ó causalidad que le unen con los demas objetos. Es cierto que este conocimiento adecuado y comprensivo sólo puede tenerlo la Inteligencia infinita, que como crió todas las cosas de la nada así las conserva y las dirige y encamina todas al fin de su altísima Providencia; mas si no todas, algunas seguramente de estas relaciones puede percibir las la humana inteligencia, y su conocimiento será tanto más perfecto cuantas más causas, principios ó relaciones conozca de los objetos á cuyo estudio é investigacion se aplica.

La tercera condicion que ha de tener el conocimiento científico es la certeza, esto es, la firmeza incontrastable del asentimiento en aquello que conocemos por demostracion. Esta firmeza resulta de la claridad y evidencia de las verdades á que se adhiere el entendimiento movido por las razones en que se apoyan, las cuales se le presentan iluminadas con una luz tan viva que, así como no puede dejar de verlas, tampoco puede dejar de asentir á ellas con toda la fuerza de su naturaleza, que tiende necesariamente á la verdad. Esta adhesion excluye absolutamente el error. Porque si el entendimiento pudiera equivocarse al juzgar de las cosas segun los motivos ó razones que las apoyan, las mismas cosas en sí serían falsas; pues por la razon de poder ser conocidas, y de presentarse

al entendimiento como verdaderas, y de moverle á obrar segun su inclinacion natural, darian ocasion á juicios equivocados. Por otra parte, si el entendimiento, obrando segun el ímpetu y tendencia de su naturaleza, se engaña-se en el objeto de esta tendencia, tomando la verdad por el error y la luz por las tinieblas, resultaría que una facultad destinada naturalmente á la verdad se ordenaria y encaminaria fatalmente al error; todo lo cual, como decian los escolásticos, implica contradiccion. Porque, en efecto, ¿qué es la certeza sino la determinacion, la fijeza é inmovilidad de la mente respecto de lo que conoce? ¿Y de dónde nace esta determinacion sino de la luz brillantísima que rodea los objetos al ofrecerse al entendimiento, de su misma realidad que mueve á éste á obrar segun sus exigencias, instintos ó condiciones naturales? Las cosas de que alcanza el hombre ciencia, dice Santo Tomás ¹, se han con el entendimiento como la medida respecto de la cosa á que es aplicada; nuestra mente no hace las cosas al conocerlas, sino que las encuentra ya hechas y existentes en el orden de la realidad; ellas mueven é impresionan nuestras facultades, y estas impresiones, imágenes ó representaciones de los objetos, tienen que conformarse á ellas como á su tipo y medida, si el conocimiento ha de ser verdadero, ajustado y conforme á la realidad, ni más ni ménos que la línea debe ajustarse puntualmente á la regla que es su norma de rectitud. Luego la misma verdad y realidad de las cosas es la que mueve el entendimiento á obrar, y le arranca el asenso y adhesion, y le tiene firmemente asido, sin darle lugar á dudas ó vacilaciones; con lo cual alcanza el conocimiento científico su última perfeccion, que es la seguridad, certeza é infalibilidad del asentimiento.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, hemos visto que los elementos que forman el conocimiento

¹ *Disp. De Veritate*, a. 2.

científico son el alma por una parte, con la facultad prodigiosamente fecunda de su entendimiento; y por otra los objetos, así exteriores al hombre, como interiores, que caen bajo el dominio de sus facultades. Las condiciones que debe tener este conocimiento son verdad, demostración por sus causas y la certeza, que nace de la realidad misma de las cosas, manifestada evidentemente á la inteligencia. Más adelante veremos las relaciones que resultan entre la verdad científica, y la revelada por razon de estas condiciones ó caracteres. Ahora quede firmemente asentado que las proposiciones ó juicios *verdaderos, demostrados y evidentes*, son la base del conocimiento científico. Ellos son los que propiamente lo forman y constituyen; y por consiguiente las afirmaciones que no reúnan estas cualidades, podrán ser hipótesis, probabilidades ó conjeturas, que contribuirán tal vez á ilustrar el entendimiento, á adornarlo y á enriquecerlo; mas no llegarán jamás á formar aquel conocimiento nobilísimo, que merezca ser decorado con el hombre de *ciencia*; lo cual sabiamente significó un filósofo antiguo ¹, diciendo que las opiniones no podían entrar en el cercado donde estaban las ciencias.

Después que el entendimiento se tiene formado ya estos juicios ó proposiciones, los va comparando entre sí, ve las relaciones que entre ellos existen, deduce unos de otros, y por mil maneras los enlaza, combina y relaciona, creando de esta manera sistemas de verdades que reunidos y subordinados dan origen á las varias ciencias en que se divide el saber humano. Así se han ido formando, creciendo y alcanzando la perfección á que han llegado todos los ramos de la sabiduría; así, por ejemplo, nacieron y se desarrollaron la filosofía, la física, la historia natural y la ciencia vastísima de las matemáticas, árbol frondosísimo que esconde sus raíces en los infinitamente pequeños y

¹ Cebes Tebano en su *Tabla*.

extendiéndose por todo el espacio de la creación, oculta sus ramas en las profundidades insondables de los cielos.

Todos estos conocimientos, debidamente enlazados, componen la ciencia total y completa; la cual, aunque esparcida en muchas inteligencias, con el continuo crecer de las ciencias parciales ensancha incesantemente el círculo del saber, penetra cada vez más adentro de los misterios de la naturaleza, y conquista sus anchurosos dominios por el poder de unas armas, cuyo uso ennoblece nuestras facultades y magnifica las obras del Supremo Hacedor.

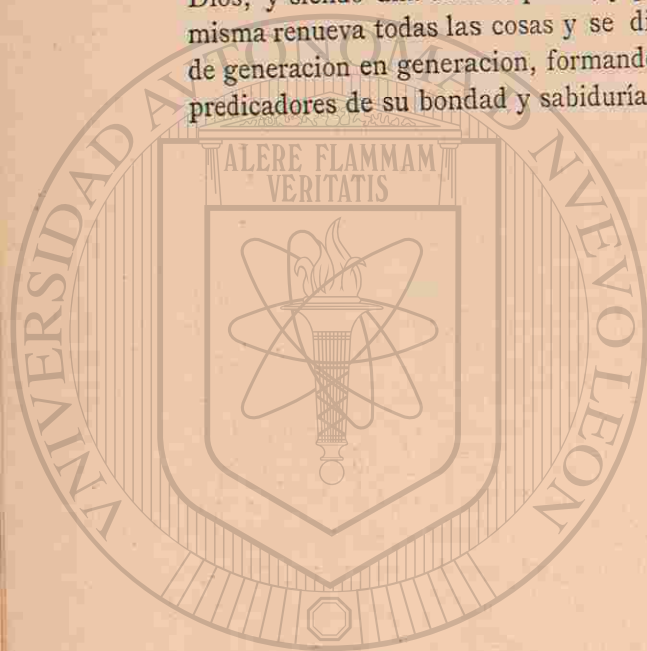
Nada hay más bello en el mundo que este esfuerzo de la inteligencia humana para alcanzar la verdad; nada que más la levante y engrandezca; nada, en fin, que cause en el espíritu del hombre deleites más puros que la percepción de aquella armonía inefable que nacida eternamente en la Esencia divina se reveló y fijó, y como se materializó en la creación del universo, armonía que nos es revelada por los adelantos de las Ciencias. Y así como esta celestial armonía al surgir de la infinita inteligencia fué recorriendo toda la escala ó pentágrama de las criaturas, hasta cerrarse y perfeccionarse en el hombre ², de igual manera la ciencia humana llega á su perfección y complemento cuando la luz del entendimiento, reflejándose en el corazón y perfeccionando la voluntad, guía y endereza y perfecciona á todo el sér de la criatura racional. Entonces llega el conocimiento científico á su esfera más pura y levantada, y se convierte en aquella *sabiduría* que la Sagrada Escritura ² llama tesoro infinito para los hombres, vapor de la virtud de Dios y como una sincera ema-

From harmony,
From heavenly harmony
This universal frame began;
From harmony to harmony
Through all the compass of the notes it ran,
The diapason closing full in man.

DRYDEN, en su oda primera á Santa Cecilia.

² SAp. VII. 10.

nacion de la claridad del Omnipotente, en la cual nada hay manchado, porque es el resplandor de la luz eterna, brillo inapagable y espejo sin mancha de la Magestad de Dios; y siendo una todo lo puede, y permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas y se difunde en las almas de generacion en generacion, formando amigos de Dios y predicadores de su bondad y sabiduría infinita.



CAPÍTULO II.

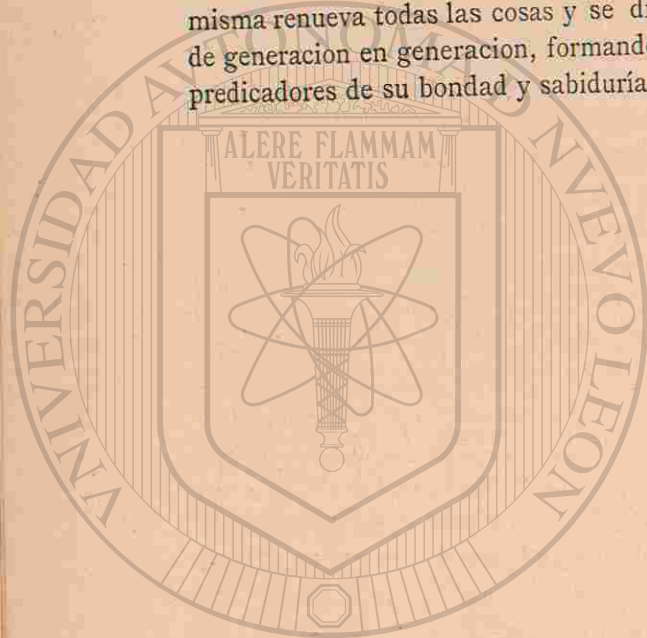
LA CIENCIA EN LA HISTORIA.

DESPUES de considerar los elementos que constituyen la ciencia en el orden lógico, racional ó del entendimiento, cumple estudiar estos mismos elementos en el orden *histórico*, esto es, en cuanto han obrado en las inteligencias de los hombres sometidas á las influencias del tiempo y del espacio. La nueva luz á que vamos á examinar el desarrollo de la ciencia, esclarecerá más y más su íntima naturaleza, y nos irá abriendo y franqueando el camino que ha de conducirnos al término á que se endereza la investigación sobre que versa este ensayo.

El primer hombre fué criado por Dios verdaderamente perfecto. La Sagrada Escritura dice con frase hermosísima que fué criado en estado de *alma viviente*¹, es á saber, en plena posesion de la vida y en el uso completo de sus facultades. Así como el organismo de su cuerpo era de todo punto acabado, y maravillosos el vigor y la lozanía de sus miembros, el temperamento de sus humores y el concierto y armonía de los elementos que componian aquella fábrica admirable, así el alma, parte principal del compuesto humano, gozaba del lleno de su eficacia y del completo desenvolvimiento de sus facultades. En ningun

¹ Genes. II. 7.

nacion de la claridad del Omnipotente, en la cual nada hay manchado, porque es el resplandor de la luz eterna, brillo inapagable y espejo sin mancha de la Magestad de Dios; y siendo una todo lo puede, y permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas y se difunde en las almas de generacion en generacion, formando amigos de Dios y predicadores de su bondad y sabiduría infinita.



CAPÍTULO II.

LA CIENCIA EN LA HISTORIA.

DESPUES de considerar los elementos que constituyen la ciencia en el orden lógico, racional ó del entendimiento, cumple estudiar estos mismos elementos en el orden *histórico*, esto es, en cuanto han obrado en las inteligencias de los hombres sometidas á las influencias del tiempo y del espacio. La nueva luz á que vamos á examinar el desarrollo de la ciencia, esclarecerá más y más su íntima naturaleza, y nos irá abriendo y franqueando el camino que ha de conducirnos al término á que se endereza la investigación sobre que versa este ensayo.

El primer hombre fué criado por Dios verdaderamente perfecto. La Sagrada Escritura dice con frase hermosísima que fué criado en estado de *alma viviente*¹, es á saber, en plena posesion de la vida y en el uso completo de sus facultades. Así como el organismo de su cuerpo era de todo punto acabado, y maravillosos el vigor y la lozanía de sus miembros, el temperamento de sus humores y el concierto y armonía de los elementos que componian aquella fábrica admirable, así el alma, parte principal del compuesto humano, gozaba del lleno de su eficacia y del completo desenvolvimiento de sus facultades. En ningun

¹ Genes. II. 7.

hombre se han reunido jamas tantas grandezas, prerogativas y excelencias como en el que habia de ser cabeza del género humano, el *hombre* ¹ por excelencia, el primero y más ilustre individuo de nuestro linaje; en ninguno corrió con tanta abundancia el rio de la vida como en aquel que resumía en sí la de todos los demas, y del cual, como de manantial primero, habia de derivarse por todo el mundo su abundosa y fecunda corriente. La virtud de Dios, á cuya imágen habia sido criada su naturaleza, la vestía y llenaba de célestiales resplandores. Su inteligencia, al abrir sus ojos á la luz, se encontró con el rayo de la esencia soberana que la penetró milagrosamente, engendrando en ella la ciencia del espíritu, el conocimiento de las magnificencias de la creacion y el de las grandezas y excelencias divinas; y su corazon, abriéndose á las influencias del cielo, recibió la plenitud del sentido, que hinchió y ennoblecíó y como divinizó aquella obra portentosa del poder de Dios.

Acerca de la naturaleza, cualidades y extension de la ciencia del hombre en el principio y aurora de su existencia, disputan largamente los teólogos ². En general se puede decir, que era la que convenia al estado de perfeccion en que Adan fué criado, á su condicion de padre y educador del género humano que de él habia de salir, y á la naturaleza y calidad de los objetos que pueden serlo del humano conocimiento.

No hay duda sino que la perfeccion del primer hombre

¹ La palabra que en el texto hebreo designa á Adam אָדָם significa el hombre considerado colectivamente, y también *el hombre* por antonomasia; así como אֱלֹהִים significa el Señor (Dios), y הַשָּׂטָן el enemigo (Satanás ó el Diablo). Igual significacion tiene en Asirio la palabra *dadmi* ó *dadme*, que evidentemente tiene el mismo origen que la palabra hebrea. Véase á Norris en su *Assyrian Dictionary*, tomo I, pág. 225.

² Sobre este punto puede leerse á Suarez, *De opere sex dierum*, lib. II, cap. 9. El sabio naturalista inglés, Mr. Saint George Mivart, en su obra *Lessons from nature as manifested in mind and matter*, cap. vi, pág. 137, (London, 1876), prueba cómo estas enseñanzas de los teólogos no se oponen en manera alguna á lo que se conoce, ó más bien se puede conjeturar en Antropología, acerca del estado primitivo del hombre.

salido inmediatamente de las manos de Dios consistia sobre todo en la rectitud de su voluntad, siempre dirigida hácia todo lo justo, honesto, santo y loable, y señoreando de tal manera los movimientos del alma, que sus actos no se desviaban un punto del sendero de la recta razon. Mas á esta rectitud de la voluntad correspondia la luz del entendimiento, que conocia perfectamente su dignidad y alteza y los medios por los cuales debia dirigirse al fin sobrenatural á que la Bondad divina le habia destinado; de suerte, que así como no ha habido voluntad más pura, más honestamente inclinada, ni más pronta á cumplir los dictámenes del querer divino, así tampoco ha habido entendimiento más ilustrado con la luz del cielo, ni más enriquecido con los tesoros de la divina sabiduría, que el entendimiento del primer hombre, padre y principio del linaje humano.

Fuera de esto, como enseña Santo Tomás ¹, las cosas que Dios cria, no solamente para ser en sí y para sí, sino para que sean al propio tiempo principio de otras, son criadas en el estado perfecto que conviene á quien ha de dar origen y nacimiento á otros seres. Esto así, pudiendo el hombre ser principio de otro, no sólo por la generacion del cuerpo, sino por la educacion y enseñanza del espíritu, era necesario que el que estaba destinado á ser cabeza de todos los hombres fuese perfecto, no ménos en el alma que en el cuerpo; y que no solamente poseyese la ciencia necesaria á la direccion de su propia vida física y moral, sino también á la de aquellos que de él recibirian la suma de conocimientos necesaria al desarrollo de sus facultades en las circunstancias en que debía ponerlos la Divina Providencia.

Finalmente; en el triple orden de conocimientos á que puede reducirse la sabiduría humana, que son Dios, las

¹ Summ., part. 1.^a, q. 94, art. 111.

verdades tocantes al orden espiritual ó moral, y las que versan acerca del orden material de la naturaleza, no hay duda que los dos primeros hubieron de llevar la ventaja sobre el tercero, por ser más necesarios al fin del género humano ¹.

Esta educacion del hombre por Dios, esta luz, que venida de lo alto iluminó la razon del hombre y guió sus primeros pasos en el camino de la verdad, es uno de los puntos más firmemente arraigados en la tradicion de los pueblos. Y aunque sea actualmente imposible á la ciencia, y lo será siempre, al decir de Woylez ², el determinar de una manera precisa las circunstancias del aparecimiento del hombre en la tierra, los resultados de los trabajos científicos seriamente emprendidos en los últimos tiempos, en nada contradicen, antes en lo poco que ha podido rastrearse sobre punto tan oscuro y escabroso, confirman á maravilla los datos de la tradicion y de las Sagradas Escrituras.

Tal como existe hoy el mundo, no hay manera de conocer, ni siquiera de imaginar, la historia de la cultura del hombre en los primeros siglos de su existencia, y todas las vicisitudes de su crecimiento y disminucion en el inmenso y múltiple viaje de la especie humana, á través del tiem-

¹ Esta ciencia sobrenatural que enriquecía la inteligencia del hombre en los albores de su existencia, aparece clarísima en una palabra de profundo sentido que leemos en las Sagradas Escrituras. Dice el texto sagrado que constituido Adán sobre las obras de las manos de Dios, y paseando su vista sobre toda la creacion, sobre las aves del cielo, las bestias del campo y las plantas que crecian á su alrededor, movido de divina inspiracion, puso nombre á las aves del cielo y á las bestias del campo, y que lo que él las nombró este es el nombre de cada una, esto es, el que le conviene á su propia y natural esencia. Mas la propiedad de los nombres consiste en representar y expresar de todo punto la naturaleza de las cosas á que se aplican de modo que las copien exactamente, y hagan, como una pintura exacta de ellas en el entendimiento de aquel en cuyo oído vibra el sonido de la palabra. Pues si á cada una de las cosas que Adán nombró le cuadraba de tal manera su nombre, que de todo punto la expresaba ó le venía como nacido, tan exacta correspondencia y apropiacion de la idea á la palabra es claro indicio del perfecto conocimiento que tenia de la naturaleza y propiedades de los seres el que tales nombres les ponía.

² *L'homme et la Science au temps présent*, par M. Le Dr. Woylez. Paris, 1877. Ch. iv, § III.

po y de la extension inmensa del espacio señalado por Dios á su natural evolucion, que no es ménos que todo el ámbito de la tierra. Si no existió el hombre en la época geológica terciaria, (cuestion muy agitada entre los naturalistas modernos) no hay duda de su existencia en la cuaternaria, y aún antes de que el globo, por efecto del levantamiento de los mares, de la distribucion de los continentes y del cambio de clima y temperatura, tomase la forma definitiva que tiene actualmente. La influencia que esta alteracion del medio en que habia de desarrollarse la vida de la humanidad, hubo de tener en el desenvolvimiento de sus caracteres fisiológicos, intelectuales y morales, será misterio cerrado tal vez para siempre á nuestra inteligencia. Mas estudiando con ayuda de los monumentos que han llegado hasta nosotros, la historia de la especie humana en el límite del horizonte que puede descubrir la verdadera ciencia histórica, llama la atencion un fenómeno singular. El hombre primitivo no se nos presenta como un salvaje, que desde las profundidades de su ignorancia se levanta poco á poco y con penosos esfuerzos al nivel de la ciencia. Esta, en las primeras edades del mundo, ya se nos muestra enriquecida, no solamente con aquel grado de perfeccion que conviene al desenvolvimiento de la vida física, religiosa y moral de la humanidad, sino con cierta exuberancia, adaptada á la satisfaccion de las necesidades de la vida, y que en no pocos casos arguye desarrollo extraordinario en las facultades más nobles del espíritu.

Muchos de los monumentos esparcidos no sólo en las regiones próximas á la que fué cuna del linaje humano, sino aún en las más apartadas, como son algunos puntos del continente americano, atestiguan que la cultura del hombre alcanzó en época remotísima un florecimiento extraordinario, y que ora fuese debida á los restos de la sabiduría inspirada por Dios al padre del linaje humano,

ora al esfuerzo de algunos ingenios superiores en quienes destelló con mayor viveza el resplandor de la luz infinita, no puede ménos de causar profundísimo estupor, al par que una cierta tristeza, al considerar que muchos de los progresos en matemáticas, física, mecánica y astronomía que supone la naturaleza de tales monumentos, no pasasen íntegros á las generaciones que vinieron despues ¹.

A través de las densas tiniéblas que rodean la historia primitiva, una verdad brilla clara y evidente; es á saber: la ciencia de aquella edad remotísima aparece tan estrechamente unida á la religion, que se confunde con ella. En los patriarcas ó cabezas de familia se junta la sabiduría, el reino y el sacerdocio. La idea de la Divinidad lo penetra todo. En la cima de los grandiosos monumentos levantados por la sabiduría del hombre, como del panteon de las antigüedades egipcias dice Mr. Mariette-Bey ², se asienta un Dios único, inmortal, increado, invisible, oculto en las profundidades inaccesibles de su esencia, creador del cielo y de la tierra, que sacó á la luz del sér todo cuanto existe y sin el cual nada fué hecho; Dios, que preside á los destinos de la humanidad, que recibe sus adoraciones, que ilumina su inteligencia y es el alma de su vida y de su instruccion científica moral y religiosa.

La invasion del politeísmo en el mundo hubo de destruir tan magnífica unidad. Desde entonces los elementos de la naturaleza no aparecieron ya unidos en armonioso concierto, sino movidos de fuerzas contrarias y aún ene-

¹ Ya á principios de este siglo el célebre anticuario Conde de Caylus (*Recherch. d'antiquit.* Tomo V, *préf.*) desafiaba á los sabios de Europa á levantar con todos sus adelantos en la mecánica un edificio como la pirámide mayor de Egipto; ¿qué hubiera dicho si hubiese podido conocer los profundos estudios de Taylor, Piazzi-Smith y otros geómetras sobre el famoso monumento? Es posible que en las investigaciones de estos sabios ilustres haya algo de imaginario y casual; pero no se puede negar que en muchos casos las coincidencias son tan extraordinarias que no tienen fácil explicacion, si no se admiten algunos de los principios que ellos asientan.

² *Notice du Musée de Boulaq*, seconde edition. Alexandrie, 1868, p. 20. Lo mismo concluye Mr. Pierret en un reciente ensayo sobre la mitología egipcia. Paris Vieweg, 1867.

migas. Divinidades absurdas animaron la materia, sujetándola á los rencores de sus odios y á los caprichos de sus amores. Los grandes fenómenos naturales, sus magnificencias y misteriosos contrastes aparecieron como resultados de mezquinas aventuras entre ridículos diosecillos, que esparcidos por toda la naturaleza, movian á su capricho sus variados resortes como los de complicada maquinaria. Lo cual, si bien halagaba la fantasía con el encanto de la fábula, embarazaba la observacion detenida de los fenómenos, cerrando al entendimiento los más grandiosos horizontes, y no concediendo á la descripcion de la naturaleza y á la generalizacion de sus leyes sino un desarrollo muy incompleto.

A pesar de esto, la actividad inquieta del espíritu humano aguijó á ingenios eminentes á estudiar las leyes que se ocultaban tras del velo de los fenómenos sensibles. No hablando sino de los adelantos cuya influencia ha sido más decisiva en la civilizacion general de nuestra especie, la Grecia se aplicó á la indagacion de la naturaleza con ardor increíble; las escuelas de Pitágoras y Platon hicieron adelantar los conocimientos físicos y los matemáticos; y todos los ramos del saber encontraron en Aristóteles un génio vasto, profundo, esencialmente analítico y generalizador, que así escudriñaba los objetos del mundo exterior como los más íntimos del espíritu, lanzando en ellos una mirada tan penetradora, que aún hoy día, como en tiempo de Dante Alighieri,

Tutti l'ammiran, tutti onor li fanno.

Las relaciones entre pueblos lejanos, establecidas por las expediciones de Alejandro, facilitando el comercio y contratacion de las gentes, dieron á conocer objetos de todo punto ignorados en los varios reinos de la naturaleza, y allegaron al cúmulo de los conocimientos de la filosofía griega no pocos de los que formaban el tesoro cientí-

fico de las monarquías orientales. Así se fué preparando el alto vuelo que tomaron las ciencias en Alejandría, lazo del Oriente y del Occidente, y donde ingenios sublimes venidos de regiones muy distantes, tomando por base la observación y los principios matemáticos, dieron poderoso impulso al estudio comprensivo del universo.

Mas el resultado de sus investigaciones, aún acrecentado con las que acumuló la sabiduría romana, si arrancó á la naturaleza el secreto de algunas de sus leyes parciales y secundarias, no logró remontarse á la unidad sintética que las dirige. Las relaciones de la naturaleza con su Criador soberano, la norma de moralidad que preside á la criatura racional, su origen y la razón de su existencia en la tierra, las causas finales que gobiernan el mundo y de que dependen la constancia y regularidad de sus leyes, permanecieron ocultas á los sabios más ilustres de la antigüedad. Desconocidos estos supremos principios de la sabiduría, el reino tenebroso de la duda pesaba fatalmente sobre la razón humana, ahogando sus aspiraciones más elevadas y retrasando y entorpeciendo sus progresos.

Tal era el estado de la ciencia al aparecer en el mundo el cristianismo, espléndida revelación de Dios en la tierra, sol que venia á iluminarlo y engrandecerlo todo, fuerza divina y sobrenatural que habia de colocar al género humano en el camino de la verdad entera y perfecta. Ocupado desde luego, como dice el baron Alejandro de Humboldt ¹, en la emancipación civil de la raza humana y en la rehabilitación de las clases inferiores, á la vez emancipaba á la naturaleza; desde entonces se descubrió á esta los ojos del hombre con toda la sencillez de sus galas y toda la severidad de sus misteriosos arcanos; y todas las criaturas se ofrecieron á la vista del hombre como imágenes ó semejanza de las perfecciones que resplandecen en el

¹ *Cosmos*, t. II, parte 1.^a, c. 1.^o

Sumo Hacedor, espejos de su hermosura, testigos de su nobleza, anunciadores de su gloria y estímulos de nuestro amor. El Cristianismo, añade Humboldt, preparó los espíritus para que buscasen, en el orden del mundo y en las bellezas naturales, el testimonio de las grandezas y excelencias del Criador. Libre del tropel de Divinidades paganas que la cercaban por todas partes, que la empequeñecian y llenaban de ridículo terror, la naturaleza se llenó de una Divinidad inmensa, espíritu infinito, Amor inefable y altísima é incomprensible Majestad; mostrándose á los ojos del hombre, no ya como enemiga, sino como amiga.

El Creador apareció tan grande en el mundo inanimado como en el animado y viviente, en la lucha desordenada de los elementos como en el curso apacible del desarrollo orgánico; y la contemplación del universo despertando en el alma inefables deleites y dulcísimas misteriosas emociones, fomentó el estudio de los fenómenos naturales haciendo entrar en su descripción todos los elementos que la mano del Criador habia depositado en ellos. Desde este acontecimiento eternamente memorable, el hombre, amaestrado por enseñanzas infalibles, alcanzó completa certidumbre acerca de los principios, que son la base de sus conocimientos. Su sed de verdad quedó plenamente apagada y satisfecha. El dominio luminoso de la sabiduría ensanchó extraordinariamente sus horizontes. La moral brotando de los labios de la santidad infinita, adquirió una perfección y pureza intachables; la filosofía y la teología, unidas en un mismo principio, marcharon confiadas por el camino de la verdad; y el espíritu del hombre, fundado y radicado en la caridad de Dios, vino á comprender la anchura, la longitud, la alteza y profundidad de las cosas divinas, cifradas todas en el inefable amor de Cristo, que aventaja á toda ciencia y nos hace particioneros del lleno de la Sabiduría de Dios ¹. Los repre-

¹ *Ephes.* III, 18-19.

sentantes del saber antiguo, los herederos de Platon y de Aristóteles, se hicieron cristianos; y cambiando el nombre de filósofos en el de Padres de la Iglesia, se encargaron de anunciar al mundo este tesoro de sabiduría enviado á la humanidad por la Divina misericordia, de defenderlo contra los esfuerzos del moribundo paganismo, de enriquecerlo con los preseas de sus ingénius admirables, y de hacer de él la piedra angular en que debía apoyarse el edificio de la sabiduría verdadera.

Cinco siglos duró esta manifestacion y declaracion de la palabra divina, siglos de luchas y combates, de fiero contraste entre la luz y las tinieblas, y en los cuales los conocimientos teológicos y morales alcanzaron su natural desarrollo, correspondiente al quebranto que habian sufrido en manos de la filosofia pagana. Y si bien las ciencias secundarias se resintieron de esta direccion especial de los entendimientos, á poco restablecido el equilibrio, por la victoria de la verdad sobre el error, todos los dominios del saber fueron igualmente y en condiciones infinitamente más ventajosas cultivados, y en las obras de Boecio, Casiodoro, Salviano y particularmente en las *Etimologías* del español San Isidoro, aparecen ya las líneas de la Enciclopedia cristiana.

Una vez iniciado el movimiento, nada fué bastante á contenerlo. A pesar de la invasion de los bárbaros por el Norte y de los árabes por el Mediodía, el mundo romano, punto donde debian converger todos los elementos de la civilizacion europea, vió surgir de su seno escuelas, universidades y otros centros de instruccion, desde los cuales habia de irradiar por el ámbito de la tierra la luz de la civilizacion cristiana.

Es de todo punto imposible seguir paso á paso tan magnífico movimiento. Como representantes de la ciencia de aquella edad media tan denigrada por la moderna ignorancia, sólo citaremos los nombres de Alcuino, Beda,

Hincmaro, Rabano Mauro, y sobre todo el de Alberto Magno, asombro de su siglo, que abarcó aun con mayor amplitud y penetracion que Aristóteles, Galeno y cuantos le habian precedido, el círculo de todas las ciencias, y cuya gloria sólo puede ser oscurecida por la que alcanzó en los estudios teológicos y racionales su discípulo Santo Tomás de Aquino.

Suele culparse á los sabios de los siglos medios de haber cultivado los estudios teológicos y morales con detrimento de los experimentales y matemáticos. Nada hay más vano que tal acusacion, como puede comprobarlo cualquiera que profundice en la historia de estas ciencias. Si en el orden y categoría de los conocimientos dieron el primer lugar á los divinos y racionales, no hicieron más que seguir el plan indicado por la misma naturaleza de las cosas. Por lo demás fué altísima providencia que antes de que nuevos y no imaginados horizontes se abrieran á la inteligencia humana, cuando iba á surgir de las ondas del Océano un nuevo mundo para prodigar al antiguo el esplendor de sus riquezas, cuando estaba á punto de descorrerse el velo que ocultaba la composicion y estructura de los cielos, y en la tierra se preparaban los descubrimientos que son la gloria más alta de la humanidad, esta hubiese entrado en completa y no disputada posesion del patrimonio de las verdades tocantes al orden religioso, metafísico y moral, y estuviese del todo afianzada en el conocimiento de las relaciones que unen al hombre con Dios, en el símbolo de sus creencias, en el código de sus deberes y en todo lo que pertenece derechamente al alma y á la conciencia.

Firme en aquellos principios que serán eternamente los polos sobre que girará la sabiduría, pudo la sociedad europea entrar en la senda de gloriosísimos descubrimientos que le franqueó la pléyada de hombres superiores, en quienes Dios imprimió más hondamente la huella de su

esencia soberana. En aquella época maravillosa, el genovés Cristóbal Colon, protegido por los Reyes Católicos, doblaba para los habitantes de Europa la obra de la creación, demostrando cómo este mundo en que nacemos, según la hermosa expresión de uno de los primeros historiadores de aquella portentosa hazaña ¹, «es todo andable alrededor por tierra y por agua, las cuales están abrazadas en redondez entre la vaguedad de los cielos.» Siguiendo las huellas del venturoso descubridor, intrépidos navegantes se lanzaron á recorrer y explorar aquellas inmensurables regiones; y mientras Vasco de Gama forzaba al gigante Adámostor ² á abrirle paso hácia las Indias orientales, el animoso Magallanes, persuadido de la forma esférica de la tierra, acometía la empresa de rodearla, y muriendo en la demanda dejaba la gloria de llevarla á feliz remate á su segundo Sebastian Elcano. Al propio tiempo Copérnico, Canónigo de Frauemburgo, desbarataba la máquina de los cielos, y arrinconando los ciclos y epiciclos de los astrónomos alejandrinos, restituía el sol á su verdadero centro, desde donde los años adelante Kepler había de señalar la órbita de los planetas y las leyes de su movimiento alrededor del sol, y Newton descubrir la fuerza misteriosa que así guía y encadena los escuadrones de los cuerpos celestes como al átomo que por su pequeñez se oculta á la vista más perspicaz. Mientras Galileo ensanchaba con la fuerza del telescopio el espacio de los cielos y descubría en la tierra las leyes fundamentales de la mecánica, Torricelli pesaba la atmósfera, en que como en océano nada sumergido nuestro globo; Otto de Guericke sorprendía en su misteriosa agitación al flúido eléctrico; Harvey estudiaba la circulación de la sangre, ya conocida por el español Gomez Pereira, y áun antes de éste por Miguel Servet; Huyghens observaba la

¹ El Cura de los palacios en su *Historia de los Reyes Católicos*, c. cxviii.
² Camoens. *Os Lusíadas*, c. v.

polarización de la luz; Grimaldi y Hooke las interferencias; y al paso que Descartes y Pascal abrían horizontes desconocidos á la geometría, el ilustre Leibnitz, que llevaba de frente á todas las ciencias, anunciaba al mundo atónito la invención del cálculo infinitesimal, instrumento de análisis admirable que contenía en su seno innumerables descubrimientos ¹.

Al par de estos adelantos en las ciencias experimentales y matemáticas, las teológicas y metafísicas alcanzaban vuelo prodigioso. Suarez dejaba en la colección de sus obras el monumento más grandioso que se ha levantado jamás á las ciencias divinas y racionales; Melchor Cano indicaba las fuentes del saber teológico; Molina descubría nuevo sistema para conciliar la libertad humana con la presciencia divina; Belarmino desconcertaba á la herejía con sus célebres *controversias*; y Vitoria, Lugo, Vazquez, Toledo, Leon, Granada, Bourdaloue, Bossuet, Fenelon y otros mil dejaban nombre imperecedero en la enseñanza cristiana. En todas partes marcaba el ingenio del hombre las huellas de su actividad; el rigor de los métodos, la perfección de los instrumentos, el amontonamiento de las observaciones, todo marchaba á la par: nunca como en aquella edad eternamente gloriosa, se vieron tantos ingenios puestos al servicio de la verdad; jamás caminaron en tan amigable consorcio la sabiduría y la religión. La ciencia era cristiana; y los entendimientos más esclarecidos bebían en la divina luz los rayos de sus

¹ En algunos de estos progresos científicos tuvieron no pequeña parte los españoles, como lo demostró años atrás el Sr. Eguilaz en su opúsculo *Breves disertaciones sobre algunos descubrimientos é invenciones debidos á la España* (Madrid, 1849); mas lo que pocos saben es que mucho antes que Pascal y Torricelli sospechasen la presión atmosférica, ya la había indicado nuestro famoso Arias Montano, explicando por ella el ascenso del agua en las bombas. Y como esta noticia parecerá extraña, vamos á copiar lo que dice en su *Naturae Historia* (Antuerpiae, 1601, p. 209), hablando de la bomba: *Tandiu autem fistula, sive tubus aquae plenus durabit, quamdiu nullus aeri superiorem regionem repetituro aperiat aditus; quo vel angustissimo aperto, aqua quae per illatam vim ascenderat, admissa repente aeri cedens, propria regione ad libellum residet.*—Véase Asso, *Clar. Hispaniensium Epistolae*; impresión de Zaragoza, año de 1793, p. 40.

inspiraciones más sublimes; y juzgaban su gloria más pura el rendir á la fe el obsequio de su adhesion y emplear su fuerza y energía en ilustrarla y defenderla de los ataques de la ignorancia y de las ruines pasiones.

Esta union entre la ciencia y la fe duró hasta fines del pasado siglo; porque aunque ya antes el genio del mal había intentado destruirla, los resultados de las nefandas tentativas nunca fueron tan deplorables como en aquella época lastimosa, en que gran muchedumbre de ingenios, acometida del delirio de una mal llamada filosofía, cuyo fin era no tanto buscar la verdad cuanto oscurecerla con las nieblas de la duda, pretendió emanciparse de la religion y establecer entre ésta y la ciencia irremediable divorcio. La explosion de esta discordia dió por resultado aquella famosa revolucion que el conde de Maistre calificó de *satánica*, y que otro autor moderno no duda en llamarla *invasion del infierno en el mundo*. Los daños y calamidades que de ella resultaron no hay quien pueda llorarlos bastante; porque si fué fatal y aciaga para la fe, no lo fué ménos para la ciencia. El edificio levantado á costa de esfuerzos infinitos, se cuarteó amenazando ruina. Todos los errores, los desatinos y locuras de la filosofía gentílica, que hacia siglos estaban hundidos en las tinieblas del olvido, tornaron á aparecer mejorados y reducidos á sistemas, merced al abuso que de la luz cristiana hicieron ingratos los apóstatas del cristianismo; los límites que no tanto separaban cuanto contenian á cada cual dentro de sus propias lindes, se borraron y confundieron; y la duda y el excepticismo devastaron los dominios que habían hecho florecer los adelantos de la sabiduría.

Estas dos palabras, *ciencia* y *fe*, que hasta entonces habían ido dulcemente unidas y enlazadas, empezaron á divorciarse y mirarse recelosas y como enemigas. Todo se trastornó. La ignorancia, puesta al servicio de las más abatidas pasiones, amenazaba enseñorearse del mundo; y

mientras despedazaba los monumentos del saber, enviaba á la guillotina á varones tan ilustres como el célebre Lavoissier, porque la república, como ella misma decia, no tenia necesidad de sábios.

Este trastorno y apostasía universal que estalló en Francia en el siglo pasado al calor de la revolucion, se propagó como fatal contagio al resto de Europa, y en el día de hoy vemos con amargura sus pavorosos estragos. El desconcierto que reina en el plan general y estudio que se sigue en las ciencias, la superficialidad con que algunas de ellas se enseñan, la preponderancia otorgada indebidamente á otras, y la secreta hostilidad que anima á no pocos de sus cultivadores contra las enseñanzas de la fe, son triste legado de aquella época funestísima.

Con todo, y á pesar de tales contratiempos, no se puede negar que el movimiento científico, si bien incompleto y aún extraviado en algunas ocasiones, ha alcanzado en nuestro siglo triunfos que enaltecen al genio del hombre. La más frecuente comunicacion y aproximamiento de los pueblos civilizados, la difusion de los conocimientos útiles y de las conquistas de la industria, el mayor número de las personas dedicadas al estudio de las ciencias, la exactitud más precisa de las observaciones, debidas en gran parte á la creciente perfeccion de los instrumentos, el cultivo simultáneo de todos los ramos de la sabiduría, su recíproca influencia, y aún el contraste y oposicion aparente de unos contra otros, y muchas causas que sería prolijo enumerar, han contribuido en sumo grado al más exacto conocimiento de la naturaleza, á la comprehension de la unidad de sus leyes, y á disquisiciones profundísimas en las esferas más altas del pensamiento. Apenas hay punto en la extension del universo á donde el hombre no haya dirigido la luz de su investigacion. En alas de su curiosidad ha recorrido y sendereado la redondez de la tierra, visitado todas sus latitudes, y estudiado la diversi-

dad de sus climas, su temperatura y magnetismo, el curso de los vientos, las leyes de las tempestades, y los meteoros y alteraciones de la atmósfera. Ha analizado todas las sustancias, ha inventariado las plantas y animales, ya los que viven actualmente, ya los que han perecido dejando sus restos en los terrenos y capas geológicas, ha disecado todos los organismos, clasificado las variedades de nuestra especie, sus usos y costumbres, la estructura de sus lenguas, ora habladas actualmente, ora muertas y olvidadas de todo punto; y ha escudriñado, en fin, su historia, ya se oculte en los documentos escritos, ya sea necesario descifrarla en los restos de edificios, monumentos y reliquias de civilizaciones que naufragaron con el vaiven de los siglos.

En todo ha descubierto armonías maravillosas, la sencillez de los medios contrastando con la grandiosidad de los resultados. Si por una parte la transformación de las fuerzas que obran en la materia le ha hecho vislumbrar la unidad de estas fuerzas, de suerte que toda la física y la química, en lo que concierne á los efectos que aparecen á los sentidos, puedan tal vez quedar reducidas á un problema de mecánica; si el estudio y la observación han logrado distribuir los seres organizados en una escala inmensa dividida en clases apenas diferentes entre sí, y obedeciendo todas á un plan sencillísimo de organización; si el exámen de las variedades de la especie humana ha revelado la existencia de un primer tipo origen de las razas que pueblan el universo; si, finalmente, el lenguaje, testigo viviente de nuestra historia, ha puesto en claro que así como despues de la creación no se ha añadido un átomo de materia al mundo que vemos con los sentidos, de igual manera no existe en las lenguas ningún elemento primordial, ni una raíz añadida al lenguaje que habló Adán cuando, salido de las manos de Dios, puso nombre á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, por otra parte, levantándose el ingé-

nio del hombre á la contemplación de los espacios celestes, ha podido conocer mejor que nunca la sencillez de las leyes que rigen el mundo; él ha descubierto en el planeta Neptuno una nota más que faltaba en la armonía de nuestro sistema; en el espectro de la luz que le envían los fuegos eternos que tachonan la bóveda del firmamento, ha entrevisto indicios de la unidad de materia de donde procede la infinita variedad de sustancias derramadas por el espacio; y finalmente, habiendo sometido á su acción los últimos átomos ponderables, ha descubierto recientemente en la materia radiante el límite donde parecen confundirse la materia y la fuerza, el dominio oscuro entre lo conocido y lo desconocido, la base física del universo donde parecen aguardar su solución los problemas fundamentales de la naturaleza ¹.

Nunca ha aparecido la creación material tan bella, tan poética y admirable como aparece á la luz de los descubrimientos modernos; jamás se ha visto de una manera tan grandiosa el orden, la consonancia y la armonía que guardan entre sí todas las partes del universo. Todo en este dinamismo inmenso vive, todo obra y se mueve; la ciencia al revelárnoslo nos da á conocer abismos de extraordinaria hermosura y de una profundidad que espanta la imaginación; y visto á su luz el átomo material, presenta un mundo de maravillas tan grandes como las que nos ofrecen los globos luminosos que giran sobre nuestras cabezas, verificando así aquella hermosa palabra de Plinio, es á saber: que la majestad de la naturaleza nunca se nos presenta tan grande y maravillosa como cuando la contemplamos reducida á sus pequeñísimos invisibles elementos.

Una actividad asombrosa es el carácter dominante de

¹ Aludimos á las sutilísimas investigaciones de Lockyer acerca de los espectros de las estrellas y á los curiosos descubrimientos de Crookes sobre la materia radiante. (Véase la Revista inglesa *Nature*, vol. XXII, p. 4, 309, 562, y *Les mondes*, t. L, n. 17.

nuestros tiempos. Sucédense hoy día los descubrimientos con vertiginosa rapidez; las ideas puestas en contacto se fecundan y multiplican; del árbol de la ciencia brotan cada día nuevos ramos que ostentan á poco una fuerza y vitalidad que asombran la imaginación; y de tal manera se aumenta y engrandece el patrimonio de la sabiduría, que ya es imposible hacer el recuento de sus riquezas. Porque, en efecto, aún no tomando en cuenta las oscilaciones entre la verdad y el error, harto frecuentes en nuestra edad como en las anteriores, los pasos decisivos en el camino de la sabiduría han sido tales, que sólo para indicarlos se necesitaría un volumen. Las aplicaciones hechas de los adelantos científicos son innumerables; sólo la pila de Volta se puede decir que ha transformado el mundo; el vapor da todos los días origen á industrias desconocidas, multiplica los medios de comunicación entre pueblos apartados y los hace partícipes de los beneficios de la general cultura.

Deslumbrado por el brillo de tantos descubrimientos, nuestro siglo se cree el más feliz, sábio é iluminado de todos los siglos, lisonjeándose de haber roto por fin los sellos de la naturaleza y revelado al mundo los tesoros que hasta ahora avariciosamente ocultaba. Pero sobre haber sido tal presunción achaque común á todos los siglos, las oscuridades que por todas partes cercan al humano entendimiento, el ver cómo desaparecen por momentos de los dominios de la ciencia muchas teorías que eran tenidas en cuenta de verdades, y aún el mismo salir todos los días á la luz invenciones y descubrimientos en que nadie pensaba el día anterior, debieran moderar nuestra vanidad, afirmándonos en la persuasión de que imaginar que con lo poco que alcanzamos acerca del universo ya no nos queda más que descubrir, es confundir los límites del mundo con los del estrecho horizonte que ciñe é intercepta nuestra vista.

CAPÍTULO III.

LÍMITES DE LA CIENCIA.

EL espectáculo de la naturaleza, la muchedumbre innumerable de seres que en ella existen, y la sencillez y armonía de las leyes que la gobiernan, deberían penetrarnos de vivísima admiración, levantándonos de las maravillas que nos muestran los sentidos á la contemplación de las magnificencias del orden moral, y de éste á la adoración de aquella Esencia soberana, de la cual, como de fuente de toda claridad y belleza, fluyen perennalmente los tipos de cuanto es hermoso, sublime y deleitable en el universo. Mas el hombre resiste muchas veces á esta fuerza que le impulsa hácia el centro de toda verdad y hermosura, y desviando los ojos de la celestial eterna esfera donde se asienta la Majestad soberana, los vuelve hácia sí, se complace vanamente en lo que alcanza de las grandezas de la creación; y del fruto del árbol de la ciencia que debería serle sustento de vida, saca veneno y alimento de muerte. Contéplase la criatura más perfecta del mundo visible, y la única capaz de estudiar sus leyes, de dominar las fuerzas del universo material, y hacerlas servir al capricho de su albedrío; ve cómo va arrancando poco á poco á la naturaleza los misterios que ésta celosamente escondía; llega con su porfía-do estudio á medir las profundidades de los cielos, á pesar como en una balanza las moles inmensas de los astros, á fijar la palabra y el pensamiento, á hacer hablar

nuestros tiempos. Sucédense hoy día los descubrimientos con vertiginosa rapidez; las ideas puestas en contacto se fecundan y multiplican; del árbol de la ciencia brotan cada día nuevos ramos que ostentan á poco una fuerza y vitalidad que asombran la imaginación; y de tal manera se aumenta y engrandece el patrimonio de la sabiduría, que ya es imposible hacer el recuento de sus riquezas. Porque, en efecto, aún no tomando en cuenta las oscilaciones entre la verdad y el error, harto frecuentes en nuestra edad como en las anteriores, los pasos decisivos en el camino de la sabiduría han sido tales, que sólo para indicarlos se necesitaría un volumen. Las aplicaciones hechas de los adelantos científicos son innumerables; sólo la pila de Volta se puede decir que ha transformado el mundo; el vapor da todos los días origen á industrias desconocidas, multiplica los medios de comunicación entre pueblos apartados y los hace partícipes de los beneficios de la general cultura.

Deslumbrado por el brillo de tantos descubrimientos, nuestro siglo se cree el más feliz, sábio é iluminado de todos los siglos, lisonjeándose de haber roto por fin los sellos de la naturaleza y revelado al mundo los tesoros que hasta ahora avariciosamente ocultaba. Pero sobre haber sido tal presunción achaque común á todos los siglos, las oscuridades que por todas partes cercan al humano entendimiento, el ver cómo desaparecen por momentos de los dominios de la ciencia muchas teorías que eran tenidas en cuenta de verdades, y aún el mismo salir todos los días á la luz invenciones y descubrimientos en que nadie pensaba el día anterior, debieran moderar nuestra vanidad, afirmándonos en la persuasión de que imaginar que con lo poco que alcanzamos acerca del universo ya no nos queda más que descubrir, es confundir los límites del mundo con los del estrecho horizonte que ciñe é intercepta nuestra vista.

CAPÍTULO III.

LÍMITES DE LA CIENCIA.

EL espectáculo de la naturaleza, la muchedumbre innumerable de seres que en ella existen, y la sencillez y armonía de las leyes que la gobiernan, deberían penetrarnos de vivísima admiración, levantándonos de las maravillas que nos muestran los sentidos á la contemplación de las magnificencias del orden moral, y de éste á la adoración de aquella Esencia soberana, de la cual, como de fuente de toda claridad y belleza, fluyen perennalmente los tipos de cuanto es hermoso, sublime y deleitable en el universo. Mas el hombre resiste muchas veces á esta fuerza que le impulsa hácia el centro de toda verdad y hermosura, y desviando los ojos de la celestial eterna esfera donde se asienta la Majestad soberana, los vuelve hácia sí, se complace vanamente en lo que alcanza de las grandezas de la creación; y del fruto del árbol de la ciencia que debería serle sustento de vida, saca veneno y alimento de muerte. Contéplase la criatura más perfecta del mundo visible, y la única capaz de estudiar sus leyes, de dominar las fuerzas del universo material, y hacerlas servir al capricho de su albedrío; ve cómo va arrancando poco á poco á la naturaleza los misterios que ésta celosamente escondía; llega con su porfía-do estudio á medir las profundidades de los cielos, á pesar como en una balanza las moles inmensas de los astros, á fijar la palabra y el pensamiento, á hacer hablar

al hierro como lo ha hecho recientemente, sin que haya obstáculos que no se le rindan, ni dificultad que le resista, ni problema que no quede resuelto por el poder incontrastable de la ciencia. Esta hija querida de su entendimiento, es para él la verdadera ejecutoria de su nobleza, el remedio de todos sus males, y la futura redentora del linaje humano, á cuya soberana virtud está reservada nuestra verdadera perfeccion y cultura, el disminuir y aún suprimir los dolores del cuerpo, alejar del alma las penas y tristezas, y por remate de tan gloriosos triunfos, prolongar indefinidamente la vida en este mundo sublunar, convertido por ella en un paraíso de delicias ¹.

No hay duda que las conquistas de la inteligencia humana en los dominios de la materia, son grandes, sublimes y maravillosas. A primera vista deslumbran con su resplandor y levantan el corazón con los más vivos transportes de orgullo y entusiasmo. Pero examinando atentamente las cosas, y reduciendo á sus justos límites los títulos, prerogativas y excelencias de la ciencia, ó más bien los del entendimiento humano que la produce y engendra, en estos mismos adelantos y progresos ¿no hay acaso más razón para humillar al hombre que para envanecerle y entusiasmarle?

Considerando la actividad del entendimiento que crea, desenvuelve y perfecciona el conocimiento científico, las fuerzas intelectuales, derramadas en los millares de millones de hombres que desde los principios de nuestro linaje han existido en la tierra, representan una suma de actividad y energía intelectual tan grande, que no es posible formar de ella ni aún aproximado concepto. De tan inmenso caudal de fuerza y actividad se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que una cantidad pequeñísima

¹ Esta locura que imaginó en el siglo pasado el célebre matemático Condorcet, la hemos visto, no ha mucho, repetida seriamente en un artículo publicado por Renan en la *Revista de ambos mundos*.

solamente ha sido empleada en adelantar la verdadera cultura de la humanidad. La mayor y más considerable, casi toda ella se ha gastado en idear y ejecutar proyectos cuyo resultado final ha sido el envilecimiento del hombre y su asolamiento y exterminio. La historia del género humano es una série de guerras cruelísimas, de feroces dominaciones y de bárbaras conquistas llevadas á cabo por la ambicion desapoderada y el vano deseo de gloria. Dejando aparte la influencia del cristianismo, influencia sobrenatural que no tiene su origen en nuestro corazón, sino en la bondad y misericordia de Dios, los grandes hombres no son los sábios y virtuosos, sino los guerreros y conquistadores; y las acciones heroicas, no las que tienden á ilustrar, mejorar y enaltecer nuestra especie, sino las que se dirigen á envilecerla y degradarla. Mientras el ignorante atrevido y lenguaraz triunfa, y es llevado en palmas, el varón estudioso se oculta en la oscuridad, vive en humilde medianía, es generalmente desconocido del común de las gentes, y retirado, silencioso y modesto

Sigue la escondida

Senda por donde han ido

Los pocos sábios que en el mundo han sido.

Así, de mil personas apenas hay una que se dedique seriamente al cultivo de las facultades más nobles de nuestro espíritu; las más yacen en profundísima ignorancia, empleando su inteligencia en cosas inútiles ó indiferentes, ó lo que es más comun, en lo que verdaderamente las humilla, enerva y embrutece. Con esto el estudio de la sabiduría queda reducido á una parte muy exigua del género humano, la más noble sí y la más acreedora á la admiracion y al respeto, pero también la más ignorada y desatendida.

Mas prescindiendo de este hecho incontestable, consideremos en su conjunto el vasto dominio de la ciencia

tal como lo poseemos hoy, aunque derramado en innumerables individuos. Examinándolo sin pasión, ¿qué es todo ello sino una parte pequeñísima, insignificante, casi nada, en comparación con lo que se ignora y falta que explorar? *Lo que sé*, decía el ilustre Isaac Newton, *es una gota de agua; lo que ignoro el vasto é insondable Océano*. Iguales palabras repetía el gran geómetra Laplace en su lecho de muerte á los amigos que le recordaban sus grandes descubrimientos; y lo mismo han confesado recientemente el eminente fisiólogo berlinés Du Bois Reimond, y el profesor de la universidad de Munich C. von Naegeli, en sendos discursos acerca de los límites necesarios de la ciencia humana ¹. De aquí es, que los hombres verdaderamente doctos no se desdeñan de confesar su ignorancia respecto á muchos puntos aún de aquellas ciencias que con más empeño han cultivado. Hay una ignorancia erudita, un *ars nesciendi* que honra á veces más que los títulos de la ciencia más encrespada. Por esto no extraña, antes consuela y edifica, ver al ilustre Quatrefages en su reciente admirable libro sobre *La especie humana* confesar con sencilla ingenuidad que si le preguntan en nombre de la ciencia acerca de los orígenes de nuestra especie, responderá sencillamente: *no lo sé* ². A esta respuesta tienen

¹ Decimos que lo que el hombre sabe acerca de sí mismo, de la naturaleza y de Dios, se puede considerar como nada respecto de lo que ignora; y esta proposición puede ser demostrada matemáticamente con la siguiente demostración.

Representemos por x la ciencia total y adecuada del universo, tal como existe en la mente divina, por la fracción periódica $0,999\dots$ lo que el hombre ignora, y lo que sabe por lo que falta á dicha fracción para igualarse con la unidad.

Será, pues, $x = 0,999\dots$

multiplicando por 10 los dos términos de la igualdad, tendremos:

$$10x = 9,999\dots$$

y restando la primera de la segunda nos da:

$$10x - x = 9,999\dots - 0,999\dots$$

$$\text{ó sea, } 9x = 9$$

de donde $x = \frac{9}{9} = 1$, luego $0,999\dots = 1$, que es decir, que lo que el hombre ignora acerca del universo es igual á la ciencia y conocimiento total del mismo.

² *L'Espèce Humaine*. Paris, 1877. Libre II, cap. xi.

que reducirse necesariamente los hombres más sábios del mundo á pocas preguntas que les hagan, y á poco que los apremien y pidan cuenta de sus asertos ¹. Todos tendrán que confesar que la ciencia humana es finita, relativa y necesariamente limitada, y que si bien con el trabajo y esfuerzo incesante podemos retirar cada día más y más los límites que la ciñen, nunca llegaremos á romper el círculo fatal.

Lo más grande y lo más pequeño, Dios y el átomo, según observó Aristóteles, se esconden por mil maneras á la vista del espíritu más penetrante; y entre estos dos términos hay una infinidad de objetos que el hombre no llegará jamás á conocer. Aun en aquello mismo que alcanza hay siempre algo que su mirada no penetra ni su razón descubre, algo que se oculta á las indagaciones más profundas. Por esto no hay ramo alguno del saber humano que no tenga sus secretos impenetrables. La geometría, ciencia eminentemente demostrativa, al poner las bases de sus investigaciones, que son el punto y la cantidad continua, empieza por asentar *postulados*, esto es, proposiciones cuya verdad es indemostrable, no por razón de su inmediata evidencia, sino porque necesariamente la suponemos en la misma demostración; igual oscuridad reina en las demás partes de las matemáticas. La física se revuelve en un mar de hipótesis y teorías; las palabras *fuerza, éter, calórico, luz, magnetismo, electricidad, atracción* y otras mil, si dan razón de los fenómenos sensibles, dejan en completa oscuridad la naturaleza íntima de las causas que los producen. La materia, la terrible materia,

¹ «El secreto del adelantamiento en las ciencias, dice un ilustre físico moderno, está precisamente en no creer en lo imposible y *provisionalmente* en saber ignorar. En cierta ocasión una gran señora asediaba con sus preguntas á un Secretario de la Academia de Ciencias, nada ménos que al ilustre matemático Duhamel, é impacientada por las respuestas negativas con que este contestaba á todas sus preguntas, ¿pues de qué sirve entonces, le dijo, el ser un sabio, si no podeis satisfacer á ninguna de mis preguntas? ¡El ser sabio, señora, replicó Duhamel, sirve para saber decir *no sé!*» (Babinet, *Etudes et Lectures sur les Sciences d'observation*, t. II, p. 176.)

como la apellida Huxley, se obstina en esconder el misterio de su composición. A pesar de sus descubrimientos admirables, la química no ha logrado levantar el velo que oculta la composición y esencia física de los cuerpos: la *afinidad*, la *alotropía*, la *fuerza catalítica* y otros agentes, son tan misteriosos como las *cualidades ocultas* de los antiguos alquimistas. Las energías motrices y el principio y comunicación del movimiento, quedan inexplicables para la mecánica. La estructura de los cristales, la generación de los seres orgánicos, la esencia de la vida, sus efectos, su reproducción, sus cambios y alteraciones, y otros mil problemas que tratan de resolver las ciencias naturales, son cuestiones ante las cuales permanece muda la razón del hombre. Los límites que circunscriben nuestros conocimientos son aún más estrechos en el dominio de las ciencias filosóficas. Aquí todo son dudas y tinieblas; todo anda en bandos y opiniones; á cada paso se levantan cuestiones insolubles y enigmas y misterios inexplicables. Exceptuando unos pocos principios en que todos convienen, apenas se alejan de este fondo común empiezan los filósofos más ilustres á contradecirse unos á otros, sin esperanza de avenirse. Lo que el uno dice, el otro lo desdice; lo que aquel cree verdad palmaria y evidente, éste lo estima por el colmo del absurdo. Cada cual ve las cosas á su luz y las explica á su manera. La ciencia, en lugar de aclarar los misterios del universo, los hace á menudo, aún iluminándolos y todo, más oscuros y complicados¹; y si pretende acercarse á las regiones donde mora la Divinidad, una nube oscurísima envuelve el entendimiento y oprime el corazón. Así queda manifiesto que en las cuestiones sobre las fuerzas de la naturaleza, no ménos que en la metafísica y la moral, hay puntos

¹ Prueba de esto sea lo que hallamos en la preciosa obra de P. G. Tait (*Recent advances in physical science*, Lect. XII), es á saber, que la resolución de un problema de hidrodinámica, en que nadie hasta hace poco había pensado, es tarea que puede ocupar las vidas de los mejores matemáticos de Europa durante dos ó tres generaciones.

inaccesibles á la inteligencia humana. En todas partes hay problemas como el de la luna, que oculta á nuestra vista las tres sétimas partes de su superficie, las cuales permanecerán para siempre ocultas á nuestro entendimiento, á ménos que contra toda probabilidad, se descubran nuevos métodos de investigación².

Y no sólo es muy limitado el conocimiento que alcanzamos de las cosas, sino difícil, lento y sumamente trabajoso. Decía un antiguo que la verdad yace sumergida en sima profundísima, á la cual desciende el hombre lleno de ardor en busca de tesoros desconocidos, consiguiendo á costa de gran trabajo extraer alguna de las riquezas ocultas en aquella oscuridad. Esta sentencia no es exacta; más bien debiera decirse que la verdad se ofrece donde quiera á los ojos de todos, sólo que nuestro entendimiento no la reconoce ni se deja seducir por la claridad de sus hermosos destellos. Gloríase el hombre y no acaba de ensalzar la soberana grandeza de su razón por los descubrimientos modernamente verificados. Sin pretender rebajar el mérito de los ingenios ilustres que han enriquecido la humanidad con los conocimientos de que todos gozamos, hay que convenir que en los más de los casos los tales descubrimientos debieran avergonzar nuestra razón antes que ensoberbecerla. El movimiento diario de la tierra sobre su eje, por ejemplo, hace doscientos años no más que se conoce segura y científicamente. Muchísimos antes giraba ya el mundo al rededor de sus polos, presentando

² Acerca de este punto son muy bellas las siguientes palabras de Tyndall en su *Lectura ó Conferencia sobre la materia y la fuerza* (p. 20, edición francesa): «El problema del Universo, dice, trasciende nuestra inteligencia, y no es el hombre el encargado de resolverlo. El entendimiento humano puede ser comparado á un instrumento músico que da solamente un cierto número de notas. Allí donde acaba nuestro pentágono intelectual empieza un silencio infinito. Los fenómenos de la materia y de la fuerza son de nuestro dominio; pero éste está ceñido y rodeado de misterios. Dad al misterio la forma y el nombre que queráis, que sobre esto no discutiremos; pero ¡cuídado de que el concepto que os forméis acerca del Creador de este universo sea digno y noble, y más alto y más santo aún el pensamiento que tengáis de Él!»

testimonios claros y evidentes de su diurna rotacion. No ménos que diez y seis enumera el ingenioso Babinet ¹, y aún se pudieran añadir algunos más, de ellos tan sencillos y puestos al alcance de todos, que asombra verdaderamente el que por espacio de tantos siglos no los advirtiese la curiosidad del hombre, ni sacase de su estudio las consecuencias que entrañaban. Allégase á esto que no pocos de los descubrimientos que son gloria de la ciencia moderna, fueron conocidos en la antigüedad; mas por la inercia de los hombres vinieron á perderse de la memoria de las generaciones; de suerte que, malogrado el trabajo de los sábios antiguos, fué necesario comenzar de nuevo cual si nada se hubiese hecho. Ni se diga que si en la antigüedad fueron conocidas aquellas verdades, lo fueron de una manera instintiva, conjetural ó adivinatoria, y no por científica demostracion, cual se han conocido en los tiempos modernos. Porque aunque no sea esto verdad de todos los descubrimientos, hay que tener tambien en cuenta que en muchos de los adelantos de que tanto se gloria la ciencia actual, no la demostracion, sino la casualidad, la adivinacion, y aún el error, fué quien llevó muchas veces á sus autores al conocimiento de la verdad ². Así Colon arriba al Nuevo Mundo guiado por consideraciones geográficas de todo punto erróneas; Kepler descubre las tres admirables leyes que dirigen los movimientos de los astros, y que llevan su nombre, fundándose en tanteos, cálculos y combinaciones cabalísticas; y Copérnico y Galileo afirman y pretenden demostrar el movimiento diario de rotacion de la tierra con pruebas, en gran parte ridículas y disparatadas; sea dicho esto, no para rebajar á varones tan ilustres del pedestal de gloria donde merecidamente

¹ Véase *Compte-rendus de l'Académie des Sciences*.—Séance du 21 Nov. 1859.

² Nada tiene esto de extraño para quien considere lo que pueden en nosotros el instinto y la imaginacion, y como se adelantan casi siempre á la inteligencia; sobre lo cual merece leerse el discurso de Tyndall, titulado *Sur le rôle scientifique de l'imaginacion*, publicado en la edición francesa de su obra *La Lumière*.

se levantan, sino para poner en su punto las cosas y el valor de la humana inteligencia, siempre, por grande que sea, defectuosa y limitada.

La causa de la oscuridad, incertidumbre y lentitud en la adquisicion de nuestros conocimientos, está parte en nosotros y parte en los seres que son objeto de nuestra investigacion.

Cada cosa, dice Aristóteles, obra conforme al sér que tiene; si el sér es limitado, halo de ser tambien su virtud y operacion. Ahora bien, el alma es una sustancia finita, contingente y condicional. Sus operaciones tienen que ser por consiguiente defectuosas, limitadas por todas partes, y sometidas á influencias que de mil maneras las determinan y modifican. Por lo que toca al entendimiento, ya hemos indicado cuán vario es, cuán imperfecto, inconstante y falible. La inteligencia conoce la verdad; mas no toda, ni de una vez, ni tampoco de la manera más perfecta. Nuestro conocimiento llega hasta donde alcanza la facultad de percibir lo verdadero y distinguirlo de lo falso; y esta facultad está circunscrita ya por los límites á que se extiende la mirada del espíritu, ya por la accion que ejercen en él los objetos exteriores y las impresiones que le comunican. Hasta el mismo conocer por demostracion, que, como hemos dicho varias veces, es carácter propio del conocimiento científico, arguye la imperfeccion de nuestro entendimiento, supuesto que es más perfecto ver la verdad inmediata y directamente, como lo ve todo el entendimiento divino, y aún como conoce el alma algunas cosas, por ejemplo, los llamados *primeros principios* de la razon.

Es cierto que á pesar de tanta imperfeccion, nuestra inteligencia alcanza acerca de las cosas que entiende, una cierta infalibilidad, no absoluta (pues esto pertenece sólo á Dios) sino relativa como todo lo que se refiere á nuestro sér, y solamente en aquellas proposiciones ó juicios cuya

verdad aparece iluminada con la luz vivísima de la evidencia. Pero ¡cuán rara es la vez que brilla á nuestros ojos tan esplendorosa claridad! ¡Cuán amenudo nos engañamos, tomando los fugaces destellos que brotan de la imaginación, por el resplandor propio de las cosas! ¡Cuántas precauciones hay que tomar, qué pruebas y repruebas son menester para sacar una verdad en limpio y tenerla por firme y seguramente demostrada! Aun en las ciencias puramente matemáticas, ¿no hay por ventura ejemplos de teorías dadas como ciertas por geómetras eminentes, y que han sido desechadas más tarde como incompletas y aún inexactas? Pues si esto sucede en la indagación de verdades puramente metafísicas, ¿cuán fácil será el que se deslice el error en aquellas en cuya demostración intervienen las potencias sensitivas, la imaginación, la memoria y otras facultades ocasionadas á continuas y casi inevitables equivocaciones?

Para entender mejor la imperfección de la ciencia humana, y formarnos al propio tiempo idea clara de su origen y naturaleza, conviene tener presente que en el desarrollo de los juicios, que son base del conocimiento científico positivo, el más útil, necesario y fecundo en aplicaciones, intervienen dos clases ú órdenes de ideas, es á saber: unas generales, absolutas y que se engendran y desenvuelven en la esfera más alta del entendimiento, y otras particulares, contingentes y relativas á objetos concretos y determinados. Las ideas generales por sí solas no pueden darnos á conocer los seres existentes, sus fenómenos ó alteraciones, ni las leyes á que estas van sujetas; pero si las juntamos ó aplicamos á las particulares y concretas, se establece entre estas y aquellas una influencia recíproca, una especie de fecundación y maravillosa actividad, de donde resulta la ciencia. Esta proposición, por ejemplo, «*todo sér contingente necesita una causa que lo produzca,*» aunque muy verdadera, nada dice ni resuelve en

el órden de los hechos; expresa una relación entre dos ideas, relación necesaria, muy verdadera en el órden metafísico ó ideal, y que puede tener su aplicación en la naturaleza de las cosas; pero que no la tiene de hecho, ni siquiera la supone ó incluye. Para que el valor ideal de la proposición se convierta en real, basta que la experiencia nos dé á conocer un objeto determinado, el mundo, por ejemplo, al cual podamos aplicar la idea ó verdad indicada en aquella relación. Con lo cual, uniendo la verdad ideal con la real, argumentamos de la manera siguiente: Todo sér contingente necesita una causa que lo produzca; pero el mundo es un sér contingente; luego ha necesitado una causa que lo produjese y sacase á la luz de la existencia. De esta manera construye la mente una verdadera ciencia positiva, apoyándose en dos bases: una, la verdad ideal, otra, la real; ó sea el dato suministrado por la experiencia. Pues bien; en esta aplicación, en el enlace de las ideas con los hechos, en el camino que recorre el entendimiento para pasar del órden metafísico al físico ó real, está el peligro de extraviarse. Porque los principios y las ideas de donde parte el entendimiento, podrán ser ciertos, evidentes é infalibles, como regla ó norma á que deben ajustarse los conocimientos experimentales; pero como esta aplicación no se hace muchas veces directamente, sino por una serie de proposiciones eslabonadas entresí, de suerte que la posterior derive de la que la precede su verdad y evidencia, ¿qué entendimiento habrá tan perspicaz, tan agudo y despierto que alcance toda la serie de proposiciones, y abarque de un extremo á otro los eslabones de esta cadena? Pues la adquisición del conocimiento y datos experimentales, ¿á cuántas dificultades va sujeta? ¿Quién nos asegurará de las ilusiones de los sentidos, de los trampantojos de la imaginación, potencia terriblemente eficaz, así para la verdad como para el error? ¿Quién guiará la mente entre estos escollos? y sobre todo,

¿quién disipará las nieblas que surgen de continuo del corazón, y enturbian la trasparente claridad del entendimiento?

Convengamos en que la seguridad del procedimiento científico depende de mil circunstancias que las más de las veces están fuera del dominio de la razón. Nos cuesta trabajo fijar el pensamiento en un objeto, nos cansamos de estudiarlo, divertimos fácilmente la atención á cosas é ideas extrañas, nos encariñamos con las preocupaciones que bebimos en la niñez, con los vicios de una mala educación y con las ideas torcidas que, sin saber de qué manera, se van arraigando en nosotros; y como además de todo esto, el corazón, según dice Pascal, tiene razones que la misma razón desconoce, si en el camino de nuestras investigaciones se atraviesa alguna pasión ó interés, será milagro que el entendimiento sometido á tales influencias no se desvie del recto sendero, y desamparando la verdad dé consigo en el abismo del error.

De aquí es, que el error se va insensiblemente infiltrando en nuestras especulaciones y razonamientos; con más frecuencia de lo que pensamos, somos víctimas de una influencia perniciosa, de una ilusión fatal, de una mentira inconsciente, con la cual nos engañamos á nosotros mismos y engañamos á los demás. Algunas veces podremos sospechar de la verdad de nuestros juicios, y poniéndolos á nueva prueba, ver cómo la bella imagen que halagaba la fantasía se desvanece cual sombra, y lo que considerábamos oro puro de la verdad, puesto al ensaye, aparece vano y despreciable oropel; pero otras veces ni aún esto es posible por no sospecharse el error, pues ni nuestra preocupación nos lo deja ver, ni nuestro amor propio é interés lo deja averiguar ¹. «Entre los natura-

¹ «Bien creo yo, dice el maestro Alejo Venegas, (*Diferencia de libros que hay en el universo*, lib. II, f. 55 v.^o), que si á los hombres les costase dinero errar, no se determinarían tan presto, teniendo tan á mano la pena.»

listas más competentes, dice Beutinger, se convendrá fácilmente en que el error en las cuestiones naturales es no sólo posible, sino hasta cierto punto inevitable ¹.» «Los sábios más circunspectos entre los que tratan esta clase de estudios, dice Huxley á propósito de la geología, insisten con razón en que los datos geológicos que hoy poseemos son todavía muy imperfectos. No tenemos más que fragmentos incompletos de la historia de nuestro globo. Por desgracia muchos olvidaron esta verdad, figurándose que podían decirnos todo cuanto pasó en época determinada en un punto cualquiera de nuestro globo; con esto fantasearon una historia más llena de fábulas y mentiras que las más fabulosas entre las historias de la antigüedad ².» Y aun cuando en muchos puntos se haya evidenciado la falsedad de las teorías de antiguos geólogos, «¿quién nos asegura, dice Reusch ³, que con el tiempo no se estimarán erróneas muchas de las teorías que nosotros creemos demostradas por la ciencia, y que dentro de cien años no escitarán la risa y la compasión las opiniones de nuestros geólogos más eminentes, como nos sonreímos nosotros al leer las de los geólogos del siglo décimo séptimo?» Lo que dicen Huxley y Reusch á propósito de los estudios geológicos, puede aplicarse á muchos otros ramos de la ciencia moderna á pesar de sus progresos incontestables. Con razón, pues, siguiendo el consejo de Dante Alighieri:

siate contenti umane genti al quia,

debemos contenernos y moderarnos en el empeño de señalar el por qué de las cosas; con razón debemos desconfiar de nosotros mismos, de nuestros juicios é investigaciones, y tener siempre en la memoria aquel hermoso di-

¹ Renan und das Wunder, p. 91

² *Sobre nuestro conocimiento acerca del lugar del hombre en la naturaleza*, p. 31.

³ *La Bible et la nature*, c. xvi.

cho de Aristóteles; es á saber: que en la inquisicion de los principios y razones de las cosas, no sólo es muy difícil averiguar la verdad, pero aún es de no poco mérito el saber dudar bien.

Hemos dicho más arriba que la causa de nuestros errores está no sólo en la imperfeccion de nuestras facultades, sino en la misma naturaleza de los objetos á que se aplican. Por grandes, por extensos y sublimes que sean los conocimientos que alcanzamos de las cosas, por muy adentro que penetremos en la naturaleza de los objetos que estudiamos, nunca llegaremos á conocer lo que tienen de más profundo y esencial. Lo que inmediata y directamente sabemos de ellos se reduce á algunos de sus accidentes y propiedades, por las cuales se revelan á nuestra mente. Así nuestra alma se manifiesta á la conciencia por el pensamiento y la voluntad; los cuerpos por su extension, calor, sonoridad y otras propiedades sensibles; las sustancias espirituales por algunos efectos por los cuales venimos en conocimiento de la naturaleza de estos objetos. Mas la misma naturaleza en sí, principio de las propiedades del ser, fundamento y raíz de sus accidentes, fondo misterioso del cual brotan las modificaciones, fenómenos y cambios que en él observamos, se esconde á nuestra investigacion; de donde resulta, que no conociendo inmediatamente esta esencia, el conocimiento de las propiedades y modificaciones que de ella dimanar, tiene que ser necesariamente imperfecto y ocasionado á mil errores y alucinaciones. Por esto, en muchos casos no podemos llegar á la ciencia verdadera, esto es, cierta, demostrativa y evidente de las cosas; tenemos que contentarnos con vislumbres ó atisbos de la verdad, agrupando hechos y casos semejantes, valiéndonos de la induccion y de la hipótesis; y de esta manera, tanteando y conjeturando, podremos llegar á una conclusion, más ó menos cierta, que unida á otras, contribuya al establecimiento de leyes par-

ticulares, las cuales á su vez nos podrán llevar al descubrimiento de otra más general y comprehensiva.

Finalmente, aunque viéramos inmediata é intuitivamente la esencia de las cosas, no bastaria esto para tener de ella un conocimiento perfecto, completo y adecuado; porque la ciencia perfecta es el conocimiento de todas las relaciones que unen y encadenan á todos los seres, desde Dios hasta el átomo, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño. Cada grado en esta escala vastísima aclara el grado que le precede y el grado que le sigue; el efecto indica la causa por ser imágen, rastro ó vislumbre de ella; la causa explica el efecto por ser su principio; todos los eslabones de esta serie, causas y efectos á la vez, dependen de aquella causa infinita que contiene en principio, virtud y eminencia, todas las causas y todos los efectos que sostiene uno y otro extremo de esta inmensurable cadena, y anima con su divina actividad todos los eslabones. De donde se sigue, que aún cuando conociésemos cada uno de estos anillos ó eslabones por sí, nunca podríamos llegar á conocerlos perfectamente sin comprender también la inmensidad de aquella Majestad Soberana, cuya esencia, considerada en su grandeza inmensurable y en sus infinitas relaciones, se ocultará para siempre á nuestro espíritu. Sólo el Espíritu divino, á la vez inteligencia y realidad, que junta en sí toda verdad, como junta todo el ser, manantial indeficiente de luz en el orden inteligible, más aún que el sol en el orden de la naturaleza, conoce adecuadamente todos los objetos, porque conociéndose perfectamente á sí mismo, conoce cuanto en él está virtualmente contenido y cuanto puede imitar y retraer sus soberanas perfecciones, así en el orden real como en el posible.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, hemos visto cómo nuestra inteligencia conoce la verdad; pero de una manera finita y relativa. Su ciencia está por

consiguiente ceñida y limitada por mil causas, unas que tienen su origen en la misma razón humana, más inclinada, como hemos visto, á seguir los instintos que la envilecen que los que la perfeccionan, y otras debidas á la manera imperfecta de su conocimiento, no ménos que á los misterios de que está rodeada la naturaleza de las cosas, cuya esencia, causa y raíz de sus modificaciones persevera, en parte, tenazmente oculta á la mirada del hombre, por viva y penetrante que sea. A pesar de esto, en la luz de nuestra inteligencia brilla un reflejo de la luz infinita. Su hermosa claridad nos levanta sobre todos los seres que pueblan el mundo visible, viste la naturaleza de incomparables encantos, y proporciona los goces más puros y suaves á nuestro espíritu. La ciencia humana nos introduce en el santuario de las grandezas divinas, nos da á conocer nuestros eternos destinos y los pensamientos que la mano de Dios grabó, modeló y redujo á formas visibles en el universo que se despliega á nuestra vista. Nuestra verdadera grandeza consiste en ver de meditar y copiar en nosotros mismos algunos de estos pensamientos; y el colmo de nuestra ciencia en persuadirnos de que fuera de lo que alcanzamos hay una infinidad de cosas que trascienden de todo punto lo que conocemos, y que jamás llegaremos á comprender.

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA CIENCIA, NECESIDAD DE LA FE.

HABIENDO estudiado el origen de la ciencia en el órden metafísico, su desenvolvimiento en la historia y los límites que necesariamente la circunscriben en el entendimiento humano, fijemos de nuevo en ella el pensamiento para averiguar sus tendencias ó instintos, y el fin á que naturalmente se endereza. Este estudio completará el análisis que venimos haciendo de su íntima naturaleza, y nos llevará como por la mano al exámen de sus relaciones con la fe ó verdad revelada.

La ciencia, como hemos dicho, es el producto natural y espontáneo de la inteligencia del hombre, el desenvolvimiento de esta misma inteligencia al contacto del mundo exterior, y el principio del desarrollo de las facultades que más nos perfeccionan y ennoblecen. Este conocimiento científico tiende á algun fin; hijo del entendimiento, participa de sus condiciones, instintos y vicisitudes, y se encamina al mismo fin á que aquel está destinado; de suerte que conocido el fin y naturaleza del entendimiento del hombre, será igualmente conocido el fin de la ciencia. Ahora bien; si la naturaleza y el fin de una facultad han de colegirse de la naturaleza de su acción, vemos desde luego que la acción del entendimiento no se termina en sí misma; conocemos, no por conocer solamente, sino para obrar conforme á lo conocido; el acto de enten-

consiguiente ceñida y limitada por mil causas, unas que tienen su origen en la misma razón humana, más inclinada, como hemos visto, á seguir los instintos que la envilecen que los que la perfeccionan, y otras debidas á la manera imperfecta de su conocimiento, no ménos que á los misterios de que está rodeada la naturaleza de las cosas, cuya esencia, causa y raíz de sus modificaciones persevera, en parte, tenazmente oculta á la mirada del hombre, por viva y penetrante que sea. A pesar de esto, en la luz de nuestra inteligencia brilla un reflejo de la luz infinita. Su hermosa claridad nos levanta sobre todos los seres que pueblan el mundo visible, viste la naturaleza de incomparables encantos, y proporciona los goces más puros y suaves á nuestro espíritu. La ciencia humana nos introduce en el santuario de las grandezas divinas, nos da á conocer nuestros eternos destinos y los pensamientos que la mano de Dios grabó, modeló y redujo á formas visibles en el universo que se despliega á nuestra vista. Nuestra verdadera grandeza consiste en ver de meditar y copiar en nosotros mismos algunos de estos pensamientos; y el colmo de nuestra ciencia en persuadirnos de que fuera de lo que alcanzamos hay una infinidad de cosas que trascienden de todo punto lo que conocemos, y que jamás llegaremos á comprender.

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA CIENCIA, NECESIDAD DE LA FE.

HABIENDO estudiado el origen de la ciencia en el órden metafísico, su desenvolvimiento en la historia y los límites que necesariamente la circunscriben en el entendimiento humano, fijemos de nuevo en ella el pensamiento para averiguar sus tendencias ó instintos, y el fin á que naturalmente se endereza. Este estudio completará el análisis que venimos haciendo de su íntima naturaleza, y nos llevará como por la mano al exámen de sus relaciones con la fe ó verdad revelada.

La ciencia, como hemos dicho, es el producto natural y espontáneo de la inteligencia del hombre, el desenvolvimiento de esta misma inteligencia al contacto del mundo exterior, y el principio del desarrollo de las facultades que más nos perfeccionan y ennoblecen. Este conocimiento científico tiende á algun fin; hijo del entendimiento, participa de sus condiciones, instintos y vicisitudes, y se encamina al mismo fin á que aquel está destinado; de suerte que conocido el fin y naturaleza del entendimiento del hombre, será igualmente conocido el fin de la ciencia. Ahora bien; si la naturaleza y el fin de una facultad han de colegirse de la naturaleza de su acción, vemos desde luego que la acción del entendimiento no se termina en sí misma; conocemos, no por conocer solamente, sino para obrar conforme á lo conocido; el acto de enten-

der, aunque perfecto en sí, se endereza naturalmente á mover la voluntad, le suministra los materiales sobre que ha de obrar, la ilustra con la noticia de las cosas sobre que debe ejercitar su libre albedrío, es, segun la pintoresca expresion de nuestros antiguos, su *page de hacha*¹, que la guía, alumbrá, sirve y atiende como á su reina y señora. Grande y hermosa cosa es un entendimiento sábio al cual definió uno de los más profundos escritores de nuestro siglo de oro², agradable espectáculo de verdades, ilustraciones y conceptos; pero mayor y más hermosa es una voluntad justa, hermosísimo teatro de buenos propósitos y deseos. «Todas las criaturas de este mundo, dice el Maestro Alejo Venegas, son maravillas de Dios para que por ellos vengamos en admiracion de Dios Omnipotente, Hacedor de todas las cosas, y de la admiracion en conocimiento, y del conocimiento en estimacion, y de la estimacion en obediencia, y de la obediencia en humillacion, y de la humillacion en la fe, y de ella vengamos en la esperanza y pasemos en la caridad con que amemos á Dios por Dios, y á nos en Él, y con Él, y por Él.» Aquel, en fin, es mayor delante de Dios, dice el Catecismo, que tuviere mayor caridad, sea quien fuere³. De esto resulta que el fin del entendimiento y de la ciencia es un fin imperfecto y subordinado á otro, y que no puede por consiguiente satisfacer por completo las tendencias, instintos y aspiraciones de la naturaleza racional. En efecto, no en conocer, sino en obrar, en producir actos ajustados á la regla y norma de nuestra vida, más que en inquirir, deslindar y penetrar la esencia de estos actos, consiste el fin de la perfeccion de nuestra naturaleza. «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es *todo el hombre*,» dice con admirable profundidad la

¹ Recordamos haber visto esta expresion en Granada, Rodríguez y Rivadeneira.

² Nierenberg, *Hermosura de Dios*, lib. II, c. 2.

³ *De las quatro diferencias de libros*, lib. II, c. 37.

Divina Escritura¹. En esta subordinacion del entendimiento á la voluntad y de las ideas á las acciones, consiste el orden de nuestra vida y la debida relacion y armonía de nuestras facultades. De lo contrario, si el conocer quedase reducido á vana y ociosa especulacion, ó lo que es peor, si la ciencia, en lugar de mejorar al hombre sirviese para pervertirle, extraviarle del sendero de la virtud y guiarle á los tenebrosos despeñaderos del mal, esto sería trastornar abiertamente el orden de las cosas, romper el lazo y subordinacion que guardan entre sí nuestras facultades, y servirse para incendiar el mundo de aquella antorcha que nos fué dada para hermosearlo con sus apacibles resplandores.

De este fin general de la ciencia nace la subordinacion que deben guardar entre sí los varios ramos ó divisiones de la sabiduría, y su estimacion é importancia respectivas. Hay conocimientos que, al par que perfeccionan la inteligencia, adoctrinan la voluntad, mostrándola el camino de sus deberes, enseñándola á distinguir entre lo justo y lo injusto, y las acciones buenas ó indiferentes y las malas y culpables, y disponiéndola y habilitándola de esta manera al mejor uso de su actividad y libre albedrío. Otros conocimientos hay que son puramente especulativos

¹ *Ecles.*, 12, 13. El P. Fr. Juan de los Angeles, en su hermoso libro *Triumphos del amor de Dios*, impreso en Medina del Campo, año de mdcx, fól. 26, hablando de la ventaja que hacen la voluntad y la virtud al conocimiento y á la ciencia, discurre de esta manera: «Dixo muy bien el bienaventurado Apostol Sant Pablo: el reyno de Dios no consiste en palabras bien ordenadas ni en razones metaphysicas, ni theológicas, sino en las buenas y virtuosas obras (1. Cor. 4.) Lo primero, por razon del efecto, porque virtud expelle es peccado, y no la Sciencia. Lo segundo, por razon del origen, porque la virtud infundela Dios, la Sciencia adquiérese por estudio y diligencia humana. Lo tercero, por razon del fin, porque el de la virtud es la vida eterna, y no el de la Sciencia. Lo quarto, por razon del objeto que el de la virtud es bien, y el de la Sciencia la verdad. El quinto, por razon de la materia ó sujeto, porque la virtud no se aposenta ni está sino en los hijos de Dios; la Sciencia en estos y en los que no lo son. Lo sexto, por razon de la seguridad, porque cosa más segura es ser el hombre bueno que philosopho. Lo séptimo, por razon de la honestidad, que mayor gloria es seguir á Christo que á Aristóteles. Lo último por razon de euitar los males; que si nuestros primeros padres, como estendieron la mano al árbol de la Selencia, la estendieran al de la vida, no incurrieran ellos y nosotros en tantos males.»

y teóricos; los cuales, si iluminan y enriquecen la inteligencia, recorriendo ante su vista las grandezas de Dios, las maravillas de la creación, y su belleza, unidad y armonía, no influyen en la voluntad, á lo ménos, inmediata y directamente. Aquéllos son los filosóficos, morales y religiosos; éstos, los físicos y puramente naturales. Los primeros, como que abarcan toda la naturaleza humana y tienden á mejorarla y ennoblecerla en todas sus potencias, son de más precio é importancia que los segundos, los cuales solamente perfeccionan una de sus facultades, que es el entendimiento. Por donde se ve de paso el error hoy día tan extendido, que ha pasado ya al lenguaje vulgar, y que consiste en la preferencia que en la clasificación de las ciencias dan muchos á las naturales ó matemáticas, denominándolas con el nombre de *ciencias*, cual si ellas lo fuesen preferentemente y por antonomasia, cuando son inferiores á las filosóficas y morales.

Establecida la división de los conocimientos humanos en unos que tienden á mejorar y perfeccionar la voluntad, y con ella á todo el hombre, y otros que desenvuelven, ilustran y ennoblecen solamente la inteligencia, surge una cuestión de suprema importancia en la discusión que llevamos entablada. Esta cuestión es la siguiente: ¿Cuál es el estado del entendimiento humano respecto á la adquisición de sus conocimientos, en especial los filosóficos, morales y religiosos, si no en toda su extensión, á lo ménos en aquella cantidad que es de todo punto necesaria á la perfección del hombre, á la dirección de su voluntad, y á la consecución de su fin moral en este mundo? ¿Cuál es su capacidad, prontitud y facilidad en procurarse estos conocimientos? ¿Cuál su constancia en retenerlos y perfeccionarlos? ¿Cuál su acierto en utilizarlos para los casos prácticos de la vida?

Estas preguntas pueden tener dos clases de respuestas, según que consideremos á la naturaleza humana desarro-

llándose en el orden histórico, y según que, abstrayendo de las circunstancias en que se encuentre en éste ó aquél individuo, consideremos al hombre en sí mismo, el objeto de sus facultades, el fin á que está destinado, los medios de que debe usar para conseguirlo, y las dificultades que encuentra naturalmente en la tendencia á este fin. Esto último ya lo hemos investigado, en parte, en el capítulo anterior, donde examinamos los límites que circunscriben la humana inteligencia, la trabajosa elaboración de sus conocimientos, y los peligros de extraviarse á que está sometida; y más adelante (hacia el fin de este capítulo) lo volveremos á considerar, si bien desde un punto de vista más alto y luminoso. En cuanto á lo primero, esto es, en lo que se refiere al estado y capacidad de la razón humana considerada en su desarrollo histórico, y respecto á los conocimientos filosóficos, morales y religiosos, necesarios á su perfección moral, es incontestable que todos los pueblos y naciones de la antigüedad, excepto el hebreo, por el cual velaba una Providencia especialísima, cayeron en errores monstruosos, sin que lograsen sacarlos de ellos los ingenios más ilustres.

El número escasísimo de verdades, que eran como el fondo común en que todos convenían, andaban miserablemente desfiguradas y revueltas con mil fábulas y desvaríos. De muchos deberes naturales, como el amor y reverencia á Dios, la caridad mútua y el perdón de las injurias, no hallamos en los pueblos antiguos ni rastro siquiera. El culto, consecuencia de su moral y de sus doctrinas religiosas, era absurdo, obscuro, cruel, sin que hubiese crimen que con él no se cohonestase, ni infamia de que no se hallase ejemplo en la vida de sus idolátricas divinidades, ni delito que no se cometiese en nombre de aquella flota de dioses, como dice hermosamente Fr. Luis de Granada, que en todas partes eran adorados y reverenciados. Las consecuencias prácticas de este sistema de enseñanza

en la vida de aquellos pueblos, nosotros, hijos de una civilización bautizada en las aguas salvadoras de Jesucristo, no podemos ni aún imaginarlas. Todos los crímenes, perversidades y abominaciones que hoy día yacen sepultados en las cárceles, en las galeras y en los presidios, no dan idea de los horrores y perversidades que se paseaban triunfantes por las ciudades paganas. En medio de los esplendores de una civilización realizada por todas las magnificencias del arte, de la industria, de la ciencia y de la literatura, vivía un pueblo inmenso entregado á todos los desórdenes de los vicios, olvidado de todos sus deberes, sumido en el cieno de todas las abominaciones, presa de todas las locuras, materia puesta al capricho del primer aventurero que tuviese bastante osadía para quererlo dominar. Doctrinas, leyes, costumbres, instituciones civiles y religiosas, todo tendía á depravar al hombre, á quitar todo freno á sus pasiones, á degradarlo y embrutecerlo. Châteaubriand, Gaume, Veuillot y otros escritores, han tenido valor para bajar á esta sentina y contemplar y describir sus horrores. Nosotros no queremos manchar estas páginas con la narración de tales infamias. Baste á nuestro propósito el indicar que ni uno siquiera de los sábios y filósofos de la antigüedad se libró del contagio; ni uno hubo que se abstuviese de las ridículas supersticiones de su culto, que no creyese en sus fábulas y patrañas, y no se entregase á todas las infamias del crimen, condescendiendo con las propensiones de nuestra viciada naturaleza, violándola sin rubor, y haciendo gala de aquello mismo cuyo solo nombre afrenta y avergüenza á la humanidad. En este punto, los filósofos y moralistas más insignes, los oradores celeberrimos, los famosos poetas y los historiadores más profundos, y todos aquellos que parecía habían de ser la flor de la naturaleza humana y su lustre y hermosura, se confunden con el vulgo más abyecto y soez. Su ingenio y sabiduría, y el testimonio irrefragable

de la divina Providencia que veían grabado en toda la naturaleza con caracteres indelebles, no sirvieron sino para hacer mayores su envilecimiento y su deshonra. Así, temiéndose por sábios¹, se hicieron necios, mudaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de serpientes; trocaron la verdad de Dios por la mentira, y sirvieron á la criatura antes que al Criador, por lo cual Dios los entregó á las concupiscencias de su corazón, á la corrupción y á sus infames deseos, al desenfreno de pasiones vergonzas, llenos de toda iniquidad, de lujuria, de avaricia, de envidia y engaño, aborrecidos de Dios, detestándose mutuamente, sin fe, sin caridad, sin misericordia.

En sus escritos, admirables por su forma y estilo, brillan á veces hermosos pensamientos y máximas de virtud; mas á poco que se examinen se ve que sus autores, ó no entienden lo que dicen, ó al lado de las sentencias morales se sorprenden monstruosos absurdos que las desmienten y desfiguran. En las cuestiones de verdadera trascendencia todos disparatan y se confunden. Acerca de la inmortalidad del alma, por ejemplo, Aristóteles es ininteligible; Platon á vuelta de los resplandores de aquel estilo de quien decía el príncipe de los oradores romanos que si Júpiter hablara en griego usaría sin duda el lenguaje de Platon, se embrolla y contradice lastimosamente, sin que sepa el lector á qué atenerse; Marco Tulio se levanta en el *Sueño de Escipion* á las esferas de la más sublime filosofía para despeñarse desde allí en los abismos de la duda; Séneca está indeciso; Plutarco hipotético, y los demás tan pronto se inclinan á un lado como al otro, sin saber á qué atenerse.

La confusión y la contradicción son aún mayores en lo moral. El olvido de Dios y un desprecio absoluto del hom-

¹ Roman 1.

bre resaltan en todas sus enseñanzas. Los mayores crímenes aparecen en sus historias como la cosa más natural del mundo; justifican en sus tratados de moral las tiranías más horribles, y en sus leyes se asientan, con una imperturbabilidad que hiela el corazón, los principios más crueles y sanguinarios. Así Aristóteles recomienda el infanticidio, la esclavitud, el odio y la venganza; Horacio, cerdo de la pira de Epicuro, como él mismo se define, proclama con cínica crueldad que no es bastante una muerte para la Vestal impura; Platon ahoga los más bellos sentimientos de la madre y de la esposa, condena á perecer al esclavo, y sacrifica sin piedad á los niños mal formados, como ineptos para su República; Ciceron alaba la venganza, el perjurio y el suicidio; Séneca la embriaguez; en una palabra, no hay dislate tan absurdo, al decir de uno de sus sábios más ilustres, que no haya enseñado alguno de sus filósofos. Tales eran las doctrinas de los sábios de la antigüedad; tales los ejemplos de los que habian de ser luz y espejo de las naciones. Evidentemente, como dice San Agustin, Platon y los suyos no habian nacido para iluminar á los pueblos y sacarlos de la locura idolátrica universal, al culto verdadero del verdadero Dios. Discurriendo sobre la virtud, corrompieron al mundo; y los esfuerzos y adelantos de su filosofía conspiraron á oprimir á los pobres y desvalidos, al niño, á la mujer, al esclavo, al pueblo. El cual, pervertido en su entendimiento, enagenado de la vida de Dios por su ignorancia y por la ceguedad de su espíritu, y agitado por el vértigo de la desesperacion, corria á los abismos de la dissolution, impureza y avaricia, resultando de aquí un estado tan espantoso, que para convertirlo en el infierno no se necesitaba sino que Dios hiciese bajar allí la eternidad. La tierra gemia oprimida por el peso de tantas maldades; una misteriosa inquietud agitaba los corazones, y de todos los pechos se escapaba aquel grito que siglos

antes habia resonado como gloriosa esperanza en los labios del profeta de Israel: ¡Oh Cristo! ¡Oh Príncipe de paz! ¡Oh Pureza infinita! ¡Oh Amor inefable! ven á remediar nuestros males; ven á mostrarnos el camino de la virtud, á perdonar á la mujer pecadora que llora arrepentida, y poner tus manos divinas sobre la frente de la inocencia; ven á establecer en las almas el glorioso reinado de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia; *propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, intende, prospere procede, et regna* ¹.

Cristo vino; la gracia y la misericordia de Dios se manifestaron á los hombres, y llegada la plenitud de los tiempos (como dice San Pablo) el Verbo del Padre, resplandor de la sustancia infinita, destello substancial de la sabiduría increada, Eterno Dios é Hijo del Eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su misericordioso advenimiento, nace en Belen de Judá, de la Virgen María, hecho hombre. Pasa los primeros años de su vida oculto en la aldea de Nazaret, y venido el tiempo determinado por la Eterna Sabiduría, la luz que habia estado escondida irradiaba por el mundo y se descubre y manifiesta á los hombres, para que todos vean su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.

La aparicion de Jesucristo en la tierra es el espectáculo más admirable que se ha ofrecido jamas á los ojos de los ángeles y de los hombres. La Majestad de Dios va con él y el amor infinito que arde en los cielos destella en sus acciones, palabras y pensamientos. Jamas ha aparecido la virtud más hermosa y atractiva que en la persona del Salvador; jamas han visto los siglos corazón más puro, más casto y amoroso que su corazón; jamas han oido doctrinas más santas y luminosas como las que brotan de sus labios divinos. Nada hay, á primera faz,

¹ Psalm. XLIV. 5.

extraordinario en su enseñanza, como tampoco en su vida exterior. Sus discursos son sencillos, su estilo llano y al alcance de todo el mundo; y sin embargo, su voz rinde los corazones más soberbios y quebranta las más endurecidas voluntades. La claridad de su enseñanza abre á las almas horizontes infinitos, por donde se extiende la mirada del espíritu atónito y embelesado. A los resplandores de esta luz descubre el hombre la unidad del Sér divino, su Padre, su Providencia, su principio y su fin; conoce la gravedad del pecado, ofensa contra la divina Majestad, y desacato á sus soberanas perfecciones, aunque sea de pensamiento no más, y

en los pliegues se oculte del deseo;

sabe la ley de su existencia, su destino sobrenatural, la igualdad entre todos los hombres, sin diferencia de libre y esclavo, de siervo y de señor, de bárbaro y de civilizado; gradúa la calidad y nobleza de los hombres, no por el estado de las personas, sino por la nobleza de las almas, porque delante de Dios, aquel sólo es libre que no es siervo del pecado, y aquel noble que es ilustre por sus virtudes; descubre la santificación de la union conyugal y la elevacion de la mujer de la abyeccion de esclava á la nobleza de compañera; ve desvanecerse los límites de las nacionalidades, de los pueblos y tribus, para formar una sola grey con un sólo pastor, una sólo fe y un sólo bautismo; vislumbra el plan de la creación, su razon final, su unidad y armonía; finalmente, así como de la gracia de Cristo nacen y se esparcen por el mundo todas las virtudes, así de su divina palabra fluyen todas las verdades. Por la virtud de esta palabra y por la soberana influencia de esta gracia, aparece un mundo de cosas de todo punto desconocido ni sospechado por los ingenios más ilustres de la antigüedad. La vida de Cristo, desarrollándose pacíficamente en un rincon del imperio romano, al par de las

enseñanzas más sublimes, ofrece ejemplos de virtud para todas las circunstancias de la vida, consuelo para todas las tribulaciones, esfuerzo y aliento incomparable para todas las contrariedades y amarguras que puedan sufrirse en la tierra. La luz que brota de estas acciones divinas descubre al espíritu del hombre, un ideal de santidad al cual aspirará incesantemente su corazon; y en el término y remate de esta vida divina, en aquella ocasion, la más alta que vieron los siglos, en aquel instante sublime en que el Redentor de los hombres puesto y levantado en la cruz,

entre las iras del cielo
y los delitos del mundo,

ofrece á Dios el sacrificio de su sangre por la redencion del linaje humano, surge impetuoso el raudal de las misericordias divinas, que derramándose por todo el cuerpo de la humanidad, la fecundiza y hermosea y hace brotar de su corazon los gérmenes de virtud que habian sembrado en él la palabra y el ejemplo del Divino Maestro.

A la influencia de esta misericordiosa redencion todo cambia y se transforma. El género humano, que parecia haber llegado al extremo de perversidad y al abismo de su perdicion, se levanta esforzado y rejuvenecido por una virtud divina; artes, ciencias, instituciones políticas y sociales, todo lo renueva, mejorándolo inmensamente la eficacia de tan soberana virtud. El sentimiento de las cosas grandiosas y sublimes que domina en el Oriente; el sentimiento de la belleza estética cultivado por los griegos; el sentimiento del derecho y de la justicia, encarecido por los romanos, son á su vez transfigurados y perfeccionados por Aquel que siendo la santidad esencial, puede Él sólo santificar todos los séres, ennoblecerlos y levantarlos sobre la esfera de las cosas sensibles.

De esta manera brota de la fuente manantial de la sabiduría increada, y se extiende y esparce por el mundo

el tesoro de conocimientos, gracias y esfuerzos necesarios á la perfeccion y felicidad del linaje humano. Así se comunican á los hombres los secretos de Dios, lo que el Verbo del Padre oyó de Él, lo que vió, lo que le fué enseñado para que lo enseñara y comunicara á los hombres; así se destruye el imperio del príncipe de las tinieblas y se establece en la tierra el reino de la verdad, de la luz, de la libertad del alma, donde encontrará el linaje humano su felicidad, la luz de su entendimiento y el esfuerzo de su corazón, y que permanecerá firme é incontrastable hasta que los resplandores que lo iluminan se conviertan en el piélago de luz, de verdad y de amor en que se abisma la Deidad Soberana.

Con esta divina Revelacion se cumplieron los vivos deseos y el ánsia y expectacion universal con que toda la humanidad suspiraba por un guía seguro, un doctor y maestro infalible que la dirigiese en el conocimiento de las infinitas cuestiones que fatigaban su inteligencia. Después de mil rodeos y extravíos, el género humano volvió al camino de la verdad, del cual se habia apartado. Y de esta manera se verificó aquella hermosa leyenda que refiere Platon en el diálogo *El Político* 1; segun la cual el linaje humano que, desamparadas las enseñanzas divinas, corria á abismarse en el *espacio infinito de la division*, habia de volver á su primer principio, guiado y conducido por el mismo Dios; quien puesto y colocado á su frente, y continuando el movimiento primitivo, repararía los estragos causados por el genio del mal, reformaría y orde-

1 No es posible leer esta parte del diálogo de Platon, sin confirmarse en la persuasion de que el filósofo griego, al referir estas leyendas,

aunque piensa lo que dice,
más dice de lo que piensa,

repetiendo, aunque oscurecidas, muchas de las doctrinas y tradiciones sobre el origen y destino del linaje humano, tales como constan en la Biblia, y de que se hallan rastros en las historias de todos los pueblos.

naría el mundo, y librándole de la muerte le conduciría á las regiones de la verdad, de la luz y de la vida.

Esta necesidad de una revelacion sobrenatural no era solamente moral, esto es, dependiente de la dificultad que tienen generalmente los hombres de conocer, con la extension, claridad y certidumbre convenientes, los principios que son la base de su vida religiosa, sino que tambien era física por razon del fin á que ordenó al hombre la Divina Providencia. Y aquí llegamos á la segunda manera de respuesta que se puede dar á la pregunta que hicimos más arriba sobre el estado, disposicion y capacidad de nuestra naturaleza, respecto á alcanzar los conocimientos necesarios al desarrollo de sus facultades y al conseguimiento de su fin en este mundo. La cual respuesta ó solucion es de tanta gravedad é importancia, que no solamente pone en claro el fin á que debe enderezarse la ciencia del hombre, sino que resume toda la controversia de sus relaciones con la fe; por manera que, bien entendido este punto, todo lo demas se hará llano, inteligible y evidente.

El fin, dicen los filósofos, es la regla de todo lo demás; él es quien mueve al agente á obrar; quien determina las condiciones de su accion y la naturaleza de la obra ó efecto que de ella resulta. Ahora bien, ¿cuál es el fin de la naturaleza humana? ¿Cuál fué el intento de Dios al criarla, el término de sus acciones y movimientos y el objeto necesario de sus tendencias en el orden actual de la Divina Providencia?

Para contestar á estas preguntas con la debida claridad, asentamos desde luego que el fin último de la criatura racional ha de consistir precisamente en el desenvolvimiento, perfeccion y satisfaccion de sus facultades más excelentes y supremas, y por las cuales deben dirigirse y gobernarse las demas. Estas facultades son, el entendimiento en el orden de las potencias cognoscitivas, y la

voluntad entre las afectivas; por manera que entonces habrá alcanzado el hombre su perfeccion y su fin y destino moral, cuando el entendimiento contemple la suma verdad, y la voluntad descansa y se satisfaga, sin peligro de perderlo, en la posesion del Sumo Bien. Esta verdad y bondad suprema residen necesariamente en Dios, esencia soberana que abraza y contiene en sí toda la verdad como contiene todo el sér, y que siendo infinitamente buena y amable en sí, hace buenas y amables todas las cosas. De donde se sigue que en el conocimiento y amor de la esencia divina reside el último fin de la criatura racional. Mas este conocimiento y amor de Dios pueden ser de dos maneras, ora se acomoden y proporcionen á lo que de suyo exigen las facultades del hombre consideradas en su perfeccion natural, ora convengan y correspondan á la exigencia de estas mismas facultades, de tal manera ennoblecidas y levantadas sobre su natural condicion, que el entendimiento, que de suyo no exigiria más, que el conocimiento de Dios, imperfecto, mediato y abstractivo, le conozca inmediata é intuitivamente, y la voluntad le ame y se adhiera á él con un amor correspondiente á tan perfecto conocimiento.

Considerado del primer modo el fin del hombre, puede llamarse *natural*, pues es conforme á lo que piden los constitutivos naturales de su esencia y el desarrollo natural de sus facultades; considerado del segundo, debe llamarse *sobrenatural*, pues depende de un auxilio, dón ó prerogativa que está sobre su naturaleza y que le es comunicada por la bondad y liberalidad divina. Esto supuesto, se pregunta: ¿á cual de estos dos fines destinó Dios al hombre? ¿En qué orden le colocó? ¿De qué manera dispuso que se desarrollaran sus facultades y lograran su término, su perfeccion y complemento? Entiéndase bien que no hablamos aquí de lo que Dios podía hacer, sino de lo que hizo; no de lo que exige la naturaleza de las cosas en sí,

sino de lo que exigió y ordenó la divina voluntad; en una palabra, no tratamos de la perfeccion esencial y objetiva de la naturaleza humana, de los bienes naturales y de los que á estos se siguen, sino de los que Dios sobrepuso á ella segun el orden, voluntad y disposicion de su Providencia. Pues bien; lo que Dios dispuso, lo que ordenó y trazó en el plan de su Providencia, fué colocar al hombre en tal estado, que su fin no se circunscribiese al desarrollo natural de sus potencias y facultades, sino que se levantase á una esfera más alta, más sublime y aventajada, en la cual el hombre, que por derecho natural no podía aspirar más que á una contemplacion y amor de la divina esencia imperfectísimos, gozara de la vision perfecta, inmediata é intuitiva de Dios y del amor que nace de tan soberana contemplacion. Este fin sobrenatural dependiente del acto de la voluntad de Dios, no fué propuesto á la eleccion de nuestra libertad, sino impuesto por su Soberana Providencia. El decreto de nuestra exaltacion á tal estado fué anterior al de nuestra creacion; la bendicion espiritual en el Hijo de Dios nos fué otorgada desde el principio, antes de la constitucion del mundo; en él fuimos creados como por él habiamos de ser redimidos. Por ningun caso ni de ninguna manera podemos sustraernos á este orden. Jesucristo, Rey inmortal de los siglos, heredero de todas las cosas á quien el Padre dió todo poder en el cielo y en la tierra, padeció muerte de Cruz para salvar y redimir á todos los hombres. Todos son llamados á participar de los beneficios de esta gloriosa Redencion; hasta el punto de que los que no entren en la gloria por la virtud de su sangre divina, serán apartados de la vida de Dios y condenados á muerte sempiterna por la virtud de esta misma sangre, que clamará contra ellos con más fuerza que la de Abel contra el fratricida Cain. Tal es la doctrina fundamental del cristianismo, doctrina proclamada á boca llena por Jesucristo, los Apóstoles, la

Iglesia, y que confirman y atestiguan todas las pruebas y argumentos incontestables que demuestran el origen divino de la Religión.

Este fin sobrenatural de la naturaleza humana, es llamado en las Sagradas Escrituras *vida eterna, participación ó semejanza de la vida Divina*. Para entender el profundo significado de estas palabras, hay que tener en cuenta que habiendo en todo acto intelectual y afectivo un principio, sujeto ó recipiente de la acción, y un objeto en que esta se termina, lo que especifica la naturaleza, el modo y la forma del movimiento vital, no es tanto el sujeto donde reside la acción, cuanto el objeto á que esta se refiere. El acto, decían los escolásticos, se especifica por el objeto. Pues bien; tanto en la visión intuitiva con la cual Dios se conoce á sí propio, como en aquella por la cual el alma levantada y esforzada por la gracia divina conoce á Dios inmediatamente, la misma Deidad es el término del conocimiento. Aunque separadas la sustancia divina y humana por un abismo inapeable, ambas en este caso son iluminadas por la misma luz, respiran el mismo amor, y participan de la misma vida. En el acto por el cual el alma del bienaventurado ve á Dios intuitivamente, la divina esencia se aplica á la facultad ó potencia que la percibe; es para ella el término del conocimiento, la realidad inefable que, imprimiéndose en el espíritu del hombre, lo informa, é informándolo se le manifiesta y revela, y revelándosele le hace participante de la vida divina. De lo cual se sigue que si los medios han de ser proporcionados al fin, si lo que se acaba y completa en la gloria ha de principiar de alguna manera en esta vida, la visión de Dios, oscura, discursiva y mediata de que gozamos naturalmente, no puede ser medio para la clara, intuitiva y perfecta que ha de ser nuestro premio y bienaventuranza, supuesto que las dos maneras de conocer difieren inmensamente. ¿Cuál será, pues, el medio propio

y adecuado para alcanzar aquel fin? ¿Quién nos franqueará esta puerta? ¿Quién nos dispondrá y habilitará para la consecución de bien tan soberano? Únicamente la fe. Porque prescindiendo de si Dios podía conducir por otros medios y caminos á la criatura racional al fin á que está destinada, y ateniéndonos al orden actual de la Providencia, la disposición y decreto de la divina voluntad fué que la virtud de la fe fuese el principio de nuestra justificación, la llave que nos abriese el tesoro de sus misericordias, y la puerta por donde entrásemos en el reino de su gracia. El que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere será condenado, decía Nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles ¹ como último legado y Testamento de su soberana voluntad. La fe es el medio necesario de nuestra salvación. Sin la fe nadie es justificado, nadie puede moverse en la esfera en que Dios fué servido de colocar al hombre, nadie puede vivir la verdadera vida; porque sin fe es imposible agradar á Dios, supuesto que es necesario que el que se llega á Dios crea que hay Dios, y es remunerador de los que le buscan. Y quien ó no quiere abrazarla, ó despues de haberla poseído y confesado se apartare de ella, queda necesariamente excluido del reino de Dios, desamparado de la vida divina, y árbol seco y maldonado sólo bueno para el fuego del infierno ².

Por manera que la fe no es tan sólo una necesidad que llaman de *precepto*, sino que, supuesto el destino del hombre en el orden actual de la Providencia á un fin

¹ Mar. xvi, 17.

² Esta necesidad de la fe para la consecución de la gloria y vida eterna, no es solamente para los que habiéndola recibido virtualmente en el Sacramento de Bautismo, pertenecen al Cuerpo de la Iglesia, sino también para los que existieron antes de la Encarnación del Hijo de Dios, y para los que despues de esta Encarnación viven actualmente separados de la Iglesia, aunque, si esto es sin culpa suya, no vivan alejados de la bondad y misericordia infinita de Dios. La manera cómo se atiende á esta necesidad, no toca al débil entendimiento del hombre penetrarla. Dios, rico en misericordia y cuya sabiduría se extiende de un extremo á otro con fortaleza y lo dispone todo con suavidad, tiene medios desconocidos á la flaca inteligencia humana, por los cuales se comunica á las criaturas, y las lleva cooperando ellas al fin y término que les tiene señalado.

sobrenatural, es tambien una necesidad absoluta, física y como llaman de *medio*, y tan esencial para vivir la vida divina á que estamos destinados, como lo es la misma razon para la vida intelectual que en nosotros naturalmente se desenvuelve.

Esta economía de la Redencion, áun en lo poco que puede el hombre discurrir ó alcanzar de tales misterios, aparece admirable y verdaderamente divina. Porque ya que estábamos destinados á un fin sobrenatural, que es la vision clara é inmediata de Dios en sí mismo, fué convenientísimo que este fin sobrenatural lo alcanzase el alma por un acto que, siendo sobrenatural por el principio de que procede, lo fuese sobre todo y principalmente por el objeto que se termina; de suerte, que todo el acto tendiese y se proporcionase á la contemplacion inmediata de la Divinidad. Todo lo cual se obtiene por la fe, pues si su principio es sobrenatural y divino, como explicaremos adelante, su objeto y el término de su movimiento, que, como hemos dicho, lo determina y especifica principalmente, es la misma ciencia que tiene Dios de sí por una idea ó concepto tan inmediato y directo, que se confunde con la misma esencia soberana, ciencia que nos es comunicada por medio de la Revelacion y que nosotros nos apropiamos y hacemos como nuestra por medio del acto de creer. ¡Fuerza divina y milagrosa de la fe! Ella constituye la prerogativa más admirable de nuestra inteligencia; es una aureola de la luz que, emanada de las profundidades de la Divinidad, invisiblemente rodea nuestra frente; una extension inmensa de nuestras fronteras ó aledaños intelectuales; una manera de proporcion ó acomodamiento de nuestra vida pobre y defectible, á la vida íntima, perfectísima é incomprensible del sér infinito; la puerta que nos introduce á lo más escondido de los divinos misterios; la energía admirable con la cual, esforzada el alma, se levanta, y pasando de vuelo sobre todos los cielos, y sobre

todas las cosas criadas, y sobre cuanto puede por sí misma entender, conoce las ideas, los pensamientos y acciones de la divinidad, y esto no con duda, sino con certidumbre infalible y verdad de Dios; y á la luz del conocimiento añadiéndosele el vigor de la esperanza, que la levanta y vivifica, y á la fe y á la esperanza siguiéndose el ardor de la caridad, con la cual ama á Dios sobre todas las cosas y á todas las cosas en Dios, ve completarse aquella harmonía divina que resplandece en todo el universo, así material y visible como invisible y espiritual, que se refleja en su entendimiento y en su corazon, y que le dice con voz elocuentísima, engendradora de los más suaves y dulces sentimientos, ser Dios la vida de su alma, el centro de sus aspiraciones y deseos, el primer principio como el último fin y paradero de todas las cosas.

sobrenatural, es tambien una necesidad absoluta, física y como llaman de *medio*, y tan esencial para vivir la vida divina á que estamos destinados, como lo es la misma razon para la vida intelectual que en nosotros naturalmente se desenvuelve.

Esta economía de la Redencion, áun en lo poco que puede el hombre discurrir ó alcanzar de tales misterios, aparece admirable y verdaderamente divina. Porque ya que estábamos destinados á un fin sobrenatural, que es la vision clara é inmediata de Dios en sí mismo, fué convenientísimo que este fin sobrenatural lo alcanzase el alma por un acto que, siendo sobrenatural por el principio de que procede, lo fuese sobre todo y principalmente por el objeto que se termina; de suerte, que todo el acto tendiese y se proporcionase á la contemplacion inmediata de la Divinidad. Todo lo cual se obtiene por la fe, pues si su principio es sobrenatural y divino, como explicaremos adelante, su objeto y el término de su movimiento, que, como hemos dicho, lo determina y especifica principalmente, es la misma ciencia que tiene Dios de sí por una idea ó concepto tan inmediato y directo, que se confunde con la misma esencia soberana, ciencia que nos es comunicada por medio de la Revelacion y que nosotros nos apropiamos y hacemos como nuestra por medio del acto de creer. ¡Fuerza divina y milagrosa de la fe! Ella constituye la prerogativa más admirable de nuestra inteligencia; es una aureola de la luz que, emanada de las profundidades de la Divinidad, invisiblemente rodea nuestra frente; una extension inmensa de nuestras fronteras ó aledaños intelectuales; una manera de proporcion ó acomodamiento de nuestra vida pobre y defectible, á la vida íntima, perfectísima é incomprensible del sér infinito; la puerta que nos introduce á lo más escondido de los divinos misterios; la energía admirable con la cual, esforzada el alma, se levanta, y pasando de vuelo sobre todos los cielos, y sobre

todas las cosas criadas, y sobre cuanto puede por sí misma entender, conoce las ideas, los pensamientos y acciones de la divinidad, y esto no con duda, sino con certidumbre infalible y verdad de Dios; y á la luz del conocimiento añadiéndosele el vigor de la esperanza, que la levanta y vivifica, y á la fe y á la esperanza siguiéndose el ardor de la caridad, con la cual ama á Dios sobre todas las cosas y á todas las cosas en Dios, ve completarse aquella harmonía divina que resplandece en todo el universo, así material y visible como invisible y espiritual, que se refleja en su entendimiento y en su corazon, y que le dice con voz elocuentísima, engendradora de los más suaves y dulces sentimientos, ser Dios la vida de su alma, el centro de sus aspiraciones y deseos, el primer principio como el último fin y paradero de todas las cosas.

CAPÍTULO V.

NATURALEZA DE LA FE.

SUPUESTA la necesidad de la fe para que el hombre pueda alcanzar el fin á que está destinado, conviene hacer un análisis minucioso de los elementos que la constituyen, como lo hicimos en el primer capítulo de este ensayo con los elementos de la ciencia, á fin de que, conocida su íntima naturaleza, podamos comparar unos con otros, y ver las relaciones de armonía ó divergencia que resulten de dicha comparación.

Los elementos que componen la fe aparecen clarísimos en unas palabras del Concilio Vaticano, que se leen al principio del tercer capítulo de la primera constitucion dogmática, intitulada *De la fe católica*; palabras breves y compendiosas en su enunciacion, pero llenas de sentido, admirables por su precision y claridad, y que resúmen á maravilla toda la enseñanza cristiana sobre punto tan importante. Dicen así: «Acerca de esta fe, principio de la salvacion del hombre, enseña la Iglesia católica ser una virtud sobrenatural, con la cual, aspirando y ayudando la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que el mismo Dios nos ha revelado, no por conocer con la luz natural de la razon la verdad intrínseca de las cosas, sino por la autoridad de Dios que nos las revela, y que no puede engañarse ni engañarnos.» La explicacion y desenvolvimiento de estas palabras nos dará á conocer íntimamente los elementos de que se compone la fe.

Ya hemos visto que el hombre está destinado á un fin sobrenatural; que su vida, segun la ordenacion de Dios, tiene que desarrollarse en una esfera superior á sus facultades naturales, y que el objeto y el término final de estas facultades, es á saber, de su entendimiento y de su voluntad, no solamente exceden á cuanto alcanzan actualmente, sino tambien á cuanto naturalmente pueden alcanzar. Este fin, es claro que no puede lograrse sino por actos á él proporcionados. Para lo cual, así como los actos naturales proceden, como de sus principios inmediatos, de ciertas potencias ó facultades del alma que radican en ella permanentemente, y que ejercen su eficacia y se desarrollan á lo exterior por la accion de su innata actividad, de igual manera es necesario suponer en el hombre una virtud especial y divina que, perfeccionando al alma, la mueva y active, y sea el principio normal y ordinario de sus actos sobrenaturales, ni más ni menos que el entendimiento, por ejemplo, lo es de las ideas y racionios, y la voluntad de nuestras resoluciones, determinaciones y querer. Este principio ó facultad es la fe, virtud divina que tiene su raíz, fundamento y origen, no en la naturaleza del hombre, sino en el poder y esencia de Dios, y que trasciende las potencias naturales con toda la ventaja y superioridad que tiene la gracia sobre la naturaleza. Esta virtud de la fe, nace en el alma, y crece y se desarrolla en ella, y produce sus actos por la influencia de la gracia, que es una fuerza ó auxilio de Dios que mueve y ayuda y coopera con el hombre en las acciones y movimientos con que tiende á su destino sobrenatural. Mas como este principio eficiente y primordial del acto de fe, esto es, la accion inmediata de Dios en el alma, no entra directamente en la cuestion que aquí tratamos de resolver, que son las relaciones de la fe con la ciencia, prescindiendo por ahora de este elemento, vamos á estudiar más detenidamente otros que interviniendo en el acto de fe,

se relacionan más propia y directamente con la ciencia.

El acto de fe, dice el Concilio Vaticano, consiste en la afirmación de la verdad, no porque de ella tengamos evidencia directa é inmediata, sino por la autoridad de Dios, que se digna proponerla á nuestra creencia. Apoyados en el testimonio divino, tenemos por cierto lo que nos dice, precisamente porque nos lo dice, y porque al decírnoslo no puede engañarnos, como tampoco Él mismo se puede engañar. Por manera, que todo acto de fe es múltiple y complejo, y en él, si bien lo examinamos, asentimos verdaderamente á tres verdades: la primera es la proposición ó verdad que nos es manifestada, por ejemplo, la Trinidad de personas en Dios, ó la Encarnación del Verbo; la segunda es la autoridad de Dios que puede y quiere revelar esta verdad, y la tercera el hecho concreto de haberla Dios revelado. El asentir á las dos últimas proposiciones ó asertos, es absolutamente necesario para la perfección del acto de fe, ya se considere este asentimiento como un acto doble, ó sea un asentimiento á dos verdades distintas, ya como uno sólo, pero complejo, y que tenga por objeto la autoridad de Dios revelándonos una verdad determinada. La razón de esto es clara y manifiesta. Porque para creer una verdad revelada por Dios, no basta el conocer la autoridad de Dios en sí misma, si no se sabe la relación que tiene esta autoridad con la verdad propuesta á nuestra creencia. Ni tampoco basta conocer el hecho de una revelación particular y concreta, si no sabemos además que procede de Dios infalible así en el conocer como en el revelar. De donde resulta, que el acto de fe es una especie de discurso ó racionio; es á saber: el asentimiento á una verdad ó proposición en virtud de otras dos ya conocidas de antemano, á las cuales, al creer, se adhiere, ya explícita, ya implícitamente, el entendimiento, y que por lo tanto pueden llamarse *principios* de la fe. Por esto dice Santo Tomás que el testimonio de

Dios, verdad primera y fundamental, viene á ser en el acto de creer lo que en la demostración científica la razón, causa ó principio que verifica la consecuencia que de ella dimana.

Para ver mejor la relación que une entre sí á estas tres verdades, es á saber: la proposición concreta y determinada que se cree, por ejemplo, la Encarnación del Verbo de Dios, la autoridad divina y el hecho particular de la revelación, conviene tener presente que á Dios, verdad infinita, no debemos más que un asentimiento en cierto modo indeterminado y universal; por el cual, como criaturas racionales que somos, y en todo sometidos á su soberana voluntad, debemos estar dispuestos á tener por necesariamente verdadero y digno de ser creído, todo cuanto la misma infinita verdad sea servida de manifestarnos. Este asentimiento no es un asentimiento absoluto á esta ó aquella verdad, sino un asentimiento hipotético y condicional, por el cual afirmamos que si Dios revela alguna cosa, ha de ser tenida necesariamente por verdadera, y como tal, debe ser creída. De aquí es, que Santo Tomás, concediendo que los infieles, si admiten la existencia de Dios, han de admitir también que caso que revele alguna verdad no puede ménos de ser creído, pone la diferencia entre el cristiano y el infiel, en que éste no cree á Dios en el caso particular en que el cristiano afirma haber Dios manifestado al hombre una verdad determinada. «De manera que no está su infidelidad, como dice el maestro Alejandro Venegas¹, en negar que hay Dios, que no lo niegan; ni está en poner duda si dice verdad ó falsedad, que bien confiesan que, si es Dios, que es la suma verdad; ni está en dudar si lo puede hacer, que bien confiesan que es poderoso para hacer lo que quiere; mas por eso se dicen ser infieles, porque no se quieren llegar á Dios por la fe, dan-

¹ De las quatro diferencias de libros que hay en el universo, fol. 179 v.º

do crédito á Dios como á revelador de los artículos de la fe. De aquí queda manifiesto, concluye el maestro Venegas, que en este allegamiento con que el hombre se allega á la primera verdad como á reveladora de los artículos de la fe, está la última resolucion y paradero de las cosas creidas.

Por otra parte, es evidente que la razon y causa formal del acto de fe no está en el simple testimonio ó manifestacion de la verdad, sino en este mismo testimonio en cuanto es revelacion ó palabra de Dios que directa ó indirectamente se comunica con nosotros; de donde se vé la necesidad de que la autoridad de Dios, verdad infinita y sustancial, se junte y allegue al hecho concreto de la revelacion ó palabra divina.

Finalmente, como este acto de creer se engendra en nosotros y de nosotros procede, y por él de verdad obramos meritoriamente para nuestro bien y fin sobrenatural (presupuesta siempre la gracia y cooperacion divina), es absolutamente imposible creer una verdad, apoyados en la autoridad de Dios, si no conocemos esta misma autoridad que nos manifiesta ó infunde actualmente aquella verdad. Porque como el entendimiento no se mueve sino por lo que conoce, está claro que no conociendo la autoridad de Dios que nos revela una proposicion ó misterio, no podemos asentir á tal misterio ó proposicion movidos de la divina autoridad. De donde debemos concluir que Dios, verdad infalible, y revelándonos actualmente la verdad, es la razon formal del acto por el cual asentimos á lo que nos revela.

Y aquí ahondando y analizando más y más la naturaleza de este conocimiento, nos sale al encuentro una dificultad que ha fatigado los ingenios más eminentes, consiguiendo separar en dos bandos á los teólogos escolásticos de los últimos siglos, á cuyo frente figuran respectivamente dos de las mayores lumbreras de la Teolo-

gía moderna, el Padre Francisco Suarez y el Cardenal Juan de Lugo. Mirando á la brevedad, no haremos sobre punto tan espinoso más que las brevísimas indicaciones que sean convenientes para poner en claro la parte que toman en el acto de fe el elemento divino ó sobrenatural, y el humano ó natural, esto es, la parte debida á la gracia y la debida á las fuerzas de la razon del hombre. La dificultad es la siguiente: supuesta la necesidad de conocer la autoridad infalible de Dios y el hecho concreto de la revelacion para hacer un acto de fe, estas dos cosas ¿las conoce el alma directamente y en sí mismas, ó en otra verdad y objeto que sea principio, causa y motivo de este conocimiento? Si la autoridad infalible de Dios y el hecho de la revelacion los conoce nuestra inteligencia en sí mismos, este conocimiento parece ser acto espontáneo y natural de la inteligencia, y por lo tanto desproporcionado al fin á que tiende la fe, que es sobrenatural y divino; y si el conocimiento estriba en otro acto, principio ó causa que levante nuestro asentimiento al orden y esfera sobrenatural, ¿cuál puede ser este acto ó motivo?

El Padre Suarez, partiendo del principio de que en el acto de creer todo ha de ser sobrenatural, y por otra parte observando que entre los elementos que lo constituyen está, no sólo el principio ó virtud de la gracia y el objeto ó verdad que Dios nos revela, sino tambien el asentimiento á la autoridad de Dios, revelando una verdad determinada, dice que este asentimiento, para ser verdaderamente sobrenatural, debe apoyarse en otro acto de fe por el cual creamos ó asintamos á la autoridad de Dios, que en el hecho de revelarnos aquella verdad, nos descubre juntamente su verdad infalible así en el conocer como en el revelar. Esta opinion, como observa muy bien el Cardenal Franzelin ¹, parece que implica contradiccion ó su-

¹ En el tratado *De Habitudine Rationis Humanæ ad Divinam Fidem*, cap. iv. párrafo 2.º, donde trata admirablemente esta cuestion.

pone manifiestamente lo que se llama en lógica un *proceso en infinito*; pues como quiera que se explique esta sentencia, no podemos según ella llegar jamás á un juicio, afirmación ú objeto, al cual se adhiera la mente no por razón de otro, sino por sí mismo é inmediatamente. Porque si creemos en la veracidad de Dios, porque el mismo Dios la revela, ¿cómo conocemos la divina veracidad en esta segunda revelación? Si la creemos en sí y directamente, el acto, según el Padre Suarez, no puede ser sobrenatural; y si no la vemos directamente, ¿dónde, cuándo y de qué manera la vemos? Movido de este inconveniente, opina el Cardenal de Lugo que el asentimiento á la autoridad de Dios en sí misma, es sobrenatural, en cuanto es efecto de la gracia divina que mueve la voluntad, y mediante ella, el entendimiento á asentir á la autoridad de Dios infalible con una fuerza sin comparación mayor que aquella con que asentimos á cualquiera de las verdades naturales. Otro tanto debe decirse del asentimiento al hecho concreto de la revelación; pues aunque este hecho venga apoyado en pruebas concluyentes de su legitimidad y certeza, asentimos á él, no movidos precisamente por su evidencia, sino por las fuerzas sobrenaturales de la gracia que mueven la voluntad, y esta á su vez el entendimiento, á asentir firmísimamente al hecho de la revelación. La cual firmeza de asentimiento, causada por la gracia, es bastante, según el Cardenal de Lugo, para que el acto de afirmar la veracidad divina en el caso concreto de revelarnos una verdad, sea realmente y en todas sus partes sobrenatural.

Mas dejando esta cuestión, que no hemos hecho más que indicar, es evidente, de lo que hasta aquí hemos dicho, que el acto de fe por el cual creemos una verdad revelada por Dios, estriba finalmente en la autoridad divina; es un apoyo que toma nuestra inteligencia, no en sí misma ni en sus fuerzas naturales, sino en la roca firmí-

sima de la infalibilidad de Dios; es una participación de nuestro entendimiento en la luz esencial en que se baña la divinidad, una asimilación inefable con aquella Palabra eterna y subsistente con que Dios se habla y conoce á sí mismo, extendiendo á la vez su penetrativa mirada á todos los seres reales y posibles, é irradiando su virtud á la esfera inconmensurable del ser y del conocer. Este asentimiento de nuestra alma á la autoridad divina podría Dios imponerlo á la inteligencia humana, fundado nada más que en el dominio soberano que ejerce sobre todas sus criaturas; mas aquella Providencia adorable que se extiende de uno á otro extremo con fortaleza y suavidad, quiso preparar y disponer nuestros entendimientos á recibir esta fe, y no contentándose con esforzar y disponer nuestra alma con las iluminaciones, impulsiones y auxilios divinos, rodeó á la revelación de sus misterios, de un esplendor de credibilidad humana tal, que á juicio de la misma razón sólo Dios pudiese producirla; porque la Divina Providencia, como muy al propósito observa el Padre Fr. Luis de Granada¹, no había de obligar al hombre á creer cosas que están sobre toda razón y sobre todas las leyes de la naturaleza, sin medios proporcionados para creerlas.

Este esplendor, este sello, este nombre de Dios que leemos al frente de las verdades que su misericordia infinita se digna enseñarnos, son ciertos hechos sobrenaturales, en particular los milagros y las profecías, los cuales no pudiendo proceder sino de la omnipotencia y sabiduría infinita, dan testimonio de la intervención personal de Dios en el mundo, y confirman sus revelaciones y enseñanzas; medios maravillosos y adorables, pues siendo exclusivamente divinos, son al mismo tiempo fáciles de conocer, eminentemente populares, accesibles á todas las

¹ Introducción al símbolo de la fe, p. II, c. xxxii.

inteligencias, y que por lo tanto, todos, desde el más rudo é ignorante hasta el más sábio, pueden reconocer facilísimamente en ellos la mano de Dios y la voz de su amorosa Providencia, y asegurarse de que si la verdad de algunos misterios de nuestra fe no es clara y evidente, es cosa clara y evidente que deben ser creídos. No es, pues, la fe un asentimiento ciego, destituido de motivos, engendrado simplemente del temor, del ciego instinto ó de otras pasiones; todo lo contrario, la fe descansa en razones incontrastables que la acreditan de verdadera, y que demuestran que no es humana sino divina, y que como hermosamente decia un autor antiguo ¹ trae consigo pendientes los sellos del infinito poder y saber de Dios ².

Apoyada en estas pruebas extrínsecas de la autoridad soberana del Criador, la razon del hombre se dispone á salir de la oscuridad de sus propias tinieblas para recibir el rayo de la verdad divina; su voluntad, que por el trastorno que causó en ella el primer pecado, se asusta al solo nombre de Dios y rehuye de encontrarse con Él y de cuanto lleva el reflejo de su santo nombre, se deja seducir suave y amorosamente por la condescendencia inefable de la Majestad soberana; y toda el alma llevada en brazos de la divina misericordia, es levantada á las su-

¹ El P. Fr. Tomás de Jesus en la *Práctica de la viva fe*, cap. iv del libro I.^o

² El cristianismo, dice Augusto Nicolás, es la única religion que tiene pruebas. Antes de exigir la creencia en sus misterios, convida á la razon á que examine su autoridad, presentándole sus títulos, y solamente despues que la misma razon ha reconocido la divina validez de estos títulos, exige que crea en su doctrina y la practique, todo por via de consecuencia, esto es, por via de razon. El hombre no creería, añade Santo Tomás, si no viese claramente que estaba obligado á creer por la evidencia de las pruebas; y el P. Francisco Suarez esfuerza hasta tal punto esta intervencion de la razon en el acto de creer, que juzga que nadie puede hacer un acto de fe perfecto y verdadero, si antes no está convencido de la conveniencia ó necesidad de este acto, ó como él la llama, de la *evidencia de credibilidad*. Y la razon de esto es porque la fe cierta é indubitada exige un juicio de su credibilidad cierto tambien, supuesto que si alguien pudiese dudar ó recelar acerca de la credibilidad de un objeto, podría tambien dudar de la misma fe, con lo cual esta ya no sería perfecta; mas el juicio de la credibilidad de un objeto no puede ser prudentemente cierto si no es evidente; luego en todo el que cree debe suponerse tal evidencia.

blimes alturas, donde, apartada de cuanto es vil, bajo y miserable, pueda contemplar la luz inaccesible de los misterios divinales, regalar su oído con la armonía de las ideas y pensamientos de Dios, sorprender altísimos secretos, y escuchar las palabras dulcísimas que la Bondad divina se digna hablar á su oído y en las cuales está encerrada su felicidad y los tesoros del amor infinito de Dios para con los hombres. Así se engendra en el alma la virtud de la fe; la cual, cuando es perfecta y está acompañada del testimonio de la buena conciencia y ataviada con los adornos de la virtud, infunde en el ánimo una luz, un esfuerzo y una prontitud extraordinaria para admitir no sólo cuanto esta fe le enseña, sino para ejecutarlo y obrarlo; de suerte que no sólo no se siente pena en el creer, mas muy gran deleite y suavidad. Por esto nada hay más contrario á esta fe, que la angustia, la timidez, la flaqueza ó estrechura de espíritu. La fe es la tendencia, la aspiracion, el vuelo ansioso del alma hácia Dios Nuestro Señor y Nuestro Padre: es el descanso del entendimiento en la posesion segura del objeto á que tiende necesariamente, esto es, en la verdad de Dios, que lleva consigo la sujecion de la voluntad á la obediencia de los preceptos divinos. Entre los verdaderos cristianos, nadie cree de miedo; y todos saben á qué atenerse respecto á esas dificultades de creer, á esos tormentos y agonías de la duda (debieran más bien llamarse dificultades y esfuerzos para *no* creer) que ingenios desesperados, en prosa y en verso, andan pregonando por ahí, hipócritas de impiedad, intérpretes inconscientes, más que de las oscuridades y vacilaciones de sus entendimientos, de las veleidades, miserias y prevaricaciones de su corazon.

De lo dicho se entiende finalmente que la fe no es un acto instintivo, ciego, y que tiene su fundamento en la sensibilidad, en el temperamento ó en el entusiasmo del corazon. Es cierto que nuestro corazon, esto es, la volun-

tad movida por la clara obligacion que de creer los misterios le presenta el entendimiento y áun á veces más ó ménos excitada por las impresiones, afectos ó movimientos sensibles, tiene gran parte en el acto de fe, y por esto dice hermosamente San Pablo que con el corazon creemos provechosamente para nuestra santificacion y vida eterna¹; pero este movimiento de la parte volitiva ó sensitiva de nuestra alma podrá disponer al acto de fe, pero no constituye su esencia. El acto por el cual creemos con fe divina y provechosa al fin sobrenatural, no reside ni en nuestras facultades sensitivas, ni en la imaginacion, ni siquiera propia y exclusivamente en la voluntad; la fe es una firmeza, un convencimiento, una persuasion invencible de nuestro espíritu de la verdad que se le propone; es la adhesion de la inteligencia á la ciencia y sabiduría de Dios, y así reside en la facultad más alta y soberana del alma, es á saber, en la razon, en su grado más sublime de actividad y desenvolvimiento. En verdad, apurando y llevando las cosas al último punto del análisis, debemos decir que el asentimiento que presta el alma en el acto de fe, no es un acto puramente lógico, sino más bien moral, en cuya virtud nuestro espíritu, movido de respeto hácia la autoridad de aquel que le propone y testifica la verdad, se entrega confiadamente á él y presta su asentimiento á lo que le dice. Mas no por esto deja de pertenecer al entendimiento, ya por fundarse en la conviccion de que la persona ó autoridad que le habla está en posesion de la verdad, ya porque tiende y se endereza á alcanzar la verdad, objeto de la inteligencia. Concluyamos, pues, que el acto de fe pertenece al entendimiento, porque es acto y operacion de aquella potencia, cuyo objeto es lo verdadero, ora se le presente iluminado por su propia luz, ora porque la recibe de otras verdades, autoridades y testimo-

¹ Rom. x. 10.

nios cuyo valor verificamos, y que no admitimos sino en cuanto es justo, conveniente, auténtico y razonable.

Más aún; este acto con que nuestra razon admite la verdad revelada y propuesta por Dios á su creencia, es absolutamente libre, no sólo en cuanto el alma puede seguir ó resistir el impulso de la gracia que la mueve á admitir la verdad divinamente revelada, sino tambien en cuanto esta misma verdad, aunque rodeada de los hermosos resplandores que derraman sobre ella los argumentos y motivos que demuestran su credibilidad, nunca se presenta al entendimiento de tal manera que deje este de ver la dificultad ó arduidad intrínseca de los misterios que la fe le propone; de suerte que aunque aquellos motivos ó argumentos sean de suyo eficaces para que conozcamos su conexion íntima y metafísica con la verdad, y así experimentemos una obligacion evidente de asentir á la divina revelacion, no bastan á arrebatar y llevar tras sí nuestro asentimiento, si no se allega el afecto, moción ó imperio de nuestra voluntad. Lo cual tiene lugar aún en aquellas verdades de la fe, que de suyo son intrínsecamente evidentes, pues áun en estas puede el hombre resistir á la autoridad y testimonio divino, que es la razon formal por la cual las creemos. Todas las demas cosas, dice San Agustin, las puede hacer el hombre no queriendo, mas el creer, solamente queriendo¹.

Así, á pesar de todos los argumentos, pruebas ó ilustraciones, el hombre queda siempre libre para seguir la luz de la verdad de Dios, ó abrazarse con sus propios errores y tinieblas. De esta manera, el acto de creer, siendo libre, es meritorio; con él verdaderamente obedecemos á Dios y nos sometemos libremente á su querer soberano; movidos del piadoso afecto de la voluntad, rendimos á la Deidad el homenaje de nuestro entendimiento, y libre y es-

¹ Cetera potest homo facere nolens, credere nonnisi volens. (Tract. xxvi in Jo.)

pontáneamente le ofrecemos el holocausto de lo más noble y sublime que hay en nosotros, que es nuestra inteligencia, la cual, no viendo directamente la verdad de los misterios que Dios se digna manifestarle, los acata, sin embargo, y presta á ellos su completo asentimiento; el cual, mediante la gracia y favor divino, es tanto más perfecto, más firme y amoroso, y por lo mismo, tanto más meritorio cuanto la cosa ó verdad propuesta á su creencia fuere más remontada y encumbrada sobre toda razon, discurso y fundamento natural. Mas, como hemos dicho más arriba, aunque la fe estriba en la razon, no es de ahí de donde toma su carácter propio y las condiciones que lo determinan y especifican, pues si así fuese, sería un acto enteramente natural. La razon por sí sola es insuficiente á hacer un acto de fe. En su formacion tiene que intervenir necesariamente Dios, comunicando al alma la fuerza para creer saludable y meritoriamente; y en esta fuerza y principio divino, en la iluminacion y movimiento interior de Dios, y tambien en la misma palabra revelada, ó más bien en la autoridad y veracidad del mismo Dios, que va unida á esta revelacion, está el carácter propio, distintivo y específico de la fe.

Las pruebas y los argumentos extrínsecos que demuestran la credibilidad de nuestros misterios, son, cuanto es de su parte, bastantes á convencer nuestros entendimientos, y provocarnos y obligarnos á creer; mas como la fe sea don de Dios, segun dice el apóstol San Pablo, es menester ademas que Él toque nuestro entendimiento, y le cautive y sujete á que humildemente abrace las cosas de la fe. Así el acto por el cual creemos provechosamente para nuestra salvacion, se engendra y desarrolla de esta manera: el entendimiento percibe la credibilidad de los misterios divinos; la voluntad le mueve á abrazarlos; el primero presta ó apronta su consentimiento, la segunda mueve y excita á consentir; aquel obra como principio de-

terminante, esta como principio motor ó generador; mas combinadas las acciones de las dos facultades, necesitan para desarrollarse en el orden sobrenatural, de un germen divino que venga á fecundizarlas; y de esta manera el acto de fe nace bajo la triple influencia del entendimiento que lo produce, de la voluntad que lo prescribe, y de Dios que lo inspira, lo ennoblece y perfecciona. A pesar de esta variedad de principios ó elementos que en él concurren, el acto de fe es uno, simplicísimo é indivisible. Imágen sobrenatural del conocimiento divino, es más uno, más sencillo é indivisible que cualquier otro conocimiento natural, ora provenga este del racionamiento, ora de la intuicion ó evidencia inmediata; y excede y aventaja al uno y al otro: al conocimiento discursivo, porque no resulta de una conclusion lógica; al intuitivo, porque en su objeto formal abraza, no ya una verdad aislada, sino virtualmente toda verdad, y porque puede comprender actual é inmediatamente, sin necesidad de conclusion lógica, cada objeto particular de la revelacion. De esta manera, concluye un ilustre teólogo moderno ¹, á la sencillez infantil del sentido de la fe corresponde la más alta y más perfecta sencillez del conocimiento, aquella sencillez que levanta al cristiano al estado de hombre perfecto en el reino de la inteligencia y de la verdadera sabiduría.

Despues de considerar la naturaleza intrínseca del acto de fe, su razon formal, que es el asentimiento á la autoridad de Dios, los motivos ó pruebas en que se apoya y su principio divino, que es la virtud de la gracia, la cual, aunque mueve y excita el alma no excluye su libertad, vamos á estudiar este acto en la parte extrínseca, esto es, en los objetos que puede abrazar y en la norma ó ley visible que debe regirlo y enderezarlo.

El Concilio Vaticano enseña que de fe divina y católica

¹ El Dr. M. J. Scheeben en su *Dogmática*, t. I, n. 825.

es necesario creer todas las verdades contenidas en la palabra de Dios escrita ó hablada, transmitidas á nosotros por la tradicion, y que nos son propuestas por la Iglesia, ya en un juicio solemne, ya por medio de su magisterio ordinario y universal.

El número y la naturaleza de las cosas que podemos conocer por la revelación y acerca de las cuales debemos ejercitar nuestra fe, no tiene más límites que los que plazca señalar á la soberana voluntad de Dios. La inteligencia divina se extiende á un número infinito de verdades; porque como la divina esencia sea infinitamente perfecta, imitable y comunicable, Dios, conociendo perfectísimamente esta esencia, conoce por el mismo caso seres infinitos que pueden imitarla y retraer ya en el orden real, ya en el posible, las perfecciones que en ella resplandecen. De este tesoro inagotable de sabiduría, Dios ha tenido por bien manifestar al hombre alguna de sus riquezas. De estas verdades, unas exceden las fuerzas naturales de la razon, otras están dentro de la esfera de su actividad. Las primeras pertenecen, como es claro, al orden sobrenatural; las segundas, pudiendo el hombre conocerlas por sí mismo, caen dentro del orden natural. El sello particular que distingue á unas y otras verdades en cuanto se refiere á ellas el acto de fe, es el que nuestro entendimiento las admita y asienta á ellas, no por verlas directamente y en sí mismas, sino por habérselas revelado la bondad de Dios. Más adelante examinaremos detenidamente estos dos órdenes de verdades. Por ahora nos contentamos con indicar la disposicion altísima de la Divina Providencia en revelar por una parte al hombre muchos principios del orden natural, para que de esta manera pudiese conocerlos con más prontitud, facilidad y firmeza que si los hubiera tenido que descubrir con la luz de su razon, y por otra en descubrirle misterios que excediesen su capacidad, para que pudiera rendir á Dios el obsequio de su fe y el acata-

miento de su razon cada y cuando que fuesen propuestos á su creencia.

Siendo la fe absolutamente necesaria para alcanzar el fin á que estamos destinados, Dios, rico en misericordia, se ha dignado preparar y ofrecer á todos medios innumerables, facilísimos y abiertos á toda suerte de personas y á toda clase de entendimientos. Porque además de los auxilios de su gracia, que nunca faltan á quien se dispone á aprovecharse de ellos, ha establecido un medio siempre presente, siempre vivo, siempre activo, siempre poderoso, y que se acomoda y adapta maravillosamente á todos los tiempos, á todos los lugares, á todos los espíritus y caracteres, y les abre infinitos caminos y avenidas al santuario de la Divina Sabiduría. Este medio es la Iglesia, autoridad viva, permanente, indefectible, señal levantada en medio de las naciones, montaña que alza su frente majestuosa sobre las cumbres de todas las montañas; ciudad de Dios, cuyos fundamentos estriban sobre los montes eternos; sabiduría cuya voz se extiende en todas las alturas, en todos los caminos, en las puertas de la ciudad y en los umbrales de todas las habitaciones. Fundada por el Hijo de Dios humanado y enriquecida con los dones, privilegios y prerogativas más excelentes, llevando siempre consigo el depósito de la doctrina, la mision de propagarla y la indefectibilidad en su propagacion y enseñanza, todos pueden reconocer en ella la Maestra de la humanidad, la depositaria de las verdades que la bondad de Dios ha querido comunicar á los hombres, el intérprete de los divinos decretos, á quien pertenece el tesoro inestimable de los hechos divinos, y el contrastar, aquilatar y dar su legítimo valor á los testimonios de la verdad revelada, en confirmacion de los misterios que propone, de los dogmas que enseña, de las gracias que dispensa y de las promesas que hace.

Esta Iglesia santa, universal, heredera de los primeros

apóstoles y enviados de Jesucristo, á quienes él mismo adoctrinó y constituyó intérpretes de su doctrina para propagarla por el mundo y trasmitirla á todos los siglos y generaciones, gobernada invisiblemente por su divino fundador, y visiblemente por el Obispo de Roma, sucesor de aquel á quien el Señor dejó sus veces, convida á oír su voz y á escuchar sus enseñanzas á todos los que no gozan aún del don de la fe, y confirma y consolida en esta á los que habiendo entrado ya en la grey de los verdaderos creyentes, necesitan de esta misma fe para caminar y dirigirse al fin sobrenatural que les está señalado. Testifica, afirma, explica y desenvuelve la divina Revelacion en todas partes y de todas maneras; da de ellas las pruebas que la demuestran, presenta sus garantías y testimoniales, engendra su certeza en el alma y la afirma en fundamentos solidísimos é incontrastables; por manera que el que crea en esta Santa Iglesia, cree en Dios como á revelador de las verdades que se ha dignado descubrir á los hombres, y el que la desconoce y descrece, aunque no sea más que en un artículo que le propone, descrece también ó niega la divina autoridad y la soberana Revelacion.

De aquí es que esta misma Iglesia, rodeada y hermo- seada con incomparables prerogativas, magnificencias y dones divinos, es por sí misma uno de los argumentos y testimonios más evidentes, más seguros y auténticos de la verdad de que es fiel y constante guardadora. Su testimonio es tan claro, que á donde quiera que vaya va dando señas de sí, y por sí misma se declara y manifiesta. Porque su santidad eminente, su prodigiosa propagacion, su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, su admirable unidad, junta con un'iversalidad y extension prodigiosas, su constancia, su permanencia y estabilidad desafiando á todas las potestades del infierno, ayudadas de las concupiscencias imponderables de que es capaz el depravado corazon del hombre, estas y otras mil prerogati-

vas admirables, hacen de esta Santa Iglesia un argumento gravísimo, perdurable é invencible de la verdad de los misterios que propone, y un testimonio irrefragable de su origen y legacion divina.

A este testimonio extrínseco se allega otro intrínseco, vivo y eficaz, que el mismo Dios nos manifiesta por medio de la voz secreta é inefable que hace resonar en el fondo de nuestras conciencias. En este punto, Dios es el cooperador, y como el cómplice fiel de su Iglesia en la obra de llamar y alistar almas bajo la bandera de la fe y el estandarte de la salvacion. Porque su gracia divina busca de continuo á los que andan perdidos en las tinieblas y en la sombra de la muerte, enviándoles rayos de su claridad, con que iluminando sus inteligencias les descubre los precipicios del mal y la hermosura incomparable de la virtud, de la eterna verdad y de la suprema bienaventuranza. Y como ordinariamente los hombres nos extraviarnos y perdemos más por la perversion de la voluntad que por la ignorancia del entendimiento, á la claridad de su luz añade el suave impulso con que mueve el corazon, y le enciende y anima para obrar el bien, y le lleva y arrastra hácia sí con las cadenas dulcísimas del amor, á fin de que por medio de la posesion y del conocimiento de su fe entren de una vez por la senda de su salvacion y felicidad verdadera. Y despues de entrados en este real camino, y traspasados de las tinieblas al reino de su luz admirable, los continúa iluminando y confirmando y esforzando á que perseveren en esta fe, no desamparando á nadie, si él mismo no se desampara y no se obstina en desoír su voz y en salirse del reino de la luz, de la verdad y de la vida, para precipitarse en el abismo del error y de la muerte.

Al llegar á este punto el santo Concilio Vaticano, cuyas enseñanzas hemos seguido, explicado y comentado, en parte, en este capítulo, prurumpe en tierna y devota ac-

cion de gracias á Dios, de quien nos viene el dón de la fe, como todo bien y dón perfecto. Nada en verdad más justo, nada más conveniente y saludable que excitar nuestras almas á conocer, apreciar y agradecer á Dios, el dón inestimable de la fe, por el cual somos llamados al reino de los santos y á la herencia de su bienaventurada luz y felicidad; nada más loable y provechoso que guardar en nuestro corazon pura é inmaculada esta fe de Dios, y confesarla valerosamente en todos tiempos y delante de todos los hombres, puestos los ojos en Jesucristo, autor y consumador de esta fe, que la infunde en nuestras almas, y la aumenta y robustece por los méritos de su misericordiosa Redencion, y la acaba, perfecciona y consuma con el premio de su gloria y eterna bienaventuranza.

CAPÍTULO VI.

COMPARACION ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

ESTUDIADOS los caracteres intrínsecos de la ciencia y de la fe, ya es tiempo de establecer entre ellos la debida comparacion. Para esto, siguiendo un método análogo al que hemos tenido hasta ahora, consideraremos primeramente estos elementos en el orden psicológico, tales como existen en nuestra alma, y en lo que tienen de intrínseco y subjetivo, y despues pasaremos á estudiarlos en el orden real, ontológico y extrínseco; es á saber: en las verdades ó proposiciones que respectivamente nos enseñan la ciencia y la fe. De esta manera, examinados estos elementos en toda su extension, aparecerán claras y evidentes las relaciones de armonía ó discordancia que entre ambas puedan existir.

Ante todo debemos observar que tanto la ciencia como la fe tienen su raíz y asiento en nuestra alma, y aún en la misma potencia ó facultad, que es el entendimiento. Por lo que toca á la ciencia, sería ocioso insistir más en ello despues de lo dicho en el primer capítulo de este ensayo; y en cuanto á la fe, si lo que acaba de exponerse en el anterior no lo hubiese probado suficientemente, bastaría recordar el axioma ó principio de San Agustin, generalmente admitido entre los teólogos; es á saber: que nosotros de ninguna manera podríamos creer si nouviésemos alma racional. En efecto; la razon, ó sea el alma, en cuanto es intelectual y racional, cree con fe divina las verdades que Dios le propone, porque fortalecida y elevada

cion de gracias á Dios, de quien nos viene el dón de la fe, como todo bien y dón perfecto. Nada en verdad más justo, nada más conveniente y saludable que excitar nuestras almas á conocer, apreciar y agradecer á Dios, el dón inestimable de la fe, por el cual somos llamados al reino de los santos y á la herencia de su bienaventurada luz y felicidad; nada más loable y provechoso que guardar en nuestro corazon pura é inmaculada esta fe de Dios, y confesarla valerosamente en todos tiempos y delante de todos los hombres, puestos los ojos en Jesucristo, autor y consumador de esta fe, que la infunde en nuestras almas, y la aumenta y robustece por los méritos de su misericordiosa Redencion, y la acaba, perfecciona y consuma con el premio de su gloria y eterna bienaventuranza.

CAPÍTULO VI.

COMPARACION ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

ESTUDIADOS los caracteres intrínsecos de la ciencia y de la fe, ya es tiempo de establecer entre ellos la debida comparacion. Para esto, siguiendo un método análogo al que hemos tenido hasta ahora, consideraremos primeramente estos elementos en el orden psicológico, tales como existen en nuestra alma, y en lo que tienen de intrínseco y subjetivo, y despues pasaremos á estudiarlos en el orden real, ontológico y extrínseco; es á saber: en las verdades ó proposiciones que respectivamente nos enseñan la ciencia y la fe. De esta manera, examinados estos elementos en toda su extension, aparecerán claras y evidentes las relaciones de armonía ó discordancia que entre ambas puedan existir.

Ante todo debemos observar que tanto la ciencia como la fe tienen su raíz y asiento en nuestra alma, y aún en la misma potencia ó facultad, que es el entendimiento. Por lo que toca á la ciencia, sería ocioso insistir más en ello despues de lo dicho en el primer capítulo de este ensayo; y en cuanto á la fe, si lo que acaba de exponerse en el anterior no lo hubiese probado suficientemente, bastaría recordar el axioma ó principio de San Agustin, generalmente admitido entre los teólogos; es á saber: que nosotros de ninguna manera podríamos creer si no tuviésemos alma racional. En efecto; la razon, ó sea el alma, en cuanto es intelectual y racional, cree con fe divina las verdades que Dios le propone, porque fortalecida y elevada

por la gracia, acata y se somete á estas verdades. La gracia no destruye á la naturaleza, sino que la engrandece y perfecciona. El auxilio, fuerza ó movimiento sobrenatural que Dios imprime en el alma, y con el cual la dispone á creer, así como no la priva de la libertad de su cooperacion, tampoco le quita ninguna de sus fuerzas ó disposiciones naturales. El creer, dice Santo Tomás ¹, es inmediatamente un acto del entendimiento, porque el objeto de este acto es lo verdadero, y lo verdadero pertenece propiamente al entendimiento; por lo cual, la virtud de la fe, que es el principio inmediato del acto de creer, tiene que estar en el entendimiento como en su sujeto.

Ademas, como hemos explicado á la larga en el capítulo anterior, por ningun caso nos es posible creer con fe divina y sobrenatural, si no conocemos, ya explícita ya implícitamente, estas tres verdades ó ideas: la primera la veracidad infalible de Dios; la segunda el hecho de la divina revelacion, y la tercera la misma verdad ó proposicion propuesta á nuestra creencia. Por lo que toca á la última, está claro que en el acto de fe no hemos de conocerla clara, explícita y directamente, pues tal manera de conocimiento es propio de la ciencia y no de la fe, que se funda siempre en la autoridad, y como si dijéramos, en la ciencia ó conocimiento ajeno. Mas, si no un conocimiento claro é inmediato de la verdad, alguna idea ó vislumbre de esta misma verdad, siquiera sea confusa ó parcial, debe preceder ó acompañar al acto de fe. Así, por ejemplo, cuando creemos que Dios es uno en esencia y trino en personas, es cierto que no conocemos claramente la relacion intrínseca y objetiva entre los conceptos que componen esta proposicion; pero tenemos alguna noticia ó idea de las palabras *Dios, naturaleza, persona, número*, que entran en ella. La razon de esto es muy sencilla; pues

¹ Summa Theolog. 2.^a 2.^a p. 4.^a art. 2.

cuando se nos propone para que la creamos una proposicion determinada, no se nos obliga á creer las voces ó el sonido de las palabras, ó los rasgos de la escritura que la expresan, sino la idea y el sentido de la proposicion contenida y como encarnada en aquel sonar ó forma exterior de las palabras; luego para hacernos cargo de ella, y para poderla creer y abrazarla con nuestro entendimiento, es de todo punto necesario tener alguna idea del dicho sentido, sea por analogía, semejanza, comparacion ó cualquiera otra manera de conocimiento. Finalmente, aun cuando por razon de la oscuridad del misterio ó proposicion que creemos, el entendimiento no lo abraza sino movido de la voluntad, aún en este caso, como profundamente observa Santo Tomás ¹, no lo admite ciega é instintivamente, sino por alguna razon de bien que ve unida al acto de creer.

Y aquí se hace de nuevo manifiesto el error refutado ya en el capítulo precedente de los que consideran el acto de fe como resultado de un instinto ciego, vago é irreflexivo, una exigencia, necesidad ó tendencia natural de nuestro espíritu, una ley fisiológica de nuestra personalidad que aspira á Dios, que desea unirse con él como término necesario de sus aspiraciones y deseos; error que ha pasado ya al lenguaje vulgar y que confunde la *Religion* con el *sentimiento religioso*, y la fe con una cierta exaltacion, credulidad, sentimentalismo y entusiasmo del corazon. No; la fe no es resultado del instinto ó ciego entusiasmo. El acto con que rendimos á Dios nuestro entendimiento acatando las verdades que él nos revela, es el ejercicio más noble y elevado de nuestra razon, el que más la levanta y engrandece; es una conviccion del entendimiento y un acto sumamente racional, hasta el punto de que si no es racional no puede ser verdaderamente acto de fe, como

¹ L. III, dis. 23. Quæst. II, art. 2. Solut. 2.

dice San Pablo ¹. Decir que el acto de fe es propio de nuestra inexperiencia y como infancia intelectual, y la preparacion para el completo desarrollo de nuestras facultades intelectivas, es trastornar todas las ideas, confundir el orden natural con el sobrenatural, el cielo con la tierra y lo divino con lo humano; porque si bien es verdad que en el orden natural creemos en la niñez lo que con la edad entendemos, tambien es cierto que allí donde acaba y se agota la fuerza progresiva de la razon, empieza el orden sobrenatural, y la fe en la revelacion divina, á la que dará coronamiento la lumbre de gloria donde se vean claramente las verdades que admitimos ahora por la fe. Concluyamos, pues, que la fe implica siempre la razon, ya como potencia, ya como acto; su uso y ejercicio forman la base de todo acto de fe, y su hábito, ó sea la facultad en sí misma, es el tronco del cual, mediante la fuerza de la gracia, brota aquel acto soberano, por el cual sujetamos los entendimientos á la verdad, y la voluntad á la obediencia de los mandamientos divinos, conquistando así los pensamientos y los afectos, el espíritu y el corazon, que es decir todo el hombre.

Mas dirá alguno: si tanto la fe como la ciencia se apoyan en la razon, ¿dónde está su diferencia? ¿Dónde el límite que las distingue y separa? ¿Dónde la línea que divide el orden natural del sobrenatural? Para contestar á estas preguntas recordemos que el conocimiento científico descansa siempre en la evidencia, presentándose los objetos ó proposiciones al entendimiento por sí mismas, rodeadas del resplandor de su verdad y arrancándole el asenso, sin que le sea posible retener su juicio ó formarle equivocado. Esta luz le viene á veces de los mismos objetos, como en los que llamamos *primeros principios*, ó lo que en geometría se dicen *axiomas*; y á veces, como en

¹ Rom. XII. 1.

los *teoremas*, le llega reflejada por otras verdades que, sirviendo de medio ó premisas á la demostracion, iluminan con sus reflejos la verdad que se quiere demostrar. Pero ya brillen con su propia luz, impresionando inmediatamente nuestras facultades, ya por la que reflejan en ellas los principios en que están contenidas, el entendimiento siempre las ve en sí mismas, y es movido á juzgar por su evidencia ó realidad objetiva. Esta propiedad esencial del saber ó conocimiento científico no se halla en las verdades que conocemos por la fe, ya sea divina, ya humana. En las cosas que sabemos por la autoridad, la evidencia intrínseca y objetiva no aparece á nuestro entendimiento, ni por sí misma ó inmediatamente, ni en la verdad ó evidencia de otras. La inteligencia que las revela, las conoce de seguro intuitivamente y en sí mismas; pero nosotros, al afirmarlas por la fe, prescindimos de tal manera de conocimiento y sólo nos apoyamos en la autoridad de quien nos las revela y descubre. Y ya que hablamos más particularmente de la fe sobrenatural y del asentimiento que prestamos á la doctrina revelada, debemos decir que los mismos teólogos que han escudriñado las regiones más profundas de esta ciencia divina, al creer las verdades de la fe, áun aquellas que pueden alcanzarse por el natural discurso de la razon, no se apoyan en la evidencia de estas verdades, sino en la autoridad de Dios que las revela. Su fe podrá ser más explícita, más clara é ilustrada que la del vulgo, pero estriba siempre en iguales principios; es á saber: en la palabra de Dios que descubre y manifiesta la verdad. Por manera que el carácter propio y específico del conocimiento de fe no consiste, como algunos mal creyeron, en que las verdades que se proponen á nuestra creencia excedan esencialmente á nuestra razon, pues entre ellas hay muchas que entran en el dominio de nuestras facultades, y que por lo tanto pueden ser conocidas, y lo son en verdad, por el entendimiento, como es, por ejemplo, la existencia de Dios, sino

en que al afirmarlas por la fe descansamos no en la ciencia propia, sino en la autoridad, veracidad y ciencia ajenas. Por esto dicen acertadamente los teólogos, que si bien la ciencia y la fe pueden convenir en el objeto *material*, de ninguna manera pueden convenir en el *formal*, esto es, en la forma y manera como este objeto se presenta al conocimiento de la una y al de la otra.

Por aquí se verá también que, aunque los objetos formales sean diferentes en la revelación y en la ciencia, de ninguna manera son encontrados ú opuestos, pues una manera de conocer no excluye á la otra, sino ambas pueden coexistir muy bien en nuestro entendimiento. Por ventura, ¿no conocemos nosotros algunas cosas por evidencia intrínseca que tenemos de ellas, por haberlas percibido claramente por los sentidos, ó por cualquiera de nuestras facultades cognoscitivas, y otras por la evidencia extrínseca, esto es, por la autoridad de quien las vió por sí mismo? ¿Acaso no estamos igualmente seguros de lo que afirmamos en uno y en otro conocimiento? Y aún acerca de un mismo objeto, ¿no podemos por ventura tener ciencia y fe, conocimiento intuitivo, mediato ó inmediato, pero intrínsecamente evidente, y certeza fundada en la autoridad, testimonio y ciencia de otro?

La segunda diferencia que separa el acto ó conocimiento de fe del conocimiento científico, consiste en el grado de firmeza que prestamos á uno y á otro asentimiento. En las verdades que conocemos por la ciencia, nuestra certeza se funda en la naturaleza de nuestras facultades cognoscitivas, que tienden naturalmente á darnos una idea de los objetos que nos representan, idea que varía según sea la naturaleza de la potencia que la percibe; pero que siempre nos conduce al conocimiento de la verdad, y nos guía y endereza en los juicios que formamos de las cosas que conocemos. En lo que alcanzamos por fe divina la firmeza é incontestabilidad de nuestro asenso estriba en la

veracidad é infalibilidad de Dios, que así como al conocer un objeto no puede engañarse, así al dárselo á conocer no puede inducirnos á error. Esta certeza de la fe está claro que es más firme que la de la ciencia; supuesto que la primera se funda en la veracidad de Dios, y la segunda en la de nuestra pobre y limitada razón; y si bien la misma veracidad de nuestra razón tiene que fundarse finalmente en la sabiduría y bondad de Dios, que no pudo darnos de un medio de conocer que nos condujese fatalmente al error, este fundamento, como se ve, es mediato y muy remoto, mientras que en el acto de fe nuestro apoyo en la divina sabiduría y veracidad es próximo é inmediato. Y más; aunque las cosas que creemos las creemos porque la Iglesia nos las revela, nuestro consentimiento no pára ni se termina en la autoridad de la Iglesia, mas pasa adelante hasta llegar á Dios, fiador y autorizador de nuestro asentimiento, y que por el medio infalible de su Iglesia nos declara y da á entender la verdad que se sirve revelarnos. De suerte que, en último resultado, en Dios está la resolución, el apoyo y el último paradero de nuestra fe, y en su verdad descansamos como en roca firmísima é incontestable; porque según dice un antiguo, así como la unidad se dice ser una por sí misma, y la bondad es buena por sí misma, sin que haya razón extraña por la cual se pueda probar que la unidad es una y la bondad es buena, y en esto paramos sin proceder adelante buscando razones, así el mismo Dios, suma verdad y veracidad infalible, y por quien se cree todo lo que se debe creer, lleva en sí los testimoniales de su revelación, y harta y satisface al alma dándole á beber de los raudales de verdad y sabiduría que surgen de su infinita esencia.

La tercera diferencia que separa los dos conocimientos está en el principio de donde proviene la adhesión ó firmeza de la mente al objeto conocido, pues en el conocimiento científico procede solamente de las fuerzas naturales

de la razon; mientras que en la fe procede de la virtud sobrenatural de la gracia que penetra nuestro sér y excita nuestra voluntad, y nos mueve y esfuerza á asentir á las verdades de la fe con una firmeza mayor sin ninguna comparacion que la que prestamos á la evidencia de los conocimientos científicos y naturales. La fe es obra de Dios; la revelacion cristiana no es un sistema filosófico, una especulacion más ó ménos trascendental, más ó ménos bella y armonizada con las tendencias de nuestro espíritu, sino una gran realidad que abraza á la vez los pensamientos y los afectos, el espíritu y el corazon; y que purificando, perfeccionando y como divinizando á todo el hombre, le une con lazos de amor con su Dios, su Creador y su Padre.

Esta union empieza por la fe, continúa por la esperanza y es consumada por la caridad, y en todo y por todo es efecto de la gracia divina que obra en nosotros, y á todas horas nos esfuerza, ayuda y engrandece. No nos detendremos en demostrar la realidad de esta influencia divina en el alma del hombre, porque esto nos llevaria demasiado lejos, y nos empeñaria en una discusion que debemos dar por resuelta en este ensayo; pero no dejaremos de indicar que en esta influencia nada hay contrario á la sabiduría de Dios, principio y fin de todas las cosas, que en él son, viven y se mueven, á cuya infinita virtud nada se resiste y que con su soberana eficacia puede mover como le plazca la voluntad del hombre segun los fines de su altísima Providencia.

Habiendo señalado las diferencias que distinguen el conocimiento científico del conocimiento que se alcanza por la fe, comparado los elementos análogos de una y otra, y visto cómo estos elementos no se excluyen, antes pueden coexistir muy bien en un sujeto, consideremos en su conjunto esta fe y enseñanza divina, y veamos hasta qué punto es físicamente posible, y si se opone ó no á los prin-

cipios de nuestra razon y al órden y providencia de Dios sobre el hombre.

Decimos que es posible físicamente lo que no es contrario al órden de la naturaleza, á las leyes que gobiernan el mundo ni á las esencias y propiedades de los séres que lo componen. Y aunque Dios trasciende todo el órden físico natural, y en sus actos no tiene que estar atenido absolutamente á estas leyes, pues el que las hizo las puede deshacer, es cierto, sin embargo, que la enseñanza y revelacion de la verdad comunicada al hombre por Dios no sólo no es contraria á este órden natural, antes conviene y armoniza con él admirablemente. En efecto, ¿en qué podria fundarse el negar á Dios la facultad de descubrir ó revelar al hombre alguna verdad? ¿Qué dificultad puede haber en que Dios obre inmediata ó mediatamente en el alma del hombre iluminando su entendimiento con la luz de conocimientos que antes no tenía? Lo que nosotros podemos hacer, ¿no lo podrá Dios con su poder infinito? Y si fuese dificultad el que no podamos entender cómo Dios siendo espíritu puro, puede obrar en nuestra inteligencia, áun no saliendo del órden de cosas de que hablamos ¿entendemos nosotros acaso cómo el alma excita en los órganos de nuestro cuerpo el movimiento de donde procede la palabra, y cómo esta palabra que al fin no es más que una vibracion del aire transmitida y comunicada al que la oye, excita en él las mismas ideas, pensamientos, afectos é impresiones que hay en nosotros? Si la inteligencia recibe ordinariamente las ideas, ó más bien, los elementos de las ideas, por los sentidos, ¿por qué no podrá Dios obrar sobre nuestras facultades efectos que presenten á la inteligencia los elementos necesarios para la formacion de las nociones que quiera imprimir en nuestras almas? Y por otra parte ¿qué dificultad hay en que Dios, espíritu puro, se comunique inmediatamente á nuestro espíritu y le hable por sí mismo directamente, y excite en él los conceptos

ó representaciones ideales de las cosas que nos quiera dar á conocer? ¿Hay en esto algo que derogue á la Bondad y Sabiduría infinita, ó que no se conforme admirablemente con su divina Providencia, y con su amor y misericordia infinita para con el hombre, necesitado, como hemos visto en el capítulo cuarto de este ensayo, de un guia y de una enseñanza sobrenatural para llegar al fin á que le destinó esta misma Providencia?

La posibilidad y aun el hecho de la revelacion, es una de las tradiciones más constantes y universales que ha conservado el linaje humano; de suerte que si negar que Dios pueda revelarnos alguna verdad sería desatino y blasfemia, dudar que la haya realmente revelado, es desmentir uno de los hechos más auténticos que registra la historia, oponerse al testimonio universal del linaje humano y dudar de la claridad del astro del día cuando baña el mundo con sus deslumbrantes resplandores.

La soberana Majestad de Dios, esencia purísima y subsistente, principio y fin de todos los seres, mar océano de cuantas perfecciones es posible imaginar, cuando, al decir del poeta teólogo

In sua eternità di tempo fuore
Fuor d' ogni comprender, com ei piacque
S' aperse in nuovi amor l' Eterno Amore,

derramó sobre todas las criaturas que componen este mundo visible una parte de las grandezas y perfecciones que en sí misma atesoraba. Y no contenta con esta comunicacion y manifestacion de sí propia en el orden natural, despues de haber criado al hombre, al cual habia dotado de la facultad de conocer y admirar la alteza de estas perfecciones estampadas por la divina sabiduría en el libro de la creacion, quiso manifestarle directamente sus pensamientos y con ellos comunicarle algo de su vida íntima,

sus amores, sus gozos inefables, su corazon en fin y parte de lo que vive en aquella altísima é inescrutable esencia. Así como Dios se habla á sí mismo produciendo y engendrando eternalmente su Verbo, quiso hablar tambien y pronunciar su palabra á la criatura racional y derivar en ella una corriente de la eterna, infinita, incomprendible sabiduría en que se abisma la divina esencia. Esta corriente de la divina revelacion, salida directamente de la boca de Dios y comunicada al primer hombre, repartida y derramada á los que de él procedieron, se fué acaudalando con las revelaciones particulares que el mismo Dios se dignaba hacer de vez en cuando á los que llenaba de su espíritu. Así iba Dios guiando á la Humanidad por el sendero de las divinas enseñanzas; de esta manera la iba amaestrando y preparando para la completa revelacion y adoctrinamiento á que la tenía predestinada; y llegada la plenitud de los tiempos, habiéndonos Dios hablado muchas veces, y de muchas maneras por los patriarcas y por los profetas, nos habló finalmente por su Hijo, palabra sustancial de Dios, sabiduría eterna, resplandor y figura de la divina sustancia, grandiosa aparicion de la gracia y misericordia de Dios en la tierra, y en la cual todos vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, llena de gracia y de verdad. En este Verbo Divino se resumieron todas las revelaciones que le habian precedido; en Él se juntaron y carearon la verdad y la profecía, la figura y lo figurado, la sombra y el cuerpo, la imágen y la realidad. Él confirmó las verdades que Dios habia hablado antes por los profetas, aclaró las dudosas y oscuras, desvaneció con los rayos de su soberana claridad las nieblas que sobre muchas habian esparcido los vicios y perversidades de los hombres, mostró y patentizó el sentido de las que sólo se sabian en símbolo y en profecía, y añadió otras nuevas más sublimes, más magníficas y prodigiosamente divinas, cerrando así el círculo de las celestiales enseñanzas

que la benignidad soberana habia decretado comunicar á los hombres.

Considerando en su conjunto esta suma de verdades, pueden dividirse en tres clases. A la primera pertenecen las que siendo naturalmente asequibles á nuestro entendimiento, como por ejemplo, la existencia de Dios, nos son reveladas por la divina Bondad, ya para ejercitar nuestra fe y engrandecer y magnificar nuestro entendimiento, ya para que las podamos conocer con más facilidad, firmeza y prontitud, y servirnos de ellas para el fin á que debe enderezarse nuestra vida.

La segunda clase abraza las que si bien no pueden ser conocidas en cuanto á su existencia por la razon, una vez sabida y conocida esta existencia, el entendimiento las conoce y discurre acerca de ellas por sus razones propias; tales son muchas de las verdades ó misterios de la vida, muerte ó Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, las cuales, como consiguientes á la existencia de la Encarnacion del Hijo de Dios, no podemos conocerlas sino supuesto este misterio; pero, ya sabido y admitido, las conoce nuestra razon de igual manera que conoce cualquier otro hecho ó acontecimiento análogo.

A la clase tercera pueden referirse las que sobrepujando toda la facultad de la naturaleza criada, y no teniendo de ellas idea ó conocimiento directo, ni pudiendo, por consiguiente, ser conocidas ni en su existencia ni en su esencia por el entendimiento, sólo podemos formar idea ó concepto de ellas por analogía, comparacion ó semejanza con otros objetos conocidos naturalmente. En este grupo ó clase entran los misterios más altos y augustos de la fe, como por ejemplo, la Santísima Trinidad, la Encarnacion y otros semejantes.

Por lo que toca á las primeras, pudiendo ser percibidas á la vez por la razon y por la divina autoridad de la fe, está claro que objetivamente no cabe contradiccion entre

lo que revela el dogma y lo que enseña la ciencia, pues aquí los dos objetos se identifican, ó más bien, son un solo y mismo objeto al cual tienden la ciencia y la fe, si bien por distintos caminos; la ciencia por el conocimiento y por la evidencia intrínseca, directa é inmediata, y la fe por el indirecto de la autoridad ó evidencia extrínseca y mediata.

Acerca de las verdades del segundo grupo, es á saber, aquellas cuya existencia ignoraríamos á no ser por la revelacion, pero que supuesta ó verificada ésta, las podemos alcanzar naturalmente, tampoco es posible la contradiccion ó disidencia. Porque como despues de sabidas por la fe en cuanto á su existencia, entran ya en el dominio de la razon, la dificultad podrá venir del hecho de la revelacion, mas no de la verdad que es revelada. En cuanto al hecho de la revelacion es cierto, como se ha dicho varias veces, que Dios no nos manda creer ligera ó livianamente, sino sobre tan buenas prendas, que el acto de fe no sólo es eminentemente racional, sino imperado á la razon por la fuerza incontrastable de los argumentos y motivos de credibilidad de que viene acompañado.

La dificultad principal está en las verdades que hemos puesto en la tercera clase, es á saber, en aquellas que trascendiendo absolutamente las fuerzas de nuestra razon, jamas hubiéramos podido conocerlas ni tenido de ellas la más leve noticia, no sólo en lo que toca á su esencia, pero aún en lo que se refiere á su existencia, á no habérselas Dios revelado. Así, la cuestion que hay que resolver es la siguiente: ¿Puede Dios revelar al hombre verdades que exceden el alcance de su razon? ¿Opónese á la sabiduría, bondad y demas grandezas y atributos divinos? ¿Repugna tal vez á la condicion y á las exigencias de la naturaleza humana? Que puedan existir estas verdades, sería temeridad y locura negarlo; pues si por un lado la imperfeccion y los límites necesarios de nuestro entendimiento nos

muestran que sobre lo poco que conocemos existe un mundo de ideas que exceden inmensamente el alcance de nuestras facultades, por otro, mirando á la grandeza y majestad de Dios, no sólo es convenientísimo que su esencia soberana contenga, conozca y pueda revelar cosas que sean sobre todo discurso, razon y entendimiento criado; antes, este mismo exceso de excelencia divina es confirmacion de su infinita perfeccion y grandeza, supuesto que Dios no sería Dios si pudiese ser comprendido por nuestros bajos y ruines entendimientos; y la enseñanza y la ley divina no se mostrarían, al parecer, verdaderamente tales, si no contuviesen cosas, ideas ó verdades que excediesen la capacidad y los límites de la sabiduría humana. Estas ideas tienen su realidad objetiva, y por tanto pueden ser conocidas. Dios las conoce, penetra su realidad, su extension, sus principios y consecuencias; y así como las ve y conoce, puede también darlas á conocer á otro entendimiento, si no en el número y extension en que él mismo las entiende, á lo ménos en aquella cantidad y medida que se compadece con la naturaleza de la inteligencia finita. Esta manifestacion por parte de Dios en nada repugna á su sabiduría y omnipotencia; pues habiéndose determinado á revelar al hombre algunas verdades, puede revelar todas las que le plazca dar á conocer á aquel á quien las revela. Por lo que toca á nosotros, así como un hombre simple ó idiota, dice Santo Tomás, daría manifiestas señales de estupidez y locura si dijese ser falsas las verdades y principios de la filosofía, por no poder él apearlos con su corta capacidad, así mucho más necio y estúpido sería el hombre si tuviera por falsas las verdades que Dios le revela por no poderlas penetrar con su entendimiento flaco y limitado.

El que uno no vea ó no sea capaz de ver la relacion intrínseca entre el sujeto y el pronunciado ó atributo de una proposicion, no quiere decir que esta relacion no exis-

ta^r. El exceder una verdad las fuerzas de la razon no es ser contra ella; una cosa es superar el dominio de nuestra inteligencia, y otra muy diferente oponerse á lo que esta misma inteligencia conoce. Lo que excede á la razon está en una esfera superior á sus conocimientos; lo que la contraría está en su misma esfera, de suerte que podemos ver claramente la contradiccion ó repugnancia. Cabalmente una de las condiciones que implica siempre el acto de fe, es que su objeto no se oponga ni contradiga á los principios de la razon; no porque esta haya de ser regla y medida de las verdades de la fe, que esto sería trastornar el orden de las cosas y hacer de nuestra pobre inteligencia norma de la divina, sino porque las verdades naturales y las sobrenaturales, procediendo de un mismo principio, no pueden contradecirse. El mismo Dios es autor de la razon y de la fe; de la luz inaccesible en que se abisma la divinidad proceden estos dos rayos de luz que iluminan al hombre en los pasos de su vida. Por tanto, si pudiese haber disonancia entre las verdades que descubrimos á esta doble claridad, Dios se negaría á sí mismo, la verdad se opondría á la verdad, nuestro entendimiento sería víctima de un engaño inmenso, y por todo el orden inte-

^r En todos tiempos debiera haberse admitido esto como axioma indiscutible; pero nunca más que en este siglo, en que vemos á cada momento ser demostradas verdaderas proposiciones que antes habian sido desechadas por falsas. La ciencia actual parece tener por encargo sorprender nuestra imaginacion con descubrimientos, ya del orden especulativo, ya del práctico, que chocan extrañamente con nuestras ideas preconcebidas y con nuestros hábitos de pensar. En las matemáticas, por ejemplo, donde debia ser ménos comun este caso, por tratarse de juicios analíticos en que el predicado está incluido en el sujeto y se deriva de él más ó ménos mediatamente, hay innumerables proposiciones ó teoremas cuyo sólo enunciado parece imposible ó absurdo. Así la misma definicion de las asíntotas parece implica contradiccion; el teorema de que hay curvas que en una porcion más ó ménos considerable de su extension no tienen tangente, que muchos matemáticos daban por falso, ha sido demostrado verdadero con toda evidencía; y aun todo el fundamento del cálculo diferencial semeja apoyarse en ideas erróneas y aventuradas. Pues si el humano entendimiento es tan corto que no puede dar un paso en el conocimiento de las cosas que están á su alcance sin tropezar con mil dificultades y misterios, ¿cómo se atreverá á juzgar de las cosas inefables de Dios, y tantearlas con su pequeñez y ratería, para decidir magistralmente si es posible ó imposible lo que la Divina Bondad ha sido servida de manifestarle?

legible se extenderian las sombras de una duda infinita. Los principios de la razon natural, dice Santo Tomás, son manifiestamente verdaderos hasta el punto de no poderse ni siquiera imaginar ó sospechar su falsedad. Por otra parte, como los principios de la fe están fundados en pruebas evidentemente divinas, sería impiedad el creerlos falsos; y supuesto que lo falso es lo único que se opone á lo verdadero, como lo indica su definicion, es absolutamente imposible que una verdad de fe contradiga á los principios conocidos naturalmente de la razon.

Por lo demas, si estos dogmas son incomprensibles, son tambien irreprehensibles; de suerte, que si nadie puede comprenderlos, nadie tampoco puede descubrir contradiccion en lo que acerca de ellos alcanza; antes vienen acreditados con testimonios tan numerosos, tan admirables y espléndidos, que la misma razon es fuerza quede plenamente convencida de que nada hay más cierto, nada más seguro, nada más estable y augusto, ni que se apoye en más firmes fundamentos que las enseñanzas de la fe. Esta fe, guia y maestra de nuestra vida, enseña de salud y de salvacion, destructora de todos los vicios, madre fecunda y engendradora de todas las virtudes, confirmada con el nacimiento, vida, muerte, resurreccion y divina sabiduría de su autor Jesucristo, y con sus prodigios y profecías, esplendorada con la luz de su celestial enseñanza, adornada y enriquecida con toda suerte de grandezas y prerogativas, exclarecida con las predicciones de los profetas, con el lustre de los milagros, con la constancia de los mártires, con la gloria de los Santos, gobernando el mundo con leyes sapientísimas, y cobrando mayor fuerza y vigor del hierro de las persecuciones, ha recorrido el ámbito de la tierra y señoreádolo con la enseña vencedora de la cruz; y destruida la dominacion de los falsos dioses, y arrolladas las tinieblas de los errores y derribados y puestos debajo de sus pies todos sus enemigos, ha iluminado con la

luz del conocimiento de Dios todos los pueblos, gentes, razas y naciones las más feroces por su crueldad y barbarie, y aunque muy desemejantes entre sí por índole, hábitos, leyes y costumbres, las ha sometido al yugo suavísimo de Cristo, anunciando á todos la paz y la abundancia de todos los bienes. Todos los cuales testimonios y credenciales resplandecen con tal fulgor de celestial sabiduría y del poder divino, que no hay entendimiento de hombre que, parando en ellos su atencion, no concluya que la fe cristiana es verdaderamente obra de Dios. Por lo cual la misma humana razon, coligiendo clara y manifiestamente de tantos y tan firmes y espléndidos argumentos, que Dios es el autor de esta fe, no tiene que hacer sino, depuesta toda duda y dificultad, prestarle plenísimo acatamiento, teniendo por cierto que todo cuanto esta fe propone á los hombres como regla de sus creencias y de sus acciones, es enseñanza del mismo Dios ¹. Finalmente, es tal, tan poderosa é incontrastable la fuerza de estas razones, que como dice un autor antiguo, podemos decir á Dios con cierta arrogancia ²: «Señor, si hay error en nuestra creencia, tú mismo nos has engañado, pues los dogmas de nuestra fe están confirmados con tantos y tales prodigios que solamente tú los pudiste hacer.»

¹ Este resumen de las pruebas de la verdad del Cristianismo está tomado al pié de la letra de la magnífica Encíclica de Pio IX, dirigida en 9 de Noviembre de 1846 á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos.

² Ricardo de San Victor (De Trinit. 1, 2).

CAPÍTULO VII.

MÚTUA INFLUENCIA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

POR lo que llevamos dicho hasta aquí, se ve que entre la ciencia y la revelación no puede haber oposición intrínseca y esencial. Ambas tienen su base en nuestra alma; en ella se encuentran estos dos rayos de luz que, emanados del trono de Dios, vienen á iluminar el entendimiento del hombre y á revelar el esplendor de las maravillas divinas; y así como la luz no se opone á la luz, tampoco se oponen ó contradicen la fe y la ciencia, la razón divina y la humana, la verdad increada, subsistente é infinita, y la creada, defectible y finita.

Mas ya que al caer estos dos rayos sobre el fondo de nuestra alma no se opongan é interfieran ¹, ¿la impresiona cada cual por sí y á su manera, sin relación ó influencia del uno para con el otro? Ó, más bien, ¿se juntan é influyen recíprocamente, acrecentando ambos por una operación misteriosa su eficacia y la intensidad de su propio resplandor? Además de la relación *negativa* de no oponerse las unas á las otras las verdades que enseña la fe y las que demuestra la razón, ¿existe por ventura entre ellas una relación *positiva* y necesaria, una cierta armoniosa unidad, una especie de afinidad ó parentesco que

¹ Aunque el verbo *interferir* no esté en el Diccionario de la Lengua Castellana, creemos que nos será aprobado su uso para expresar una cierta acción que ejercen entre sí dos rayos luminosos al caer oblicuamente el uno sobre el otro, acción conocida en óptica con el nombre de *interferencia*.

secretamente las junta, anima y vivifica? Si existe realmente esta manera de relación y dependencia, ¿en qué consiste? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Dónde está el principio, la razón y causa que la producen? Estas preguntas, como es evidente, adelantan un paso más la cuestión que pretendemos resolver en este ensayo; pues no solamente suponen la imposibilidad del conflicto ó desacuerdo entre la ciencia y la fe, sino que plantean en términos claros y precisos el problema de su intrínseca y necesaria armonía, y tienden á determinar y establecer la concordia viva, permanente é indestructible que entre ambas debe reinar.

Para proceder con la debida claridad en la resolución de este problema, asentamos como fundamento de cuanto vamos á decir, que aunque la ciencia y la fe tengan su base en nuestra alma y aún en una misma potencia ó facultad que, como hemos visto en otra parte, es el entendimiento, por ningún caso pueden confundirse ni identificarse, ni aún ser colocadas en una misma línea ó nivel. No son dos hermanas que, nacidas de un mismo padre, sólo se diferencian en la edad y en las preeminencias; mucho ménos son dos hermanas gemelas, salidas estrecha y fraternalmente abrazadas del seno de la eternidad, como decia no há mucho un revolucionario, creyendo tal vez con esto dar muestra de catolicismo. Por sublimes que sean los conocimientos con que pueda enriquecerse la razón del hombre en su desenvolvimiento científico, siempre llevarán en su frente la marca del bajo metal de la facultad que los ha engendrado, mientras que el conocimiento adquirido por la fe, aún depositado en nuestra flaca razón, destellará hermosísimos resplandores, testigos de su origen divino. Porque aquel es un conocimiento imperfecto, bajo, defectible y caedizo; éste, firme, macizo é indefectible. La fe tiene su origen en el cielo y recibe directamente de él los rayos de su claridad, mientras que la ciencia brota de un ser terreno, y conserva rastros de su

CAPÍTULO VII.

MÚTUA INFLUENCIA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

POR lo que llevamos dicho hasta aquí, se ve que entre la ciencia y la revelación no puede haber oposición intrínseca y esencial. Ambas tienen su base en nuestra alma; en ella se encuentran estos dos rayos de luz que, emanados del trono de Dios, vienen á iluminar el entendimiento del hombre y á revelar el esplendor de las maravillas divinas; y así como la luz no se opone á la luz, tampoco se oponen ó contradicen la fe y la ciencia, la razón divina y la humana, la verdad increada, subsistente é infinita, y la creada, defectible y finita.

Mas ya que al caer estos dos rayos sobre el fondo de nuestra alma no se opongan é interfieran ¹, ¿la impresiona cada cual por sí y á su manera, sin relación ó influencia del uno para con el otro? Ó, más bien, ¿se juntan é influyen recíprocamente, acrecentando ambos por una operación misteriosa su eficacia y la intensidad de su propio resplandor? Además de la relación *negativa* de no oponerse las unas á las otras las verdades que enseña la fe y las que demuestra la razón, ¿existe por ventura entre ellas una relación *positiva* y necesaria, una cierta armoniosa unidad, una especie de afinidad ó parentesco que

¹ Aunque el verbo *interferir* no esté en el Diccionario de la Lengua Castellana, creemos que nos será aprobado su uso para expresar una cierta acción que ejercen entre sí dos rayos luminosos al caer oblicuamente el uno sobre el otro, acción conocida en óptica con el nombre de *interferencia*.

secretamente las junta, anima y vivifica? Si existe realmente esta manera de relación y dependencia, ¿en qué consiste? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Dónde está el principio, la razón y causa que la producen? Estas preguntas, como es evidente, adelantan un paso más la cuestión que pretendemos resolver en este ensayo; pues no solamente suponen la imposibilidad del conflicto ó desacuerdo entre la ciencia y la fe, sino que plantean en términos claros y precisos el problema de su intrínseca y necesaria armonía, y tienden á determinar y establecer la concordia viva, permanente é indestructible que entre ambas debe reinar.

Para proceder con la debida claridad en la resolución de este problema, asentamos como fundamento de cuanto vamos á decir, que aunque la ciencia y la fe tengan su base en nuestra alma y aún en una misma potencia ó facultad que, como hemos visto en otra parte, es el entendimiento, por ningún caso pueden confundirse ni identificarse, ni aún ser colocadas en una misma línea ó nivel. No son dos hermanas que, nacidas de un mismo padre, sólo se diferencian en la edad y en las preeminencias; mucho ménos son dos hermanas gemelas, salidas estrecha y fraternalmente abrazadas del seno de la eternidad, como decia no há mucho un revolucionario, creyendo tal vez con esto dar muestra de catolicismo. Por sublimes que sean los conocimientos con que pueda enriquecerse la razón del hombre en su desenvolvimiento científico, siempre llevarán en su frente la marca del bajo metal de la facultad que los ha engendrado, mientras que el conocimiento adquirido por la fe, aún depositado en nuestra flaca razón, destellará hermosísimos resplandores, testigos de su origen divino. Porque aquel es un conocimiento imperfecto, bajo, defectible y caedizo; éste, firme, macizo é indefectible. La fe tiene su origen en el cielo y recibe directamente de él los rayos de su claridad, mientras que la ciencia brota de un ser terreno, y conserva rastros de su

humilde nacimiento. Aun en su forma exterior se ve que si la fe es la maestra, la ciencia es su discípula; si aquella es la señora, esta es la criada; si aquella es la reina, esta es la sierva y la vasalla ¹. Con todo, y á pesar de las grandes diferencias que las separan, cuando las dos se juntan en nuestra alma se asisten y ayudan hermanablemente, y se comunican la una á la otra sus propios dones; de suerte que si la ciencia da algo á la fe, esta le devuelve con creces lo que de ella ha recibido, resultando de aquí una correspondencia admirable y el acuerdo perfectísimo con que cumplen ambas sus providenciales destinos. De esta maravillosa influencia vamos á hablar en este capítulo, explicando su naturaleza, sus efectos y el carácter de la unidad que de ella resulta.

La fe, como hemos dicho varias veces, más que descubrimiento que hace el hombre en una esfera de conocimiento extraña á él, es la revelacion que hace Dios de sí en el alma humana, levantando él mismo el velo que le oculta y difundiendo en nuestro entendimiento los rayos de su divina claridad. Al hacernos Dios esta revelacion, ya hemos visto cómo no permanecen ociosas é inactivas las fuerzas de nuestra alma, sino que cooperando á la divina eficacia y participando de la vida y actividad soberana, ejerce de diferentes maneras su propia actividad, conoce muchas verdades necesarias á su felicidad y bienaventuranza, y se levanta á las regiones altísimas donde respira el ambiente que rodea á la divina esencia. Fuera de esta accion de nuestra alma en la produccion del acto de la fe, accion ordinariamente irreflexiva é inconsciente,

¹ La inferioridad de la ciencia y de la filosofía respecto de la fe, y su actitud para con ella, las expresó por manera muy elegante uno de nuestros antiguos filósofos con estas palabras: *Si Agar et Ismael, Sara et Isaac, concordés et obedientes esse velint, maneat in domo Abrahæ; sin autem insolescant et repugnent rixasque et jurgia excitent, domo ejiciantur et exulent; sic philosophi hacenus legendi et probandi sunt quo ad veritatem et pietatem consenserint atque inservierint; sin autem quid effutierint divinis decretis alienum, deserendi sunt et rejiciendi.* (Benedicti Pererii De communibus omnium rerum naturalium principiis—in Præfatione.)

existe en la razon y la revelacion otro linaje de relaciones que, aunque extrínseco y accidental, es, sin embargo, reflexivo, directo y consciente, y por ellas la razon, como verdadera sierva y criada de la fe, la sirve, hermosea y engalana, y se há con ella como con su reina y señora.

Lo primero que hace el alma del hombre al entrar en ella la luz de la fe, es recibirla libre y espontáneamente. El acto de creer es un acto vital, una actividad del alma en su grado más alto de energía, un desarrollo maravilloso de la eficacia de la razon. Nosotros no podríamos creer, dice á boca llena San Agustin, y con él todos los teólogos, si nouviésemos alma racional. La gracia no destruye ó elimina á la naturaleza, sino que la agranda, la ennoblece y la perfecciona. La razon, esto es, el alma en cuanto es racional, abraza las verdades que Dios propone á su creencia, en cuanto levantada, fortalecida y sublimada por Dios al órden de las cosas sobrenaturales, las percibe, y percibiéndolas se da cuenta de ellas, y las admite con voluntario, libre y completo asentimiento. El sol de la verdad, penetrando en la inteligencia, desenvuelve en ella un gérmen de vida divina, iluminándola y exclareciéndola con el conocimiento de los misterios de Dios, y vencido el corazon por la luz divinamente apacible que rodea estos misterios, reconoce en ellos la presencia de la Soberana Majestad, los abraza libre y espontáneamente, y escucha con fe humilde y amorosa las palabras que esta divina Providencia se digna hablar á sus oídos. En esto, al paso que hace uso de su más noble prerogativa, realiza la más bella y sublime relacion que puede tener con la Deidad, ama y adora el principio de donde procede y ejerce una accion saludable y meritoria, rindiendo su entendimiento á la verdad de Dios, y teniendo por cierto, firme é incontrastable lo que no alcanza por sí misma con la luz de su razon, pero que viene afianzado por la autoridad divina.

La segunda relacion que tiene la razon con la fe es que, como la palabra de Dios es no solamente luz que esclarece el entendimiento, sino fuego suavísimo que enciende el corazon, y lo dilata y lo levanta sobre sí con ardor increíble, este dulce y sabroso fuego, una vez metido en las entrañas, prende y arraiga en ellas, y aviva las potencias y facultades del alma, y pasando á la lengua la mueve y la inspira y enriquece con palabras, y la convierte en pregonera de aquella misma fe que recibió por los sentidos. Esta fe no la predica la razon como verdad que haya descubierto por sí misma, ni como una série de conclusiones ó consecuencias sacadas por ella razonando de los principios ó verdades que conocia de antemano con la luz del conocimiento natural, ni siquiera como problema que hay que resolver con la fuerza del humano discurso, sino como declaracion del querer y saber de Dios, á la cual tiene que rendirse el entendimiento del hombre. Ya hemos dicho muchas veces que el conocimiento de las verdades de la fe no lo alcanza el hombre por los esfuerzos de su propia investigacion, sino por don é infusion de la divina misericordia. «Dios, que en otro tiempo habló á los padres muchas veces y de muchas maneras, últimamente nos habló en estos postreros tiempos por medio de su Unigénito Hijo.» «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y todos vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» «Aquel que mandó á la luz que brotase de las tinieblas, Él mismo brilló y resplandeció en nuestros corazones.» La soberana Encarnacion del Hijo de Dios fué la manifestacion personal de la Divinidad, y la iluminacion más espléndida de la razon humana. Los discípulos conocieron á este Verbo divino gradualmente, no por un procedimiento científico de investigacion ó curiosidad natural, sino por la revelacion que hacía de sí el mismo Verbo encarnado. La luz que destellaba del rostro de Jesucristo era el principio, el manan-

tial y la causa de esta revelacion; la cual, segun iba acrecentándose y confirmándose con las palabras, milagros y ejemplos del Hijo de Dios, extendia cada vez más su esfera de actividad é iluminacion, difundiendo en ellos el conocimiento de la personalidad divina, y obligándolos á dar á conocer á los demas aquello mismo que habian oido, lo que habian visto, lo que habian tocado y palpado con sus manos acerca del Verbo de vida. Tal fué el principio de la predicacion cristiana. Así fué naciendo y dilatándose la palabra de la fe; y recorriendo de boca en boca y penetrando en todos los oidos y resonando en el alma de todos, se derramó por el mundo hasta lograr que por el instrumento de la razon humana la voz de las divinas misericordias haya sido oida hasta los últimos confines de la tierra.

La tercera clase de influencia que tiene la razon con la fe es la parte que toma en definir, circunscribir y determinar con términos claros y precisos la doctrina en ella contenida. Dios, al descubrir al hombre las verdades que segun los fines altísimos de su Providencia se sirve manifestarle, no está obligado á expresarlas en palabras ó fórmulas determinadas ni á seguir en su declaracion un procedimiento científico ó dialéctico, sino que segun las circunstancias en que el hombre se encuentra, ó segun el querer y beneplácito de aquella soberana voluntad que tiene en sí misma la razon de sus determinaciones, le va declarando las verdades que quiere, y en la forma, orden y manera que juzga convenientes al fin de su sabiduría. Despues de recibida la fe, viene su declaracion y definicion de parte del hombre, auxiliado por la asistencia de Dios. A esta declaracion y definicion de la divina palabra han enderezado constantemente sus esfuerzos los escritores eclesiásticos, los teólogos y Santos Padres, y sobre todo, la Iglesia, institucion y persona moral á quien el mismo Dios entregó el depósito de las enseñanzas divinas

para que lo guardara intacto, y lo promulgara, declarara y defendiera ante todas las generaciones. Esta Iglesia santa, apostólica, universal, es el medio elegido por Dios para darnos á conocer su voluntad, y el alcance y amplitud de sus enseñanzas. Para esto no se sirve ordinariamente de recursos dialécticos, polémicos ú oratorios, sino de la simple enunciación de la verdad, enderezada principalmente á reformar el corazón y arreglar y ordenar las costumbres. Esta es la primera forma de su enseñanza. Después viene el formular estas mismas verdades en términos precisos, claros y concretos, presentándolas en su hermosa unidad, en su divina armonía y en sus múltiples relaciones. Esto lo ha hecho principalmente en los concilios generales, vastas asambleas de la Iglesia docente, en donde reunida la flor de la cristiandad con su cabeza visible, y presidiendo invisiblemente el mismo Dios, autor, inspirador y consumidor de la fe, ha aclarado y definido la verdad revelada con una precisión de términos cada vez más perfecta, clara y evidente.

Apoyados en estas aclaraciones, y estudiando más y más el depósito de las Divinas Escrituras, y sobre todo, inspirándose en la luz superior de la gracia que ilumina al alma más que todas las luces y esfuerzos del hombre, los teólogos de todos los siglos han procurado reducir á forma científica el cúmulo de verdades contenidas en la Revelación, desarrollándolas en un sistema ó cuerpo de doctrina, confirmándolas con las razones naturales, mostrando el ningún valor de los argumentos que contra ellos pueden aducirse, haciendo ver su posibilidad, conveniencia y áun necesidad, así física como moral, y sobre todo el hecho á todas luces incontestable de la divina Revelación. Así han conseguido levantar el edificio admirable de la ciencia teológica, suprema entre todas las ciencias, que á todas las domina y preside, y cuya naturaleza y carácter está hermosamente indicado en el lema ó título que puso

San Anselmo á uno de sus tratados: *Fides quærens intellectum*, esto es, *la fe que busca el conocimiento de la verdad propuesta á nuestra creencia*. Porque, como dice muy bien el Santo ¹, así como el buen órden exige que ántes de que presumamos escudriñar con nuestra razón los profundos misterios de la fe cristiana, los creamos con fe divina, así parece una manera de negligencia y descuido, si, después de estar confirmados en esta fe, no procuramos entender aquello mismo que creemos. «No pretendo, Señor (añade en otra parte) penetrar vuestra alteza, porque en ninguna manera comparo con ella mi entendimiento; pero deseo algun tanto entender vuestra verdad, la cual cree y ama mi corazón; y no pretendo entenderlo para creer, sino creo para entender ².»

Por donde claramente se ve que si la razón es discípula de la fe, es una discípula discreta y avisada, que aprende, rumia y se asimila la verdad que su maestra le propone, que indaga y profundiza los dogmas de su celestial enseñanza, que trata de escudriñar su maravillosa unidad, su divina simetría y las pruebas que nos los hacen evidentemente creíbles é imposibles de ser atacados ó destruidos por los vanos discursos de la ciencia, ó más bien de la ignorancia humana. Para todo esto se sirve de los principios y conocimiento de las cosas naturales y de las verdades que ella misma descubre con la luz de su investigación, los cuales, aunque de origen más bajo que los principios de la fe, le ayudan, sin embargo, para mejor entender á estos y para abrazarlos con mayor prontitud, facilidad y alegría. Mas hay que tener siempre en cuenta que á pesar de la luz que pueda esparcir la razón sobre la verdad revelada, nunca deja esta de aparecer al entendimiento velada con la sombra del misterio. La razón podrá ver la posibilidad, conveniencia y armonía de los

¹ *Cur Deus homo*, cap. 2.º lib. I.

² *Proslog.* c. 1.

misterios propuestos por la fe, mas no podrá quitarles su oscuridad. Es más; áun en esta misma investigacion, aunque el entendimiento se sirva de los principios naturales, es necesario que la fe le guíe en la aplicacion de estos mismos principios, de suerte que la misma fe, como dice San Anselmo, busque la inteligencia de los misterios y guíe y conduzca al entendimiento en su afanosa investigacion. Por esto, como dice muy bien un filósofo ilustre, «cuando los teólogos y doctores santos entran con su razon en el abismo de las excelencias divinas, no entran nunca en él sin un secretísimo terror, y sin que la fe les vaya abriendo el camino. No se proponen sorprender en Dios secretos y maravillas ignoradas de la fe, sino sólo juntar la lumbrera de la razon con su lumbrera, para ver por otro lado las mismas maravillas y secretos; no van á ver en Dios cosas nuevas, sino á ver en él las mismas cosas de dos maneras diferentes, y estas dos diferentes maneras de conocerle vienen á ser dos maneras diferentes de adorarle.» De esta suerte la fe ilumina á la razon, y ésta por su parte procura de aclararse á sí misma las verdades que aquella le propone, resultando en el alma un gozo y deleite increíble en la contemplacion de estas verdades. «Porque, como observa muy al propósito el padre Fray Luis de Granada ², cuando se casa la fe con la razon y la razon con la fe, contestando la una con la otra, cáusase en el ánimo un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente; donde la fe nos esfuerza con su firmeza y la razon alegra con su claridad; la fe enseña á Dios encubierto con el velo de su grandeza; mas la razon clara quita un poco de este velo para que se vea su hermosura. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenán las conciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los

¹ Donoso Cortés en su *Ensayo* p. 1. c. 2.

² *Simbolo de la fe* p. 7. c. 3.

caminos y nos hacen abrazar dulcemente esta soberana verdad.»

En cambio de los auxilios que la razon presta á la fe, recibéndola libremente, pregonándola, declarándola, definiéndola y enseñándola científicamente, la fe por su parte, desde la altura donde majestuosamente resplandece, ayuda á la razon, la esfuerza é ilumina, y por mil maneras la sublima, dignifica y engrandece.

A primera vista parece que una autoridad inapelable, que exige absoluta obediencia y sumision á sus decisiones, y cuya influencia se deja sentir principalmente en el sereno dominio de la ciencia, habia de ser contraria al desarrollo del humano entendimiento, cortándole el vuelo y teniéndole asido y atado á sus decisiones absolutas é inalterables. Mas estudiando la naturaleza de esta autoridad, su aplicacion á los diversos ramos ó esferas del saber, y su accion é influencia tal como aparece en la historia del desenvolvimiento científico, se ve que, lejos de abatir ó comprimir los vuelos al ingenio, lo levanta á una esfera superior, extendiendo inmensamente el campo de sus investigaciones, y dándole un grado de penetracion, energía y vigor, de todo punto maravilloso.

Para conocer bien la influencia del cristianismo en el desarrollo intelectual del género humano, hay que presuponer que el fin de Dios, al revelar al hombre las verdades de la fe, no fué tanto ilustrar el entendimiento y dar pábulo á su investigacion y deseo de conocer, cuanto enseñar y mejorar el corazon, y reducir la voluntad, potencia suprema y directiva de los actos humanos, al camino de los divinos preceptos, del cual se habia extraviado. El Evangelio, hemos dicho en otra parte, no es un sistema filosófico, sino una fuerza sobrenatural que acerca al hombre á Dios y le junta con lazo estrechísimo de amor con su inefable Esencia; mas esto no lo hace sino iluminando la inteligencia con la luz de la verdad, y proponiéndole doc-

trinas y enseñanzas que ora pertenezcan al órden especulativo, ora al práctico y moral, son para el creyente á la vez que motivos para allegarse más al Criador, principio y revelacion de los conocimientos más grandiosos y sublimes que puedan ocupar su actividad.

Estas doctrinas las propone y enseña la Iglesia donde quiera que está y donde quiera que se extiende su imperio; y enviada por Dios para ser luz de las gentes, y maestra y educadora del género humano, las comunica á todos sin distincion de sábio ó ignorante, de siervo ó de señor, de bárbaro ó civilizado; las aclara, explica y desenvuelve á los que escuchan su voz y las defiende de los que sordos á su llamamiento, desprecian su divina autoridad y ponen obstáculos y dificultades á su enseñanza.

Sin duda alguna el conocimiento que da la fe de estas verdades no es un conocimiento científico y demostrativo. La fe, como hemos dicho muchas veces, se funda en la autoridad, no en la demostracion ni en la evidencia; la Iglesia enseña afirmando, no discutiendo; habla no con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostracion de espíritu y poder. *Non in Dialectica voluit Deus salvum facere populum suum*, dice San Ambrosio. Y la razon de esto ya la habia dado San Pablo en unas palabras que nunca serán bastantemente ponderadas y admiradas, es á saber: porque no habiendo el mundo conocido en la sabiduría de Dios á Dios por sabiduría, agradó á Dios salvar á los creyentes por la locura de la predicacion. Esta divina locura, esta sublime ignorancia y á primera vista humilde y abatida predicacion, derribó de su alto asiento á la sabiduría de los filósofos y príncipes de este siglo; y cuando ellos, con su vano filosofar y sus interminables discusiones, no consiguieron más que hacer más densas las tinieblas de la ignorancia y más insoportables las consecuencias de la inmoralidad y de la tiranía, la predicacion de la ley de Cristo y la locura de su Cruz

libertaron al género humano de la opresion, de la esclavitud y de la tiranía, esparciendo á la vez tesoros de doctrina y de salvadora enseñanza.

La luz, la doctrina, el verdadero adelantamiento de la cultura humana, que han provenido al mundo de este divino magisterio, nosotros, los que vivimos en medio de esta luz, apenas lo podemos imaginar. «Antes de la aparicion del cristianismo sobre la tierra, dice Balmes, antes que la fe de la Cátedra de San Pedro se extendiese por el mundo, borradas las nociones primitivas acerca de la Divinidad, la inteligencia humana vagaba al impulso de mil errores y monstruosas quimeras; sintiendo la necesidad de Dios, ponía en su lugar las creaciones de su imaginacion. Mas despues que el inefable resplandor, descendiendo del seno del Padre de las luces, ha proyectado sobre toda la tierra su claridad, las ideas relativas á la Divinidad quedan de tal manera fijas, llanas, sencillas, y al propio tiempo tan grandes y sublimes, que la razon humana parece haberse con ellas dilatado y engrandecido. El velo que cubria el origen del mundo ha sido descorrido, ha sido determinado el fin de la creacion, y el hombre ha recibido la llave que descifra los prodigios de que está lleno y que le rodean ¹.» Lo que dice Balmes de la idea de Dios y de las que de ella inmediatamente se consiguen, podemos afirmarlo de otras mil que, desconocidas ó erróneamente interpretadas por la antigüedad, hoy están de tal manera arraigadas en el entendimiento y en la vida social de las naciones cristianas, que por mucho que se trabaje en oscurecerlas ó destruirlas, será muy difícil ó de todo punto imposible desarraigarlas. La luz de la verdad divina, atravesando la tierra, va dejando rastros ó destellos que durarán eternamente. Nadie puede sustraerse á la influencia de su claridad, y aún aquellos que desvían de ella los

¹ Protest. III, c. 69.

ojos, aún los que la maldicen y blasfeman, si algo ven, si en ellos no se ha extinguido completamente la luz de la razon, si no vagan todavía entre tinieblas absolutas é irremediabiles, lo deben á aquella misma luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y que á despecho del mismo hombre le muestra siempre el camino de la verdad y los senderos de su suprema bienaventuranza.

La Iglesia sostiene en sus manos esta antorcha divina; ella es la columna, el apoyo y el fundamento de la verdad. Ella mantiene, defiende, propaga y enseña á todo el mundo los principios fundamentales del saber humano, y siendo tres los objetos principales sobre que puede versar nuestro conocimiento, es á saber: Dios, el hombre y la naturaleza visible, sobre cada uno de ellos tiene enseñanzas maravillosas, que lejos de oponerse á lo que la razon puede descubrir acerca de tales objetos, son como faros diseminados en todo el campo de sus investigaciones, para guiarla y esclarecerla en su camino. Obligada á mantener incólume el depósito que le ha sido confiado y á explicarlo á los hombres y defenderlo de los que, cegados por su ignorancia ó impulsados por abatidas pasiones, le combaten y pretenden destruir, siempre y á todas horas está dispuesta á dar razon de la fe que propone y de las divinas esperanzas que la animan; jamas transige ni contemporiza con lo que pueda mermar, deslucir ó empañar tan sagrado tesoro. Y como esta suma de dogmas ó verdades puede ser acometida por todos los flancos y en todos los terrenos, en todos se encuentra siempre la Iglesia defendiéndola y amparándola; no dando paz á los entendimientos, antes aguijoneándolos de continuo é impulsándolos en toda suerte de investigaciones que tiendan á aclarar y sostener la divina verdad, y hermosearla con toda suerte de resplandores.

Por de pronto, nadie negará que cuando la Iglesia enseña principios que son comunes á la razon y á la fe, de-

fiende los fueros de aquella no ménos que los derechos y privilegios de esta; cuando los difunde y propaga contribuye eficazísimamente con su autoridad á la propagacion de verdades que á la mayoría de los hombres serian de lenta, difícil y aún dudosa adquisicion; y cuando los aclara con sus decisiones, aclara y enriquece la ciencia, y derrama sobre ella una luz superior que maravillosamente la ilumina y embellece. Pues si consideramos lo que debe la ciencia á la declaracion de aquellos dogmas que exceden la razon humana, los misterios de la augustísima Trinidad, por ejemplo, de la generacion eterna del Verbo, de la Encarnacion del Hijo de Dios, de la doble naturaleza subsistente en unidad de persona, del Sacramento de la Eucaristía, de la culpa original, de la gracia y prescencia de Dios, armonizándose con la libertad del hombre, ¿quién puede imaginar los estudios profundísimos que han promovido acerca de la naturaleza divina y de la humana, sobre el sér en sus diversas formas y realidades, sobre la relacion entre lo infinito y lo finito, sobre la esencia de la cantidad, sobre el principio y origen del hombre, la moralidad de sus acciones, y su libertad igualmente alejada de un fatalismo desesperado, y de un orgullo y engrimiento racionalista?

Cierto que estos altísimos misterios, á pesar de los esfuerzos que haga la inteligencia para entenderlos, permanecen impenetrables á nuestra razon. La fe, por firme é ilustrada que sea, siempre es oscura, sobre todo respecto de las verdades que exceden nuestras facultades. Toda la claridad de la ciencia no llega á disipar las tinieblas que ocultan los misterios divinos; mas, como han advertido filósofos ilustres, y como puede experimentarlo cualquiera que profundice íntimamente la naturaleza de la Revelacion, «no hay misterio ninguno entre los que nos enseña la fe, y la Iglesia nos propone, que no reuna en sí, por una admirable disposicion de Dios, dos cualidades que

suelen andar reñidas, la oscuridad y la evidencia. Los misterios católicos vienen á ser á manera de cuerpos á un mismo tiempo luminosos y opacos, y que de tal manera lo son, que sus sombras no pueden ser esclarecidas nunca por su luz, ni su luz oscurecida por sus sombras, siendo perpétuamente oscuros y perpétuamente luminosos. Al mismo tiempo que derraman su luz por la creacion, guardan para sí sus sombras; lo esclarecen todo, y no pueden ser esclarecidos; todo lo penetran y son impenetrables; parece cosa absurda concederlos, y es mayor absurdo negarlos; para el que los concede no hay otra oscuridad sino la suya, para el que los niega el día se vuelve noche; y para sus ojos, privados de luz, la oscuridad está en todas partes ¹. Así el dogma de la augusta Trinidad nos ayuda para entender mejor el misterio de la actividad divina; la doctrina sobre la Encarnacion, con las variadas decisiones á que ha dado lugar, aclara extraordinariamente la naturaleza del hombre, sus partes componentes y sus facultades; los Sacramentos nos introducen en el conocimiento de las relaciones entre Dios y la criatura racional; la Eucaristía empeña al ingenio humano en las complicadísimas cuestiones acerca de la esencia de la materia, la extension, y los accidentes de los cuerpos; el pecado original levanta el velo que oculta el estado moral de la humanidad; la historia de la creacion desenvuelve los problemas más oscuros de la geología; los primeros capítulos del Génesis explican la historia primitiva y las tradiciones de la humanidad; no hay, en fin, misterio ninguno que no contenga la explicacion de otros misterios y enigmas que nos presenta la ciencia ó la historia. «Todo el cristianismo, concluye Balmes ², es un conjunto de misterios; pero esos misterios se enlazan por ocultos senderos con todo lo que hay de profundo, de grande, de sublime, de tierno en el

¹ Donoso Cortés, *Ensayo*, p. I. c. 2.

² *Filosofía fundamental*, lib. III, c. xxxiii.

cielo y en la tierra; se enlazan con el individuo, con la familia, con la sociedad, con Dios, con el entendimiento, con el corazon, con las lenguas, con la ciencia, con el arte. El investigador que no se acuerda de la religion, y que tal vez busca medios para combatirla, la encuentra en la entrada y en la salida de los caminos misteriosos, junto á la cuna del niño, como al umbral de los sepulcros, en el tiempo como en la eternidad, explicándolo todo con una palabra, arrojando impasible los despropósitos de la ignorancia y los sarcasmos del incrédulo, y esperando tranquila que el curso de los siglos venga á dar la razon al que para tenerla no necesitaba que los siglos comenzaran á correr.»

El estudio de estos misterios da al que lo emprende sagacidad y fuerza, aguza el ingenio y le dilata. En prueba de ello, basta abrir cualquier libro de teología, en especial de los llamados *escolásticos*, y entre estos los españoles, que para honra altísima de nuestra nacion han sido los que se han remontado más alto en sus especulaciones teológicas, para ver el vuelo maravilloso que tomaron aquellos ingenios, la muchedumbre de cuestiones políticas, de derecho, de filosofía, y hasta de física y ciencias naturales que les salieron al paso y que aclararon en sus indagaciones, y cuánto extendieron los linderos del saber en sus esfuerzos por explicar los misterios de la religion, y demostrar que no se oponen, antes se conforman admirablemente con la razon humana. Y lo que se dice de la parte científica y dogmática de la religion, puede igualmente decirse de su parte práctica; pues apenas hay precepto religioso cuyo cumplimiento no exija una cierta educacion del entendimiento; por manera que promoviendo la Iglesia la práctica y el cumplimiento de sus preceptos, fomenta y desarrolla las facultades más nobles del espíritu, y contribuye poderosamente á la cultura y civilizacion de los pueblos.

De todo lo cual resulta que así como un pueblo que goza del principio de la fe cristiana es un pueblo natural-

mente instruido, así la Iglesia encargada de enseñar, declarar y defender esta misma fe, es una institución esencialmente docta y científica. El cristianismo es una prodigiosa revelación; somos hijos de la luz, engendrados por la palabra de la verdad; nuestra primera virtud es la fe, destello inefable de la verdad increada; el bautismo es una verdadera iluminación, como era llamado en la Iglesia antigua; nuestro maestro es el Verbo, sabiduría eterna y sustancial, sol que ilumina todos los horizontes, que derrama su influencia sobre todas las criaturas y que vino á este mundo á iluminar á los que yacían en las sombras de la muerte, á poner en el recto sendero á los extraviados, y á dar testimonio auténtico de la verdad entera, completa é incontrastable. La Iglesia es la mensajera de esta doctrina y divino magisterio. En ella reside el verdadero Salomón, que hace oír su palabra á cuantos quieren oírla; y al paso que resuelve con la claridad de su enseñanza todas las dificultades que contra la verdad de Dios puede objetar la soberbia razón del hombre, promueve toda suerte de conocimientos, impulsando á todas las ciencias, y avivándolas con su celestial influencia. En ella está la enseñanza de toda verdad, como está el amparo de toda flaqueza, el fomento de toda virtud y el remedio de todos los males. Con ella no es posible el silencio, contemporización ó compromiso acerca de los errores, tocantes á la fe, cuya custodia le ha sido encomendada; la condenación de tales errores es en ella tan natural como la de todas las tiranías y perversidades, el enfrenamiento de todas las bajas pasiones, y la severa represión con que cohibe toda iniquidad, atando las manos para no cometerla y enfrenando el corazón para no pensarla ni desearla. Nada hay comparable á este magisterio, nada más espléndido y luminoso que esta soberana enseñanza; y así como no hay en el mundo nada más bello que los tesoros de caridad que brotan del corazón de esta Madre, nada hay tampoco

más magnífico, nada más grandioso y fecundo que el raudal de verdad, de luz y de ciencia que surgen de la enseñanza de esta maestra divina.

Toda la historia atestigua esta influencia divina de la santa, católica Iglesia en promover, defender y adelantar, al par del conocimiento de la fe, el de toda verdad y adelantamiento científico, proclamando con elocuencia irrefragable que donde quiera que ha florecido la enseñanza y práctica de esta fe, ha florecido también la ciencia, y al contrario, que donde quiera que aquella ha decaído, ha decaído esta también. Los sábios más ilustres del mundo han rendido á los pies de esta reina de los entendimientos las coronas ganadas en los gloriosos combates de la sabiduría, inclinando sus frentes laureadas ante la majestad de sus decisiones infalibles. A ella han acudido para la resolución de las dificultades que les ofrecía el estudio de la naturaleza. Propusieron primero las dificultades metafísicas, morales y políticas, y si era preciso resolverlas para poner en salvo la fe, ninguna quedó sin respuesta; últimamente la física, la cronología, la geología, la etnografía y la historia con la multitud de ciencias que la sirven y acompañan, le presentaron sus objeciones y misterios; y aunque parecía imposible que saliera triunfante de la lucha, poco á poco las nieblas de las objeciones y dificultades se fueron atenuando y desvaneciendo, y hoy día son las ciencias mismas las que arrastran el carro de sus triunfos á través de los pueblos y de las naciones civilizadas. ¡Cosa admirable y verdaderamente divina! Así como la Iglesia, que parece no había de tener más fin que procurar á sus hijos la eterna felicidad, les procura también de paso su dicha y bienestar en la tierra, de igual manera enseñando, proclamando y defendiendo los principios de la fe, defiende y enaltece los derechos de la razón, ensancha prodigiosamente sus confines, y es su fortaleza, su amparo y salvaguardia invencible.

CAPÍTULO VIII.

UNION ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

LA influencia recíproca entre la ciencia y la fe que hemos considerado en el capítulo anterior, podrá tal vez parecer á alguno puramente casual ó extrínseca, y resultado, más que de la naturaleza íntima de estos dos elementos ó factores de nuestro conocimiento, de cierta manera de ser de la inteligencia humana, ó quizá de la analogía de las verdades que la ciencia y la fe proponen respectivamente á nuestra inteligencia. Al punto á que hemos llegado en esta discusión, ya es tiempo de desvanecer tal sospecha ó error, y de poner en claro cómo la union entre la ciencia y la fe no es accidental y extrínseca y dependiente de las circunstancias de los tiempos y de las personas, ó de cierto hábito ó disposición particular de nuestra alma, sino que arranca de la misma naturaleza de la ciencia y de la fe, y es por tanto absolutamente necesaria en el orden actual de la Divina Providencia. Esto es lo que vamos á demostrar en el presente capítulo. El solo anuncio de nuestra proposición hará ver á cualquiera que estamos en el nudo de la cuestión que pretendemos resolver, en el punto crítico y en la clave del arco en que se cierra y sostiene toda la argumentación que venimos desarrollando en este ensayo.

Para dar á esta parte de nuestra demostración la conveniente claridad, comenzaremos por asentar que el mundo que vemos y esta hermosura del cielo y las innumerables estrellas que centellean en el firmamento, y la exten-

sion de la tierra con sus campos pintados de flores, y los rios que serpean en su superficie, y los mares profundísimos poblados de peces, y todo lo que nos descubren los sentidos y lo más bello y sublime que nos esconde el mundo espiritual é invisible, lo sacó Dios de la nada, movido únicamente de su libre y espontánea voluntad. Ninguna causa extraña á él podía moverle ni ménos necesitarle á obrar. En él estuvo el principio de su determinación como en él estaba la fuerza de la actividad infinita de donde brotaron las maravillas del universo. Siendo, pues, Dios enteramente libre, debia proponerse algun fin en la obra de la creación; y siendo por otra parte infinitamente sábio, este fin tenia que ser por necesidad altísimo, grandioso y digno verdaderamente de la suprema sabiduría, majestad y grandeza.

Ahora bien: nada hay digno de Dios sino Dios mismo. Su esencia soberana se levanta sobre las demas con toda la excelencia y ventaja que lleva lo infinito, inmutable y eterno, sobre lo finito, efimero y deleznable. Nada hay semejante á él ni que se le pueda comparar. Su sér es sobre todo sér, sobre todo género, especie ó naturaleza criada. Todo el mundo delante de él no es más que una gota de rocío que cae por la mañana, y todas las naciones son como nada en su presencia, y en su comparación serán estimadas en ménos que nada y que lo que no es. Él está asentado sobre el globo de la tierra, cuyos moradores le son como langostas; él extiende los cielos como una cortina y hace de ellos un tabernáculo para su morada; él torna en nada los poderosos, y á los que gobiernan la tierra hace como cosa vana. Como si nunca fueran plantados, como si nunca fueran sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra, así que sopla en ellos, se secan y el torbellino los lleva como hojaracas. ¿A quién, pues, me hareis semejante ó con quién seré igualado? dice el Santo.... ¿Quién fué su consejero?....

¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, ó le aconsejó enseñándole? ¿A quién demandó consejo para ser avisado? ¿Quién le mostró el camino del juicio, ó le enseñó ciencia, ó le indicó la senda de la prudencia? A mí pertenece la sabiduría, á mí el juicio y la prudencia, dice el Señor ¹. Así, porque Dios era infinitamente sábio, nadie si no él podía fijar el término y propósito de su acción; y porque era infinitamente perfecto, necesariamente tenia que mirar á sí mismo en la producción y creación de todas ellas, supuesto que sólo su Majestad infinita era término digno de su actividad; solamente ella era el objeto en que podían fijarse dignamente los intentos de la suprema sabiduría; y no brillaría ciertamente en la divina esencia la suma perfección que en ella reina, ni en el mundo el orden y concierto que en él resplandece, si el fin de éste pudiese ordenarse á otro que á aquel Sér soberano de quien todo sér, toda virtud y perfección descienden, y á quien todo finalmente vuelve y se endereza.

Todo lo hizo el Señor para sí. En Él, por Él y para Él fueron hechas todas las cosas. Todo lo que invoca su nombre lo creó, formó é hizo Dios para su gloria y para ornamento de su Majestad. Él solo lo hizo y para sí solo lo hizo; porque así como ningún otro lo pudo hacer sino Él, así para ningún otro se pudo hacer sino para Él. Él hubo de ser, por consiguiente, la causa y razón última de la creación, como era su primer principio, y esto no por ambición, amor propio ó egoísmo, como neciamente han blasfemado algunos, sino para que se guardara el orden debido y la necesaria relación entre las propiedades y atributos de aquella esencia soberana, donde todo es orden, perfección y armonía.

Mas ya que Dios habia de mirar á sí propio como á fin de la creación, y ya que necesariamente habia de preten-

¹ Isaías, cap. 40.

der su gloria, está claro que al crear al mundo no podia pretender ningún acrecentamiento de su poder, virtud ó perfección intrínseca y esencial, pues en sí era infinitamente perfecto y bienaventurado. Luego si no pretendió recibir, pretendió dar, derramando en las criaturas que sacó de la nada los tesoros de sus bienes, y comunicándoles alguna parte de sus perfecciones; los cuales bienes y perfecciones, á la vez que indicasen el origen y fuente manantial de donde descendian, rindiesen acatamiento á la Deidad Soberana, manifestasen la grandeza de sus atributos y pregonaran con su mudo pero elocuentísimo lenguaje

la gloria de Colui che tutto muove.

La luz de esta gloria divina resplandece en todas las cosas criadas. Todas predicán el poder de su Hacedor, atestiguan su sabiduría, anuncian su nobleza, y pregonan su majestad inmensa y gloriosa. «Los cielos cantan su omnipotencia, su grandeza, los mares, la tierra, su fecundidad, las nubes con sus altísimos promontorios, figuran la peana en que descansa su pié. El relámpago es su voluntad, el trueno es su voz, el rayo su palabra. Él está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores, y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos. *Él me dió*, dicen los cielos, *mis moradas espléndidas*; y las estrellas, *nos otras somos centellas caídas de su resplandeciente vestidura*, y el ángel y el hombre, *al pasar por delante de nosotros, su hermosísima figura quedó en nosotros estampada*. De esta manera unas cosas representan su grandeza, otras su majestad, otras su omnipotencia; y el ángel y el hombre especialmente, los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y los resplandores de su hermosura ¹.» En to-

¹ Donoso Córtes. *Ensayo*, c. vii.

das se refleja algun rayo de aquella suma é infinita esencia; en las hermosas su órden y hermosura inefable, en las fuertes su fortaleza, en las artificiosas su sabiduría, en las resplandecientes su claridad, y en las bien ordenadas y proveidas su maravillosa Providencia. El lustre, la perfeccion y la gloria de las mismas criaturas consiste en que cada cual de ellas sea un destello ó vislumbre de aquella hermosura infinita que contiene con eminencia la flor, la perfeccion y la realidad de todas. Porque como la soberana Majestad y Hermosura de Dios sean la fuente, la matriz y el origen de todas las cosas hermosas, rebozando en belleza y echando de sí y esparciendo tantos rayos de perfecciones cuantas hay en las criaturas, estas, resplandeciendo con tan divina luz, pregonan la gloria del que las crió, contándose unas á otras las maravillas del Señor, atestiguando consigo mismas sus inefables perfecciones y cantando con un cántico sin fin sus alabanzas y sus excelencias.

Mas esta gloria extrínseca y accidental que reluce en las criaturas y que consiste en reflejar, cada cual á su manera, los atributos y excelencias del Criador, por las cuales aparece digno de ser honrado, glorificado y bendecido, no es más que una parte del fin del universo; fuera de esta hay otra más alta y sublime, que fué tambien objeto de los divinos pensamientos, y que consiste en que esta misma Bondad de Dios que en ellas resplandece, sea actualmente conocida, amada y reverenciada de las criaturas, si no como lo merece su infinita excelencia, á lo ménos en la medida que sufre la imperfeccion de la naturaleza finita. Esta gloria solamente puede darla á Dios la criatura racional. Porque aunque todas pregonen la Bondad de la Esencia divina, á quien todas imitan, de quien todas reciben el sér, virtud y eficacia, y que las asiste y ayuda actualmente con su concurso, guiándolas y enca-minándolas al fin á que las destinó su adorable Providen-

cia, el hombre es el único sér del universo visible que puede conocer las perfecciones de las criaturas y subir por ellas al amor y adoracion de la Divina Majestad. La naturaleza irracional é insensible puede presentarse á nuestra inteligencia para que la conozcamos y veamos y admiremos sus bienes y excelencias, y conociéndolas nos levantemos al conocimiento del Criador. De esta manera imperfecta y elemental le honra y glorifica. Pero al hombre toca interpretar este silencioso lenguaje, dar cuerpo á esta voz de las criaturas, amar en ellas y por ellas á la Divina é inefable belleza, y hacerlas servir al obsequio y adoracion de la Soberana Majestad. Lo cual hace cuando usando bien y ordenadamente de ellas, las reduce al fin, órden y providencia que presidió á su creacion, y contemplando sus perfecciones, y bendiciendo y alabando la suma sabiduría y Bondad de donde originalmente se derivan, las levanta de su esfera baja, material é insensible, y las espiritualiza en cierto modo y las convierte en pregoneras de esta misma Bondad y Sabiduría.

Verdaderamente, el hombre es un mundo abreviado. Puesto en el confín que separa el tiempo de la eternidad, es el punto de union del mundo visible con el invisible, el horizonte que divide y junta al mismo tiempo el cielo con la tierra, y el lazo y atadura de todas las cosas (σύνδεσμος πάντων), como hermosamente lo llama un Santo Padre ¹. En él no solamente se juntan todos los bienes que vemos repartidos en las demas criaturas, como son el sér, la vida, el sentimiento, la inteligencia, y los que á ellos se consiguen, sino que estos mismos bienes, ya en cuanto están en el hombre, ya en cuanto existen en los demas séres del universo, son por él levantados á la esfera divina y espiritual en que el mismo se mueve. Por manera que si por una parte las criaturas inferiores sirven al hombre y

¹ Teodoro de Mopsuestia, *Quixidonis in Genesi*, q. 2.

tienden y gravitan hácia él, por otra, el mismo hombre, sér inteligente y moral, las atrae y une y como incorpora consigo, y con ellas unido é incorporado, tiende, y aspira á aquella esencia soberana de donde todo sér, toda virtud y claridad se deriva, y las refiere, levanta y las hace servir á la Majestad infinita de Dios, á ella en todas las cosas amando, y á todas en ella conforme á su santísima y divina voluntad. Y al hacerlo así, no solamente da á Dios la gloria que le es debida, sino que se honra y perfecciona á sí propio, y llena el fin á que le destinó la Divina Providencia. Por donde se ve la unidad y armonía admirable que reina en el universo, y cómo el fin de las criaturas inferiores al hombre halla en éste su perfeccion y complemento, y es inseparable de sus grandiosos y sublimes destinos.

Habiendo puesto en claro las relaciones que unen á todas las criaturas con su Autor soberano, de qué manera contribuyen y se enderezan á su gloria y alabanza, y cómo su fin está íntimamente enlazado con el fin del hombre, es necesario recordar lo que en otra parte dijimos¹ y demostramos, es á saber: que el fin de la criatura racional no se ciñe á la posesion y goce de los bienes efímeros que le muestran los sentidos, sino que trasciende más allá, llegando hasta el conocimiento y el amor del sér infinito, no ya tal como puede ser alcanzado por el desenvolvimiento natural de nuestras facultades, sino como puede y debe lograrse con los bienes de la gracia que el mismo Dios plantó y sobrepuso á nuestras potencias naturales. Dios, comunicándose á las criaturas con una largueza y liberalidad que exceden las exigencias de nuestra naturaleza, su altísima esencia llenando y satisfaciendo las potencias de nuestra alma de una manera perfectísima, gracias á una soberana intervencion que excede el orden na-

¹ En el cap. iv de este ensayo.

tural del universo; en una palabra, la Divina Majestad, en cuanto es alcanzada y poseida por la inteligencia, mediante el conocimiento, y por la voluntad mediante el amor, de una manera sobrenatural y casi divina; tal es el fin de la criatura racional.

Este fin, como vimos, no es libre en el hombre, sino necesario, supuesto el órden actual de la Providencia. El órden sobrenatural es la esfera en que vivimos y nos movemos, el aire que respiramos, la luz que nos ilumina, el medio necesario en que se desarrolla nuestra existencia, la norma y regla de nuestras acciones y el término á que todas ellas se refieren y encaminan, término que alcanzamos ó dejamos de alcanzar, segun que nuestros actos se ajustan ó desvian de su regla de rectitud ó moralidad. Todas las criaturas nos han sido dadas como medios para llegar á este fin; todas son cooperadoras nuestras, y tienden naturalmente á ponernos en posesion de aquel Bien Supremo, cuya esperanza constituye nuestra felicidad en este mundo, y cuya posesion ha de formar en el otro nuestra perfecta y gloriosa bienaventuranza. Todas tienden á formar y engendrar en nosotros la vida divina, que consiste en la noticia clara de aquel sér infinito, el cual, como decia uno de nuestros antiguos con bellísimas palabras, «conocido por la inteligencia, necesariamente es amado; amado por la voluntad, necesariamente se tiene y se posee; poseido por la memoria, necesariamente deleitamos; deleitando por la fruicion, necesariamente quietamos; quietando por el cumplimiento de los deseos, necesariamente beatificamos.» Este fin y vida divina del hombre es el término á que se endereza toda la economía de la naturaleza, no ménos que la de la gracia, la aspiracion de todas las cosas criadas, el centro, el término y el remate de las obras y misericordias de Dios.

Y este es el sentido profundísimo de aquellas palabras de San Pablo, trasunto de todas las cosas visibles é invi-

sibles. *Todas las cosas son vuestras, vosotros de Jesucristo, Jesucristo de Dios* ¹. Las cosas criadas materiales é insensibles no tienen su fin en ellas mismas; unas han sido hechas para otras, y todas para Dios; un lazo invisible las ciñe y rodea y les da maravillosa unidad. El hombre es el único sér capaz de percibir esta unidad, de realzarla y ennoblecerla, y áun de formar en parte este lazo y encadenamiento misterioso. Hecho poco inferior á los ángeles, coronado de gloria y de honor, constituido sobre las obras de Dios, y que teniendo á sus pies todas las cosas, todas le obedecen y le prestan sus servicios. *Omnia vestra sunt*. Mas este hombre está esencialmente sujeto á otro Soberano, Rey inmortal de los siglos, que ha recibido en herencia las naciones, y á quien su Padre ha dado todo poder en la tierra como en el cielo, segun que plugo á Dios resumir en él todas las cosas en la dispensacion de la plenitud de los tiempos. *Vos autem Christi*. Y Cristo, finalmente que, considerado en su humanidad, es el principio de donde parte el órden sobrenatural humano, y el más noble, el verdadero representante de nuestro linaje, resume en sí, reconcilia y recapitula ², como dice el mismo San Pablo, todas las cosas, y así unido y abrazado con ellas, las levanta á la adoracion de la Divinidad, y por un acto de amor y adoracion inefable ama dignamente á aquel que no puede ser dignamente amado más que por sí mismo. *Christus autem Dei*. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.

Por esto, como dice el mismo Santo Apóstol ³, cuya profunda doctrina teológica nos guía é ilumina en esta in-

¹ I Cor. III, 23.

² Efes 1. 9-10. Esta es la significacion de la palabra griega *ἀνακεφαλαιώσασθαι* que usa San Pablo y que la Vulgata traduce por *Instaurare*; *Ut notum faceret nobis Sacramentum voluntatis suae, secundum beneplacitum ejus, quod proposuit in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quae in caelis et quae in terra sunt, in ipso.*

³ Rom. VIII, 19-22.

vestigacion, cuando el hombre pecó violando la ley que le habia impuesto su divino Criador, y trastornando las relaciones que con Él le unian, en toda la naturaleza material resonó el eco de aquella gran caída; turbóse la armonía admirable que presidía á todos los séres; perdieron estos su virtud y el lustre y perfeccion con que habian salido de la divina mano, quedando violentamente sometidos á una ley de sucesivo menoscabamiento, que fatalmente tendia á desvirtuarlos, menguarlos y empobrecerlos. Una maldicion espantosa pesó desde entonces sobre la naturaleza; y sus más sublimes y grandiosos espectáculos, sus escenas maravillosas y sus armonías incomparables, viéronse á todas horas perturbadas por los dolores, ayes y miserias inenarrables de la humanidad, y por esa atmósfera horrible en que las blasfemias del malvado, las lágrimas y arrepentimiento del penitente, y las bendiciones de los justos, confunden los ecos para hacer más evidentes las consecuencias de la prevaricacion humana. Por lo cual, la misma naturaleza gime y está como con dolores de parto, deseando verse libre de la servidumbre, de la corrupcion y de la especie de maldicion que carga sobre ella, y ansiando vivamente que llegue el día de su renovacion y de su florecimiento y libertad.

Esta exencion ó rescate de la servidumbre en que gimen las criaturas, tiene su principio en la accion del hombre, cuando éste, por medio de las cosas visibles, sirve al Criador invisible, y alabando á Dios en sus perfecciones, que aunque finitas y limitadas, reflejan un rayo de la bondad, sabiduría, poder, virtud y hermosura infinita, usa de ellas segun su necesidad, utilidad, y áun honesto deleite, pero enderezado á un fin sobrenatural, y se abstiene de ellas si pueden apartarle de este fin. Así decimos que empieza en la tierra el movimiento con que se encaminan á Dios todas las criaturas; y cooperando al fin sobrenatural del hombre, del cual es el propio de ellas inseparable,

principian en este mundo la tendencia y el magnífico movimiento y aspiración, que tendrá su fin y acabamiento en aquel tiempo feliz y bienaventurado, en que cerrado el espacio de los siglos, llegue el día que podrá llamarse verdaderamente día de Dios, en el cual, borrada de la tierra toda la iniquidad, y exterminado el reino del pecado, y asentado sobre no movibles bienes el imperio de la justicia, todos los seres que pueblan el universo entrarán en el orden á que fueron destinados primitivamente. Entonces se realizarán y llenarán todos los designios de Dios; entonces la muerte, la postrera enemiga, como la llama San Pablo, será de todo punto destruida y aniquilada; brillarán nuevos cielos y nueva tierra; batirán palmas los ríos, los montes saltarán de gozo, y toda la naturaleza, que ha sido tantas veces testigo é instrumento de la maldad del hombre, y que ha visto tanta miseria, tanto extrago y desolación, libre ya de la maldición, y exenta de la escoria y corrupción del pecado, y despojada del dolor y del remordimiento, se vestirá de luz y alegría, porque será llamada á tomar parte en la restauración, en el gozo y en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Entonces vendrá el fin; á lo corruptible sucederá lo incorruptible, lo inmortal á lo mortal, lo perdurable y eterno á lo temporal y transitorio; la muerte, en fin, será absorbida por la vida, por una vida que nunca más muera y tan bienaventurada, que reformará el cuerpo de nuestra bajez y lo hará conforme al cuerpo de la claridad de Cristo. Y acabado y fenecido todo principado, potestad y virtud, comenzará en el mundo la verdadera vida y la perfecta felicidad y bienaventuranza; y aquel amor, aquella vida, aquella caridad inefable que arde en el seno de Dios desde toda la eternidad, que apareció entre los hombres vestido de nuestra mortalidad y miseria para reparar las quebras que en el mundo habia hecho el pecado, para ser el remediador de todos nuestros males, y el redentor

y restaurador de todas las cosas, colocado sobre todo principado, potestad, virtud y dominación, y teniendo debajo de sus pies á sus enemigos, recogerá en torno suyo á aquellos á quienes Él mismo escogió, redimió y salvó, y los entregará y pondrá en manos de su Eterno Padre, y formará con ellos aquel reino é imperio cuya gloria no tendrá término, donde florecerá perdurablemente el amor, la dicha y la bienaventuranza, y donde, en fin, será Dios todo en todas las cosas.

Por este camino volverán á Dios las criaturas que de Él salieron; así le serán sometidas todas las cosas del cielo y de la tierra; y cerrado aquel círculo misterioso que rodea y abraza y penetra invisiblemente el universo, todos los seres que lo componen, así los que ensalzan y pregonan la misericordia de Dios, como los que testifican su justicia, acatarán su terrible y gloriosa Majestad. A este fin, á esta dichosa renovación y glorificación de la naturaleza por medio de la glorificación de los escogidos, aspiran todas las criaturas. La ansiosa expectación (*ἀποκαρδοχία*) del universo, dice San Pablo, espera la revelación de los hijos de Dios; y como la planta y la semilla aguardan el dulce fruto que ha de germinar de ellas con la fuerza de su virtud, así los elementos del mundo aguardan la gloria de su renovación y florecimiento que ha de brotarles de revelación tan inefable, á la cual aspiran actualmente todas las cosas criadas, y que será el sello y el cumplimiento de las obras de Dios.

Ahora bien, este sublime movimiento de las almas y de todas las criaturas hácia su primer principio y último fin, aunque por una parte es efecto de la misericordia y bondad infinita de Dios, por otra es también efecto, consecuencia y resultado de la virtud de la gracia en nosotros y de la esperanza eficaz de los justos en las divinas promesas. Somos cooperadores y auxiliares de Dios en la ejecución de los eternos designios. Juntándose á la dul-

zura y caridad entrañable de Dios nuestra cooperacion activa y eficaz, se forma el sistema admirable de fuerzas, de donde resulta la vida de la gracia, el movimiento libre y desembarazado de nuestro espíritu por los senderos divinos, la elevacion y divinizacion de las criaturas y todo el orden sobrenatural en que vivimos y nos movemos. Mas, como ya hemos dicho en otra parte, en el orden actual de la divina Providencia, orden elegido por Dios en su eterna sabiduría y al cual deben ajustarse y reducirse los fines de las criaturas, el hombre caído del estado sobrenatural en que fué primitivamente colocado no puede colocarse en él, ni empezar en sí este movimiento divino sino por virtud de la fe. Porque, aunque Dios pudiera por otros caminos remediar nuestro daño, quiso que de esta divina virtud recibiésemos el primer impulso con que nos levantamos al orden de las cosas sobrenaturales y divinas, de suerte que ella fuese la raíz, el germen y el fundamento de la vida cristiana, el principio de nuestra justificacion, y, como dice San Pablo, la sustancia, la base y el punto de apoyo de las cosas propuestas á nuestra esperanza ¹. Tal es la disposicion de la altísima Providencia de Dios. Y no solamente es la fe el principio de la vida cristiana, y la divina semilla que encierra en sí los gérmenes de nuestra gloriosa inmortalidad, sino que es tambien la fuerza que nos lleva, y como empuja á esta misma inmortalidad gloriosa, siendo, mientras caminamos y peregrinamos hácia ella, nuestro esfuerzo, consuelo y esperanza en los vários trances de la vida. Porque una vez puesta y plantada en nosotros, si nosotros culpablemente no la perdemos, crece y toma fuerza y vigor, esforzando á la vez y avigorando nuestras almas, dándonos á manera de un temple divino para resistir y quebrantar los ímpetus de nuestros enemigos, iluminando nuestros pasos, mostrándonos y abriendo-

¹ Hebr. II. 1 ἐπιζωμένων ὑποστάσις

nos el camino, y no dejándonos un momento de la mano, hasta ponernos en aquella bienaventurada region, iluminada por el sol de Justicia, en la cual, desvanecidas las nieblas que ahora por todas partes nos rodean, se descubrirá y revelará á nuestro entendimiento la verdad en toda su pureza y esplendor, sin velos ni rebozos, y sin recelo de errores que ofuscan y fatigan nuestra inteligencia en este mundo. Allí el ver será el galardón de haber creído; y la fe que á pesar de sus intrínsecos inefables resplandores, todavía se nos presenta velada con oscuridades encaminadas á ejercitar nuestra virtud, y á que rindamos á Dios el obsequio de nuestro entendimiento, será sustituida por el conocimiento claro, directo é intuitivo de los misterios que ahora creemos, y recompensada con aquella muchedumbre de bienes que Dios tiene preparados á los que le aman, y cuya grandeza incomparable ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazón humano puede comprender.

A esta gloria y divina revelacion de los hijos de Dios tienden y aspiran, como hemos dicho, todas las criaturas. Todos los seres del universo reclaman una participacion en tan glorioso ensalzamiento; y las bellezas de la creacion y sus magnificencias é incomparables armonías, no son más que la sombra, la preparacion y el principio de otra creacion más espléndida y luminosa, en que aparecerán nuevos cielos y nuevas tierras, y en que la humanidad engrandecida y levantada sobre sí y llena, como dice San Pablo, de toda la plenitud de Dios, hallará su gloria y su estado definitivo. De donde se sigue que si la ciencia que alcanza el hombre de la naturaleza de las cosas es esta misma naturaleza reproducida en el entendimiento; si el orden de las ideas se corresponde perfectamente con el orden de la realidad; en fin, si las aspiraciones, inclinaciones y tendencias del universo tienen que manifestarse en la ciencia que lo refleja en la esfera del pensamiento, es necesario convenir en que la tendencia, la aspiracion y

ansiosa espectacion que agita á las criaturas, anima tambien á la ciencia, y que ésta no ménos que la naturaleza de las cosas, aspira necesariamente á la magnífica revelacion y engrandecimiento que las facultades del hombre han de tener en la vida futura bienaventurada. Así el fin sobrenatural de la naturaleza humana, premio de la fe y su término y complemento, lo es tambien de la ciencia. Las dos tienden á él, si bien por diferentes caminos; la fe directa é inmediatamente, la ciencia por medio de esta misma fe, de quien es sierva inseparable; la fe como principio que engendra en nosotros la vida sobrenatural, cuyo término es la gloria advenidera, y la ciencia como elemento necesariamente enlazado con esta misma vida sobrenatural, á la cual nos prepara y dispone: la fe, como gérmen que naturalmente se desarrolla, crece y se transflora en la vision clara é intuitiva de la Divinidad, fin glorioso de la criatura racional; la ciencia, como principio ó preámbulo de esta fe, que hácia ella tiende y gravita, y que cooperando con ella, dispone el alma á glorificacion tan sublime.

Este punto de vista es alto, magnífico, deslumbrador; pero es el único luminoso, el único desde donde aparece la verdad en toda su extension y grandeza, resultado y consecuencia absolutamente necesaria de toda la economía de la redencion y de su virtud y realidad incontestable. En él se cierra el cerco misterioso que enlaza á todas las partes del universo físico y moral. En él reside sustancialmente la razon y la causa y fundamento de todo lo que vemos; sin la luz que viene de este foco de claridad, todo es tiniebla; sin esta explicacion, todo es inexplicable; haciendo abstraccion de esta doctrina, todo se oscurece á nuestros ojos; admitiéndola, todo se aclara. Nos explicamos los misterios del tiempo y de la eternidad, el destino de este universo, sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente, segun la hermosa definicion de San Pa-

blo, el fin del hombre hecho para Dios y aspirando hácia él con ardor insaciable, la Providencia infinita con que el Criador dirige á todas las criaturas al fin universal de su divina gloria. En este orden de Providencia todo se corresponde y armoniza, lo grande con lo pequeño, lo visible con lo que no se ve, lo contingente y temporal con lo eterno y absoluto, los derechos de Dios con las aspiraciones y derechos de la razon del hombre. De aquí brota la divina armonía que reina en todo el mundo intelectual, entre la ciencia y la revelacion, en el orden metafísico y en el de la realidad; armonía que no es accidental ni contingente ó pasajera, sino necesaria y absoluta en el orden actual del Universo. Desde aquí, finalmente, se columbran los hermosos senderos de aquella Sabiduría inefable, toda verdad y misericordia, que lleva con enérgica suavidad las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las sumas á sus fines, y que levanta y ennoblece los esfuerzos de la ciencia con la gracia de la fe, y recompensa el mérito y oscuridad de la fe con el gozo y la claridad de la gloria.

CAPÍTULO IX.

ORÍGEN DE LOS CONFLICTOS ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

ESTUDIANDO los elementos que componen la fe y los que constituyen la ciencia, hemos visto que no solamente no cabe entre ellos contradicción, sino que se armonizan admirablemente, y conspiran á una necesaria indestructible unidad. Con todo, no se puede negar que desde que existen estas dos fuerzas que guían al hombre en su peregrinación por la tierra, ha habido entre ellas conflictos y oposiciones. No há mucho se divulgaba la historia de estos conflictos en un libro que ha circulado extraordinariamente por el nuevo y antiguo mundo, y que pregonado y enaltecido por todas las trompas de la fama, se presenta como ariete formidable contra la fortaleza del catolicismo. Más adelante hablaremos de este libro. Por ahora, siguiendo el hilo de nuestra demostración, preguntamos: ya que ha habido conflictos entre la ciencia y la fe, ¿cuál ha podido ser su origen y su causa próxima é inmediata?

Por de pronto, es evidente, por todo lo que hemos discurrido hasta aquí, que si la palabra de Dios, al revelarnos la suma de verdades que forman el tesoro de la fe, es expresión de los pensamientos divinos, y si por otra parte la ciencia no es más que la interpretación y reproducción en el orden de nuestra inteligencia de aquellas ideas y pensamientos que el dedo divino escribió en el libro de la creación, poner contradicción y repugnancia entre la

ciencia y la fe, sería tanto como ponerla en las ideas y pensamientos de la Divinidad. Siendo la fe don de Dios en el orden de la gracia, y la razón ni más ni menos en el orden de la naturaleza, si la una contradijese á la otra, la contradicción resultaría en la misma divina esencia. De donde se sigue, que caso de hallar alguna oposición entre estas dos maneras de conocimiento, no debemos buscarla en la realidad objetiva de las verdades que una y otra proponen á nuestra mente, sino en alguna causa extrínseca y accidental que haga aparecer á nuestros ojos como opuestas y enemigas dos cosas que en sí se armonizan necesariamente. Esta causa, dice el Concilio Vaticano, consiste en que los dogmas de la fe no son entendidos y expuestos debidamente, y según el sentir de la Iglesia encargada por Dios de enseñarlos y declararlos á los hombres, ó en que se toma por ciencia real y positiva, no un juicio verdadero, demostrado y evidente que, como dijimos largamente en el primer capítulo de este ensayo, es la base del conocimiento científico, sino lo que es mera opinión, conjetura y probabilidad, y aún tal vez delirio de imaginación extraviada. «La Biblia y la naturaleza, dice Kurtz ¹, siendo ambas palabra de Dios, deben convenir y armonizarse entre sí. Si alguna vez no aparece entre ellas esta armonía, hay que atribuirlo á que, ó la exégesis del teólogo ó la del naturalista, son erróneas.» «Mantengámonos firmemente asidos á este principio, observa Reusch ², principio sencillísimo que ha de fortalecernos y tranquilizarnos en medio de las dificultades y obstáculos que puedan surgir contra nosotros en el camino de nuestras investigaciones: la Biblia no contiene error alguno, como libro escrito con la milagrosa inspiración de Dios; la naturaleza no enseña tampoco ningún error por ser obra del mismo Dios, cuya palabra está contenida en la

¹ *Bibel und Astronomie*, p. 6.

² *La Bible et la Nature*, ch. 2

Sagrada Escritura; Dios es quien por las palabras de la Biblia y por los signos mudos de la naturaleza, habla al espíritu del hombre. Mas no olvidemos tampoco que nos podemos engañar, y que aún cuando la naturaleza y la Escritura sean dos rayos procedentes de un mismo foco, es muy posible que nosotros no interpretemos en su verdadero sentido las palabras de la Biblia ó los fenómenos de la naturaleza. ¿Hemos de decir por esto que hay contradicción entre la revelación y las ciencias morales? No; sino que allí hay una ilusión, que la verdad, mejor examinada y conocida, hará desaparecer.» «La contradicción, añade el docto profesor de la Universidad de Bonn, no es más que aparente, y debe ser atribuida, ya al error del exegeta, que no entendió el verdadero valor de las palabras de la Biblia, ya á engaño del naturalista, que no estudió ni profundizó convenientemente los hechos naturales, ni supo distinguir la realidad de la hipótesis.» En resolución; la contradicción ó conflicto entre la ciencia y la fe, tienen su origen en las ilusiones de nuestro espíritu, en sus engaños y preocupaciones, y en las causas generales de donde proceden los errores en cualquier género ó esfera de conocimientos, causas que, obrando con demasiada frecuencia así en los filósofos y naturalistas, como en los teólogos, han embrollado hasta un punto increíble la cuestión de las relaciones entre las divinas Escrituras y las ciencias de la naturaleza.

Asentado este punto, veamos de investigar el origen próximo é inmediato de tales contradicciones y conflictos.

Es principio fundamental en filosofía que nuestras facultades cognoscitivas están ordenadas á la verdad. Por sí mismas y en virtud de su naturaleza no pueden inducirnos á error. Si alguna vez nos engañamos, no acontece esto por necesidad ó tendencia natural de nuestra razón, sino por alguna causa extraña á ella, que interviniendo en sus operaciones impide su acción recta y ordenada. Cuan-

do la verdad aparece iluminada con la luz de la evidencia, el entendimiento no puede equivocarse, antes es forzosamente obligado á verla y también á admitirla y abrazarla con todo el ímpetu de su tendencia y espontánea inclinación. Cuando no aparece claramente, cuando la evidencia de los objetos no le fuerza á prestar su asentimiento, cuando la mente, no asegurada de la realidad de las cosas, supuesto que no la percibe luminosa ó evidentemente, queda á merced de los caprichos y veleidades del corazón, entonces es cuando corre peligro de equivocarse y de desamparar la senda de la verdad para despeñarse en el abismo del error. De aquí es que este depende siempre del libre albedrío, que de él le viene su moralidad, que es por consiguiente más ó menos culpable por fundarse ya próxima, ya remotamente en la determinación de nuestra libre voluntad. Es verdad que la inteligencia es la que conoce, la que juzga y da su fallo sobre las cosas; pero no es ménos cierto que cuando la fuerza de la evidencia no ilumina y arrastra el entendimiento, la voluntad es quien la dirige, ora en bien, ora en mal y desgracia suya. «La voluntad, dice Santo Tomás, es en cierta manera una facultad más alta, más fuerte y más universal que la inteligencia, supuesto que puede mover á ésta y llevarla á un objeto más bien que á otro.»

Además, en el ejercicio de su actividad intelectual, el hombre es dueño de aplicarse al estudio de aquello que favorece ó contraría sus inclinaciones, de no ocuparse en ello sino de pasada ó superficialmente, y de entregarse con ardor á lo que le arrastra la pasión, el capricho ó el interés. Cuando influyan nuestras pasiones y caprichos en la formación y naturaleza de nuestras ideas, no hay para qué demostrarlo. Entre los innumerables fenómenos que la psicología ofrece á nuestro estudio, ninguno hay más extraño, más terrible ni de más dolorosas consecuencias que la influencia que tiene la voluntad y los bajos apeti-

tos de nuestro corazon en pervertir las ideas del entendimiento, los hábitos de discurrir y lo que conocemos claramente ser cierto y verdadero. Aun antes que la luz del Evangelio viniera á iluminar con su vivo resplandor los misterios del corazon humano, decia Píndaro:

Hay hechos espantosos;
Y en los humanos pechos,
Más que no la verdad desafeitada,
La fábula con lengua artificiosa
Y dulce fabricada
Para lanzar su engaño es poderosa ¹.

Nada más exacto y verdadero que esta idea del gran poeta. «Nuestro sistema de filosofía, decia Fichte ², ordinariamente no es más que la historia de nuestro corazon.» Antes habia dicho Leibnitz ³ que «si la geometría se opusiese á nuestras pasiones é intereses personales, tanto como la moral, no la pondriamos en duda ni la violariamos ménos que á esta, á pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, las cuales no hallaríamos gran inconveniente en tenerlas por sueños y paralogismos.» Y el Conde José de Maistre observa que si todos se hubiesen comprometido á decir siempre con la boca lo que sentian en su conciencia y en su corazon, hubiéranse evitado la mayor parte de las cuestiones. A buen seguro que las dificultades, oposiciones y conflictos que han surgido entre la ciencia y la fe, jamas habrian existido, ó se habrian desvanecido cual vana sombra, si no tocasen á la cuestion de mayor trascendencia que puede ser ofrecida á nuestro entendimiento, cuestion que abraza, y penetra á todo el hombre, que señorea el dominio de sus facultades, que impone á su existencia una direccion de-

¹ Olimp. I (traduccion de Fr. Luis de Leon).

² *La destinée del hombre*. Oeuvres complètes: tom. II, pág. 253.

³ *Nouveaux Essais sur l'Entendement humain*, pág. 52.

terminada y que es de importancia sin igual en la vida presente y en la futura.

En vano se hacen alardes de imparcialidad ó indiferencia acerca de las controversias que tocan á la religion y fe cristiana. En esta materia nadie puede ser imparcial. Quizá aparenten algunos examinarlas libres de prejuicios ó preocupaciones; quizá logren ocultarse á sí propios los móviles que secretamente los dirigen; tal vez lleguen á creerse imparciales, indiferentes ó despreocupados. Pero no hay que fiarse; las palabras siempre saben al corazon. Nada más comun que tomar por dudas reales del entendimiento los que no son más que sofismas mal disfrazadas de la voluntad. La historia atestigua con uniformidad maravillosa que las creencias y la moral cristiana no comienzan á hacerse sospechosas al entendimiento sino despues de haberse hecho odiosas á las malas pasiones del espíritu. Y es verdad innegable pronunciada por la Eterna Sabiduría que la razon que se erige en crítica de la fe, la que desconoce su autoridad, y aún la que positivamente no se somete á ella y la obedece y acata, es por el mismo caso su contraria y enemiga ¹.

Esta hostilidad, aún oculta é inconsciente, no es creible el daño y el extrago que causa en la inteligencia. Diríase que trastorna todas las ideas, que turba y revuelve to-

¹ Aquí viene como nacido lo que cuenta el Abate Francisco Moigno, uno de los hombres más sabios en ciencias naturales que hoy día existen en Europa, Director de la gran Revista científica *Les Mondes*, y de quien el célebre químico Dumas dijo no hace mucho públicamente que por espacio de cincuenta años ha llevado de frente el progreso de las ciencias. Cuenta, pues, que siendo él jóven aún, cuando asistia á las lecciones de los Poisson, Legendre, Lacroix, glorias de las ciencias matemáticas, teniendo por condiscípulos á los Sturm, Ostrogadski, Jacobi y otros que más adelante habian de dejar un nombre ilustre en las ciencias, le acaeció algunas veces someter á muchos de estos matemáticos la cuestion sobre la posibilidad ó imposibilidad del número actualmente infinito. Cuando la cuestion no salia del terreno abstracto ó puramente matemático, de suerte que no se dejaban entrever las consecuencias filosóficas ó religiosas que entrañaba su resolucion, la respuesta clara, precisa y categórica que daban aquellos matemáticos ilustres, era que el número actualmente infinito era imposible, pues todo número, segun ellos, era esencialmente finito. Pero si yo, añade el Abate Moigno, no habia conseguido distraer la atencion de mis compañeros del hábito sacerdotal, que entonces,

das las facultades y que las pervierte, las envenena y en-calabrina. El que está sometido á su influencia no es posible que discurra con la razon serena, ni que hable con el corazon sosegado y tranquilo, ni que escriba sin que la pluma le tiemble en las manos. Hasta en las ideas que debieran ser más familiares al espíritu introduce tal confusión, que no parece sino que al abordar este linaje de cuestiones se pierde la ciencia y el hábito de discurrir exacta y ordenadamente. Ejemplo memorable de lo que decimos presentó no há muchos años el célebre físico inglés Tyndall en un discurso pronunciado ante la Asociación británica reunida en Belfast.

Los que hacía tiempo seguían en el camino de sus investigaciones á aquel sábio ilustre, no cesaban de admirar su espíritu eminentemente analítico y observador, el genio que brillaba en sus experiencias, la lucidez admirable con que las exponía, y el estilo clarísimo, trasparente y esmaltado de resplandecientes imágenes, con que su hermosa fantasía lograba encarnar y embellecer las ideas más originales y abstractas. No satisfecho con estos laureles, tan justamente ganados en el estadio de las ciencias naturales, quiso coger otros en un campo, del cual debían retraerle, si no su notoria ineptitud para terciar en unos debates para los cuales no estaba suficientemente prepa-

como ahora llevaba, si no había disimulado la tendencia teológica de mi pregunta, la respuesta era vaga, incierta, evasiva; todo eran dificultades para no afirmar la imposibilidad del número actualmente infinito. En fin, si después de haber conseguido la respuesta clara y categórica sobre su imposibilidad, reponía yo: luego si el número actualmente infinito es imposible, el número de hombres que han existido en el mundo es finito, y ha habido, por consiguiente, un primer hombre, salido necesariamente de las manos de Dios creador; luego el número de las revoluciones de la tierra alrededor del sol es finito, y hubo una primera revolución, y la tierra hubo de ser lanzada en su órbita por una voluntad soberana; luego en todos y en cada uno de los órdenes de la naturaleza hubo un prototipo sin predecesores, y los seres no se han sucedido eternamente sobre la tierra. Al decir esto veíamos dibujarse en los rostros una manifiesta oposición, un deseo mal encubierto de recoger la verdad que por sorpresa se había escapado á la evidencia matemática, como si la duda hubiese sucedido de improviso á una convicción manifestada sin rebozo en toda su plenitud. *Sept Leçons de Physique générale*, par Augustin Cauchy; Paris, 1868, pág. 78.

rado, las circunstancias del lugar y del tiempo, y el carácter de las personas ante quienes hablaba. Mas no fué así, sino que, atropellándolo todo, se lanzó á través de las cuestiones más espinosas de la filosofía, pretendiendo nada ménos que resucitar el podrido materialismo de Demócrito y Epicuro, para cantar de paso el triunfo sobre el espiritualismo cristiano. Los habituados al estilo claro y vigoroso del físico inglés, hubieron de extrañar el desorden, la confusión, y el extravagante embolismo de muchas partes de aquel discurso; y los cultivadores de las ciencias no pudieron ménos de advertir los errores é inexactitudes en que caía, áun en materias que debían serle familiares, uno de los físicos más eminentes que hoy tiene Europa. Picado de la tarántula de la irreligion, había perdido el sosiego y la tranquilidad de su espíritu; la ciencia le había dejado, desatinando su juicio y turbando la ordinaria lucidez de su inteligencia poderosa. Casos como este podrían citarse á millares; pues apenas habrá quien no haya presenciado algunos, y áun observado tal vez en sí mismo algo parecido á esa instintiva rebelión de nuestra inteligencia contra la verdad, y de qué manera revuelve las pasiones del corazon y levanta vapores envenenados que, llegando al entendimiento, extienden en él una especie de catarata que le oculta la luz de Dios y el esplendor de sus maravillas ¹.

Todo error hemos dicho que tiene su origen, próximo ó remoto, en la voluntad; á ella hay que atribuirlo final-

¹ Lo más extraño y singular en esta clase de hombres, es la claridad de su entendimiento para reparar en los demás aquello que no pueden ó no quieren ver en sí propios. Este mismo Tyndall, en un libro que acaba de publicar, lanza graves acusaciones contra el célebre poeta alemán Goethe, por haberse metido á dogmatizar acerca de la naturaleza de los colores, cuyo estudio no era de su alcance ó dominio. Sobre esto dice cosas peregrinas, asentando la teoría de la diversidad de los entendimientos, unos perfectos, dice Tyndall, que se pueden comparar á una esfera; otros imperfectos, semejantes á un hemisferio. No hubiera sido malo que esa teoría de entendimientos-bolas y entendimientos-medias bolas, la hubiese tenido presente antes de pronunciar su discurso en Belfast.

mente; mas la influencia de esta facultad, en los extravíos del entendimiento, es muy diversa, segun la diversidad de los casos y de las circunstancias.

El primer obstáculo y el más peligroso que la voluntad humana opone á la inteligencia en su camino hácia la verdad, y por consiguiente en la reconciliacion y alianza de la ciencia con la fe, es el orgullo.

La ciencia, dice San Pablo ¹, hincha y envanece; y el P. Juan de Mariana observa, por su parte, usando de una expresion pintoresca y original, que la última camisa de que se despojan los hombres sábios, es la soberbia. Cier-to que la sabiduría lleva á Dios. Mas esta sabiduría divina ¿dónde se hallará? ¿Quién es el afortunado mortal que posea tesoro tan precioso? ¿Quién es el que á la joya de un entendimiento escogido y cultivado, sepa añadir el esmalte de la virtud, el sincero candor y la humilde y no afectada sencillez? La raíz y la fuente de esta sabiduría ¿á quién ha sido revelada? Ignora el hombre su precio, dice Job ², y no será hallada en tierra de vivos. La ciencia del hombre, tomada en su conjunto, es generalmente ciencia de falso nombre, como dice San Pablo. Ordinariamente se ciñe á ilustrar y enriquecer el entendimiento, sin mejorar el corazon, ni levantarlo de la bajeza en que continuamente se revuelve á la alteza de las cosas divinas. Las ciencias no se hicieron para desvanecer, sino para edificar; mas tal está nuestro natural de estragado y enfermo, que aquello mismo que debiera servirle del más hermoso ornamento, le sirve para su perdición y ruina. El hombre sábio más que ningun otro está expuesto á perderse en su espíritu. Cuanto más conoce, tanto puede ser más culpable. Las maravillas que descubre en el mundo

¹ I Cor. 8-1. San Agustin, hablando del tiempo en que su ciencia andaba alejada de Dios y rebelándose contra Él, usa de esta frase enérgica que recuerda la palabra de San Pablo: «Nimis inflata facies mea clauderat oculos meos.» (Confes. lib. vii.)

² Job. 28-13.

de las ideas, los problemas que resuelve, los extraordinarios descubrimientos, y la aplicacion que hace de ellos á las artes y á la industria, le deslumbran con su resplandor. Dedicándose sin moderacion al estudio de la naturaleza, acaba por adorar en ella y en el ingenio del hombre que penetra sus secretos, y que la doma y sujeta á su albebrío. Para él la naturaleza viene á ser Dios, y el sábio su profeta. Subiendo el aprecio de sí al paso que sube en él el conocimiento de las cosas, se desvanece y engríe en su espíritu, olvidándose del mejoramiento y perfeccion de la voluntad, fin supremo á que debiera enderezarse todo conocimiento ¹. «No os ensoberbezcais demasiado los que habeis de morir, decia el viejo poeta Esquilo; de la flor de la soberbia nace luego la espiga del crimen, y la mies que se coge es mies de lágrimas.» Y cuanto es más noble y levantado el objeto que sirve de pretexto á la humana vanidad, tanto son más terribles sus extragos.

El estudio de las ciencias naturales, y aún la ciencia en general, ha de tener sus límites; no sea que en lugar de ayudar, dañe y perjudique al hombre. «Filósofo, dice Séneca, antes de estudiar el universo, estúdiate y conócete á tí mismo ²;» y Bossuet, despues de haber hecho ver lo ridículos é insufribles que son aquellos hombres que por florecer en ellos algun talento natural y unos pocos conocimientos y doctrinas que no poseen los demas, se creen el lustre y el esplendor del género humano, y sentencian y deciden magistralmente sobre todas las cosas, exclama: «¡Oh moderacion en la vida! ¡Oh igualdad en las costumbres! ¡Oh medida en las pasiones! ¡Preciosos y verdaderos ornamentos de la criatura racional, cuándo empezaremos á estimaros en lo que mereceis!» Y no se crea que estos consejos rezan únicamente con el fisico, matemático ó naturalista; tambien el filósofo y el teólogo de-

¹ *Los Persas*, p. 115, de la traduccion del Sr. Brieva y Salvatierra.

² (Ep. 65.)

ben tener cuenta con el demasiado afán de conocer; todos están expuestos á perderse; todos deben temer esa plétora de ciencia que ponga en desequilibrio las varias potencias ó facultades del alma, y traiga á esta y á la ciencia las consecuencias más tristes y deplorables. Porque desvanecida por el demonio del orgullo, idólatra de sí misma, la sabiduría humana, que tan hermosa aparece brillando sobre un fondo de modestia, se torna fría, egoísta é intratable; no tiene en cuenta que toda ciencia que no sabe á Dios, es necedad y locura; olvidase de que por sublimes que sean sus conquistas en los dominios del universo, nada hay en él tan sublime y hermoso como un hombre sábio y modesto; y víctima de la soberbia, que debiera ser la más incomprensible de las pasiones en un hombre de entendimiento, álzase amotinada contra Dios, y entabla sus querellas contra la revelacion, y las luchas inacabables de la razon humana contra la razon divina.

Ademas del peligro que amenaza á la union de la ciencia y la fe de parte del orgullo, hay otro escollo no ménos temible y peligroso: este es el exclusivismo. Sea por efecto del desarrollo inmenso que han tenido las ciencias, sea por la clase de conocimientos y aún especialidad de ingenio que requieren algunas, lo cierto es que por grande que sea el vigor y agudeza del entendimiento del hombre, no hay quien pueda en el curso de su vida, no ya abarcarlas y profundizarlas todas, pero ni aún alcanzar de la mayor parte las nociones necesarias para que puesto á hablar de ellas no incurra en grandes despropósitos. Mas, al fin, si ya que sea imposible al ingenio humano recorrer en toda su extension el vasto campo del saber, se penetraran todos del orden que en él resplandece y de la naturaleza y clasificacion natural de las mismas ciencias, de suerte que quien se dedica á alguna de ellas con particular ahinco respetara los derechos de las demas y sus respectivas preeminencias, los mismos conocimientos científicos en-

lazados por el vínculo que invisiblemente los une y vivifica, marcharian tranquila y sosegadamente sin embarazarse, antes haciendo continuos progresos y conquistando poco á poco los vastos dominios propuestos por Dios á su nobilísima ambicion. Mas no sucede así, sino que por efecto de una aberracion increíble, que tiene su origen en la imperfeccion de nuestro entendimiento y en nuestra incurable vanidad, quien se dedica con ardor al estudio de una ciencia, llega á encariñarse tanto con ella, que la cree la más perfecta, la más hermosa y adorable de todas; persuádese de que los métodos y procedimientos de que ella usa son los únicos valederos; desconoce los privilegios de las demas, y aún se burla de ellas y las desprecia. Así el matemático cree que no hay más ciencia en el mundo que la que se encierra en sus fórmulas y ecuaciones; el químico está firmemente persuadido de que todo lo que no puede pasar por sus retortas y alambiques es cosa pobrísima y baladí; el médico adora en la medicina; para el filósofo no hay más mundo que el que descubre en sus abstracciones metafísicas, y aún el teólogo, con ser la ciencia que cultiva la que, ni más ni ménos que el objeto altísimo sobre que versa, debiera abrazar en su seno á todas las demas sin excluir á ninguna, cree que cuanto no se refiera directamente á la ciencia divina no vale la pena de pensar en ello.

El espíritu del hombre es esencialmente limitado é imperfecto. La fuerza que puede desarrollar mientras vive en la tierra no puede exceder de cierto grado; de suerte que desarrollada en una direccion y en un orden determinado de ideas, parece agotada realmente. La ciencia, el arte ó la industria que cultiva, vienen á ser de esta manera una condicion y como medio necesario para su vida intelectual; de suerte que en sacándole de este medio, como el pez fuera del agua, muere ó se queda yerto é insensible. De aquí es que la mente sistematizada ó habituada á cier-

tas operaciones queda inhábil para las de otro orden, así como el ojo acostumbrado á mirar objetos pequeños y colocados á corta distancia, va perdiendo gradualmente la facultad de ver á largas distancias. Por esto el que se va habituando á cierta clase de ideas, á un orden determinado de conocimientos ó métodos de discusion, viene á afirmarse y enlazarse tanto en ellos, que apenas hay medio de desquiciarle de sus ideas, método ó sistema; está bajo la influencia de una especie de vértigo y borrachera intelectual que le trastorna y encalabrina los sentidos. Su convencimiento precede á la demostracion. Habla, piensa y siente de una manera, por decirlo así, automática y maquina. Así viene á formarse una especie de daltonismo intelectual ó psicológico, no ménos deplorable que el que pueda afectar el órgano de la vida. ¿No se han visto por ventura matemáticos tan enfrascados en sus cálculos que habian perdido por completo el sentimiento de la familia, insensibles al cariño de sus esposas y de sus hijos? ¿De cuántos sábios por ese estilo más á ménos raros, monomaniacos y excéntricos, como vulgarmente se dice, no se recuerdan dichos, hechos ó anécdotas curiosísimas? Pues ahora bien: supongamos que á un hombre docto, pero exclusivo (y casi todos lo son, más ó ménos), entregado toda su vida al estudio de una ciencia, y más ó ménos preocupado contra las verdades de la fe, se le quiera sacar de este exclusivismo; ¡cuán difícil será convencerle de sus errores y preocupaciones! ¡Cuán peligroso contrariar sus prejuicios, vanidades y ridiculeces! ¡Cuán fácil que al pretender sacarlo del medio en que ha vivido, se provoque una reaccion violenta y de consecuencias fatales! Porque hay que tener presente que en nosotros andan de tal manera unidos el elemento material y el espiritual, hay tal accion y reaccion entre el cuerpo y el alma, que la educacion, las ideas que nos vamos formando de las cosas, la accion personal sobre los movimientos apasionados del espíritu, y otras cau-

sas puramente inmateriales, llegan á causar en nuestro organismo profundas modificaciones, entre otras, aquel fenómeno singular llamado por el Doctor Carpenter *cerebracion inconsciente*, y que consiste en cierta actividad inconsciente de nuestro cerebro, en virtud de la cual son algunos excitados á actos, ideas ó determinaciones con una fuerza en cierta manera irresistible; hábito, inclinacion ó monomanía impulsiva (aunque nunca ajena de todo punto al dominio de la voluntad) que explica ridiculeces de algunas personas que por lo general discurren admirablemente; pero que en tocándoles ciertos registros, como el inmortal D. Quijote, disparan en mil despropósitos y necedades. Así acontece á gentes por lo demas muy estimables, despulsarse y ponerse frenéticas y como fuera de sí en tocándoles el registro de la religion. Por otra parte, y como efecto de lo que vamos explicando, hay entendimientos de tal manera pervertidos, que parece haberseles cerrado completamente el camino de la verdad. Diríase, usando de la bella expresion de un autor antiguo, que ellos y la verdad divina *huyen por desencontrarse*. A fuerza de abusar de las gracias de Dios, á fuerza de prevaricaciones y extravíos, han logrado ahogar en el alma toda aspiracion noble y generosa; atados á una cadena de tinieblas, como la llama hermosamente la divina Escritura¹, no pueden moverse libremente en el reino sereno y luminoso de la verdad; carecen del sentido de las cosas divinas, de suerte que hablarles de Dios, de sus grandezas, de sus misericordias para con el hombre, es lo mismo que hablar al ciego de los colores. Júzguese por aquí el caudal inagotable de conflictos y querellas de la ciencia contra la fe, que pueden surgir de esta fuente.

El tercer obstáculo que opone la voluntad humana á la estrecha union entre la ciencia y la fe es la ignorancia,

¹ Sap. xvii. 2.

consecuencia ordinaria del orgullo y del exclusivismo científico. No es necesario demostrar la grandeza, extensión y terribles consecuencias de esta ignorancia. Para hablar de historia, de artes, de filosofía y hasta de industrias caseras, se exigen ciertos conocimientos especiales, sin los cuales no se atreve uno á hablar temeroso de decir disparates. Sólo para hablar de religion se creen todos con los conocimientos bastantes para decir su parecer. En esto diríase que nacen todos enseñados. En este punto no hay freno, ni consideracion, ni buen miramiento que valga; y áun los hombres que no consienten en manera alguna que nadie se atreva á contradecirles ó enseñarles la ciencia ó arte que poseen, en tratándose de religion y áun confesándose faltos de los conocimientos necesarios, se toman los mayores atrevimientos. Y de aquí ¿qué ha de resultar si no gravísimos trastornos en el orden intelectual, acusaciones ridículas y ruidosos conflictos y cuestiones sobremanera deplorables? En efecto; ¿cómo pueden unirse y enlazarse en el entendimiento humano con hermanable alianza la fe y la ciencia si no se conocen? ¿No es por ventura temerario afirmar la disidencia entre la una y la otra cuando no se saben perfectamente la extensión, límite y naturaleza de los principios que cada una de por sí enseñan? Pues entre los que se dedican á los estudios científicos, nada es más comun que esta ignorancia. No há mucho ¹ que el ilustre Luis Veuillot hablando de un hombre célebre que acaba de bajar al sepulcro despues de haber llenado el mundo con el ruido de su nombre, decía de él que á pesar de la claridad de su inteligencia y de sus vastos conocimientos en materias políticas é históricas, en punto á verdades religiosas era un *grande ignorante*. La calificación que da á Thiers el escritor ilustre, puede aplicarse á muchos sabios, áun de los que más alto

¹ Escribíase esto en Mayo de 1878.

encumbran su vuelo en la esfera de los conocimientos científicos.

En 1852 moria el célebre Director del Observatorio astronómico de París, Francisco Arago. Estando postrado en el lecho, y un mes antes de su muerte, fué visitado por su compañero y amigo el docto Abate Moigno, quien con la franqueza y sinceridad que le permitia su amistad con el famoso astrónomo, le preguntó si en medio de los agudos y prolongados dolores que sufría no se sentía alguna vez movido á levantar su corazón al cielo, y acercarse á la Majestad de Dios con alguna breve y fervorosa oracion. «Mi querido amigo, le respondió con dulzura y suavidad, usted sabe que educado en el seno de la tormenta revolucionaria, no recibí ninguna especie de instruccion religiosa; no sé nada, absolutamente nada de los dogmas de la fe; en general habrá usted podido observar que he procurado no meterme en ninguna cuestion religiosa. Tal vez puedan referirse dos ó tres anécdotas mías contra ciertas prácticas ó temores, á mi ver, algo supersticiosos; pero jamas, en ningun tiempo ni lugar, he combatido ó atacado á la fe. Confieso que por algun tiempo me sentí inclinado á burlarme por igual manera de los cleróforos y de los devotos. Al presente me sentiria más bien inclinado á creer. Pero es tremendo el problema de lo porvenir; me espanta su profundidad, y en él se perderia mi espíritu. Así me vuelvo, aunque con disgusto, á mi ignorancia.» La triste historia de Arago es la historia de muchos. Al fin el célebre astrónomo, confesando con melancólica sinceridad su ignorancia en materias religiosas, nunca tuvo desprecio ó aversion, mucho ménos rebelion contra la fe cristiana. En esto dió prueba de corazón sincero y nobilísimo, no ménos que de inteligencia superior; y si los sábios que como él desconocen los principios de la fe, le imitasen en su respeto hácia ella, ó por lo ménos en no buscar querellas y conflictos que sólo tienen origen en su ig-

norancia, no serian ellos seguramente los que menos ganarían con su actitud reverente é imparcial. A haber seguido este proceder el famoso Laplace, se hubiera ahorrado un disgusto grave y bochornoso. Era el Marqués de Laplace, uno de los mejores matemáticos de su tiempo, incrédulo á su manera, pues segun se ha averiguado recientemente, el Viernes Santo guardaba la abstinencia con singular devoción. En su obra del *Sistema del mundo*, en la cual, como es sabido, no halló lugar para Dios, se empeñó en sacar falsa á la Sagrada Escritura en una cosa que no es dogma de fe ni mucho menos, es á saber: en la inteligencia y aplicacion del versículo del Génesis, que dice que Dios hizo las dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor, que es el sol, para que señorease en el dia, y la lumbrera menor, que es la luna, para que señorease en la noche. Para ello amontonó cálculos y fórmulas, queriendo probar además que la obra divina adolecía de grandes defectos. A poco de publicado el libro, el P. Caraffa, profesor de matemáticas en el Colegio Romano, hizo ver la base insegura de los cálculos de Laplace, y más tarde, el profundo geómetra Liouville, demostró palmariamente que el autor del *Sistema del mundo* andaba completamente desatinado en sus aserciones, y que las palabras del Génesis en su divina sencillez encierran una verdad sublime é incontrastable.

Finalmente, para concluir este punto que toca á los conflictos y querellas contra la fe, que vienen de parte de los hombres doctos, debemos advertir á los que se sorprenden y escandalizan de que algunos de tales hombres sean incrédulos ó enemigos de la fe, y aun por lo mismo empiezan á tener dudas sobre la verdad de las creencias cristianas, que la ciencia es una gran cosa, una de las prerogativas más altas de la humanidad, y uno de los títulos más esclarecidos de su nobleza; pero frágil, defectible, y como el hombre, expuesta á la terrible libertad de perder-

derse. Además, en todo este negocio de ilustracion, ciencia y cultura hay mucho de fantasmagoría y bambolla. Tal pasa por sábio que es un tonto de solemnidad. La casta de aquel D. Hermógenes inmortalizado por Moratin, no se ha extinguido ni se extinguirá eternamente; antes, segun van las cosas, tiene trazas de aumentarse en proporciones asombrosas. Jamas han abundado tanto como en nuestros dias los eruditos á la violeta, los sábios de oropel, los doctores en todas las cosas, en poco científicos é en mucho arrogantes, como decían antiguamente en Castilla. Jamas se han profanado tanto los nombres de ciencia, ilustracion y progreso; y así como de los alemanes de su tiempo decía Goethe que se les debía prohibir pronunciar por espacio de treinta años la palabra *sentimiento*, y que con esto se vería tal vez brotar en ellos esta flor del alma; de igual manera si no pocos de los sábios flamantes se impusiesen por ley no pronunciar por algun tiempo la palabra *ciencia*, ni hablar de sus derechos y conquistas, no estarian en mal camino para llegar á la verdadera sabiduría ¹. En fin, la ciencia, aún la más alta y esclarecida, es excelente; pero no es el medio de que Dios quiere servirse para salvar al hombre y á la sociedad. *Non in Dialecticâ*, repetiremos con San Ambrosio, *voluit Deus salvum facere populum suum*. «Entre vosotros, decía San Pablo á los primitivos cristianos, no hay muchos sábios segun el mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; antes lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar á los sábios, y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar lo fuerte, y lo vil del mundo y lo menospreciado

¹ Lo deplorable es el mal que hacen estos hombres, sobre todo cuando dan en ser políticos y quieren moralizar el mundo, y pasar á los ojos de las gentes por unos portentos de sabiduría. Sobre esto hacemos nuestras unas palabras de Macaulay (en su *Ensayo sobre Stuart Mill*): «Hace tiempo que abrigamos la íntima persuasión de que esos hombres á quienes miran unos como la luz de la tierra y otros como á demonios encarnados, son en general hombres muy ordinarios, de espíritu muy estrecho y de una instruccion muy mediana.»

escogió Dios, y lo que no es para deshacer lo que es, para que en su acatamiento nadie se glorie de sí mismo,» mas en Jesucristo, hecho por nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención. Aun en el orden natural, los grandes hombres, los verdaderos bienhechores de la humanidad, los que han derramado sobre esta una luz más pura y hermosa, no han sido generalmente dotados de inteligencia extraordinaria, ni adornados de una ilustración y sabiduría humana de primer orden; pero sí han poseído lo que se llama un gran carácter, esto es, una voluntad enérgica para el bien, que sabe á donde va, y que no se deja vencer de estorbos y dificultades. A mejorar y ennoblecer este carácter y esta voluntad debe enderezarse la ciencia; y en ello, como ya hemos dicho en otra parte, debe el hombre poner su perfección y verdadero adelantamiento; á lo cual nos ayudará y esforzará la gracia de Dios, que entra en el hombre más por el corazón que por el entendimiento; antes, cuando Dios quiere atraer á sí á algún alma, se vale á veces de cosas, ideas ó razones que son, al parecer, contra toda razón ó discurso natural¹. Temblemos de invertir este orden y dar á la ciencia y al entendimiento mayor crédito y valor del que se merecen. «¡Ay de vosotros, dice Isaías, los que sois sabios á vuestros ojos y resabidos y prudentes delante de vosotros mismos!» ¡Ay de aquellos que no obran según lo que conocen, antes se sirven de sus conocimientos para levantarse contra Dios, y aguzan las armas

¹ A este propósito no dejaremos de referir un caso que se lee en la *Cronohistoria de la provincia de Toledo*, p. II, pág. 282. El P. Gabriel Vazquez fué sin duda uno de los hombres de más alto ingenio que florecieron en España á últimos del siglo XVII; pues este hombre doctísimo contaba de sí, que en momentos en que había de tomar una resolución, la más importante y crítica de su vida, y que le imponía no pequeños sacrificios, fué movido á adoptarla por una razón que oyó á un teólogo eminente, pareciéndole tan eficaz que su entendimiento quedó de todo punto convencido. Mas que examinada detenidamente más adelante, y puesta en forma silogística, vió que tenía dos faltas para concluir legítimamente lo que pretendía. Cuando Dios pretende llevar á uno á donde Él quiere, todos los caminos son buenos.

de sus ingenios para pelear contra su propia salvación!

Por lo que hemos dicho hasta ahora, se ve que la oposición entre la ciencia y la fe, no pudiendo nacer de su intrínseca naturaleza, tiene origen en las sugerencias del orgullo, en el exclusivismo científico y en la ignorancia de que suelen adolecer generalmente muchos hombres, profundos conocedores de los secretos de la naturaleza, pero muy poco instruidos en la Religión. Hemos indicado además que fuera de estas causas de conflicto que vienen de parte de la ciencia, influye también en la oposición entre esta y la fe la mala interpretación que han dado algunos teólogos á los dogmas de la Religión. Sobre este punto vamos á decir brevísimas palabras.

Siendo las verdades de la fe la norma que debe guiar al cristiano para no errar como tal en el juicio que forma de las verdades de la razón, está claro que para hacerlo cual conviene, es preciso que conozca el verdadero sentido del principio ó dogma de la fe, el de la verdad ó doctrina de la razón sobre la cual ha de emitir su juicio, y la relación de esta doctrina con el dogma de la Revelación. El conocimiento de estas tres cosas es tan necesario para decidir acerca de la oposición entre un dogma revelado y una verdad racional, que cualquiera de ellas que falte, el juicio será forzosamente erróneo ó temerario. Pues bien; nada es más raro que este perfecto conocimiento; nada más ordinario y común que al decidir acerca de la contradicción entre la ciencia y la fe se desconozca alguno de estos elementos, supuesto que á veces el sentido que comunmente se da á los dogmas de la fe ó á las palabras de la Escritura no es el que tienen realmente, ó no se penetra con toda claridad la verdadera significación de la doctrina que se juzga, ó la oposición que se pretende descubrir no está más que en la perturbada fantasía. Dios entregó el universo á las disputas de los hombres; Cristo no vino al mundo á enseñar la ciencia de la naturaleza, sino la ciencia de la vida y

de la salvacion; y el texto sagrado, así como es clarísimo en lo que toca á esta ciencia espiritual, así es oscuro, cuestionable é incierto en lo que se refiere á la ciencia física ó natural. En este punto las proposiciones que deben ser tenidas como de fe, son poquísimas; muchas ménos de las que se cree vulgarmente; la mayor parte andan sujetas á las interpretaciones de los hombres, interpretaciones que la Iglesia permite, que en muchos casos deben ser respetadas y acatadas, pero que no obligan el entendimiento con la autoridad del divino magisterio. Añádase á esto lo que nos enseñan todos los días la experiencia y la historia de las ciencias en todos sus órdenes y clasificaciones, es á saber, que son muy pocas las verdades científicas que puedan admitirse sin algun género de atenuacion y reserva, y se verá con cuánto cuidado debe andarse uno en afirmar por cierta y asentada una proposicion, y decidir sobre su conformidad ú oposicion con la verdad revelada.

A fin de no equivocarnos en nuestros juicios sobre la oposicion de ciertas doctrinas con los dogmas de nuestra fe, encarga gravísima y sapientísimamente San Agustin que en casos dudosos veamos los varios sentidos que pueden tener las palabras divinas, y que no nos arrojemos temerariamente á defender ninguna de estas interpretaciones, cual si fuese palabra de Dios y dando á nuestra imaginacion la autoridad de la divina enseñanza. En este punto la Iglesia ha de ser nuestra guía, nuestra luz y norma extrínseca de la verdad; á ella, como encargada del depósito de la fe y de la interpretacion de las divinas Escrituras, debemos acudir para saber lo que hemos de creer, el juicio que nos ha de merecer una doctrina, y su oposicion con la enseñanza revelada. No hay que confundir jamas la opinion de un teólogo particular con la doctrina de la Iglesia; y en punto al respeto que se merece la autoridad, hay que distinguir entre los varios órdenes de conocimientos, y dar á cada uno de ellos su mérito y valor; no

todos sirven para todo; un ingenio que haga milagros en teología y metafísica podrá ser un naturalista, físico y aún escriturario muy mediano. En especial, conviene guardarnos de confundir las cualidades morales con las intelectuales y científicas. «A las palabras de los santos (en materias científicas se entiende), hay que preferir y anteponer la Santa Verdad,» como decia hermosamente Keppler. En todo prudencia, que es la sal de las virtudes. No nos arrojemos á dar por cierto y seguro lo que solamente es probable, ni á calificar como heréticas ó contrarias á la fe opiniones que pueden caber muy bien dentro de ella ¹. En este punto es admirable el ejemplo que nos dieron los teólogos antiguos, en especial los escolásticos y las lumbreras entre estos, en los cuales no se sabe qué admirar más, si la sencillez y moderacion con que exponen sus doctrinas, ó la imparcialidad con que discuten y juzgan las ajenas, procediendo siempre con una prudencia y moderacion maravillosas, en calificar opiniones más ó ménos contrarias al comun sentir. Seguramente, á haber seguido siempre tan hermoso ejemplo, habríanse evitado muchas cuestiones, disgustos y conflictos, y en las relaciones entre la ciencia y la fe habria ménos confusion y embrollo del que hay actualmente.

¹ En todos tiempos ha sido este consejo útil y aún necesario, pero nunca tanto como en la presente edad, en que por efecto del trastorno espantoso de ideas que á todo se extiende y á todas partes alcanza, ha entrado en muchos la mania de dogmatizar y decir su alcaldada sobre cuanto ocurre en la polémica ó discusion, lanzando á diestro y siniestro pareceres, sentencias y excomuniones. Hombres generalmente extraños á los estudios de Teología, sin más caudal de doctrina que unas cuantas ideas que han arañado del último libro que por casualidad ha caído en sus manos, se consideran con bastante autoridad para deshacer dudas, echar sentencias y meter á todo el mundo por el buen camino, que por supuesto no es otro que el que á ellos se les antoja descubrir á la turbia luz de su mal adoctrinado entendimiento. Y llega en algunos esta mania á tal extremo, que hay pobre hombre que se cree precisamente suscitado por Dios para corregir á los errados, y que como el ingenioso Hidalgo de la Mancha, apenas ve asomar por el horizonte de su inteligencia algun mal caballero que tiene trazas de no prestar reverencia á la señora de sus pensamientos, ya está allí, pluma en ristre, para defenderla y ampararla. Nuevo Maimónides tal vez nos regale el día ménos pensado con una *Gula de los extraviados*, que cierto no seria mala fortuna para los tiempos miserables en que nos ha tocado vivir.

CAPÍTULO X.

DIFICULTADES GENERALES.

INDICADAS las causas que tienden á destruir la armonía entre la ciencia y la fe, el orden de las ideas que venimos exponiendo nos lleva á estudiar la influencia de estas causas en las dudas, dificultades y conflictos que de ellas resultan.

Es de todo punto imposible referir, y mucho ménos refutar, todas estas dificultades; porque como no hay error ni herejía, al decir del Cardenal Franzelin, autor gravísimo y uno de los teólogos más aventajados que hoy tiene la Iglesia, de que no pueda señalarse el origen en el trastorno del orden que Dios, autor de la naturaleza y de la gracia, quiso establecer entre la ciencia ó revelacion natural y la sobrenatural, pasar revista á todas las objeciones que se han hecho contra este orden y armonía, sería tanto como enumerar los desvaríos innumerables que el genio del error, espantosamente fecundo, ha engendrado en las inteligencias de todos los hombres. Así, mirando á la brevedad, sólo tomaremos en cuenta las que inmediata y derechamente se oponen á esta armonía. Mas antes de venir á las objeciones particulares, queremos en este capítulo deshacer algunas dudas que surgen de la tesis general que venimos desenvolviendo, para que su aclaracion derrame sobre ella mayor claridad, y con el contraste de las objeciones se asiente y afirme más la union entre la ciencia y la fe que nos hemos propuesto demostrar.

Hemos dicho varias veces que en el conocimiento cien-

tífico la verdad se ofrece á la inteligencia por sí misma, mientras que en el conocimiento obtenido por la fe se nos presenta apoyada en el ajeno testimonio; con la ciencia descubrimos por nosotros mismos la verdad que conocemos; por la fe no la descubrimos de ninguna manera, sino que la recibimos de otro, fiados en su autoridad; en aquella la mente es vencida y subyugada por la realidad de los objetos; en esta es guiada y conducida por la autoridad ajena; en la una todo es espontaneidad y evidencia; en la otra todo autoridad y misterio. Ahora bien; entre estas dos maneras de conocimiento, ¿no hay por ventura repulsion y antagonismo invencible, de suerte que el progreso y desarrollo del uno embaracen el desenvolvimiento del otro, y la libertad de la fe mate y ahogue la necesaria libertad de la ciencia?

Para contestar á estas preguntas, hay que presuponer que la ley fundamental de nuestro espíritu, en su tendencia á la verdad, es que no dé su asenso á ninguna proposicion sin motivos justos, razonables y convenientes. «La Dialéctica, como de la Historia, dice el P. Juan de Mariana, procede por punto crudo, y no suele pasar partida sin que le muestren quitanza ¹.» La duda ó suspension no desaparecen sino cuando ve el motivo, razon ó fundamento que, cierta é ineludiblemente, la convenzan de que su asentimiento es justo y razonable. Este motivo puede ser la evidencia con que la verdad aparece á nuestra mente, ó la legítima autoridad y testimonio que nos la asegura. En efecto, no todo lo podemos saber por ciencia propia: algo hay que conceder á la autoridad y ciencia ajena. Si no hubiésemos de admitir como legítimamente cierto sino lo que percibimos con intrínseca evidencia, habríamos de renunciar á conocer todos los hechos acaecidos en tiempos pasados, y casi todos los que suceden en el pre-

¹ En la carta á Bartolomé Leonardo de Argensola, que publicó Pellicer en la *Biblioteca de Traductores*.

sente, pues ni á los unos ni á los otros alcanza la experiencia de nuestras facultades. Ahora bien: si hay verdad práctica que se nos imponga, sin darnos lugar á la menor duda acerca de ella, esta es que si Dios nos habla y nos revela sus pensamientos, estamos obligados á rendirle el homenaje de nuestra fe, admitiendo su revelacion como enseñanza infalible. El hombre depende enteramente de Dios como Criador, Señor y fin último suyo; y la razon creada y finita debe absolutamente someterse á la razon increada, infinita y eternamente soberana. «¿No es indigno, pregunta San Ambrosio, que creamos el testimonio de un hombre, y no creamos al testimonio y á los oráculos de Dios?» Así la razon misma, lejos de oponerse á la autoridad de la divina Revelacion, la persuade é impone; y dado, por una parte, el hecho á todas luces incontestable de esta Revelacion, y por otra el conocimiento de las verdades naturales, la ciencia y la fe tienen que juntarse y hermanarse en nuestra alma. La ciencia de Cristo, dice Santo Tomás, no destruye á la ciencia humana, sino que la ilumina. Ambas constituyen la plenitud de la sabiduría. Con ambas es nuestra mente enriquecida y alumbrada. La una no contradice ni absorbe á la otra, porque son dos radiaciones distintas, pero que vienen de un mismo foco de luz; dos fuentes que brotan de un solo manantial; dos esferas ó dominios de la verdad, que reflejan una sola enseñanza; dos ciencias que salen de los labios de un solo maestro.

Estas dos ciencias no solamente pueden existir, sino tambien crecer y desarrollarse, cada cual en su esfera, en nuestro entendimiento. El cristiano posee la norma ó guía de verdad en los principios eternos é inmutables que Dios se ha servido revelarles; estos principios le iluminan en las regiones del dogma y de la moral; por ellos se apoya en la firme roca de la verdad, para que no zozobre en las tempestades de la vida. Mas fuera de estos principios, extiéndese

dese ante sus ojos el vasto dominio del universo, entregado por Dios á la curiosidad, estudio y disputas de los hombres. En esta esfera inmensurable pueden espaciarse y encumbrar su vuelo los espíritus más vigorosos; podrá ser que les falten alas y energía para moverse, pero seguramente no les faltará espacio que recorrer, ni aire que respirar, ni tierras que descubrir.

Gritan muchos que el someter el entendimiento á la autoridad de la fe, es coartar la libertad de la ciencia, meterla en un estrecho sendero, ó más bien en un molde apretado y premioso donde no pueda moverse; echar piñuelas al ingenio para que no levante su generoso vuelo por las regiones más elevadas del saber, sino que se ande rastreando tierra á tierra ocupado en cosas de poco fuste y baladíes. Estas palabras y este clamoreo es necio é insensato.

En primer lugar, al someter el hombre su entendimiento á las verdades de la fe, no se priva de ninguna de sus facultades, ni renuncia á ninguno de sus derechos, antes gana un guía y apoyo, una luz venida del cielo, que dirige sus pasos y los ilumina y endereza en las sendas difíciles de la ciencia. Así como el sol cuando aparece en el horizonte no altera la naturaleza de las cosas que ilumina, antes las realza y les da nuevo lustre y esplendor, haciéndolas aparecer á nuestros ojos más perfectas y hermosas, así la luz de la fe, al entrar en el alma, no entorpece ó embota ninguna de sus facultades, como tampoco oculta ninguna de las perfecciones que relucen en las criaturas, antes derrama sobre ellas los resplandores de su divina iluminacion, mostrándonoslos infinitamente más hermosos y dignos de nuestra contemplacion y curiosidad. En el estudio de la naturaleza, el cristiano goza de completa libertad é independencia, tan completa como pueda gozarla el que ignora la Revelacion, ó la desoye y desconoce, teniendo ademas una prenda y garantía de acierto que no posee

quien no acata la Revelacion divina. Ambos estudian los séres sometidos á la experiencia de sus facultades, investigan sus fenómenos, sus leyes y diferencias. Uno y otro pueden descubrir estas leyes y establecer sus fórmulas y relaciones; uno y otro pueden acertar y tambien equivocarse; pues ni la fe quita la imperfeccion esencial del espíritu humano, ni la altiva independendencia de la autoridad disminuye en un átomo su falibilidad natural. Mas en aquellas partes difíciles y tenebrosas donde la razon se anubla, y tomada de una especie de vértigo vaga á tientas sin saber á dónde dirigir sus pasos, el creyente no está sólo con el criterio defectible de su entendimiento, sino que oye siempre una voz que le guía y esclarece, y aunque no le deja ver intuitivamente la verdad, á lo ménos le da confianza de que por la senda que sigue no puede equivocarse. Atento á esta voz, solamente le falta una libertad, la triste libertad del error. En cambio, aquel que ha cerrado sus oídos á los acentos divinos, corre á la ventura, sin más guía que el devaneo de su imaginacion, las inspiraciones del capricho y la sofistería de sus pasiones, casi seguro de extraviarse y perderse.

En segundo lugar, la fe no se impone, sino que se acepta libre y racionalmente. La Iglesia habla á sus hijos, hijos dóciles, obedientes y sumisos, sin forzar sus entendimientos ni atar sus voluntades, si no es con el lazo suavísimo del amor. Quien reconoce á la Iglesia por madre, quien se honra en obedecerla, quien cree en su infalibilidad divina, ¿es posible que se juzgue privado de su libertad cuando racionalmente somete el entendimiento á sus decisiones inapelables? Cabalmente la palabra *libertad*, la más hermosa despues de la palabra *caridad* que ha resonado en la tierra, tiene su origen de *liber*, esto es, *hijo*. La libertad no es la independendencia y la anarquía, no es salirse del rango de los esclavos para pasar al campo de los rebeldes, sino salir del yugo insoportable de un tirano

para entrar en el dominio de la autoridad paternal, salir del estado de las cosas para entrar en el señorío de las personas, dejar la esclavitud de los siervos para ser agregado al honroso dominio de la familia; y la condicion del hijo es esencialmente de subordinacion y obediencia, aunque libre, suave y amorosa. Tal es ni más ni ménos la sumision y servidumbre que la Iglesia exige de sus hijos. En cuanto á los que no la reconocen por madre y maestra infalible enviada al mundo para su enseñanza, esta santa Iglesia no les exige su obediencia sino cuando despues de haberles presentado sus credenciales, admiten su validez, su autenticidad y la verdad de la doctrina que acreditan juzgando á esta doctrina no sólo como eminentemente creible, sino como más creible que cualquier otra contraria, y en cuanto rendidos á la fuerza de los argumentos que la atestiguan, se sometan libre y amorosamente á la autoridad de su enseñanza. Esta es la obediencia y acatamiento que les pide la Iglesia. Si esto es servidumbre y tiranía intolerable, ¡pluguiese á Dios que no se usasen en el mundo otra clase de tiranías!

Finalmente, es desatino hablar de la libertad absoluta del pensamiento. La razon humana, emancipada ó no, tiene sus límites que no puede impunemente traspasar. Su libertad está sujeta á ciertas condiciones, así intrínsecas como extrínsecas, que la fijan, circunscriben y determinan. La razon no se impone á sí misma estas condiciones, sino que nace sujeta á ellas, y crece y se desarrolla sin que pueda sustraerse á su influencia. Es cierto que el pensar ó no pensar está en la facultad del libre albedrío; es cierto que no existe fuerza alguna en el mundo que nos obligue á aplicar nuestra actividad á este ó á aquel objeto; pero, una vez que ejercitamos esta actividad acerca de cualquier punto ú objeto, no somos dueños de pensar sobre él lo que nos plazca. El pensamiento tiene sus reglas y principios á los cuales debe obedecer, so pena de extin-

guirse y suicidarse; y así como para las facultades sensitivas, la vista, por ejemplo, hay leyes que explica la fisiología y á las cuales debe ajustarse en el ejercicio de su actividad, así el entendimiento tiene las suyas, que reconoce implícitamente siempre que ejercita su acción. Estas leyes que señala, desenvuelve y demuestra científicamente la lógica ó dialéctica, se reducen á la evidencia y á la autoridad. Porque así como la realidad de las cosas, iluminando el entendimiento con los fulgores de su luz, determina el pensamiento y es la norma y regla de nuestros juicios, de igual manera la voz de la autoridad ilustra nuestro entendimiento y mantiene en la senda de la verdad. Con respecto á Dios, estas dos leyes no son más que una; es á saber, la razón iluminada por la palabra que sale directamente de los labios divinos y por la que se refleja en el espectáculo de la creación. A ellas debe sujetarse el entendimiento si quiere alcanzar la verdad. Su legítima grandeza consiste en admitirlas, y someterse á ellas, no en rechazarlas ó despreciarlas. Porque la libertad humana no es un derecho, sino una facultad: la facultad de elegir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la verdad y el error; de ella puede usar el hombre recta y ordenadamente, y mal y desordenadamente, conforme siga ó no las leyes, así físicas como morales, á que está sujeta. No se humilla ni abate el hombre cuando, siguiendo estas leyes, viene en posesión del bien, de la justicia y de la verdad, sino cuando por haberlas violado se despeña en el error, en el mal y en la injusticia; y así como da muestras de espíritu estrecho, desalentado y esclavo de miserables pasiones, quien desoye la voz de su razón cuando le habla clara y evidentemente, de igual manera hácese reo y culpable ante los ojos de su misma razón quien, despreciando la voz de la autoridad, sea humana, sea divina, vuelve las espaldas á la luz, cuyos hermosos fulgores guían y esclarecen su conciencia.

«Por haber despreciado esta norma y regla de su entendimiento, dice acertadamente el ilustre matemático Augustin Cauchy ¹, no pocos sabios han tenido la desgracia de gastar en vanos esfuerzos un tiempo precioso que pudieran haber empleado en útiles descubrimientos. Cuántos y cuán notables trabajos podríamos admirar en nuestras colecciones de obras científicas, si la Religión hubiese guiado siempre la pluma de aquellos autores que se empeñaron en demostrar que los zodiacos de Denderah y de Esneh tenían doce mil años de fecha, que el hombre descendía del pólipo, que habia existido en la tierra desde la eternidad, que el diluvio era una fábula, que la creación del hombre y de los animales era efecto del acaso, que aún en nuestros días se veían surgir de las islas del Océano hombres embrionarios y otros desatinos por el estilo.» «Es necesario reconocer, añade, que así como la Religión, regulando y moderando el corazón del hombre, y vedándole falsos y engañosos placeres, no hace sino abrirle una fuente de nuevos y verdaderos é inefables deleites, que forman y preparan su felicidad, de la misma manera imponiendo á su espíritu reglas determinadas y necesarias, contiene su imaginación en los debidos linderos, y le evita el riesgo y aún la seguridad de dar al través en el escollo de falsos sistemas y de funestas ilusiones.»

No ha faltado quien dijese que al proponer la Iglesia á la creencia de los cristianos los dogmas de la Revelación, sin permitirles dudar de ellos, ó ponerlos en tela de juicio, lo hacia por miedo á la verdad y á la ciencia. Esta acusación es tan absurda que raya en la ridiculez. Toda la historia de la Iglesia protesta contra ella. Ya en el siglo segundo decia Tertuliano que nada temía tanto la fe cristiana, como el no ser conocida. La Iglesia nada tiene que temer de la ciencia, como nada tiene que temer del examen de

¹ *Sept leçons de physique générale*, par Augustin Cauchy, p. 16.

sus dogmas; el cual exámen, no solamente no lo prohíbe, sino antes bien lo provoca, siendo su mayor deseo que cada cristiano llene el precepto que desde los primeros tiempos del cristianismo imponía San Pedro á los fieles, es á saber: que estuviesen todos (no sólo los teólogos de profesion, sino todos los cristianos) dispuestos á darse á sí mismos y á los demas, y delante de cualquier tribunal por severo que fuese, razon de la fe y de las esperanzas que los sostienen ¹, convenciendo por buenas razones, como dice San Pablo ², á los que presumieran contradecirlas. Si la Iglesia temiera que el exámen de sus doctrinas y el estudio de las ciencias, pudiese amenguar ó deshacer la fe de los fieles, esto sería desconfiar de la verdad y del mismo Dios, fuente y origen de la verdad, Señor y Maestro de las ciencias y de las artes, de quien todas proceden, y á quien mediante su gracia deben conducir, si son tratadas cual conviene.

La duda, dice San Agustin, no habita la ciudad de Dios. El cristiano, añade De Maistre, puede tener el remordimiento del crimen; pero no el remordimiento del error, como llama á la duda este escritor ilustre. Para él la conciliacion y harmonia entre la ciencia y la fe son como el sol, que basta abrir los ojos para verlo y asegurarnos de su existencia. Lo difícil no es creer, sino dejar de creer. Seguro de su fe, y de la verdad, autenticidad y divino origen de la Revelacion, no abriga el menor recelo de que estas verdades puedan ser desmentidas jamas por ningun descubrimiento en el vasto campo de las ciencias. Tampoco teme ó entra en sospechas de que la investigacion de las ciencias le lleve al descubrimiento de nuevas obligaciones morales, más austeras y exigentes que las que la fe le impone, entablándose así lucha pertinaz en su razon entre las costumbres cristianas y la ley racional.

1 1. Petr. 3-15.

2 2.^a ad Tit.

Quédese esto para los que han fundado el edificio moral en la base inestable y movediza de su propia razon, hechos juguete al torbellino de sus pasiones, desgarrados continuamente por las dudas, por los tormentos y agonías inenarrables del espíritu,

le genti dolorose
ch' hanno perduto il ben dell' intelletto ¹.

«Sin duda en el órden natural, dice elocuentemente el Dr. Lefebvre ², tenemos los cristianos nuestras dudas é incertidumbres; mas estas no pueden hallar eco y resonancia profunda en el alma, porque no tocan á sus destinos inmortales; ningun descubrimiento puede turbar en nosotros la pacífica posesion de la verdad revelada; lejos de esto, cada dia de trabajo lleva su partecita al tesoro de nuestras certezas: avanzando en la carrera terrestre, avanzamos tambien en la verdad. Y al llegar á la segunda pendiente de nuestra vida, á aquella pendiente que se inclina hácia el sepulcro y hácia la eternidad, nuestra vista ve más y se extiende más y más lejos; y cuando alborea el dia solemne, que no tendrá mañana, parece que más allá de los horizontes de este mundo visible, detras de aquel sol que va á ocultarse por última vez para nosotros, aparece un nuevo sol que deja caer de antemano sus misteriosas claridades sobre nuestras frentes, y derrama en nuestras almas una luz desconocida y de una suavidad y dulzura inefables.»

Otra acusacion suele hacerse á la Iglesia no ménos vana que la que acabamos de deshacer. Segun las doctrinas de la fe, dicen algunos, Dios no sólo nos ha suministrado en la Revelacion escrita la norma de la verdad, sino

1 Dante, *Infierno*, canto 3.^o

2 En el discurso pronunciado como Presidente de la Asociacion científica de Bruselas, el 18 de Noviembre de 1875.

tambien nos ha enseñado todo lo que su voluntad quiere que sepamos; de suerte, que las Escrituras contienen la suma y señalan el límite de todos los conocimientos del hombre. Segun esto, la Iglesia no sólo desaprueba todo descubrimiento de la razon como vano ó presuntuoso, sino que se opone necesariamente á toda investigacion de la verdad como atentatoria á la completa sumision que debe á la divina autoridad de la Iglesia. Salta á la vista lo desatinado de tal acusacion. A ser verdad lo que en ella se indica, ¿cómo permitiría la Iglesia la enseñanza de las ciencias, de la física, de la astronomía, de las matemáticas y otras que están fuera de la enseñanza de la divina revelacion, y cuyo estudio exige métodos contrarios á los que usa el estudio de la fe? ¿Cómo es que los Santos Padres y millares de escritores católicos se han ocupado con tanto ardor en las ciencias puramente racionales, dejando escritos acerca de ellas tantos libros que si se quitasen de los estantes de las librerías, estas quedarían casi vacías? ¿Cómo es que los Sumos Pontífices han fomentado las ciencias y las artes, protegiendo á los sabios y á los artistas, fundando universidades y llenando el mundo de monumentos de sabiduría, de ciencia y de todo humano progreso? La santa rusticidad, aunque buena para el mérito de la vida, no lo es en general para cumplir los altos fines que promueve y debe promover la Iglesia en el mundo. La antorcha de las ciencias en ningunas manos está mejor que en las de aquella augustísima Institucion que las ha enseñado y propagado por todo el mundo iluminando el ámbito de la tierra con sus clarísimos resplandores.

Una cosa es que la divina Revelacion no contenga error alguno, y otra que sea fuente y origen de todo conocimiento. La Iglesia católica, dice el Concilio Vaticano, ha siempre sostenido y sostiene unánimemente que hay dos órdenes de conocimientos, distintos no sólo por razon del principio de donde provienen, sino tambien por su

objeto; son distintos en virtud del principio, porque en uno de estos órdenes el conocimiento se alcanza con la fuerza natural de la razon, mientras que en el otro se logra por la fe; son distintos en virtud del objeto, porque fuera de los conocimientos á que puede extenderse la razon natural, la fe propone á nuestra creencia misterios escondidos en Dios, y de los cuales no podemos tener noticia sino es por la Revelacion Divina.»

Así, pues, lo único que la Iglesia exige, como debe exigirle todo el que se quiere formar ideas claras de las cosas, es que se distingan bien los órdenes en que se dividen los conocimientos á que puede llegar la humana inteligencia, y que cada cual de estos órdenes sea tratado por el método y por el género de pruebas que le es propio; los que son del dominio de la razon por los argumentos racionales, y los que entran en el señorío de la verdad revelada, por las pruebas que suministra la fe y la Iglesia, maestra y depositaria de esta verdad. Porque así como sería ridículo combatir los hechos históricos con cálculos matemáticos y fundar la sancion de las leyes morales en teoremas de álgebra ó del cálculo diferencial, así no es ménos ridículo y absurdo querer sujetar las cosas de la fe al criterio de la razon y evidencia inmediata é individual. Y siguiendo la comparacion podemos añadir que á la manera que un matemático argüiría de fatuidad al que se burlase de sus fórmulas, atiborradas de raíces, exponentes é integrales, teniéndolas por cosa de brujería y nigromancia, un filósofo ó teólogo pueden calificar con igual razon de pedante insoportable al matemático ó naturalista que se empeñe en demostrar por sus métodos las cosas ó verdades que no caen bajo el dominio de su ciencia especial, sino que pertenecen al orden sobrenatural de la Revelacion. La razon y la autoridad son los dos caminos que tiene el hombre para llegar á la verdadera sabiduría. En dar á cada cual de ellas su valor, no despreciando á ninguna,

ni exagerando sus méritos respectivos, antes ayudándose de los auxilios que una y otra le prestan, consiste el método seguro, sincero y legítimo para la consecución de la verdad. A la ciencia y á la razon dense las cosas del orden natural, á la fe y á la divina autoridad las del sobrenatural; esta es la regla para la higiene de nuestro espíritu, regla suprema que es imposible traspasar sin exponerse á gravísimas consecuencias; porque no se violan impunemente las leyes de la naturaleza, ni se trastorna sin peligro la subordinación de los métodos de la inteligencia humana.

Con esto no queremos decir, sin embargo, que en las Sagradas Escrituras no haya tambien gran copia de verdades, hechos y consideraciones científicas, que estudiadas convenientemente puedan contribuir al adelanto del saber humano. Porque aún prescindiendo de la parte dogmática, la Biblia es un monumento de sabiduría que nunca será bastantemente conocido y admirado. De sus páginas, cuando ménos se piensa, saltan ideas luminosísimas que esclarecen la ciencia en sus esferas más elevadas. Y así como lo que enseña sobre el dogma y la moral, cuanto más se estudia, tanto aparece más sublime y divino, así lo que dice acerca del estudio de la naturaleza, aparece más exacto y grandioso, cuanto es más estudiado y profundizado.

Por lo demas, todas estas querellas que suenan continuamente en nuestros oídos sobre que la fe ata los entendimientos y los abate y corta el vuelo para que no se encumbren por los espacios luminosos de la verdad, tienen una contestación sencillísima é inapelable en las enseñanzas de la historia. Porque aunque la fe sea divina independientemente de ser aceptada por el hombre, y aunque sea por otra parte gracia de aquella Providencia adorable que se complace en concederla á los humildes y pequeños, antes que á los sabios, prudentes y grandes del siglo, no es

menos cierto, como indicamos en el capítulo segundo de este ensayo, que desde el establecimiento del cristianismo la ciencia y la Religion, á pesar de los esfuerzos que ha hecho la soberbia para separarlas y enemistarlas, han vivido siempre unidas en el comun de los hombres, alumbrando con sus hermosos aunados rayos á la humanidad, y atrayendo hácia sí á las inteligencias más vastas, más grandiosas y sublimes que han honrado á nuestro linage. Así, aún prescindiendo de los Padres y escritores de los primeros siglos del cristianismo en quienes se juntaba una fe admirable con una ciencia prodigiosa; «¿por ventura, dice el ya citado Doctor Lefebvre¹ el Franciscano Rogerio Bacon no recorrió todo el círculo de las ciencias físicas, iluminándolas con los resplandores de su genio poderoso? ¿Por ventura los padres de la astronomía moderna Copérnico, Keppler y Newton, no eran sinceros creyentes y cristianos de piedad ejemplar? Y el respeto profundo que tenia Euler á las Sagradas Escrituras ¿le impidió acaso perfeccionar el cálculo integral y penetrar más lejos que nadie antes que él en las oscuridades del análisis? ¿Y Vesale y Morgagni se detuvieron jamas en sus investigaciones sobre la estructura y funciones del organismo humano, por el temor pueril de chocar en sus descubrimientos con alguna verdad revelada? ¿Y el abate Spallanzani, verdadero precursor de los fisiologistas modernos, fué alguna vez contenido por sus creencias cristianas en sus magníficos descubrimientos acerca de la digestion, respiracion, circulacion y reproduccion de los animales, acerca de los fenómenos de la vegetacion, naturaleza y constitucion de los infusorios y otros análogos? ¿No fué por ventura el canónigo Haüy, de piadosa memoria, quien descubrió las leyes de la cristalización de los minerales? ¿Y en la pléyada de los sabios modernos, no se cuentan acaso

¹ En el Discurso ya citado.

una muchedumbre entre los más ilustres que atestiguan por sus trabajos que las más levantadas especulaciones de ciencia, pueden muy bien marchar á la par con el respeto debido á la fe? En Francia Cuvier, Alejandro Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampère, Agustín Cauchy, Quatrefages, Marcel de Serres, Blainville, Elias de Beaumont, Dumas, Carlos Dupin, Coriolis, Tulasne, Hermite, Barrande; en Alemania, Enrique Steffens, H. V. Schubert, Carlos Raumer, Fuchs, Andrés y Rodolfo Wagner, Federico Pfaff, Müller, Hyrtl, Gustavo Bischof, Herman Meyer, Carlos Leonhard, Federico Augusto Quenstedt, Baer; en Inglaterra y en América, Tomás Chalmers, Faraday, Buckland, Whewell, Sedgwick, Fleming, Hugo Miller, Davy, Juan Macculloch, sir David Brewster, Owen, Dana; y en Bélgica, Andrés Dumont y d'Omalius d'Halloy¹; estos nombres citados por Lefeb-

¹ Ya que vemos omitido en esta lista el nombre de Leverrier, se nos permitirá que digamos breves palabras acerca de este sabio ilustre que hace pocos meses ha bajado al sepulcro, y cuya vida y muerte cristianas demuestran cuán estrechamente pueden enlazarse una ciencia altísima con una fe no menos viva y eficaz. Era Leverrier uno de los genios más grandes que han cultivado las ciencias matemáticas y astronómicas. Los que cuenten alguna edad recordarán el asombro que causó en toda Europa el descubrimiento del planeta Neptuno, invisible á la simple vista y aun al alcance de poderosos telescopios. Estudiando Leverrier la órbita de Urano, dedujo que sus irregulares perturbaciones no podían ser causadas sino por otro planeta exterior; calculó su masa, su distancia, y aun indicó el punto del cielo donde había de buscarle; con ayuda de poderoso telescopio apareció efectivamente donde había indicado el sabio astrónomo. Este descubrimiento era el triunfo más grande alcanzado jamás por el análisis matemático. La gloria de Leverrier llegó á su colmo, y ante el esfuerzo maravilloso del genio que, leyendo en el espacio infinito, había descubierto la nota que parecía faltar á la armonía del universo, no hubo quien no se llenase de admiración y bendijese la mano de Dios, que quiso estampar en él una huella más profunda y marcada de su espíritu soberano. Cualquiera cabeza vulgar se hubiera desvanecido con el humo de tanta gloria; mas la cabeza de Leverrier, cargada de ciencia, se inclinaba ante la Majestad de Dios, cuya gloria veía centellear en las profundidades de los cielos. Adversario decidido de la escuela anticristiana, ligera y materialista, no perdía ocasión de protestar con la autoridad de su genio contra sus delirios y blasfemias. Lejos de ocultarse, hacía gala de confesar públicamente sus creencias católicas, cuya magnífica demostración y confirmación veía milagrosamente confirmada en la ciencia sublime que tanto había cultivado y hecho progresar. Cuando en las altas horas de la noche dirigía su telescopio hácia las profundidades de los cielos, veía á Dios muy de cerca para negarle; y cuando sus cálculos admirables le revelaban algún astro desconocido, solía recordar la palabra de la divina Escritura: *Dios lo hizo todo en número, peso y medida*. En él la ciencia y la fe se iluminaban recíprocamente.

vre, demuestran hasta la evidencia que la ciencia y la fe no andan reñidas; que el respeto á la verdad revelada no estorba en lo más mínimo las más sublimes y profundas especulaciones científicas, y que la armonía entre la razón y la revelación, la cual, sellada y consagrada en el altar de la cruz, atravesó los siglos, honrando y enalteciendo á la humanidad, despues del ligero quebranto sufrido en el siglo pasado, vuelve á aparecer de nuevo en la porción más granada de los sábios de Europa.

Esta armoniosa unidad es cierto que no se realiza sino difícil y trabajosamente. De vez en cuando, en el cielo sereno de la ciencia surgen trastornos y borrascas, que semejantes á los ciclones de los trópicos, amenazan sumir el mundo intelectual en un caos espantoso. Estos conflictos no son promovidos generalmente por los cultivadores más ilustres de la ciencia, que guían y capitanean su movimiento; nacen por lo regular en las segundas ó terceras filas, y entre los soldados de ménos méritos y valía; escritores superficiales, y catariberas de las ciencias, como dirían antiguamente en Castilla. Mas al fin, como son los que más gritan, hablan y escriben, y su incesante clamoreo encuentra eco en auxiliares de fuera, logran persuadir á muchos de que todo el ejército científico está insurreccionado contra la fe, y de que la causa de esta es de todo punto desesperada. Además, por efecto de uno de los fenómenos más curiosos que se observan en la vida é historia de la humanidad, como hay períodos en que ciertas pasiones llegan á un grado de exacerbación y universalidad verdaderamente aterrador, para volver despues á su calma y tranquilidad ordinaria, así hay épocas en que se extiende y cunde por el mundo una como epidemia de in-

te, y próximo á fallecer, pidió él mismo los auxilios supremos de la Religión, muriendo como cristiano, según había vivido. Así puede repetirse una vez más aquella conocida expresión: «¡Oh Santa Iglesia de Jesucristo! los grandes hombres te pertenecen.» (Escribiase esta nota á principios del año 1878.)

credulidad, capaz de atacar á los de fe más robusta, si el ánimo no está convenientemente preparado para recibirla ². De aquí esos ponderados conflictos entre la ciencia y religion, y las vanas muestras del triunfo en los unos, y el abatimiento, el temor y la desconfianza en los otros. Mas á la tempestad sucede la calma, á la enfermedad la salud, y apagada la gritería del enemigo, vuelve á renacer la tranquilidad en los espíritus, el cielo recobra su serena claridad, y la hermosa union entre la ciencia y la verdad revelada, torna á brillar esplendorosa y triunfante.

² Acerca del carácter de estas pasiones, que pudieran llamarse universales, merece consultarse lo que dice E. Maillet en su hermoso libro *L'Essence des passions*.

CAPITULO XI.

OBJECIONES FILOSÓFICAS. — LA NATURALEZA DIVINA.

RESUELTAS las dudas generales que pueden hacerse contra la tesis que nos propusimos demostrar en este ensayo, ya es tiempo de ir indicando uno por uno los conflictos ó dificultades especiales que contra la misma tesis se han hecho, para ver cómo no teniendo base ó fundamento sólido en la realidad, se desvanecen á la simple luz de la discusion.

Hemos dicho en otra parte, que los tales conflictos ó dificultades fueron reunidos en un libro publicado años atras en América y que ha logrado en Europa bastante boga y difusion, debidas principalmente á la avilantez de su lenguaje, al éxito infausto que siquiera por breve tiempo logra siempre el escándalo, y sobre todo, á los esfuerzos de la Revolucion, que atenta á utilizar toda arma que pueda servirle para minar los fundamentos del orden social, ha divulgado extraordinariamente este libro como medio muy á propósito para conseguir sus depravados intentos. Traducido á varias lenguas, recomendado eficazmente por los papeles periódicos del partido, y presentado como la última palabra de la ciencia y el golpe decisivo contra las creencias cristianas, despues de peregrinar por extranjeras naciones, entró finalmente en la nuestra, apadrinado por un escritor á quien sus amigos no temen dar el calificativo de *filósofo*, antiguo Catedrático de la Universidad Central, Diputado, Ministro, y en tiempos republicanos más que Rey de España. El cual tomó tan

credulidad, capaz de atacar á los de fe más robusta, si el ánimo no está convenientemente preparado para recibirla ². De aquí esos ponderados conflictos entre la ciencia y religion, y las vanas muestras del triunfo en los unos, y el abatimiento, el temor y la desconfianza en los otros. Mas á la tempestad sucede la calma, á la enfermedad la salud, y apagada la gritería del enemigo, vuelve á renacer la tranquilidad en los espíritus, el cielo recobra su serena claridad, y la hermosa union entre la ciencia y la verdad revelada, torna á brillar esplendorosa y triunfante.

² Acerca del carácter de estas pasiones, que pudieran llamarse universales, merece consultarse lo que dice E. Maillet en su hermoso libro *L'Essence des passions*.

CAPITULO XI.

OBJECIONES FILOSÓFICAS. — LA NATURALEZA DIVINA.

RESUELTAS las dudas generales que pueden hacerse contra la tesis que nos propusimos demostrar en este ensayo, ya es tiempo de ir indicando uno por uno los conflictos ó dificultades especiales que contra la misma tesis se han hecho, para ver cómo no teniendo base ó fundamento sólido en la realidad, se desvanecen á la simple luz de la discusion.

Hemos dicho en otra parte, que los tales conflictos ó dificultades fueron reunidos en un libro publicado años atras en América y que ha logrado en Europa bastante boga y difusion, debidas principalmente á la avilantez de su lenguaje, al éxito infausto que siquiera por breve tiempo logra siempre el escándalo, y sobre todo, á los esfuerzos de la Revolucion, que atenta á utilizar toda arma que pueda servirle para minar los fundamentos del orden social, ha divulgado extraordinariamente este libro como medio muy á propósito para conseguir sus depravados intentos. Traducido á varias lenguas, recomendado eficazmente por los papeles periódicos del partido, y presentado como la última palabra de la ciencia y el golpe decisivo contra las creencias cristianas, despues de peregrinar por extranjeras naciones, entró finalmente en la nuestra, apadrinado por un escritor á quien sus amigos no temen dar el calificativo de *filósofo*, antiguo Catedrático de la Universidad Central, Diputado, Ministro, y en tiempos republicanos más que Rey de España. El cual tomó tan

á pechos el divulgar y patrocinar esta obra, que en el Prólogo que la precede no tiene reparo en afirmar que contribuir á la propagacion de la *Historia de los conflictos entre la Religion y la ciencia de Juan Guillermo Draper*, que este es el título del famoso libro, es trabajar en la obra de la redención humana.

Prescindiendo de recomendaciones tan exorbitantes, vemos que sobre el mérito intrínseco de la obra no andan muy acordes las opiniones aún entre sus patrocinadores y devotos. Algunos desearian más orden y precision en la narracion de la tal historia, otros mayor conocimiento de las cosas y hechos que refiere, miras más vastas, é ideas más levantadas y comprehensivas; éste echa de ménos las citas y documentos que apoyen las aseveraciones del autor, tan extrañas á veces y aventuradas; aquel quisiera un poco más de ciencia seria y formal, y no fantástica y juglaresca; quién más lógica é ilacion en los razonamientos; quién más claridad, limpieza y garbo en el estilo. En fin, el mismo padrino de la tal historia, que al principio no se acaba de admirar de la «*vasta erudicion, severa crítica y esmerado arte*» con que están expuestos los conflictos entre la ciencia y la fe, se deja decir más adelante que el libro del «*sábio profesor Draper*,» en lo que toca á la parte filosófica ó de principios, «*prescinde de todas las cuestiones que afectan al fondo mismo de las relaciones entre la Religion y la ciencia;*» que en lo concerniente á la parte científica «*hay cuestiones que sería presuncion dar por científicamente resueltas,*» supuesto que «*la evolucion á que Draper, con casi todos los naturalistas contemporáneos, se inclina, no pasa de ser una teoría cuyos datos empíricos no bastan á autorizar la induccion que se formula;*» y que, en fin, por lo que atañe á la historia misma de los conflictos entre la Religion y la ciencia, él, á pesar de la «*piadosa desconfianza en sus fuerzas, que en vez de presuncion quisiera conservar siempre*» (confesion edificativa en boca de un filosofante

moderno) no tiene inconveniente en señalar una porcion de errores é inexactitudes, no ya sobre puntos secundarios y de escasa trascendencia, sino en los fundamentales de la tal historia. El cual juicio crítico, si por una parte basta y sobra para dar en tierra con el libro de Draper, por otra no sabemos cómo puede avenirse con «*su vasta erudicion, severa crítica y esmerado arte,*» y mucho ménos con aquello de que «*contribuir á su difusion y propagacion sea contribuir á la obra de la redencion humana.*»

Mas dejando la resolucion de estas cuestiones á la conciencia de los nuevos redentores que en esta desventurada edad le han salido al género humano, confesamos de buen grado que la aclaracion ó refutacion de los conflictos historiados en el libro de Draper, es empresa sobremanera difícil, pesada y enojosa, no por lo recóndito de la doctrina que en este libro se encierra, sino más bien por la falta de ella y por su increíble vaguedad, ligereza é indecision. Porque es inútil buscar en él principios firmes y asentados acerca de cualquiera de los infinitos puntos ó materias que allí se tratan. Cada capítulo es un conjunto ó amasijo de ideas reunidas allí, nadie sabe por qué. La mayor parte de los hechos que se citan, ó no tienen nada que ver con la tesis que el autor intenta demostrar, ó pudieran servir muy bien para refutarla. Echase de ménos, sobre todo, aquel orden, aquel encadenamiento en las ideas y en los hechos, aquella proporcion de las partes con el todo, y del todo con las partes; en una palabra, aquella harmoniosa unidad que debe resplandecer en todo libro, desarrollándose de tal manera los pensamientos, que los secundarios se subordinen al principal, iluminándose mutuamente y contribuyendo todos á producir en el lector la persuasion y evidencia de la tesis que se pretende demostrar. No ignoramos que, como dice Santo Tomás, el error no puede ser probado demostrativamente; pero puede á veces venir apoyado en razones más ó mé-

nos probables, ó tal vez sofisticas, las cuales, sistemáticamente reunidas y ordenadas, lleguen á formar una manera de prueba ó demostracion que logre tal vez convencer ó seducir al entendimiento. En cuyo caso, siguiendo el hilo de los racionios, no es difícil irlos aclarando y desenredando, y dar, en fin, con el error principal, para que destruido este se deshaga todo el discurso que en él estaba sostenido. Mas esto no puede ser respecto al libro de Draper, donde el desórden en la exposicion de la doctrina compete con su confusion y vaguedad.

A pesar de esto y de la dificultad de seguir al autor de la *Historia de los conflictos entre la Religion y la ciencia* en su erráticas peregrinaciones por todos los campos de la sabiduría, ateniéndonos, más que á refutar esta obra punto por punto, á poner en claro cuestiones que en ella andan extrañamente revueltas, dividiremos los tales conflictos ó dificultades en tres órdenes ó clases: en la primera pondremos los que pudieran llamarse *filosóficos* ó *metafísicos*, por versar sobre ideas ú objetos que trascienden el orden material ó sensible; incluiremos en la segunda los que pueden denominarse *físicos* ó *científicos*, por pertenecer al orden físico actual de que tratan las ciencias naturales; y la tercera abrazará algunos hechos *históricos*, en los cuales se quiere ver la repugnancia ó conflicto entre la ciencia y la fe.

Mas antes de desenvolver estas dificultades, queremos apuntar algunas ideas ú observaciones que ayudarán á su resolucion y esclarecimiento.

La primera es, que una vez puesta en claro una verdad y vencido el entendimiento por su evidencia, ora intrínseca, ora extrínseca, no debe haber dificultad alguna capaz de alterar ó conmovier aquel asentimiento. La verdad no puede oponerse á sí misma. Dos proposiciones contrarias no pueden ser verdaderas á la vez, sopena de ser destruido el principio de contradiccion, base de toda

certeza, y aún de toda operacion intelectual. Así, todas las dificultades, objeciones y paralogismos del mundo, no podrán quitar un átomo de su peso á la proposicion cuya evidencia está demostrada. El entendimiento podrá no encontrar la solucion á tales objeciones ó dificultades; pero cerciorado de la evidencia real y objetiva de aquello que le es subjetivamente evidente, debe estar seguro de que la tienen, y por consiguiente no debe poner en duda, bando ú opinion, lo que conoce que es verdad firme y asentada.

En segundo lugar, el error, la dificultad ú objecion, no son homogéneos con la verdad. Lo que algunos, áun filósofos, dicen, que el error es una verdad desfigurada ó incompleta, es falso y absurdo. Entre la forma de enunciar una verdad y la de expresar un error podrá haber cierta analogía ó semejanza; pero en sí no la tienen, ni pueden ser colocados en la misma línea, ni comparados en manera alguna, como no pueden ser comparados el *sí* y el *no*, la luz y las tinieblas, y la afirmacion y la negacion.

Finalmente, el error, como hemos indicado hace poco, no puede ser demostrado jamas ni ofrecerse claro y evidente al entendimiento¹. Una proposicion falsa, por ejemplo, dos y dos son cinco, establece entre dos términos una igualdad que ni existe ni es posible. El uno destruye al otro y le niega absolutamente; nunca se verificará la identidad entre ambos; jamas podrá suceder que la tal identidad *sea*; y como solamente el *ser* es inteligible por sí mismo, como sólo lo que *es* puede presentarse al entendimiento como realidad, porque sólo lo que tiene ó puede tener verdad real y objetiva, puede engendrar el conocimiento y la verdad y la evidencia subjetiva, si alguien afirmase una proposicion contradictoria de otra cuya verdad ha sido

1. *Es así la falsedad y la mentira, dice el P. Martin de Roa (*Flos Sanctorum*, Fiestas de los Santos de Córdoba, fol. 27 v.º); no tiene más ser que cuanto dura escondida; como criada en tinieblas, no sufre la luz; y viéndola del todo, desaparece.*

probada demostrativamente, hay que decir que afirma lo que no ve, lo que no puede ver, porque no existe ni puede existir en el orden de la realidad.

De todo lo cual resulta, que siendo como son verdaderos los principios de la fe y los de la razón, porque unos y otros pueden ser demostrados, cada cual por el género de pruebas que le es propio, los de la razón por la evidencia, y los de la fe por los motivos y argumentos de credibilidad; una vez demostrados estos principios y deslindados sus respectivos derechos, y establecida la necesaria armonía entre unos y otros, todo lo que tienda á destruir esta armonía, ora venga de parte de la razón, ora de parte de la fe, debe ser rechazado absolutamente y tenido en cuenta de error, incompatible con la verdad, y que por consiguiente no tiene nada que ver ni con los dogmas de la fe, ni con los principios de la razón.

Esto supuesto, veamos de examinar las dificultades especiales que pueden aducirse. Principiando por las filosóficas ó metafísicas, lo primero que ocurre investigar al hablar de los conflictos entre la Religión y la ciencia, es el concepto que se forma Draper de la ciencia y de la Religión. Es difícil, á través de las nieblas que envuelven los conceptos filosóficos de este autor, descubrir el carácter que atribuye á tales ideas. Sin embargo, al principio del capítulo octavo de su obra, nos sorprende diciendo que nadie hasta ahora ha dado una contestación satisfactoria á esta pregunta: «¿qué es la verdad?» En otras partes de su libro habla también de la *variabilidad* de los dogmas ó teorías de la ciencia; y como por otra parte en todo su sistema filosófico sigue las ideas de Demócrito y Epicuro, quienes, como es sabido, negaban al hombre la facultad de conocer la verdad, hemos de convenir que, según Draper, el hombre no puede averiguar jamás la verdad de las cosas, ni aún cuando la conociese realmente, tener completa seguridad de ello. Por lo demás, aún cuando no nos

lo dijera tan claramente, tampoco sería temeridad el atribuir al profesor de Nueva York esta opinión acerca del valor de nuestros conceptos, pues es sabido que en los sabios de su estofa el escepticismo es la base de todo su sistema de filosofar. Esta doctrina ó sistema, como es claro, equivale á destruir el concepto fundamental de la ciencia. La filosofía contempla lo absoluto y permanente de las cosas, y de aquí deduce y colige las verdades eternas, indefectibles é incontrastables. Filósofos son aquellos, dice Platon, que estudian lo que será siempre de la misma manera, lo que permanece en un mismo sér, lo invariable y eterno; los que no llegan á esto, sino que vaguean por todo lo mudable y caedizo, no merecen el nombre de filósofos (*φιλοσοφος* amante de la sabiduría) sino de filodoxos (*φιλοδοξος* amante de la opinión). Dónde está la razón y el fundamento último de esta fijeza é invariabilidad de la ciencia, no es de este lugar el averiguarlo; pues siendo esta una de las cuestiones más difíciles de toda la filosofía, solo para indicar los puntos principales necesitaríamos más largo espacio del que podemos disponer ¹. Para lo que aquí tratamos tampoco es necesario meternos en tales honduras; pues cualquiera ve que si el valor del conocimiento científico es puramente relativo, todo el orden intelectual se confunde y trastorna, y la ciencia y la filosofía son una irrisión. Porque en efecto, si no podemos llegar á conocer la verdad absoluta de las cosas, ni á tener seguridad de nuestro conocimiento, todo quedará reducido á mera opinión, conjetura ó probabilidad; la ciencia será como la fortuna que *in sola constans mobilitate sua est*; y destruida la base de nuestra certidumbre, y faltándonos el apoyo y condición esencial para el ejercicio de nuestras operaciones intelectuales, vendremos á parar á aquel sueño de Fichte, en que desapareciendo como vana sombra la realidad que nos ro-

¹ Quien desee ver este punto tratado con admirable acierto, claridad y elocuencia, puede leer los capítulos 23, 24 y 25 del libro IV de la *Filosofía fundamental*, de Balmes.

dea, desaparecerá también la vida necesaria para soñar, el espíritu soñador y aún el mismo sueño que soñamos. Cualquiera ve lo absurdo de tal manera de discurrir; y cuán vano y temerario sea el querer levantar sobre cimientos tan deleznales un sistema de doctrinas, para desde allí arrojar armas contra el edificio incontestable de la Iglesia.

Pues no ménos absurdo y desvariado es el concepto que se forma Draper de la fe y de la Religión. No encontramos en ninguna parte de su libro definidas estas palabras. Lo único que parece ver en la Religión es la *inmutabilidad* de los dogmas contrarios á las opiniones *variables* de la ciencia, como si solamente los dogmas de la fe fueran inmutables y no todo aquello que la razón da por cierto, demostrado y verdaderamente científico. Esta inmutabilidad de la fe no impidió, sin embargo, que en los dos primeros siglos de la Iglesia, hubiese armonía maravillosa entre ella y la ciencia. La lucha y el desacuerdo no empezaron según Draper hasta los tiempos de Constantino, y cabalmente por haberse modificado los dogmas cristianos. La Iglesia griega, añade, nunca ha sido enemiga de la ciencia; la protestante le ha sido alguna vez hostil, á causa de las reminiscencias del *odio teológico*; mas esta hostilidad puede cesar con algunas explicaciones que se den por una y otra parte. La única que ha sido siempre enemiga declarada de la ciencia y no puede ménos de serlo en fuerza de sus principios, es la católica. Y en prueba de ello cuando Draper viene á especificar los dogmas que han sido ocasión de los conflictos, se fija puntalmente en aquellos que han sido profesados constantemente por la Iglesia, y que hoy día son igualmente sostenidos por la Iglesia católica como por la protestante y por la griega. Lo ménos que se puede decir de un escritor que se atreve á estampar tales desvaríos, es que no sabe absolutamente lo que es fe, ni Religión, ni cristianismo.

Pero viniendo ya á las objeciones particulares, pregúntase Draper: ¿qué es Dios? ¿Qué es el alma? ¿Qué es el mundo? ¿Cómo está regido? Y en las respuestas que á ellas han dado respectivamente la ciencia y la Religión, cree encontrar el origen de los conflictos.

Para que los lectores de la obra de Draper pudiesen formar idea clara de tales conflictos, lo primero que se requería era exponer lo que enseña la fe y lo que demuestra la ciencia acerca de estas cuestiones, á fin de que enterado el lector de unos y otros principios, pudiese compararlos entre sí, y ver si realmente se excluyen, ó más bien, se enlazan y armonizan. Pero Draper, que en el prólogo de su *Historia* afirma haber pretendido *ofrecer un cuadro claro é imparcial de las opiniones y conducta de las dos partes contendientes, identificándose con cada una de ellas, para poder comprender plenamente sus motivos, y esforzándose en permanecer á distancia de ambas para relatar con equidad sus hechos*, no ha tenido á bien decirnos cuáles son las enseñanzas de la fe y las doctrinas de la ciencia, sobre puntos tan altos y trascendentales como eran los que se ofrecían en este debate.

Así, por ejemplo, acerca de la naturaleza de Dios es inútil buscar en el libro de Draper lo que alcanza la razón con sus luces naturales, y lo que afirma la fe. Para él todo cuanto han delirado los herejes, los cismáticos, los mahometanos, y toda la chusma de los filósofos antiguos y modernos que han desatinado en este punto, pertenece al dominio de la ciencia; todo lo que la Iglesia ha enseñado y opuesto á tales delirios, pertenece á la fe, y es por el mismo caso irreconciliable con los derechos de la razón. Para él lo mismo representa á la ciencia Arrio cuando niega la Divinidad del Verbo, que Nestorio, que admite esta Divinidad, pero niega haberse juntado á la naturaleza humana en unidad de persona; lo mismo el indio, que cree en un panteísmo estúpido y enervante, que el

árabe, que admite la doctrina de la unidad subsistente de Dios, recompensador de las buenas acciones; lo mismo el idealista hegeliano, para quien la Idea lo es todo, que el epicúreo sensualista, que no ve en el mundo más que átomos infinitos de materia.

La misma vaguedad é indecision atribuye Draper á las doctrinas de la Iglesia acerca de la Divinidad, supuesto que á pesar de su tenacidad en mantener los dogmas, que á su juicio es su mayor defecto y vergüenza, no ha debido de ser en este punto exigente en demasía, pues en el siglo III adoptó, tomándolo de los egipcios, el dogma de la Trinidad, desconocido anteriormente, como admitió en el siglo IV el dogma de la Redención, y más adelante otros, según el variar de los tiempos y las circunstancias y caprichos de las personas. No hay hombre medianamente instruido en los dogmas de nuestra fe, que ignore que las doctrinas de la Iglesia son ahora las mismas que siempre ha profesado. Por lo que toca al dogma de la Trinidad, en el cual insiste Draper especialmente, basta abrir cualquier libro de teología, ó mejor el Evangelio, para convenirse de que si hay doctrina que conste clarísimamente en el texto sagrado, y que haya sido constantemente enseñada por la Iglesia, es esta de seguro. Además, ahí están los símbolos de la fe que solían recitarse en las Iglesias ó congregaciones cristianas, alguno de ellos anterior seguramente al siglo III; ahí están los textos innumerables de los Padres primitivos, como San Clemente Romano, del siglo I; San Policarpo, San Justino, Atenágoras, y San Ireneo en el II; y del III, Clemente Alejandrino, Tertuliano, y otros que sería largo referir. Ahí están, en fin, los testimonios de los mismos gentiles anteriores al tiempo en que según Draper hubo de tomar la Iglesia el dogma Trinidad, entre otros Luciano; el cual en su *Filopatros* introduce uno de los interlocutores diciendo: «un Dios que soberanamente reina, grande, celestial y eterno, Hijo

del Padre, Espíritu que procede del Padre, uno de tres, y de tres uno; este has de juzgar que sea Júpiter; á este has de tener por Dios.» Lo que decimos del dogma de la Trinidad, puede demostrarse de los otros dogmas y enseñanzas, y aún prácticas de religión, más ó menos relacionadas con la fe, poniendo en ciertísima evidencia que la Iglesia nada innueva, sino que mantiene lo que siempre, lo que por todos, lo que en todas partes ha sido sostenido y profesado.

Es posible, como ya en el siglo V enseñaba Vicente de Lerins, asentando las bases del progreso en la ciencia teológica, es posible que los antiguos dogmas de esta divina filosofía con el andar del tiempo sean aliñados y pulidos, mas no puede suceder que sean alterados, destruidos ó mutilados; pueden recibir mayor claridad, mayor evidencia y distinción, pero han de retener siempre su plenitud, su propiedad y entereza. De suerte que el crecer y adelantarse de la ciencia teológica no ha consistido en añadirse nuevas doctrinas al tesoro de las que antes se poseían, sino en que las que antes no se conocían sino vaga y oscuramente han sido mejor y más claramente creídas, definidas y establecidas, gozándose la posteridad de conocer clara y distintamente la que la antigüedad, aún sin entenderlo tan claramente como nosotros, no ménos firmemente que nosotros creía, y sencilla y piadosamente veneraba.

Más volviendo á los conflictos que una inteligencia desalumbrada ha ido buscando entre las enseñanzas de la razón y las de la revelación, preguntamos de nuevo: ¿qué es, en resolución, lo que el hombre puede conocer acerca de la naturaleza divina, del alma humana y del mundo que nos rodea? A esto el *sabio profesor Draper* se digna contestar, no sin haber dado antes largos rodeos que, según los descubrimientos novísimos de la ciencia, Dios ó no existe ó se confunde con la fuerza vital que agita al

universo; que el alma es una chispa ó destello de esta misma fuerza, y que el mundo es un conjunto de átomos eterno en la duracion é inmensamente difundido por el espacio. El camino por donde Draper llega á estas conclusiones es muy sencillo y fácil de andar. El mundo, dice, se compone de un número infinito de átomos inertes, si los consideramos en su esencia, pero que están siempre en movimiento, increados, eternos, esparcidos por el espacio inmenso. La fuerza que los anima es eterna, necesaria é invariable. Los cambios que vemos en los cuerpos dependen únicamente de la varia distribución de esta energía. El orden del mundo procede con una ley matemática é inflexible, en virtud de la cual la razon del estado cósmico del momento actual está en el que le precedió. No existe, por lo tanto, ninguna fuerza que pueda ser origen de nueva energía; no existe Dios, ni alma, ni ningun otro agente capaz de alterar la accion eterna é indestructible del universo. En este no hay más que átomos movidos y agregados de diversas maneras, y que en su varia agregacion y trasformacion de movimiento van pasando de un estado ménos perfecto á otro más perfecto; resultando de aquí primeramente los minerales, que son agregaciones de átomos de igual naturaleza; luego las plantas, y al fin los animales, los cuales en nuestra época se han elevado á su grado supremo, que es la especie humana.

Parece increíble: pero este conjunto de desvaríos, renovacion del sistema filosófico más absurdo que fantaseó el genio invencionero de la Grecia, y el que ménos secuaces tuvo aún en medio del trastorno intelectual anterior al cristianismo, esto es lo que presenta Draper como la flor de la moderna sabiduría, y lo que, como última palabra de la ciencia, opone á la fe y á las enseñanzas de la Iglesia. Apresurémonos á decir, para honra de la razon humana, que hipótesis tan descabelladas, y las imaginacio-

nes sin suelo que sobre ellas fundan, solamente las defienden unos pocos modernos naturalistas, intérpretes en esto, más que de las leyes que gobiernan el mundo, de ideas y opiniones que nada tienen que ver con la ciencia. Esta, por boca de sus representantes más ilustres, pronuncia que el sistema materialista de Epicuro, así como es el más absurdo, así es tambien el más estéril y esencialmente opuesto á todo progreso científico¹; que en él no hay parte alguna que no esté llena de contradicciones; que los átomos eternos, necesarios y extendidos infinitamente en el espacio, son imposibles é incomprensibles; que su movimiento, nacido de ellos mismos, viola todas las leyes de la mecánica; que el paso del simple movimiento á la vida, de la vida á la sensacion, y de la sensacion á la inteligencia, por evolucion y sin que intervenga una causa extrínseca, es juego de fantasía extraviada; que nuestras almas no son parte del alma universal, la cual ni existe ni ha existido jamas, sino sustancias libres, inteligentes, capaces de mérito ó demérito, de expiacion y de gracia, de redencion y de gloria; y, en fin, que el mundo no puede ser infinito en la duracion ni en la inmensidad, entre otras razones, porque el número actualmente infinito envuelve contradiccion. Y como la base de este sistema y lo que en él se

¹ Entre mil autoridades que podríamos citar, vamos á copiar unas palabras que, despues de escrito este capítulo, hemos leído en la revista inglesa *Nature*, en un artículo sobre el célebre físico inglés Clerk Maxwell, el más profundo investigador que ha tenido en nuestros tiempos la física molecular, y á quien temprana muerte arrebató el año pasado á la ciencia y al cariño de cuantos le conocian. Este físico y matemático ilustre, gloria de la universidad de Cambridge, que le contaba entre sus profesores, aunque poco amigo de controversias teológicas, era fervoroso cristiano. Pocas semanas antes de morir advirtió que, despues de haber discutido todos los sistemas en que hasta ahora se ha presentado el ateísmo, había encontrado que, independientemente de todo otro conocimiento de las necesidades morales de la humanidad, no había ninguno entre ellos que no implicase la idea de Dios, si se quería que diese explicacion de lo que se pretendía. Continuó diciendo que toda su vida la había pasado en buscar é inquirir la verdad; que es muy poco lo que el hombre puede saber en este mundo, pero que es algo «conocer y esperar en Aquel en quien hemos creído.» Esta fe cristiana le daba una paz y tranquilidad demasiado profundas, para que fuesen alteradas por los sufrimientos del cuerpo ó por las circunstancias exteriores. (*Nature* Nov. 13 de 1879.)

pretende, es prescindir de Dios en la explicación de los fenómenos que se ofrecen á nuestra curiosidad, la ciencia, cuanto es más profunda, tanto proclama con mayor convencimiento que la idea de este Sér infinito, eterno, personal, causa y principio de todas las cosas visibles é invisibles, se impone á nuestra conciencia, no ménos por la intrínseca necesidad de su sér, que como origen, ordenador y regulador del movimiento del mundo, y principio y fin de las magnificencias y maravillas que en él observamos. Estas son las enseñanzas de la ciencia, las cuales no podrán ser destruidas jamas por todos los sofismas del mundo ¹.

La Iglesia, por su parte, como Maestra incorruptible de la verdad, viene en apoyo de esta doctrina, y enfrente de todas las negaciones y de todas las contradicciones y desvaríos de la razón humana, señorea el gárrulo clamoreo de los sofistas, enseñando que Dios es espíritu purísimo, infinito, inmenso, sin principio ni fin, sin pender de nadie más que de sí sólo, altísimo en el sér, omnipotente en la virtud, eterno en la duración, siempre el mismo sin mudanza alguna, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad de ellos estrecha, ni el origen dió principio, ni la sucesión de los tiempos crecimiento, ni el término dará fin; uno en esencia y trino en personas; Padre que engendra al Hijo, Hijo consustancial con el Padre que de él procede, como la luz proviene de la luz; Espíritu consolador y vivificador que procede del Padre y del Hijo; que habló y todas las cosas fueron hechas, mandó y todas fueron criadas; que todo lo llena, todo lo provee y dispone; secretísimo y que á todo está presente; invisible y que todo lo ve; siempre obrando y siempre quieto; inmovible

¹ No es necesario advertir las consecuencias de este sistema respecto á la moral, reducida toda á satisfacer las necesidades y caprichos de nuestra naturaleza sin respeto á ninguna ley, principio, ni consideración que dirija la conciencia, moral definida por San Pablo en estas palabras: *esca ventri, et venter escit*, y propia de bestias y no de hombres racionales.

y que mueve todas las cosas; su sapientísimo ordenador, su constante providencia, que como las crió sin necesidad, las gobierna sin cansancio y las mueve y encamina á sus fines sin pasión, sin embarazo ni distraimiento.

Todas las criaturas pregonan su gloria. A Él saludan los astros de la mañana; el resplandor de su majestad reverbera en las luces innumerables que centellean en las profundidades de los cielos; el orden supremo que reina en el universo, la muchedumbre de séres que lo pueblan, su prodigiosa variedad, su fuerza, su energía, no son más que el reflejo de las perfecciones inefables que brillan en la esencia infinita. Toda la creación está llena, henchida y penetrada de su eficacia soberana. El espíritu de Dios vive y trabaja en la naturaleza. El más vil, el más pequeño y despreciable de los elementos que componen este universo, encierra parte de la virtud que brotó de aquella altísima esencia; y cada momento de su existir, cada átomo de su sér, cada vibración de su sustancia, trascendiendo á lo eterno, á lo inmenso, á lo infinito, descubre el plan de una providencia admirable que se realiza con el tiempo, pero que no tendrá su completo desarrollo sino en los inmensurables dominios de la eternidad.

Pero donde más hermosa resplandece la luz de la divina grandeza es en la criatura racional, compuesto maravilloso de alma y de cuerpo, de espíritu y de materia, de una sustancia baja, corruptible y quebradiza, y de otra incorruptible y simplicísima, llamada á destinos inmortales, y en quien Dios se ha complacido en derramar los tesoros de su bondad y misericordia. Porque si Dios es caridad, como dice San Juan, y si cuando alzamos los ojos para escudriñar en cuanto es posible al humano entendimiento la naturaleza divina, no vemos sino una esencia pura y sencilla que ama, y que amando, se comunica y derrama á todas las criaturas, en ninguna de estas aparece más claro y evidente este amor que en la naturaleza

del hombre. El Dios á quien adoramos, no es solamente el Dios creador, ordenador sapientísimo del universo, y autor de las leyes geométricas que gobiernan los elementos; ni es tampoco solamente el Dios que rige los destinos de la humanidad, que ejerce su Providencia sobre la vida de los hombres, justo castigador de malos y glorioso galardonador de buenos, sino que es también el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, de los Patriarcas y de los Profetas, de la antigua y de la nueva ley, todo consuelo y misericordia, que derrama en nuestros espíritus torrentes de paz, de gozo y de bienaventuranza, que nos atrae hácia sí con vínculos de amor indecible, y que, como dice él mismo, tiene sus delicias en morar entre los hijos de los hombres. El cual, habiendo hablado antes muchas veces y de muchas maneras á los padres por los profetas y revelado al pueblo escogido las grandezas de sus misericordias, se dignó últimamente hablarnos por su Hijo, resplandor de su gloria y figura de su sustancia, quien habiendo aparecido como hombre, nos redimió de la servidumbre del pecado y hecho por nosotros santidad, justicia, santificación y redención, nos levantó y regeneró por su gracia, formando para sí un linaje escogido, gente santa, sacerdocio real, pueblo de adquisición, para que anunciásemos las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas á su luz admirable. Así levantó, engrandeció y divinizó Dios á nuestro linaje por la virtud de su Verbo, condensación luminosa de toda la verdad, tesoro de sus misericordias, amor inmenso é inefable cuya soberana influencia transforma nuestras almas, y haciéndolas participadoras de su gracia, las dispone para llenarlas de su felicidad y de su gloria.

La Iglesia es el eco perdurable de este Verbo revelador, y al poner en manos de los niños ternezuelos las hojas del librito admirable que se llama *Catecismo de la doctrina cristiana*, les dá el resumen más portentoso de ciencia di-

vina y humana que ha podido formularse, la clave para la solución de las cuestiones más trascendentales que se propone la ciencia, y la doctrina más alta y luminosa que puede enseñarse acerca de la naturaleza de Dios, origen del hombre, su fin y destino en este mundo, sus relaciones con la divinidad, sus deberes para con sus semejantes, sus derechos en la creación, y otros problemas y enseñanzas que en vano intenta resolver la filosofía separada de la fe.

CAPÍTULO XII.

OBJECIONES FILOSÓFICAS.—LA MATERIA Y EL
ESPÍRITU.

CUANDO apartándonos del tumulto de las ciudades salimos al campo á contemplar las bellezas que espontáneamente nos ofrece el universo, no podemos ménos de experimentar en el alma suave y profundísima emoci6n. A la agitaci6n y vocerío que poco antes turbaban nuestros sentidos, y confundian y alborotaban nuestras ideas, ha sucedido la calma y la tranquilidad. Sea la hora en que el sol, despues de recorrer con pasos de gigante la anchurosa bóveda del firmamento, va apagando sus ardores y está próximo á ocultarse en el lejano horizonte. En esta hora solemne todo reposa y descansa en aparente inmovilidad; todo es sosiego y quietud; y ante la majestad de la naturaleza, que, como cansada del trabajo del día, parece haber suspendido su actividad, cálmase el revuelto torbellino de nuestras imaginaciones y pensamientos, infundiendo en el alma sosiego indefinible y tranquilizando las tempestuosas pasiones del corazon. A pesar de esto, nada hay que pueda darnos idea tan cabal de la agitaci6n que reina en el universo y todo lo anima y remueve, como esta tranquilidad y muerte aparente. Todo á nuestra vista se ofrece inerte y silencioso; en todas partes no vemos al pronto más que la inactividad y la quietud; mas á poco que examinemos lo que pasa á nuestro alrededor, y adonde quiera que dirijamos la mirada ó la investigaci6n, no encontramos realmente más que la vida, la actividad y el movimiento.

Si comparamos el estado actual de los seres que se ofrecen á nuestra observaci6n con el que tenian en los momentos anteriores, vemos que el astro del día que creimos haberse parado en su carrera, se ha acercado más al horizonte, y está ya á punto de trasp6narse á nuestra vista para ir á visitar otras regiones y fecundarlas con su eficacia. Levántase á la otra banda la luna, enviando y esparciendo sobre la tierra su apacible claridad; y en pos de ella el ejército resplandeciente de los astros se apresura á hacer su gloriosa aparici6n, anunciando con su movimiento la velocidad con que gira nuestro globo por el espacio, é indicando con el suave centelleo de su lumbre y con la variedad de sus colores, la actividad que anima á masas inmensas de materia, alejadas por distancias incalculables.

En la tierra y cerca y en torno de nosotros todo está igualmente penetrado y henchido de misteriosa agitaci6n. El soplo vagaroso de la brisa mece blandamente las copas de los árboles, por entre cuyas hojas tembladoras brillan y desaparecen y tornan á brillar de nuevo los rayos del sol, derramando sobre cuanto tocan la variedad de sus delidados y hermosísimos cambiantes. Las aguas, impulsadas por su propio peso, se deslizan mansamente por el vecino arroyo, y rozando entre las cañas y piedrezuelas, levantan un suave murmurio que llena el ambiente de una deliciosa armonía. Vélase el aire de ténue nubecilla de vapores que, desprendidos invisiblemente de la tierra, se mezclan con los aromas exhalados por las plantas, indicios de la tumultuosa actividad que interiormente las agita. La grey se va acercando al redil con paso perezoso, y mientras las aves abaten su vuelo para recogerse en sus nidos, donde las esperan ansiosos los tiernos hijuelos, llega al oido el susurro de mil insectos que habian escapado á nuestra observaci6n en medio de los esplendores del día. Todo se mueve, todo vive, todo está lleno y ani-

mado de bulliciosa agitación; de todas partes surge la vida con la maravillosa muchedumbre de sus formas y efectos; y ante la actividad que llena el universo, el hombre, reconcentrando su energía en la contemplación de los objetos que tiene ante su vista, cree percibir el hálito de vida que cunde por todas partes y mueve y agita á todos los seres de la creación; siente el impulso vivaz de la savia que recorre lo interior de las plantas, arrastrando en inquieto torbellino las moléculas necesarias á su crecimiento y desarrollo; se pinta en la imaginación las ondas del calor, de la luz, de la electricidad y de los agentes invisibles, que rodando por todas partes, y difundiéndose como las ondulaciones de suave melodía, tienen en perpétua vibración á las sustancias materiales. Y cuando sobrecojido de admiración ante el espectáculo de tantas maravillas, vuelve su atención á sí propio y se siente bañarse en la corriente de vida que llena y envuelve el universo; cuando advierte el movimiento vital que agita su sér; cuando ve brotar de su mente la luz de las ideas, y de su voluntad la acción que le levanta y ennoblece sobre las criaturas visibles, no puede ménos de preguntarse á sí mismo: este movimiento que anima á todos los seres, esta fuerza que hinche y penetra la creación, extendiendo á todas partes los efectos de su fecunda actividad, ¿es la misma en todas las criaturas? Los objetos que veo moverse ante mis ojos ¿se mueven y agitan por sí mismos, ó hay detrás de lo que aparece á los sentidos un resorte misterioso, una actividad, fuerza ó principio invisible, pero real y eficacísimo, que los mueve y anima? El movimiento que impulsa al universo ¿ha existido siempre ó ha tenido por ventura principio y tendrá tal vez fin?

Tales preguntas se hace todo el que sorprendido á la vista y consideración de los fenómenos de la naturaleza pretende buscar la causa de lo que ve y de aquello cuya contemplación le llena de admiración y asombro. Esta in-

vestigación ocupó al hombre en los albores de su civilización y cultura; esta agitó la mente de Platon en la Academia, de Zenon en el Pórtico, de Aristóteles en el Peripato; esta llenó las alborotadas escuelas y universidades de la edad media, agita la afanosa indagación de los filósofos de la presente edad, y agitará perdurablemente la curiosidad humana, mientras brille en nosotros la luz de la inteligencia que la mano de Dios encendió en nuestra alma.

En el capítulo anterior hemos indicado la solución que da á estas cuestiones una escuela que, resucitando el sistema de Demócrito y Epicuro, (en lo que tiene de materialista, puesto que el organismo científico de estos filósofos nada tiene de común con las teorías físicas modernas) pretende presentarlo como la última palabra de la moderna sabiduría; hemos dicho que á pesar de la vocinglería y audacia de sus seguidores, estos son los ménos entre los cultivadores de las ciencias; y ahora podemos añadir que los que siguen hoy día esta manera de filosofar, aunque ostentan un lenguaje más culto, más comedido y científico que el de Lucrecio y Epicuro, en el fondo de sus escritos revelan la misma superficialidad é ignorancia de las leyes de la naturaleza, siendo sus argumentos pura ilusión y fantasía, ó como diría el P. Sigüenza, cosa tan baja y ratera, que no se levanta del suelo.

No siendo este un tratado científico, no es posible entrar en largos pormenores, ni discutir y refutar punto por punto las soluciones que presenta dicha escuela á cada una de las partes de la filosofía natural. Mas como estas soluciones han sido ocasión de muchos de los llamados *conflictos* entre la ciencia y la fe, tampoco es lícito pasarlas en silencio. Así, mirando á la brevedad, estudiaremos estas cuestiones nada más que desde el punto de vista apologético, y en lo que se relaciona con los dogmas de la revelación; y porque la tesis principal y como el castillo en que los defensores de esta escuela se hacen fuer-

tes, es la afirmación de que con la materia y el movimiento hay bastante para explicar los fenómenos naturales, de cualquier clase y orden que sean, nosotros, fijándonos puntualmente en este movimiento material, trataremos de demostrar por él la existencia de un orden de seres ó sustancias espirituales, subsistentes por sí mismas, con entera independencia de la materia. De suerte que lo que los materialistas toman por base de sus racionios y teorías, esto será para nosotros el principio de una de las mejores demostraciones del espiritualismo cristiano.

Los fenómenos que suceden en la naturaleza pueden reducirse á las cuatro clases siguientes:

1.^a Fenómenos producidos por agentes inanimados, como es la luz, el calor, etc.

2.^a Fenómenos debidos á seres dotados de vida, mas no de razón ni sentimiento, como son las plantas.

3.^a Fenómenos causados por seres dotados de vida y sentimiento, mas no de razón, como son los animales.

Y 4.^a Finalmente, los debidos á la actividad inteligente del hombre, ser racional en quien resplandece la vida en su grado más alto de actividad y nobleza.

Segun las teorías más recientes de la física, todos los fenómenos que se verifican en los seres inanimados pueden reducirse al movimiento, ora molecular y vibratorio de los átomos singulares que los componen, ora visible y traslatorio de toda la masa formada por la union de estos átomos ó elementos. El rayo de luz que, hiriendo las pupilas, excita nuestra actividad para percibir las maravillosas armonías de los colores; el calor, que derrama por todas partes la vida y la abundancia; el viento que, ora agita con suave marea la fronda de los árboles, ora ensañado por la tempestad lo cubre todo de espanto y pavor; la lluvia que cae sosegadamente para fecundar el seno de la madre tierra; el vapor que hierve en las entrañas de la lo-

comotora, arrastrando impetuoso pueblos enteros; el telégrafo que pone en comunicación naciones remotísimas; el rayo que estalla en las nubes; el sonido que, vibrando en los oídos, despierta en nuestras almas armonías inefables; la palabra humana, en fin, que despedida de labios elocuentes remueve el fondo de nuestro ser y nos transporta de entusiasmo, todos estos fenómenos y otros mil que fuera largo enumerar, no son más que efectos de una sola causa, un hecho único, pero variado de mil maneras, es á saber, la materia puesta en movimiento. Tales son las conclusiones á que ha llegado la ciencia actual; éstos los títulos de mayor gloria de la física moderna; éstos los resultados de las profundísimas indagaciones de los físicos más ilustres de nuestra edad, resultados tan maravillosos, que no faltan admiradores entusiastas de dichas teorías que, partiendo del principio de que todas las fuerzas de la materia son solidarias entre sí y dependientes unas de otras, de suerte que no hay movimiento, por mínimo que sea, que comunicado á una molécula no se trasmite á las demas con igual intensidad y energía, afirman ser posible encerrar en una sola inmensa fórmula toda la dinámica del universo, con las posiciones, masas y velocidades de las partes que lo componen; por manera que el que leyese y comprendiese esta fórmula, pudiera ver en ella lo que fué de cada átomo del universo y lo que será por los siglos de los siglos, «cuándo describió inmensos círculos en las sombras entrañas de un globo, cuándo brilló en el rojizo penacho de un volcan, cuándo se vió anegado en los océanos, en qué instante cruzó entre vapores la atmósfera, en cuál otro bajo forma de gota descompuso la luz del sol y pintó el iris en el cielo; en qué sublime momento, en fin, rodó como lágrima por una mejilla humana, sintiendo quizá estremecida su pequeñez al aliento divino del espíritu ¹.»

¹ Echegaray: *Teorías modernas de la física*.

Estos cálculos y estas aspiraciones, con ser tan exorbitantes, no aparecen imposibles ó contradictorios, considerados á la luz de la razon; y si en ellos se parasen los partidarios de las modernas teorías, no darian mucho que discutir ó dificultar. Sino que en esta fórmula no sólo incluyen todos los fenómenos pasados, presentes y por venir de los séres que obran fatalmente y obedeciendo á la necesidad de su naturaleza, sino que puestos ya en el camino de los cálculos y de la inventiva, algunos de los defensores y propagadores de estas ideas pretenden encerrar tambien en ella los de los séres vivos, áun los que están sujetos á la libertad; por manera que «así como el astrónomo puede predecir muchos años ántes el día en que un cometa vendrá desde el fondo de los espacios á iluminar nuestros horizontes, de igual manera la inteligencia que pudiese leer en esta fórmula, podría leer en su ecuacion el día en que la cruz griega volverá á enhiestarse en la cúpula de Santa Sofía, y el momento en que Inglaterra quemará su último pedazo de carbon ¹.»

Y no es esto lo mejor y lo más donoso y atrevido de las aspiraciones de la ciencia moderna (ó más bien de algunos de sus cultivadores, pues no hay que achacar á la ciencia el pecado de algun temerario panegirista), sino que, apoyados en esta unidad ó unificacion de las fuerzas materiales, tratan de hacernos creer que puesto que la suma total de las energías del universo es invariable é indestructible, es imposible la creacion, esto es, el tránsito del no sér al sér; que es inútil la asistencia ó concurso de la providencia de Dios en una máquina que anda por sí sola; y, finalmente, que el milagro, la revelacion, y todo cuando implique la intervencion personal de la Divinidad en esta suma ó agregado de fuerzas, es absolutamente imposible, por suponer la alteracion de esta universal

¹ Dubois Reymond en la *Revue Scientifique*, t. xiv, p. 337.

energía, que obra siempre de una manera fatal, inevitable é ineludible. Estas son las promesas, vanidades y pretensiones de la ciencia novísima; las cuales, si como son alentadas y generosas al parecer, fuesen verdaderas, no hay duda que estaríamos abocados á graves sorpresas y á estupendas maravillas.

Dejando á un lado figuras retóricas y poéticos ditirambos, sería ridícula temeridad negar los maravillosos resultados de las doctrinas modernas acerca de los agentes naturales, y la hermosura, grandiosidad y magnificencia del edificio levantado sobre su base; mas tampoco se pondrá en duda, y sus mismos defensores, áun los más entusiastas, lo confiesan, que estas doctrinas tienen puntos oscurísimos, antinomias al parecer inexplicables, y razonamientos que no pueden pasar de hipótesis y bellas teorías. No vamos á entrar en el exámen de estos puntos propios de un tratado de física matemática ó trascendental; pero sí afirmaremos que las consecuencias que pretenden sacar de ellas contra las enseñanzas de la fe ingenios superficiales y atrevidos, son de todo punto contrarias al buen discurso, y áun á los principios fundamentales de estas mismas doctrinas.

Esto que vamos á ver inmediatamente, pudiera hacerse claro á la razon con sólo considerar que ninguno de sus fundadores, y de los que más las han estudiado, pretende sacar tales consecuencias, ántes todos ellos son filósofos espiritualistas; así Grove habla con frecuencia del Todopoderoso y del respeto que le es debido; Hirn escribe y proclama en todos sus libros, que el movimiento de la materia es inexplicable, á no tener su origen en una causa inmaterial, y Roberto Mayer, adoptando las conclusiones de Mr. Hirn, acabó recientemente un discurso con estas palabras: «una verdadera filosofía debe y no puede ser más que una iniciacion á la religion cristiana ¹.» Además,

¹ *Revue Scientifique*, t. vii.

entre los más valientes é ingeniosos defensores de estas doctrinas, se encuentra el P. Angel Secchi, gloria de la astronomía moderna, el Padre Ignacio Carbonelle, Secretario de la Asociación científica de Bruselas, y el P. José Bayma, filósofo y matemático de primer orden; los tres de la Compañía de Jesús, y cuya ortodoxia no puede ponerse en duda.

Pero examinemos la cuestión de frente y en sí misma.

Si hay verdad clarísima, incontestable y que se imponga á la inteligencia humana, esta es que la universalidad de las criaturas, el orden que vemos en ellas, la fuerza y el movimiento que las animan, todo, en fin, lo que en ellas existe, es contingente, mudable, y por su naturaleza indeterminado, tanto al ser como al no ser. Lo que existe, pudiera no existir; lo que se mueve, pudiera no moverse; lo que está ordenado, podría estar en desorden y confusión; luego el ser, el movimiento, el orden, no les viene por una necesidad intrínseca á su esencia, no lo tienen de sí mismas, sino de otro que las determina al ser, al movimiento, á cierto orden determinado; luego el ser contingente de las criaturas supone un ser absoluto y necesario, el movimiento un primer motor, el orden actual un supremo ordenador, principio de toda acción, de toda fuerza, de todo orden y movimiento, esencia que sea actividad por sí misma, no determinable al ser, sino realísima con toda la realidad y perfección que se puede imaginar; en una palabra, Dios.

La serie infinita de causas y efectos que lo sean á la vez de otras causas y de otros efectos, el movimiento producido por otro movimiento sin que podamos llegar jamás á un primer movedor, ni encontrar el anillo de que cuelga esta inmensurable cadena, es uno de los pensamientos más absurdos que han podido ocurrir al humano entendimiento. Porque si cada una de las partes ó elementos de esta serie es contingente, toda ella lo es también, y no

pudo por lo mismo ser determinada á existir sino por un ser necesario, extraño á ella, última razón de su existencia, y que dotado de voluntad y de entendimiento, y por lo mismo sustancia espiritual, la sacase de aquella indeterminación y la actuase y redujese á la realidad.

En fin, la materia, cualquiera que sea su naturaleza, es activa; obra, se mueve, ó por lo ménos puede moverse y sacar á luz efectos de su actividad. Por tanto, si fuese creada y existente por sí misma, desde la eternidad habría podido obrar y brotar de lo íntimo de su ser actos, movimientos y manifestaciones de su eficacia; y en este caso podríamos tener realizado un número de efectos, modificaciones ó movimientos infinitamente grande; número que, siendo, como debía ser, sucesivo, supondría trascurrida y agotada una infinidad de tiempo, y tal, en fin, que cada una de las unidades que lo constituyesen no habría podido existir sin haberla precedido una infinidad de ellas, que es decir, que jamás habría llegado á la existencia, nunca habría existido; todo lo cual envuelve contradicción. Luego el movimiento de la materia no puede partir de ella misma, sino que supone un principio de actividad extraño á ella, un ser que le comunique su eficacia, un primer motor que tenga la vida, la actividad, la esencia por sí, y que siendo infinitamente perfecto, pueda comunicar á las criaturas algo de sus soberanas perfecciones.

Mas no queremos acudir á argumentos tomados de la antigua metafísica, no porque siendo antiguos dejen de ser sólidos é incontestables, sino porque en el breve espacio que podemos dar á esta cuestión, será más conveniente sustituirlos con otros tomados de aquella misma ciencia moderna, es á saber, la teoría dinámica del calor, la cual, juzgada como el arma más eficaz para combatir las doctrinas espiritualistas, ha venido á ser, bien estudiada, su más firme defensa.

Segun esta teoría, una de las leyes más universales que

rigen á la creacion, ley sacada de la experiencia y del raciocinio ó cálculo matemático, es que la energía del universo es constante. Esta energía podrá variar en las cantidades de las cuales resulta; ántes bien varía de continuo. El calor, el movimiento, la fuerza, pasa de un cuerpo á otro; en unos aumenta, en otros disminuye; y aunque no podamos penetrar la íntima esencia de este cambio, trasmision ó sustitucion de actividad, nadie puede negar la realidad de sus efectos, como tampoco que en medio de esta continua agitacion la cantidad total persevera la misma. En vista de esto, alguien podría imaginar que compensadas unas con otras las energías que obran en el universo material, éste debe marchar siempre de la misma manera, reproduciéndose en una serie uniforme, periódica, y, como si dijésemos, circular, iguales fenómenos, idénticas alteraciones y vicisitudes. Mas no es esta la manera de obrar de las fuerzas naturales. La misma termodinámica, que pone como uno de sus principios la constancia de la energía universal, al estudiar la ley de la conversion de la energía vibratoria en energía visible, ha llegado á descubrir que, al paso que ésta disminuye gradualmente, aquella crece y se aumenta tambien por grados, tendiendo á distribuirse de una manera igual en todos los cuerpos: lo cual se expresa diciendo que la energía universal tiende á un estado *limite*. «Y aunque el mundo, dice Clausius¹, esté aún muy lejos de dicho estado, y bien que camine á él con tal lentitud, que las épocas ó períodos que llamamos históricos, pueden ser considerados como momentos cortísimos comparados con los que se necesitan para que los efectos de la trasformacion de la energía visible en vibratoria aparezcan de una manera sensible, tenemos una consecuencia importantísima que subsiste, y es siempre verdadera, es á saber, el haberse

¹ *Revue Scientifique*, t. XIV.

encontrado una ley natural que permite concluir con toda seguridad que el universo no sigue en sus movimientos un curso circular, sino que sus modificaciones se verifican siempre en una direccion determinada.» Así, á la simple luz de las ciencias físicas, se puede demostrar de una manera incontestable cómo todo en este mundo, aún lo que parece más sólido, más firme y asentado, anda sujeto á la variabilidad y á la mengua y menoscabamiento, haciendo verdadera aquella palabra de Isaías: «Alzad al cielo vuestros ojos y mirad abajo la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir¹.» «Puede decirse, concluye el P. Carbonelle², que el universo al nacer estuvo, como el hombre, condenado á morir; y esta sentencia se verifica continuamente.» En medio de los esplendores que por todas partes presenta á nuestros ojos la creacion, podemos afirmar que asistimos á su desfallecimiento; la exuberancia de su vida nos da indicios de su fenecimiento y de su muerte.

Ahora bien; si la materia fuese eterna, determinada por sí misma á existir, y por consiguiente á moverse, cualquier fenómeno, el que se verifica actualmente, por ejemplo, distando un tiempo infinito del origen del movimiento, debería haber alcanzado ya el resultado último de la fórmula general en que estuviese contenido; y así se ha-

¹ Isai. LI. 6. Levate in coelum oculos vestros et videte sub terra deorsum; quia caeli sicut fumus liquescent et terra sicut vestimentum atteretur et habitatores ejus sicut haec interibunt; salus autem mea in sempiternum erit et justitia mea non deficiet.

² El que esté algo enterado en el vastísimo alcance de las doctrinas expuestas en este capítulo, conocerá fácilmente que en el breve espacio que permite la naturaleza de nuestro ensayo, no es posible más que asentar los puntos ó bases capitales para la resolution de estas complicadísimas investigaciones. Quien desee profundizarlas más, puede acudir al bellissimo libro del P. Ignacio Carbonelle, que publicado primero en artículos en la *Revue des questions scientifiques*, parece ya á salir á luz en breve con el titulo de *Les Confins de la science et de la philosophie*. Tambien trató hace algunos años estas cuestiones con singular acierto y profundidad, el docto profesor de la universidad de Bonn el Baron de Hertling, en su libro *Ueber die grenzen der mechanischen Naturerklärung*. Bonn, 1875.

brian verificado todos y cada uno de los movimientos de esta serie inmensurable; y como cualquier época que se considere conduciría á las mismas consecuencias, es forzoso concluir que haría ya mucho tiempo, más bien una eternidad, que el mundo habria llegado á este estado límite, en que, disgregados todos los elementos, habria cesado toda su energía visible, y trasformándose en vibratoria y molecular; en una palabra, si el mundo fuese eterno, hoy estaria muerto; luego el estado actual del universo nos muestra que ha tenido principio, que hubo un momento, alejadísimo sí de nosotros, pero en sí perfectamente determinado, en el cual se verificó el primer movimiento, el primer impulso, la primera vibración; y como este primer movimiento no lo pudo recibir de sí mismo, pues nadie da lo que no tiene, hay que atribuirlo á una causa extrínseca, independiente y superior al universo material, y que comunicando á la materia su actividad, fué preparando los fenómenos que se ofrecen á nuestro estudio; luego cada movimiento que vemos, cada fenómeno que observamos, cada molécula que vibra y se agita, y con su agitación despierta nuestra curiosidad, nos indica y señala como con el dedo aquella esencia soberana, toda luz, toda actividad, toda movimiento y vida, que sacando de la nada á la materia de que se compone el universo, le comunicó el soberano impulso que la sacó de su inercia y que hoy circula por ella y la remueve y agita como en inmenso oleaje; luego las bellezas de la creación con la ley que las rige y preside, nos prueban con evidencia irresistible, que antes que ellas surgiesen de la nada, existia ya un sér espiritual, sustancia dotada de entendimiento y voluntad, que sacó á la luz las cosas visibles y las adornó y embelleció con soberanos resplandores, que dispuso y concertó esta fábrica admirable, y que «así como la mano del hombre arranca del arpa notas melodiosas, así su mano invisible, tocando á la materia, hizo brotar de ella las mis-

teriosas armonías de la luz, del calórico, del movimiento, y todas las magnificencias que excitan nuestra curiosidad y admiración¹ .»

Mas fuera de los fenómenos debidos al movimiento de los átomos materiales, ora obrando por sí, ora agregados en masas más ó menos grandes y manifestándose por la traslación visible en el espacio, hay en el universo otros fenómenos producidos por esa entidad misteriosa que llamamos vida, entidad que afecta la naturaleza íntima del sér, que la modifica y desarrolla, y desenvuelve ante nuestra vista las galas más bellas de la creación. ¡La vida! ¿Quién podrá penetrar el misterio que encierra esta palabra? ¿Quién será capaz de averiguar la esencia de esta energía admirable, íntima é inmanente en el sér, que brota de su misma sustancia y se mueve y excita á sí misma á obrar? ¿A quién será revelado su origen, su propagación y desenvolvimiento, y el secreto de los magníficos encantos que pone en alarde?

No vamos á estudiar en su asombrosa variedad los fenómenos producidos por esta energía, los caracteres que los especifican, y toda la complicada serie de efectos y transformaciones á que da lugar en los seres donde obra. Únicamente vamos á indicar una pregunta que por desgracia tendremos que dejar sin respuesta decisiva; tal es la oscuridad que reina en este punto, y tan misteriosas son las íntimas operaciones de la naturaleza. La pregunta es como sigue: ¿los fenómenos vitales que vemos en el reino vegetal, presuponen un principio sustancial, una fuerza, actividad ó energía por sí, que rige las transformaciones que se verifican en la planta, ó son todos ellos debidos á las mismas fuerzas físico-químicas que obran en el mundo inanimado y material, sólo que en el animado de las plantas obran sometidos á diversas condiciones ini-

¹ Echegaray, *Teorías modernas de la Física*.

ciales, origen de los fenómenos que en toda la vida vegetal se verifican y desenvuelven? En este punto se hallan divididos los naturalistas filósofos; quién está por el principio vital sin que en fin de cuentas sea posible explicar en qué consiste; quién admite únicamente diverso estado y manera de obrar de las fuerzas materiales. No es necesario deslindar más profundamente este punto, ni menos decidirse por ninguna de las opiniones en que se dividen los naturalistas; mas está claro que aún poniéndonos en el caso más desfavorable, todo lo que hemos dicho del movimiento de la materia inorgánica, se aplica al de la orgánica, y que en uno y otro caso cabe preguntar: ¿quién comunicó á la materia ese principio vital? ¿Quién la puso en esa condicion singular sino otro principio, otro sér, otra actividad que tenia en sí la vida, y que la podía derramar á manos llenas por toda la creacion?

Gran parte de los fenómenos vitales que hemos considerado en las plantas, se verifican tambien en los animales, y por consiguiente en el hombre; mas como la planta añade á la naturaleza material el concepto de la vida, así el animal añade á la idea de la materia viviente el concepto de la sensacion, y si es racional, el de la inteligencia y de la voluntad, fenómenos tan sutiles, tan complicados y maravillosos, que contra ellos han de estrellarse necesariamente cuantos esfuerzos se hagan para explicarlos por la combinacion de los agentes materiales. Para estudiar su naturaleza no es necesario salirnos de nosotros mismos, ni de ayudarnos de ajena observacion. El testimonio de nuestra conciencia nos revela que en nosotros hay movimientos voluntarios, perfectamente libres, independientes de todo ser extraño á nuestra personalidad, en ninguna manera determinados por el estado de nuestro organismo en el momento anterior á su realizacion. Acerca de la existencia de estos actos, ni más ni menos que acerca de su libertad, no puede haber duda ó alucinacion.

Los vemos con la luz vivísima de la evidencia; en el fondo de nuestro sér contemplamos esta actividad inmanente, obrando por sí sin traba de ningun género, sin coaccion de ninguna clase; dentro de nosotros sentimos agitarse este principio interno de accion; de lo íntimo de nuestra personalidad brotan sus movimientos, sin que de nadie sean solicitados más que de nosotros mismos, y á los cuales, por lo tanto, llamamos propia y verdaderamente *nuestras*. A esta actividad hay que buscar un principio que la explique; á estas acciones y movimientos hay que señalarles una causa que dé razon de su sér y de su manera de ser. ¿Puede ser esta causa la energía de la materia, no ya tal como aparece en los minerales, ni aún como obra en las plantas, sino más sublimada aún sobre su estado primero y rudimentario? Por más esfuerzos que se hayan hecho hasta ahora para explicar los fenómenos de la vida sensitiva por causas puramente materiales y mecánicas, es fuerza confesar que cuanto más estudiamos estos fenómenos, cuanto más adelantan las ciencias naturales y filosóficas, más clara aparece la necesidad de admitir un principio sustancial, extraño y superior á la materia, que anime y dé vida al sér que llamamos animal, y que explique sus actos voluntarios y sensitivos, confirmándose así y arraigándose más y más en el entendimiento la antigua creencia, acorde en esto con el sentido comun de la humanidad ¹.

¹ La última obra que se ha escrito sobre esta materia es la publicada en inglés por Stewart Duncan con el título de *Conscious matter* (Londres 1881), en la cual su autor, por las analogías que pretende descubrir entre la fuerza y el pensamiento, quiere deducir la identidad de su naturaleza. En el número de la revista inglesa *Nature*, correspondiente al 14 de Abril que recibimos al dar á la imprenta este capítulo, leemos una critica muy severa del libro de Duncan, en la cual su autor Mr. George J. Romanes, despues de anotar los puntos flacos de las argumentaciones materialísticas, señala la dificultad principal que debiera haber resuelto y que no ha tocado siquiera Duncan, esto es, la que se refiere á la doctrina de la conservacion de la fuerza; y como estas observaciones de Mr. Romanes vienen muy á nuestro propósito, á continuacion las copiamos:

*¿Al pensamiento, dice, corresponde ó no un equivalente mecánico? En caso afirmativo, es una forma de energía, ó más bien la energía al transformarse en pensamiento

En verdad la distancia que separa los fenómenos materiales de los voluntarios y sensitivos, es inmensa. Aquellos se reproducen idénticos en idénticas circunstancias, surgen fatal é ineludiblemente de las fuerzas mismas de la materia, y son consecuencia necesaria del estado del cuerpo en el momento que antecede á su realizacion; estos varían indefinidamente en las mismas circunstancias y condiciones materiales, prescinden completamente de ellas, y son de todo punto independientes del estado del organismo en el momento anterior á su produccion. El carácter distintivo de aquellos es la constancia y la regularidad, y por esto se pueden calcular y predecir sus efectos; en éstos la irregularidad y la inconstancia, y por esto escapan á todo cálculo y prevision. En aquellos, en fin, predomina la norma y la ley; en éstos la arbitrariedad y el capricho. Luego la causa de unos y de otros fenómenos no puede ser la misma; luego la materia por sí sola, áun perfeccionada y ennoblecida, no puede ser principio de los fenómenos sensitivos y voluntarios; luego este principio hay que buscarlo en una fuerza más alta, más perfecta, superior á la materia, que la domine y sujete á su arbitrio, y que aunque le comunique á ella su actividad, no resida en ella como en el sujeto, base ó sustancia en que radica; luego hay en el hombre una sustancia del todo independiente de la materia.

Por otra parte, sabemos de una manera indubitable que

deja de ser energía, deja de presentarse como tal, y como tal es destruida y desaparece; lo cual va contra la doctrina de la conservacion de la fuerza. Si, al contrario, el pensamiento no tiene equivalente mecánico, y con todo la energía produce el pensamiento, el decir esto es contra la misma doctrina de la conservacion de la fuerza, por cuanto supone que la energía ó la fuerza en el cerebro difiere de todas las demas formas en que se ofrece á nuestro estudio, por cuanto produce un resultado que excede el valor y medida de su equivalente. ¿Cómo, pues, es posible considerar al pensamiento como efecto de la fuerza? En ninguna manera podemos idearnos un motor convirtiéndose en móvil; y si por un esfuerzo de imaginacion llegásemos á concebir tal absurdo, esto no podria ser sino trastornando la doctrina más fundamental de la física moderna. Lo cual demuestra que toda tentativa para identificar los fenómenos materiales con los espirituales ha de ser como dice Romanes, *a necessary failure*.

la fuerza, energía ó actividad que produce en nosotros los movimientos voluntarios, es la misma que siente, percibe y juzga de los objetos, operaciones todas inmanentes, puesto que en el mismo sujeto nacen y se terminan; simplicísimas, pues no cabe en ellas composicion de partes, como que toda percepcion, toda idea, toda accion de la voluntad, ó es total ó es nula; ni compatibles, en fin (á lo ménos en lo que toca á la parte formal y sustantiva del conocimiento), con la cantidad, composicion y naturaleza del sér material. Esta fuerza persevera idéntica á sí misma en medio del flujo continuo de las mudanzas y modificaciones de la materia á que está unida; es el sujeto, el vínculo, la base que subsiste en toda la série de actos, pensamientos y voliciones que pasan en nosotros; es lo que constituye la indivisibilidad de nuestro sér, y la unidad y continuidad de nuestra conciencia; luego el agente causador de estos actos es un principio que existe por sí y para sí, sustancia simple, indivisible, espíritu que obra en nosotros y constituye el fondo de nuestra personalidad, sér ó sustancia que percibimos directamente, y de cuya existencia estamos más ciertos que del mundo exterior que vemos por los sentidos.

Asegurados de la existencia de una sustancia simple, inextensa, espiritual, que obra unida á la materia, pero que no depende de ella ni en su sér, ni esencial é intrínsecamente en algunas de sus operaciones, no es difícil admitir otros séres igualmente espirituales, no ya destinados á animar ó vivificar los cuerpos, mas que pueden manifestarse en ellos por movimientos ú operaciones accesibles á los sentidos. La existencia de tales séres, ora dotados de nativa bondad, ora de diabólica malicia, es una de las tradiciones más universales de la humanidad en todos los tiempos y lugares. No insistiremos en este punto; pero sí advertiremos que nada hay en su concepto que repugne á su existencia, como tampoco puede ofrecer dificultad

su acción en los cuerpos ó sustancias materiales, y más cuando tan en boga anda la ridícula secta del espiritismo.

Todas las fuerzas que hemos considerado hasta ahora, así las puramente materiales que obran necesaria y fatalmente, como las que producen sus efectos de una manera libre, independiente y espontánea, cuando las consideramos en su conjunto aparecen admirablemente ordenadas, cual si obedeciesen á una fuerza superior que las sujetase y subalternase las unas á las otras, y dirigiese sus efectos á un plan soberanamente bello y armonioso. Esta maravillosa armonía salta á los ojos donde quiera que enderezemos la atención ó la curiosidad. Nada hay de balde en la naturaleza. No hay criatura por mínima que sea que no contribuya por su parte á la grandeza y hermosura del todo, y aún aquello que parece imperfección y disonancia, mejor estudiado viene á contribuir al orden y á la armonía; todo lo cual supone que no la casualidad, ni aún la ley ciega y fatal preside á este universo, sino una inteligencia infinita que concibió este orden admirable que vemos, y después de haberlo realizado lo conserva y lleva adelante con sapientísima Providencia.

Y aquí volvemos á encontrarnos con aquel Espíritu Infinito, creador de este universo, que levantó y puso en pié la variedad inmensa de cosas que vemos derramadas por la creación, que imprimió á las sustancias materiales su actividad y movimiento, diversificándolo de mil maneras á cual más bellas y admirables, que desplegó los tesoros de su vida en la muchedumbre innumerable de géneros, especies é individuos que pueblan y hermosean este mundo, y que dirige todas estas sustancias, con sus movimientos y las manifestaciones de su vida, á un fin altísimo, digno de su Soberana Majestad. Todo viene de Él y todo se endereza hácia Él. A todo asiste y todo lo gobierna y dirige. Nada hay ni demasiado grande, ni demasiado pequeño para su actividad. Todos reciben de Él, y Él no recibe de

nadie. A los elementos puramente materiales da el sér, á las plantas la vegetación, á los animales el sentido, al hombre el discurso y al ángel la intelección. Y en todas estas cosas obra y trabaja, no sólo dando y conservando á los séres sus sustancias, cualidades y operaciones, sino concurrendo con ellas en sus efectos, mirando y disponiendo todas las cosas, y de tal manera templando las particulares inclinaciones de las criaturas, que todas contribuyan con una correspondencia maravillosa á un fin común y universal.

CAPÍTULO XII.

OBJECIONES FILOSÓFICAS. — LAS LEYES DEL UNIVERSO.

LA causa y el principio de las mayores querellas que la ciencia ha movido contra las enseñanzas de la fe, es quizá la doctrina acerca de las leyes que gobiernan la creacion. A oír á algunos de los que se dan á sí mismos el título de representantes y corifeos de la ciencia moderna, las leyes de la naturaleza son tan fijas, tan constantes é invariables, que quien pretenda que puedan faltar ó ser alteradas por algun agente extrínseco al universo, está, por el mismo caso, fuera de la ciencia y declarado poco ménos que loco y mentecato. El milagro, lo sobrenatural, dicen, es anticientífico y antihistórico, hipótesis absurda á la cual no hay que conceder ni siquiera los honores de la discusion; por consiguiente, la fe que lo admite y que hace de la intervencion extraordinaria de Dios en el mundo uno de los artículos de su enseñanza, y aún se apoya en ella como en criterio extrínseco y credencial de su divino origen, impone al entendimiento una doctrina absurda, contradictoria é imposible, oprobio de la razon humana, ocasion de perpétuas querellas y causa de perdurables antagonismos entre la revelacion y la ciencia. Para contestar cual conviene á estas objeciones que espíritus desalumbrados presentan sin cesar contra las enseñanzas dogmáticas, es preciso, ante todo, definir bien lo que se entiende por *milagro* y explicar la manera de alteracion que introduce en las leyes de la naturaleza, pues no todos tienen ideas claras sobre este

punto, antes de la confusion de estas ideas nacen la mayor parte de los desatinos que se dicen ó escriben sobre el particular.

Por milagro se entiende una accion extraordinaria, en cuya virtud Dios, autor y ordenador supremo del universo, interviene en su obra, no ya para comunicar á los agentes criados aquella cooperacion ó concurso que necesitan las causas finitas para producir sus efectos, sino para obrar en ellas, ya suspendiendo las leyes que les imprimió al criarlas, ya causando efectos ó fenómenos que exceden su capacidad, y aún sean contrarios á sus impulsos, tendencias ó naturalezas, ya, en fin, obrando conforme á estos mismos impulsos, pero en tales circunstancias y condiciones, que se vea clara y evidentemente que los agentes naturales no son más que instrumentos de la operacion divina. De suerte que en las obras que decimos milagrosas, aunque los efectos sean visibles y se produzcan en las causas que los filósofos llaman segundas, Dios es el agente principal y la causa inmediata del hecho; entre este y la divina virtud hay, por consiguiente, conexion esencial y relacion inmediata de causalidad; y esto es lo que constituye el carácter propio y la específica naturaleza de la obra milagrosa. Con sola esta definicion del milagro habria bastante para concluir su posibilidad y echar abajo todas las argucias, sutilezas y paralogismos de los incrédulos.

Dios es libre; aquella Esencia infinita, piélagos inmenso de todas las perfecciones, grandezas y prerogativas imaginables, no puede ménos de estar adornada de la perfeccion que más ennoblece á los seres espirituales, es á saber, la libertad, la espontaneidad de su accion, el movimiento libre hácia el bien y la ejecucion de sus designios sin ningun linaje de traba, obstáculo ó impedimento. Cuando en los decretos altísimos de su sabiduría, el Divino Hacedor se dignó sacar á la luz del sér las criaturas que pue-

CAPÍTULO XII.

OBJECIONES FILOSÓFICAS. — LAS LEYES DEL UNIVERSO.

LA causa y el principio de las mayores querellas que la ciencia ha movido contra las enseñanzas de la fe, es quizá la doctrina acerca de las leyes que gobiernan la creacion. A oír á algunos de los que se dan á sí mismos el título de representantes y corifeos de la ciencia moderna, las leyes de la naturaleza son tan fijas, tan constantes é invariables, que quien pretenda que puedan faltar ó ser alteradas por algun agente extrínseco al universo, está, por el mismo caso, fuera de la ciencia y declarado poco ménos que loco y mentecato. El milagro, lo sobrenatural, dicen, es anticientífico y antihistórico, hipótesis absurda á la cual no hay que conceder ni siquiera los honores de la discusion; por consiguiente, la fe que lo admite y que hace de la intervencion extraordinaria de Dios en el mundo uno de los artículos de su enseñanza, y aún se apoya en ella como en criterio extrínseco y credencial de su divino origen, impone al entendimiento una doctrina absurda, contradictoria é imposible, oprobio de la razon humana, ocasion de perpétuas querellas y causa de perdurables antagonismos entre la revelacion y la ciencia. Para contestar cual conviene á estas objeciones que espíritus desalumbrados presentan sin cesar contra las enseñanzas dogmáticas, es preciso, ante todo, definir bien lo que se entiende por *milagro* y explicar la manera de alteracion que introduce en las leyes de la naturaleza, pues no todos tienen ideas claras sobre este

punto, antes de la confusion de estas ideas nacen la mayor parte de los desatinos que se dicen ó escriben sobre el particular.

Por milagro se entiende una accion extraordinaria, en cuya virtud Dios, autor y ordenador supremo del universo, interviene en su obra, no ya para comunicar á los agentes criados aquella cooperacion ó concurso que necesitan las causas finitas para producir sus efectos, sino para obrar en ellas, ya suspendiendo las leyes que les imprimió al criarlas, ya causando efectos ó fenómenos que exceden su capacidad, y aún sean contrarios á sus impulsos, tendencias ó naturalezas, ya, en fin, obrando conforme á estos mismos impulsos, pero en tales circunstancias y condiciones, que se vea clara y evidentemente que los agentes naturales no son más que instrumentos de la operacion divina. De suerte que en las obras que decimos milagrosas, aunque los efectos sean visibles y se produzcan en las causas que los filósofos llaman segundas, Dios es el agente principal y la causa inmediata del hecho; entre este y la divina virtud hay, por consiguiente, conexion esencial y relacion inmediata de causalidad; y esto es lo que constituye el carácter propio y la específica naturaleza de la obra milagrosa. Con sola esta definicion del milagro habria bastante para concluir su posibilidad y echar abajo todas las argucias, sutilezas y paralogismos de los incrédulos.

Dios es libre; aquella Esencia infinita, piélagos inmenso de todas las perfecciones, grandezas y prerogativas imaginables, no puede ménos de estar adornada de la perfeccion que más ennoblece á los seres espirituales, es á saber, la libertad, la espontaneidad de su accion, el movimiento libre hácia el bien y la ejecucion de sus designios sin ningun linaje de traba, obstáculo ó impedimento. Cuando en los decretos altísimos de su sabiduría, el Divino Hacedor se dignó sacar á la luz del sér las criaturas que pue-

blan el universo, nadie le necesitó á obrar; nadie le impuso las condiciones de su operacion; creó el mundo porque quiso; por efecto de un decreto libérrimo de su voluntad, pronunció una palabra y todo fué hecho; mandó y todo fué creado. Entre Dios y su obra no hay por consiguiente relacion de absoluta necesidad. El universo es contingente, y el sér de todas las criaturas que lo componen, su manera de obrar y las relaciones que las enlazan unas con otras, son contingentes tambien. Es cierto que las esencias metafísicas de las cosas, las notas ó elementos que las componen, y las propiedades que nacen de estos elementos, son necesarias é invariables, como que son imitaciones de la Esencia divina, absoluta, necesaria y de todo punto inmutable; pero cuando estas esencias son actuadas en la realidad, cuando del órden ideal pasan al real, cuando ya no son las esencias metafísicas, indeterminadas, puros entes de razon, sino tal ó cual esencia realizada en tal individuo, en este caso no pueden prescindir de la contingencia, indeterminacion y mutabilidad que acompaña á todo sér criado y finito; en este caso las naturalezas son mudables, contingentes y alterables en su operacion y eficacia, ya porque pueden ser aniquiladas por la misma virtud que las sacó de la nada, ya porque su eficacia puede ser intervenida en tal ó cual momento por un agente exterior. En verdad, hablando propiamente, debemos decir que cuando Dios interviene en el curso de la naturaleza, no altera ó cambia la esencia misma de los séres, sino que perseverando la misma naturaleza y los constitutivos propios del sér, suspende ó modifica su actividad y las propiedades que resultan esta naturaleza. Así, por ejemplo, un árbol que se seca por la maldicion de Dios, una piedra que suspende su caída sostenida por el divino poder, un hombre que recobra repentinamente la salud, son el mismo árbol, piedra y hombre que eran antes, sólo que se han alterado en ellos algunas propiedades,

y ha dejado de tener efecto la eficacia de algunas causas que en ellos naturalmente habian de obrar. Ahora bien; esto ¿cómo es posible rehusarlo á la Divina virtud? Nadie puede negar que Dios, esencia infinita, fuente manantial de todo el sér que hay en las criaturas, y que contiene eminentemente toda su actividad y virtud, puede producir en la naturaleza los mismos efectos que producen los séres finitos; la causa primera puede causar todo lo que producen y pueden producir las causas segundas; la actividad esencial é infinita puede extenderse á todo aquello á que se extienden los séres cuya eficacia es finita, defectuosa y participada.

Por otra parte, los agentes creados obran con absoluta dependencia de la causa primera, quien como fué libre al crearlos, pudo señalarles tales ó cuales leyes, y aún señaladas ya, hacer que en tales momentos ó circunstancias dejasen de tener su efecto. Luego si en todos los séres hay y no puede ménos de haber esta sujecion á la soberana voluntad de Dios, si todos dependen de su mano, si en todos por razon de su finitud y contingencia existe esa dependencia, pasividad ó actitud obediencial, como decian los escolásticos, hácia los decretos, acciones y poder de la Divinidad, ¿en qué puede fundarse la repugnancia á no admitir la accion de Dios en las criaturas, aún contraria á las tendencias, inclinaciones y naturaleza de las mismas?

Para entender mejor este punto, conviene advertir que en la correlacion y subordinacion gerárquica que guardan entre sí las fuerzas del universo, es absolutamente necesario que siempre que un agente superior interviene en un sistema de fuerzas inferiores, estas sean neutralizadas ó modificadas por la intervencion de aquel agente; así en el sér viviente el principio vital modifica las leyes de la mecánica y de las afinidades químicas á que están sujetos los elementos materiales; el alma y la voluntad se superponen á las exigencias del cuerpo, y la libertad humana

triunfa de los obstáculos que le opone la materia bruta. Esta ley de subordinación recíproca de las fuerzas, está de tal manera enlazada con la esencia misma de las cosas, que sin ella sería imposible todo orden, todo progreso y aún la misma vida orgánica. «Es de esencia de una fuerza, dice Mr. Guthlin¹, que sus efectos habituales sean dominados y aún reemplazados, si es necesario, por el efecto de otra fuerza superior. Este carácter negativo ó pasivo de una fuerza le es tan esencial como su carácter activo y positivo. No puede existir ni entenderse el uno sin el otro. Si una fuerza cualquiera, en cualquier hipótesis, y no obstante cualquiera ley ó energía superior, hubiese de alcanzar su efecto propio y especial, la acción mútua de las fuerzas se haría imposible, destruiríase en su base la armonía de los seres, y del eterno conflicto de todos los elementos del mundo nacería no sé qué cosa monstruosa é irreconciliable, que ni el pensamiento puede concebir, ni tiene nombre en lengua ninguna; pues el mismo *caos* no puede convenir á lo que se rechaza y contradice en sus términos. Tal es la ley dinámica de los seres, y el vasto drama de la naturaleza y de la historia no es más que la realización constante de esta ley.»

Pues si las energías superiores pueden alterar ó suspender la actividad de las inferiores; si el hombre, como lo vemos y experimentamos á cada momento puede suspender, contrariar y diversificar de mil maneras la eficacia de los agentes naturales, ¿por qué no lo podrá Dios, primer motor de todo movimiento, causa suprema y fundamental de todos los seres, de quien todos dependen así en el ser como en el obrar, y que concurre á la perfección de sus obras con una eficacia más activa aún que la de las mismas causas segundas á quienes se atribuye la acción? Sería, en verdad, absurdo suponer que el orden del

¹ *Les doctrines positivistes*, p. 150.

mundo, con ser todo él contingente, finito é imperfecto en medio de sus admirables perfecciones y armonías, forzase á la soberana voluntad de Dios de una manera tan irresistible, que fatalmente la sujetase á la conservación de aquel orden, circunscribiendo la Divina Omnipotencia á la serie de fenómenos en que se manifiesta la actividad del universo. Sería el colmo de la insensatez negar á Dios la facultad de alterar esta actividad y la serie de efectos ó fenómenos que de ella se consiguen, cuando el hombre y el animal irracional á cada momento la alteran y modifican. Luego á no querer envolvernos en un laberinto de contradicciones y repugnancias, debemos concluir que Dios, al sacar á luz todo este orden de cosas que vemos, en virtud de un derecho inalienable, fundado en la soberanía de su esencia, hubo de reservarse la facultad de intervenir en la acción de estos mismos seres, cada y cuando que así lo aconsejase su sabiduría infinita.

Hablan muchos de la constancia de las leyes de la naturaleza, del orden, de la regularidad y armonía que preside al universo, cual si esta constancia, concierto y regularidad excluyesen de todo punto la más mínima alteración de este orden, y por lo tanto, la posibilidad del milagro y la acción de la Divina Providencia. Nada más absurdo que tal manera de discurrir. La constancia de las leyes de la naturaleza no implica su inmutabilidad; aquella es la simple perseverancia en un estado ó manera de ser; esta es esta misma perseverancia unida á la imposibilidad de cambio ó mutación. Las leyes de la naturaleza son constantes, pero no inmutables. Si por una parte la Providencia de Dios exige que el orden de las leyes naturales sea firme y estable, pues de lo contrario todo andaría entregado al azar, el hombre no podría contar con nada, y en el mundo todo sería desorden y confusión, por otra, esta misma Providencia exige que si entra en los planes de la Divina Sabiduría alterar alguna vez las leyes á las cuales

quiso se sujetasen los séres criados, lo pueda hacer, conservándoles por otra parte aquella regularidad y armonía que basta á la hermosura del todo. La observacion atestigua la constancia de dichas leyes; mas la misma observacion y el discurso fundado en los designios de la Divina Providencia pueden atestiguar la actual mutacion, ni más ni ménos que la conveniencia moral de esta mutacion en casos determinados.

Sería ciertamente contrario á la sabiduría infinita de Dios, el perturbar á cada paso y sin razon ninguna el órden del universo; pero sería tambien contra su omnipotencia el no poder alterar las leyes que él mismo dispuso, cuando así conviniere hacerlo. Y como Dios no sólo es omnipotente, sino tambien sapientísimo, de aquí es que pueda cambiar estas leyes en algun caso, caso *extraordinario*, es decir, fuera del órden regular, y al cual se pueda aplicar en toda su extension aquella regla: que la excepcion de la ley prueba su existencia, pero posible, y que se ha verificado cuando así lo ha tenido por bien la adorable Providencia de Dios.

Mas tampoco es cierto que la intervencion de Dios en el curso de las leyes de la naturaleza haya de perturbar necesariamente estas leyes, y producir en ellas desórden y confusion, alterando la suma total de la energía del universo, que, como hemos visto en el capítulo anterior, permanece constante segun las teorías más recientes de la física. En primer lugar, no es cierto que la modificacion, empleo ó uso de una fuerza, por una causa exterior, añada ó quite nada de la universal energía. Dios, ni más ni ménos que el alma humana, pueden usar de las fuerzas naturales, y darles particular direccion, sin alterar por esto en lo más mínimo la suma de las energías del universo.

Ademas, la ley indica el desenvolvimiento de la naturaleza del sér, la forma que sigue el agente en el desarrollo de su actividad y la exacta expresion de las relaciones que re-

sultan entre esta actividad y los efectos que produce. Dicha expresion puede considerarse, ya positiva ya negativamente, esto es, en cuanto señala el órden que sigue el agente natural en su accion, y en cuanto expresa el límite que este mismo agente no puede traspasar, obrando segun las exigencias de su naturaleza. Considerada en este segundo sentido, la ley no impide la accion de un agente exterior, sea natural, sea sobrenatural, supuesto que de él prescinde. Considerada en el primer sentido, como la ciencia no conoce las esencias íntimas de las cosas, al afirmar la manera de obrar de los séres naturales, atestigua un hecho, pero no sabe hasta qué punto este hecho es esencial. Conoce que *es*, pero no sabe hasta qué punto *debe ser*. Por esto muchos geómetras al hablar de las leyes de la mecánica (ciencia á la cual, como dijimos en el capítulo anterior, se podrán tal vez reducir todas las partes de la ciencia de la naturaleza) las llaman simplemente *principios de observacion*, que es decir que en el movimiento de los cuerpos las cosas pasan de tal ó cual manera, pero que no es posible demostrar que así deban pasar esencialmente. Pues si esto es así, si el enlace que vemos entre el efecto y la causa no se nos presenta como absolutamente necesario y esencial, ¿cómo es posible quitar á Dios, causa suprema de todos los séres, el derecho de producir en un agente cualquiera un efecto ó fenómeno distinto del que resultaria segun las exigencias aparentes de su accion, y que al fin y al cabo no sabemos hasta qué punto se relaciona con la esencia íntima del sér?

En fin, las leyes son las relaciones que unen á los séres entre sí, y estas relaciones no se turban si á cada uno de los términos de la relacion se añade ó quita una misma cantidad, como en una ecuacion, por ejemplo, no varía la igualdad de ambos miembros quitándoles ó añadiéndoles cantidades iguales; por consiguiente, si Dios, cuando interviene en el órden y eficacia de las fuerzas naturales,

compensa por un lado lo que quita por otro, como lo puede ciertamente hacer aquella actividad infinita que contiene eminentemente la virtud de todas las causas y actividades, está claro que el orden no será perturbado, y todo el curso de las cosas seguirá con la misma regularidad que antes.

Mas oigamos la dificultad ó afirmacion con que Draper intenta refutar la doctrina de la Iglesia sobre los milagros, origen como él supone de los conflictos con la ciencia.

«Hay dos concepciones del gobierno del mundo: primero por la Providencia, segundo por la ley..... El clero se inclina siempre á la adopcion de lo primero, toda vez que aspira á que se le considere como medianero entre la oracion del devoto y la accion providencial..... El filósofo científico afirma que la condicion del mundo en cualquier momento, es el resultado directo de su condicion en el momento anterior.» Con tan rotundas afirmaciones y con revolver los descubrimientos y leyes de Kepler, el valor del mecánico Leonardo Vinci, los trabajos de Borelli, Hook y Huighens, y las demostraciones de Newton, para con estos nombres echar polvo á los ojos de los lectores y hacerles perder la pista de la demostracion que desearian encontrar en el libro de Draper de su afirmacion tan gratuita, pretende este autor echar abajo una de las convicciones más arraigadas en el corazon de la humanidad. En lo que hemos discurrido hasta aquí, hemos visto los fundamentos de esta conviccion; continuando nuestros razonamientos y haciéndonos cargo de las aseveraciones del autor norteamericano, repetidor de lo que han dicho otros mil, y por cierto con más arte y elocuencia que él, diremos que es absurdo el presentar el gobierno del mundo por medio de leyes como contrario al gobierno de la Providencia. Es tan falso que aquel se oponga á éste, que más bien lo presupone, ya que el orden regular del universo, su marcha uniforme y harmónica, exige un legislador intelligen-

te, pródigo, que á todo atienda, que todo lo haya dispuesto en número, peso y medida. La misma Inteligencia Divina que fijó las leyes á que debian sujetarse los séres, previó tambien y determinó los casos particulares en que convenia que fuesen alteradas estas leyes; y la misma Sabiduría infinita que exige que dichas leyes obren constante y regularmente, exige tambien que se interrumpan á veces su constancia y regularidad. Tan evidente y manifiesta aparece la Divina Providencia en un caso como en otro.

Para entender esto claramente debemos advertir que el fin que Dios se propuso al sacar á luz este orden de cosas que vemos, como dejamos dicho en otra parte, fué la manifestacion de la grandeza de las perfecciones divinas, y este fin se cumple admirablemente por las perfecciones que resplandecen en las criaturas, por su variedad y hermosura, y por el orden, correspondencia y armonía que guardan entre sí. Mas este orden de las criaturas ¿es, por ventura, el único que puede declarar la gloria divina? ¿No puede Dios valerse de otros medios para lograr este mismo fin, y en la muchedumbre y variedad de cosas que pueblan el universo poner efectos extraordinarios y que se salgan del orden establecido, para dar á conocer sus perfecciones y convidar á los hombres al culto y adoracion de aquella Majestad Soberana que los trazó y supo realizar? Si hay gentes tan desalmadas que, viendo continuamente la hermosura y grandeza del mundo, la fábrica y provision de todas las cosas que hay en él, la altura de los montes, la llanura y frondosidad de los campos, la infinita variedad de plantas y animales, y sobre todo la innumerabilidad y belleza de astros que arden en medio de esos cielos, pregonando la gloria del Supremo Hacedor, todavía no quieren rendirse á su testimonio, ¿por ventura no es obra de altísima sabiduría, al par que de entrañable misericordia, el avivar su atencion y despertarlas

del sueño en que yacen por medio de fenómenos extraordinarios que las lleven á reconocer el poder que las hizo, «á la manera, dice un docto escritor ¹, de aquel que, distraído, no para su atención en el plan del artífice mientras la máquina verifica ordenadamente los movimientos, pero se apresura á estudiar el pensamiento del constructor cuando nota en aquella un efecto inesperado ó un cambio súbito?»

Finalmente, otros, tomando las cosas de más alto, creen hallar un argumento contra la posibilidad de alteración de las leyes de la naturaleza, nada ménos que en la esencia misma de Dios, en la cual dicen que podría haber imperfección, si habiendo establecido hoy una ley, mañana la modificase, obrando caprichosamente y como corrigiéndose á sí mismo, y reconociendo que los medios ideados no son bastantes á conseguir el fin que se pretende.

Para responder á esta dificultad conviene recordar lo que varias veces hemos indicado en este ensayo, es á saber, que la esencia de Dios es simplicísima, que en ella no hay ni puede haber la más mínima composición, que con un acto único es hoy, fué ayer y será por toda la eternidad, y quiere y entiende, y entiende y quiere cosas muy diferentes y áun opuestas. Esta idea del Sér divino parece extraña y áun imposible á nuestro espíritu, acostumbrado como está á las ideas de seres finitos, que no tienen el sér por esencia, sino por participación, y que por el mismo caso viven como si dijésemos por partes, y actúan por muchos actos las diversas tendencias y determinaciones de su eficacia. Por esto cuando acomodamos nuestras ideas á la divinidad, y queremos hablar y discutir acerca de aquella altísima sustancia, debemos corregirlas y creer más al entendimiento ó discurso que á nuestra imaginación ó experiencia sensible. Pues apli-

¹ El Dr. Ricardo Cortés, en su libro sobre *El sobrenaturalismo y el naturalismo*. Barcelona 1880.

cando esto á nuestro caso debemos decir que cuando Dios obra mudando ó suspendiendo el curso general de las cosas, no cambia de voluntad, supuesto que desde toda la eternidad ya previó y fijó lo que había de hacer en el tiempo, disponiendo de tal manera el orden del universo, que en el acto eterno de su voluntad preestableció el seguir este orden y suspenderlo en tales y tales circunstancias. Esta alteración es claro que no debe considerarse como vano capricho de una divinidad despótica y arbitraria que cambia á su antojo las leyes hechas por ella misma. En Dios todo es grandeza soberana, terrible majestad é inefable sabiduría; lo que obra no lo hace sino con altísimo consejo; lo que ordena y ejecuta, lo dispone siempre con maravillosa providencia, hasta el punto de que el milagro que podía aparecer como una perturbación de las leyes naturales y un sonido discordante de la armonía del universo, viene á completarla, no siendo sino una nota maravillosa que enlaza la armonía de este mundo natural y visible con la armonía del mundo sobrenatural é invisible, obra uno y otro de una sola mano y movidos ambos bajo la misma dirección.

Todo en este mundo, como indicamos en el capítulo anterior, es orden y providencia: las sustancias inorgánicas prestan á las vegetales los elementos que estas necesitan para vivir, crecer y desarrollarse; los vegetales sirven para la vida animal, y esta se ordena á la espiritual que corona y ennoblece la creación. Así los seres inferiores se subordinan á los superiores, y por ellos pierden ó trasforman su existencia: para ellos viven y para ellos mueren, concurriendo todos al plan de una providencia amorosísima. Esta ley, que domina en la naturaleza, encuentra una aplicación magnífica en el milagro, acto perturbador, al parecer, de las leyes naturales; pero en verdad consagración de otra ley más alta, más grandiosa y sublime, es á saber, la subordinación del orden físico

y material, al moral é invisible, y la sujecion de la naturaleza ciega, inerte é inconsciente á la inteligente, racional y libre.

Sin duda ninguna el hombre considerado como agente físico, es muy poca cosa en el universo. Su ponderada actividad, aun tomada en su conjunto, apenas puede alterar de una manera apreciable el curso de la creacion; y considerada en los individuos, en muchos casos es superada aun por la del infusorio más imperceptible. «El hombre, dice Pascal, es una caña, y la más débil y quebradiza de la naturaleza; pero es una caña que piensa.» En él brilla la luz purísima de la razon y de la inteligencia; en él sobre todo resplandecen de una manera verdaderamente divina la condescendencia inefable de aquel Sér eterno é infinito, todo bondad y misericordia entrañable, y que en medio de su Majestad y soberana grandeza tiene sus delicias en morar entre los hijos de los hombres.

Considerado desde este punto de vista, el hombre verdaderamente aparece á la cabeza de la creacion, es el eje sobre el cual gira el universo, y su influencia sobre el mundo material es proporcionada á la superioridad que lleva la naturaleza intelectual y moral á la sustancia material, ciega é inconsciente. Dios ha puesto á la criatura racional en la cumbre y cima de sus obras. Mirándola á ella, ha dispuesto el orden de la creacion material; y así como el alma humana, cuya fuerza mecánica es tan pequeña que escapa á todas nuestras medidas, da la vida y el movimiento á toda la complicada máquina de nuestro cuerpo, de igual manera su libertad moral, merced á la Providencia, y á pesar de la debilidad de su accion inmediata, dirige en realidad el conjunto de las relaciones y leyes del universo. «Al hablar así, diremos con el P. Carbonelle ¹,

¹ En su obra magnífica *L'aveuglement scientifique*, cap. VI á que nos hemos referido en el capítulo anterior, y que debe leer y meditar profundamente todo el que desee conocer á fondo estas cuestiones.

no es nuestro ánimo indicar que la existencia del mundo puramente material haya sido subordinada á la existencia de la criatura inteligente y libre, que las leyes físicas del universo hayan sido calculadas, teniendo en consideracion la ley impuesta naturalmente al hombre moral; lo que únicamente pretendemos es que nuestros actos libres, nuestras determinaciones morales, nuestras acciones religiosas, en razon á aquella Providencia especialísima que las observa, ya para premiarlas, ya para castigarlas, tienen una influencia directa sobre los fenómenos materiales del universo, capaz de imprimirles modificacion profunda.»

Dios, añade este doctísimo escritor, que prevee hasta las últimas consecuencias de cada estado inicial, no puede ser embarazado en su accion por la presciencia ó prevision del uso que podemos hacer de nuestra libertad. Él prevee todos nuestros actos libres, y esta prevision no impide que verdaderamente lo sean, pues el hombre no ejecuta sus acciones porque Dios las ha previsto, sino que Dios las previó porque el hombre las ejecuta; estos actos entran en el desenvolvimiento del plan divino, juntamente con las acciones, movimientos y fenómenos de las sustancias atómicas ó materiales, y Dios conoce las relaciones que deben resultar entre las unas y las otras. Con esto el problema del universo se agranda; ya no es un simple problema de mecánica, es un problema providencial que excede el alcance de toda inteligencia creada. Solamente el Divino Hacedor y Gobernador del mundo puede resolverlo, coordinando fenómenos de dos clases esencialmente opuestas. En esta coordinacion, ¿cuál de las dos clases deberá quedar subordinada á la otra? Evidentemente la materia tiene que subordinarse al espíritu; el orden puramente material al intelectual y moral; luego el estado inicial de los átomos debió ser dispuesto en vista de aquellos fenómenos intelectuales y morales á que deben

concurrir en el curso de los siglos. Por manera que puede decirse que la prevision de los actos libres determinó la eleccion de los estados iniciales de los átomos hecha por la Divina Providencia.

No sabemos qué tales parecerán estas ideas á esos sábios profundísimos que se erigen en jueces de las obras de Dios, y que al pasear su altiva mirada sobre el espectáculo de la creacion, no saben ver el orden maravilloso y providencial que en él reina, antes creen tal vez allá en su interior (¡y ojalá no lo digan en alta voz!), que no habria estado mal, que antes de criar Dios el mundo ó disponer el orden de los acontecimientos, les hubiese pedido su parecer y sometido á su consejo el plan de lo que iba á hacer. Quizá toda esta argumentacion que hemos venido desenvolviendo, la tengan por extraña, y quién sabe si por absurda; pero no aparecia ciertamente así á un matemático ilustre, á quien deben las ciencias más triunfos y adelantos que á toda la turbamulta de los incrédulos, ateos y materialistas, y con cuyas palabras queremos concluir este capítulo.

«Al fijar Dios el curso de este mundo, dice el insigne matemático Leonardo Euler ¹, y ordenar los acontecimientos que en él tenían que suceder, miró y tuvo presentes todas las circunstancias que habian de acompañar á cada cual de estos acontecimientos, y más en particular las disposiciones, los deseos y plegarias de las criaturas inteligentes, disponiendo las cosas y los sucesos de acuerdo con aquellas circunstancias. Por esto, cuando un fiel dirige á Dios una oracion que merece sea atendida, no hay que imaginarse que esta oracion llega al conocimiento divino puntualmente en aquel momento y no antes. Desde toda la eternidad ya la conocia Dios; y si este Padre de misericordia la juzgó digna de ser escuchada, dispuso todas las cosas expresamente, en vista y en favor de esta plega-

¹ *Cartas á una Princesa de Alemania*, carta 90.

ria, de suerte que el cumplimiento de lo que en ella se pedia fuese consecuencia natural de los acontecimientos. De esta manera oye Dios las oraciones de los fieles, sin necesidad de decir que por ellas haga continuamente milagros, aunque tampoco hay razon para negar que Dios haya obrado y obre alguna vez hechos verdaderamente milagrosos. Tan no es así que el establecimiento del curso regular de lo que acontece de este mundo, haga inútiles nuestras oraciones, como dicen los incrédulos, que antes bien acrecienta nuestra confianza, enseñándonos la consoladora verdad que todas nuestras oraciones fueron ya presentadas desde toda la eternidad en el acatamiento de la omnipotencia divina, entrando en el plan de los acontecimientos de este mundo, cual motivos conforme á los cuales habian de disponerse dichos acontecimientos, segun los designios de la sabiduría del Creador. De aquí debe concluirse que los seres inteligentes y su salvacion, han sido el principal objeto con que contó Dios en la ordenacion de este universo, debiendo estar nosotros de todo en todo asegurados que cuanto ocurre está íntima y maravillosamente enlazado con las necesidades de las criaturas espirituales é inteligentes, á fin de encaminarlas á su verdadera felicidad; pero esto de una manera libre y desembarazada, en razon de aquella libertad que es tan esencial á los seres espirituales, como lo es á los materiales la extension..... En este enlace de los espíritus con los acontecimientos del universo consiste la Divina Providencia; en la cual, cada uno de los seres racionales puede tener el consuelo de formar parte, estando seguro cada hombre en particular, de que su existencia entró desde toda eternidad en el plan de la creacion, y de que todo cuanto sucede está enlazado con sus necesidades más apremiantes y que más importan á su salvacion eterna.»

Esta soberana Providencia la niega á veces el hombre cuando ensoberbecido en su corazon siente el estímulo

diabólico que le inclina al mal y al desprecio de la ley divina que le sujeta á su Criador; pero cuando calmadas las malas pasiones escucha la voz de la naturaleza reflejada en su conciencia limpia y libre del pecado, no puede negar que de todas partes le vienen voces que atestiguan la acción de esta Providencia admirable; y cada generoso instinto que siente en su corazón, cada mala tentación á que resiste, cada aspiración noble que fomenta, son impulsos sagrados que le levantan al amor de aquella Soberana Majestad, que si tiene por templo á la naturaleza, halla su sagrario en el alma del hombre, donde recibe culto y adoración. Todo le indica que su sér es un abismo de perfecciones, su hermosura infinita, su nombre inefable ¹.

¹ Entre los incrédulos, sobre todo los de escalera abajo y los sábios y oradores de café, es muy comun rechazar la posibilidad del milagro, por la razon de que todas las religiones, como ellos dicen, han querido apoyarse en él para el establecimiento de sus dogmas, y como estas religiones son contrarias entre sí, de aquí que todas las obras sobrenaturales que alegan unas y otras, deben ser contadas entre las fábulas y leyendas. Tal manera de discurrir, ni más ni menos que lo que dice Draper sobre que el clero afirma la intervención milagrosa de Dios en el mundo por la cuenta que le trae, y otras aserciones por el estilo, arguye suprema ignorancia de la esencia del dogma cristiano; ignorancia tal vez incurable, y que de todos modos sería imposible deshacer en los límites que nos hemos fijado en este ensayo. Pero no queremos dejar de copiar unas hermosas palabras acerca del particular, escritas recientemente por el Profesor de Oxford, Max Müller, el hombre tal vez más competente que hay en Europa en el conocimiento de las religiones de la antigüedad. Dicen así: «L'étude sérieuse des autres religions est extrêmement utile à bien des titres, mais surtout parce qu'elle nous donne l'occasion d'apprécier justement les biens que nous possédons dans la nôtre. Sentons-nous jamais plus vivement et plus réellement les avantages de la patrie que lorsque nous la revoyons après une excursion lointaine? Il faut en dire autant de la religion. Observons ce qui pour les autres peuples a tenu ou tient encore la place de la religion: examinons les prières, le culte, la théologie des races les plus civilisées, des Grecs, des Romains, des Hindous, des Persans, et nous comprenons la grandeur de la grâce qui nous a été accordée de respirer depuis notre premier souffle l'air pur d'une terre éclairée par la lumière du christianisme. Nous sommes trop enclins à regarder les plus grans biens comme des choses qui nous arrivent tout naturellement sans excepter même la religion. Nous avons fait si peu pour conquérir notre religion, nous avons souffert si peu pour la cause de la vérité que, si haut que soit notre religion chrétienne dans notre estime, nous devons encore, pour l'élever autant qu'elle le mérite, la comparer avec les religions du reste du monde.» (Citado por Bonriot en *La Controverse*, número del 16 de Febrero de 1881 y tomado de *The Tablet*, 18 Décembre 1880, p. 778.)

CAPÍTULO XIV.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

LA segunda clase de objeciones ó dificultades con que se pretende destruir la harmoniosa unidad que debe reinar entre la ciencia y la fe, comprende aquellos hechos ó verdades que hoy han dado en llamar como exclusivamente científicas, que al decir de muchos se oponen á las enseñanzas de la revelación. Aquí no tocaremos sino las principales, recordando de antemano el principio asentado más arriba, es á saber, que en la contradicción que se quiere hallar entre la fe y los descubrimientos científicos, ó se toma por dogma de fe lo que no lo es, ó se eleva á la categoría de ciencia lo que no pasa de ser mera opinion ó hipótesis, cuando no sea clarísima falsedad. Este principio hallará plenísima confirmación en los hechos ó doctrinas siguientes que Draper considera ocasion de muchos conflictos que han surgido entre la ciencia y la fe.

LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Empecemos á examinar los conflictos nacidos entre la fe y las verdades de las ciencias físicas por la que se ofrece en primer lugar á la consideración cuando las consideramos segun el orden con que acontecieron ó fueron realizadas, es á saber, la creación del universo, su ornato y

diabólico que le inclina al mal y al desprecio de la ley divina que le sujeta á su Criador; pero cuando calmadas las malas pasiones escucha la voz de la naturaleza reflejada en su conciencia limpia y libre del pecado, no puede negar que de todas partes le vienen voces que atestiguan la acción de esta Providencia admirable; y cada generoso instinto que siente en su corazón, cada mala tentación á que resiste, cada aspiración noble que fomenta, son impulsos sagrados que le levantan al amor de aquella Soberana Majestad, que si tiene por templo á la naturaleza, halla su sagrario en el alma del hombre, donde recibe culto y adoración. Todo le indica que su sér es un abismo de perfecciones, su hermosura infinita, su nombre inefable ¹.

¹ Entre los incrédulos, sobre todo los de escalera abajo y los sábios y oradores de café, es muy comun rechazar la posibilidad del milagro, por la razon de que todas las religiones, como ellos dicen, han querido apoyarse en él para el establecimiento de sus dogmas, y como estas religiones son contrarias entre sí, de aquí que todas las obras sobrenaturales que alegan unas y otras, deben ser contadas entre las fábulas y leyendas. Tal manera de discurrir, ni más ni menos que lo que dice Draper sobre que el clero afirma la intervención milagrosa de Dios en el mundo por la cuenta que le trae, y otras aserciones por el estilo, arguye suprema ignorancia de la esencia del dogma cristiano; ignorancia tal vez incurable, y que de todos modos sería imposible deshacer en los límites que nos hemos fijado en este ensayo. Pero no queremos dejar de copiar unas hermosas palabras acerca del particular, escritas recientemente por el Profesor de Oxford, Max Müller, el hombre tal vez más competente que hay en Europa en el conocimiento de las religiones de la antigüedad. Dicen así: «L'étude sérieuse des autres religions est extrêmement utile à bien des titres, mais surtout parce qu'elle nous donne l'occasion d'apprécier justement les biens que nous possédons dans la nôtre. Sentons-nous jamais plus vivement et plus réellement les avantages de la patrie que lorsque nous la revoyons après une excursion lointaine? Il faut en dire autant de la religion. Observons ce qui pour les autres peuples a tenu ou tient encore la place de la religion: examinons les prières, le culte, la théologie des races les plus civilisées, des Grecs, des Romains, des Hindous, des Persans, et nous comprenons la grandeur de la grâce qui nous a été accordée de respirer depuis notre premier souffle l'air pur d'une terre éclairée par la lumière du christianisme. Nous sommes trop enclins à regarder les plus grans biens comme des choses qui nous arrivent tout naturellement sans excepter même la religion. Nous avons fait si peu pour conquérir notre religion, nous avons souffert si peu pour la cause de la vérité que, si haut que soit notre religion chrétienne dans notre estime, nous devons encore, pour l'élever autant qu'elle le mérite, la comparer avec les religions du reste du monde.» (Citado por Bonriot en *La Controverse*, número del 16 de Febrero de 1881 y tomado de *The Tablet*, 18 Décembre 1880, p. 778.)

CAPÍTULO XIV.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

LA segunda clase de objeciones ó dificultades con que se pretende destruir la harmoniosa unidad que debe reinar entre la ciencia y la fe, comprende aquellos hechos ó verdades que hoy han dado en llamar como exclusivamente científicas, que al decir de muchos se oponen á las enseñanzas de la revelación. Aquí no tocaremos sino las principales, recordando de antemano el principio asentado más arriba, es á saber, que en la contradicción que se quiere hallar entre la fe y los descubrimientos científicos, ó se toma por dogma de fe lo que no lo es, ó se eleva á la categoría de ciencia lo que no pasa de ser mera opinion ó hipótesis, cuando no sea clarísima falsedad. Este principio hallará plenísima confirmación en los hechos ó doctrinas siguientes que Draper considera ocasión de muchos conflictos que han surgido entre la ciencia y la fe.

LA CREACION Y LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Empecemos á examinar los conflictos nacidos entre la fe y las verdades de las ciencias físicas por la que se ofrece en primer lugar á la consideración cuando las consideramos segun el orden con que acontecieron ó fueron realizadas, es á saber, la creación del universo, su ornato y

disposicion, y los maravillosos fenómenos que la acompañaron hasta llegar á la perfeccion y hermosura que hoy contemplamos. La historia de este acontecimiento está narrada en las primeras páginas de los libros sagrados con palabras tan sencillas, tan significativas y sublimes, que al par que asombran el entendimiento lo iluminan con una inefable claridad, descubriéndole tesoros de sabiduría que enriquecen la inteligencia, haciéndole concebir ideas altísimas de Dios, de su omnipotencia, de su majestad, del principio y origen de las cosas, de su altísimo destino y de las verdades que más importa conocer en el orden de la naturaleza. Este principio de la Historia Sagrada es lo que vamos á estudiar en este capítulo; mas antes de desenvolverlo ante la consideracion de nuestros lectores, debemos confesar llana y abiertamente que, si esta divina relacion es clarísima en lo que toca al dogma ó enseñanza principal que en ella quiso Dios darnos á conocer, esto es, la existencia del Sér divino, su unidad, su distincion de las criaturas, la creacion de estas y el dominio y providencia que sobre ellas ejerce, es oscura y sujeta á mil dudas y dificultades en lo que toca á otras verdades secundarias que son como consecuencias y pormenores de la obra divina, hasta tal punto, que apenas hay palabra en esta narracion que no haya sido interpretada de muchas y aún encontradas maneras por autores respetables, teólogos y escriturarios eminentes y aún por Padres y doctores de la Iglesia. Así, por ejemplo, la interpretacion de Orígenes acerca de los que se llaman *días* de la creacion, no es la de San Ambrosio, ni la de éste la de Santo Tomás y los primeros escolásticos, ni la de estos, en fin, la que hoy prevalece en las escuelas ortodoxas de la cristiandad. Esta variedad de opiniones no implica, sin embargo, que la enseñanza de la Biblia esté sujeta á la movilidad, fluctuacion é incertidumbre á que andan sujetas las enseñanzas y palabras de los hombres. La narracion bíblica contiene la pa-

labra de Dios. Esta palabra es verdadera, y como reflejo de los pensamientos de la Divinidad participa de su eficacia, de su eterna duracion y de su inescrutable soberana majestad; pero con ser muy verdadera en sí, no siempre ha querido Dios que se muestre á nuestros ojos con la claridad de su intrínseca evidencia, ni ya que su sentido no aparezca obvio é inteligible, no siempre tenemos de él una interpretacion auténtica que infaliblemente nos asegure de la significacion en ellos encerrada. Tal sucede con la historia de la creacion del universo en lo que se refiere á los puntos ó pormenores secundarios que hemos indicado y que serán objeto de este capítulo. Porque apenas hay escuela ó autor que no los haya explicado de diferente manera; teniendo en cuenta lo que dice San Agustin en varios pasajes de sus obras, esto es, que el estudio de las ciencias naturales puede contribuir en gran manera á esclarecer la enseñanza de las divinas Escrituras, cada cual las ha estudiado ó explicado á la luz de las doctrinas ó teorías científicas, que en su tiempo prevalecian; y como estas han variado al compás de los siglos, así ha variado también la interpretacion de las palabras divinas; y despues de esfuerzos increíbles para penetrar los misterios de la divina narracion, todos han convenido en exclamar con el santo Obispo de Hipona ¹: «¡Admirable es la profundidad de tus palabras! Su superficie ó apariencia exterior convida á tus pequeñuelos á examinarlas; pero en el fondo encierra profundidad admirable.»

La Iglesia, por su parte, sin sancionar con su autoridad ninguna de esas interpretaciones, se ha contentado con guardar y ofrecer á sus hijos el tesoro de la Divina Revelacion, para que todos, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, se aprovecharan de la luz en ella encerrada, dejando ó permitiendo una libertad racional en la expli-

¹ Confess, lib. XII.

cacion de estos puntos secundarios, aunque requiriendo siempre que en su interpretacion se observen los principios hermenéuticos que deben guiar al cristiano en la interpretacion de la palabra divina.

Aprovechándonos de esta prudente libertad, entremos en el exámen ó interpretacion de la historia de la creacion, tal como nos la presenta el texto sagrado. No sabemos si lo que vamos á decir parecerá á alguno nuevo ú original en ciertos puntos; pero nuevo ó antiguo, ajeno ú original, lo ofrecemos al juicio de los que lo saben, y singularmente al de quien sabe más que todos, que es la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

«En el principio crió Dios el cielo y la tierra; y la tierra estaba confusa y vacía; y las tinieblas cubrian la faz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» Con estas palabras se abre la historia del mundo, que es la historia de las maravillas de Dios y de la efusion de su amor infinito sobre todas las criaturas. La Soberana Majestad de Dios, despues de haber estado por la eternidad sola, gozándose en sí misma y en la contemplacion de sus perfecciones con una felicidad y bienaventuranza infinita, queriendo comunicar á otros séres algun rayo ó semejanza de su virtud, determinó crear este mundo que vemos llamándole del no sér al sér con el poder de su palabra viva, eficacísima é incontrastable. De esta palabra brotó en el principio de los tiempos cuanto hay en el cielo y en la tierra, no como desarrollo, desenvolvimiento ó emanacion de la divina sustancia, sino verdaderamente de la nada, sin ninguna materia precedente, y por la librevoluntad del sér Divino. Cuando salió de los lábios divinos esta palabra, y en qué tiempo surgieron de la nada los mundos, no es posible averiguarlo. No hay parálage, dice elegantemente un autor, que nos permita calcular la distancia de tiempo que media entre el momento actual y el del acto creador; pero los fenómenos que presenta el universo son de tal

naturaleza, que declaran con toda evidencia que han debido de tener un principio, confirmando admirablemente la enseñanza de la fe, «por la cual, dice San Pablo¹, entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía.»

No hay duda, que como Dios habia podido dejar de criar el mundo, así pudo constituir la universalidad de las cosas en un instante, y en la misma forma, ornato y disposicion que actualmente guardan en sí. Mas aquella Providencia adorable que lo dispone todo suavemente, se complació en criar este mundo en un estado de sencillez, uniformidad y simplicidad prodigiosa, á fin de que los elementos mundanales, partiendo de esta sencillez, se fuesen levantando poco á poco, y como por sus grados, hasta llegar á la última perfeccion y grandeza á que estaban destinados. Esta confusion primordial, esta sencillez y desórden, ó más bien falta de órden, de disposicion y armonía, son las *tinieblas* que, al decir de las Sagradas Escrituras, cubrian la faz del *abismo*, es decir, de la materia universal de donde habian de surgir en adelante toda la variedad de las criaturas. Dichas tinieblas no hubieron de durar mucho tiempo; ya que la materia juntamente con el sér recibió un principio de actividad que interiormente la agitaba y removía; y como este principio era el reflejo de la actividad infinita que bulle en el seno de la Divinidad, soplo vival ó vivificador emanado de la virtud de Dios é imágen de su claridad y de su lumbré, cuando removía á la materia y la sacaba de su inercia y quietud, bien se puede decir que el mismo Espíritu de Dios movía, alteraba ó meneaba, y como si dijésemos, usando la frase de un autor antiguo², fomentaba y engoraba la superficie

¹ Hebr. xi, v. 3.

² El P. Fr. José de Sigüenza en su obra *Historia del Rey de los Reyes*, lib. II, cap. I.^o, manuscrito precioso que debo á la munificencia de mi amigo entrañable D. Aureliano Fernandez Guerra.

de las aguas, esto es, de la materia en aquel estado fluidiforme, etéreo y de excesivo enrarecimiento que tuvo en sus principios.

Tal es la idea que da la Biblia acerca de la creación del universo, creación que ora la consideremos instantánea y total, ora sucesiva y parcial en cada punto de tiempo, contesta á maravilla con lo que han discurrido sobre el particular astrónomos y matemáticos insignes, y con lo que acerca del estado primitivo de la materia enseñan las varias partes de la ciencia moderna, en especial la más bella y reciente de todas, la teoría dinámica del calor.

Esta creación del universo, esta producción primitiva, caótica, rudimentaria, ó mejor diríamos sustancial de los elementos del mundo, no debe confundirse con la producción de los seres específicos é individuales, y su aparición sucesiva en el espacio. Aquella, hecha en el principio de los tiempos, fué el primer acto creador sobre la materia universal, la educación de la nada, el llamamiento del no ser al ser de los elementos mundanales; esta fué la sucesiva perfección, y como elaboración de esta misma materia, el desenvolvimiento del germen contenido en aquellos elementos, la luz brotando de las tinieblas, la distinción y armonía surgiendo de la unidad. La primera está contenida en los tres primeros versículos del Génesis, considerados, no sin razón, como proemio, principio é introducción de la obra divina; la segunda recorre desde el versículo tercero hasta el principio del capítulo segundo en que concluida la obra divina, nos dice la Escritura Sagrada, que fijando Dios sus ojos sobre cuanto ha salido de su Omnipotencia, lo dió por bueno y conforme al plan de su sabiduría. Sobre la primera pocas son las dificultades que se han suscitado; no así sobre la segunda, objeto de controversias innumerables, ora se refieran al tiempo que duró la estructura y elaboración de los elementos del mundo, ora á los fenómenos que resultaron de dicha elaboración.

Para deslindar estas dificultades y poner en la conveniente claridad los puntos que nos han de servir de base en su resolución, conviene anteponer una idea que, aunque no está contenida explícitamente en las sagradas Escrituras, lo está implícitamente. «Acordarte has, dice Moisés, en nombre de Dios ¹, del día de reposo para santificarlo; seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios..... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el día séptimo; por tanto Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.» Estas palabras nos llevan á afirmar que la institución de la semana tiene por base la obra divina de la creación, ó que el orden de esta se corresponde con el orden ó serie de los días de aquella, de manera que entre el período, espacio ú orden del tiempo empleado por Dios en la formación del universo y el período de siete días del trabajo del hombre, hay estrechísima relación, cual si la semana divina fuese el tipo de la humana, ó esta la causa, móvil ó intento final de aquella.

Sin duda alguna habría Dios podido criar ó más bien formar y disponer el mundo (pues de su disposición y estructura hablamos, y no de su creación) en un solo período, en un día, en un momento. Es notorio que San Agustín ² creyó que en efecto así había sucedido, atribuyendo la distinción de *seis días* á la imperfección del lenguaje ó del entendimiento humano, que no puede expresar ó concebir sino de una manera parcial y sucesiva lo que á la infinita virtud de Dios fué factible en un instante. No discutiremos largamente sobre esta opinión, aunque ha-

¹ Gen. II. 3. XIX. 27.

² De Genes. ad litteram. L. IV, c. xxxiii, núm. 52. A esta opinión se inclinaron Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura y no pocos de los antiguos escolásticos. Sobre lo cual merece leerse la obra de F. B. de Aguirre *Dies angel. Augustini* p. 71-74; la cual, aunque no suele citarse, es la más curiosa, docta y magistral acerca de esta materia de San Agustín y sus intérpretes.

blando de ella con el debido respeto, cual conviene siempre hablar de todas las que han propuesto sobre puntos tan controvertibles como los que se tratan en este capítulo, autores graves, honrados y católicos, no dejaremos de observar que según la óbvía inteligencia de la narración bíblica, en la obra divina parece haber habido verdadera sucesión, y que si el autor inspirado la representó en seis cuadros, épocas ó períodos, fué porque verdaderamente estas épocas ó períodos correspondían á las fases de la obra de Dios, fases distintas unas de otras, de tal manera, que como los días de la semana del hombre se suceden unos á otros para formar un todo compuesto de seis períodos sucesivos, así los cuadros, períodos ó fases de la narración bíblica se sucedieron en realidad las unas á las otras; y todas juntas, dieron unidad á la obra inmensa, reposada, secular, y cada vez más perfecta del Dios Todopoderoso. «No nos ha revelado Dios (son palabras del Dr. Reusch 3), la división de la creación en siete épocas, sino por la analogía que ha querido establecer entre la semana divina de la creación y la semana del trabajo del hombre.» «Verdad es, añade el docto alemán, que esta analogía sería perfecta si las unidades fueran de una misma especie en una y en otra semana; es á saber, si los siete días del relato de la creación fuesen de veinte y cuatro horas como los nuestros. Sin embargo, existe siempre la analogía, aún cuando las partes que componen las dos semanas no sean de igual duración, y á pesar de que, por ejemplo, la semana divina en vez de partirse en siete períodos de veinticuatro horas, se divida en siete períodos de duración más larga.» De esta consideración se deduce que para estudiar la obra de la creación, hemos de tomar por punto de partida, la idea de semana más bien que la idea de día, el conjunto ó el número más bien que sus partes integrantes; en fin, la suma de siete unidades que com-

3 Reusch, *La Bible et le nature*, p. 154.

ponen un todo perfecto es lo esencial, importando poco que estas se apliquen á horas, días, meses ú otro período de tiempo 1.

Presupuesta esta idea, que nos parece clarísima y basada en el texto sagrado, preguntamos: ¿cuál es el orden que guardan entre sí estos períodos, fases ó cuadros de la creación, tales como nos los presenta el sagrado texto? ¿Corresponde exactamente al que tuvieron los seres ó acontecimientos que figuraron en dichos períodos? ¿Fué criando y produciendo Dios estos seres por el mismo orden en que nos los presenta la divina Escritura? No es posible dejar de responder afirmativamente á estas preguntas, á lo ménos hablando de una manera abstracta y en general.

Procediendo ya á la exposición de estos acontecimientos, admitamos como la más seguida y probable, la teoría de La Place, teoría que hemos indicado más arriba, y que

1 Esta idea ú opinión que á alguno podría parecer moderna, hace mucho tiempo que sonó en las escuelas, entre los teólogos y expositores de la Sagrada Escritura. Oigase si no lo que dice el P. Luis de Molina acerca de lo que enseña el M. Cano sobre este punto en sus comentarios manuscritos á la primera parte de la Suma de Santo Tomás: *Reddit Canus rationem cur, Deo inspirante, Moyses in eum modum fuerit locutus: quoniam, inquit, lex ad duo ordinatur, nempe, ad Deum colendum, et ad instruendum hominem in vita politica. Quum ergo cerneret Moyses ad utrumque expedire ut homines sex diebus laborarent et septimum quemque ad memoriam beneficii creationis divino cultui dicarent ita fabricam hujus mundi, Deo inspirante, factam fuisse narravit ac si Deus sex diebus quae in eo continentur fecisset et septimo die a fabrica cessasset; ut vel ea ratione homines ad laborem et divinum cultum memoria et exemplo beneficii creationis allicerentur....* (De opere sex dierum Disp. 1, en sus Coment. in primam. partem. Divi Thomae edición de Cuenca, 1592, col. 1929-1930). No podía hablar con más claridad el maestro Cano.

Al imprimirse este capítulo llega á nuestras manos un artículo de la *Dublin Review* (N.º de Abril de 1881), intitulado *The days of the week and the works of the Creation*, y en el cual su docto y autorizado autor, Lord William Clifford, Obispo de Clifton, demuestra, á nuestro modo de ver conclayentemente, que la base necesaria de toda explicación de los primeros versículos del Génesis es esta de la relación entre la obra de Dios y la semana del hombre. Considera además la relación genesiaca no como una explicación científica de la formación y estructura del mundo, sino como la consagración de cada uno de los días de la semana á Dios por razón ó bajo el aspecto de alguna de sus obras. Esta teoría, como se ve, allana muchas dificultades, pero tal vez no dé bastante razón del orden con que el autor inspirado coloca las obras divinas. De todas maneras, dicha doctrina ó manera de ver prueba la grande incertidumbre que hay en estas cuestiones, al paso que la latitud y libertad que en tratarlas hay en la Iglesia.

aunque contestable en algunos puntos secundarios, es generalmente admitida en sus bases esenciales por los matemáticos más ilustres modernos; pero adelantémosnos al valeroso astrónomo y convirtamos en cósmico y mundanal el sistema que él concibió únicamente para el imperio del sol y su grandiosa cohorte.

Preséntase ante todo á nuestra vista la materia cósmica en su estado informe y elemental, la sustancia pasiva é inerte expresada por el תהו ובהו (*tohu vabohu*) de los hebreos, junta ó acompañada de la fuerza activa, enérgica y fecundante que ha de poner en movimiento aquel gigantesco cadáver, el cual no aguarda sino la voz del Eterno para obedecerle sumiso. Apenas se abren los omnipotentes labios cuando al sonido de la divina imperial palabra la materia extendida por espacios inmensurables comienza á moverse y agitarse; obedeciendo al divino mandamiento, el תהו ובהו y el רוח האלהים (*ruaj haelohim*), la materia y la fuerza, los dos elementos necesarios para la composición de los cuerpos se juntan en consorcio indisoluble; y en virtud de esta unión, los átomos ó moléculas materiales agitados, movidos los unos hácia los otros, comienzan á girar en torno de centros determinados, se atraen y repelen, y acelerándose cada vez más este movimiento, ora de atracción, ora de impulsión, resulta en la masa de la materia universal aquella forma de energía particular que la presenta al principio vaporosa y fosforescente, más tarde esplendorosa y brillante, y finalmente en un estado de deslumbradora claridad é ignición.

Tal se presenta á los ojos del inspirado escritor la nebulosa primitiva de donde han de brotar en adelante los soles, los planetas, los satélites, cuantos astros giran hoy á distancias, inmensurables en el espacio: y arrebatado de entusiasmo, é inspirado é iluminado por luz sobrenatural, la describe diciendo: «En el principio (de los tiempos) dijo Dios: «sea la luz» y la luz fué,» irradiando ésta en el

espacio y dejando sentir en todos los elementos materiales por Él difundidos los efectos de su virtud; y viendo el Señor en este movimiento é irradiación el cumplimiento de la divina voluntad, la aprueba y tiene por buena y conforme á sus soberanos designios. Con tan sublimes palabras describe el movimiento primordial de la materia el sagrado escritor; así ve brotar de los labios del Eterno el sublime יהי אור (*iehí or*), brillante efusión de la Palabra in-creada; tal ve surgir de los abismos insondables el dorado gérmen, de cuyo desarrollo ha de surgir en adelante la magnífica variedad de fuerzas y fenómenos que hermocean el universo; y volviendo la vista al abismo de donde emanaron los rayos de oro de la primera luz, vislumbra fragmentos luminosos que se desgajan del centro común, que ruedan fragorosos sin saber á dónde, que amoldados según leyes universales pueblan la inmensidad del espacio, desprendiéndose incesantemente nuevos pedazos, nuevos mundos, nuevas esferas luminosas de aquella inmensa esfera de lumbre, que emulando á su infinito artífice parece que nunca se gasta ni consume, nunca se amengua ó mengua. Obrando las fuerzas que la animan con varia intensidad en los diferentes puntos de su masa, se forman muchos centros de atracción y energía, resultando unas partes del espacio oscuras y tenebrosas, y otras luminosas y brillantes. Y esta es la división que al decir de la Escritura, estableció entre la luz y las tinieblas; mas así ésta como aquella están sujetas al dominio de su autor, que las llama á una y á otras por su nombre, y á quien acatan y obedecen como á criador soberano.

Esta obra del poder divino es llamada por el sagrado escritor el día primero. «Y fué la noche y la mañana, dice, un día.» Esta frase se repetirá en el texto sagrado en adelante al fin de cada una de las seis partes de la obra divina. El valor etimológico de la palabra ערב (*éreb*), usada por noche, indica desorden, confusión y tinieblas, así como בקר (*bóqer*),

dia, quiere decir distincion, órden y claridad; por manera que contando los hebreos el dia desde la puesta del sol y principio de las tinieblas, el sentido del texto sagrado es: y he aquí que despues de la confusion y desórden parecido al de la noche, amaneci6 el órden y la claridad, como de una mañana clara y serena. Este es el primer dia de la creacion; dia grandioso, el primero del mundo, dia en que pronunciando Dios aquella palabra que resuena aún en nuestros oidos, la frase omnipotente *iehí or* (SEA LUZ), la luz se hizo y continúa aún brillando y respondiendo por siglos de siglos á la voz de su divino Hacedor.

Mas hace tiempo que este globo en que vivimos soltó los pañales de su infancia, segun la valiente frase de Job, y creciendo y fortificándose con el andar de los siglos fué presentando los grandiosos fenómenos de su juventud. A describirlos corre presuroso el entusiasmado poeta, que al fin es el historiador escogido por el cielo para contarnos sus maravillas, y dejando incompleta la fábrica de los astros que continúan su lenta evolucion, se fija en los acontecimientos que pasan en nuestra tierra, que ha de ser teatro de las grandezas y misericordias divinas, cuya historia ha de narrar á las generaciones futuras; y entra en la descripcion del segundo cuadro que se ofrece á su vista.

Al cabo de tiempo incalculable sometida la materia que compone nuestro globo á misteriosa inexcutable operacion, suma de todas las energías físicas, químicas é impulsivas que la animaban, fué diferenciándose y dividiéndose en elementos ténues, sutiles y livianos, que por su ligereza se levantaron á lo alto, y otros líquidos y consistentes que por su gravedad descendieron á lo bajo, formándose así una esfera enorme, sólida y apretadísima en el centro, con capas sobrepuestas unas á otras, segun el órden de su densidad, y envuelta toda en una atmósfera gaseosa y aeriforme que se extendía probablemente aún más allá de

la órbita actual de la luna. Enfriada esta atmósfera por la radiacion en los espacios planetarios, condénsanse los vapores en ella suspendidos, formando á cierta distancia como un toldo de nubes que más y más enfriadas envian á la tierra lluvias torrenciales; las cuales evaporándose antes de llegar á ella, se remontan de nuevo para condensarse y liquidarse otra vez, hasta que cada vez más potentes, más eficaces, victoriosas al fin, al cabo quizá de millares de siglos, vencen la altísima temperatura del suelo y se fijan y depositan en él cubriendo su redondez como en un océano de aguas. En el fondo de estas aguas cenagosas hubieron de aparecer los primeros gérmenes de la vida, no por un desarrollo de la energía que hasta entonces habia obrado en la naturaleza material, sino por la intervencion de una virtud que excede las facultades de la materia, que reduce á unidad sus elementos, que les imprime movimiento y vigor y aquella forma determinada que se trasmite perpétuamente de uno en otro individuo de la misma especie. No es posible adivinar las primeras formas bajo las cuales apareció por primera vez esta misteriosa energía; lo único que parece seguro ó muy probable es que esta aparicion tuvo lugar en el fondo de los mares ¹ y bajo dos formas distintas: primero la vegetal, y despues la animal, siendo los primeros representantes de aquella en el terreno silúrico, las algas de varia forma y magnitud, y de ésta los graptolitos, lúngulas, trilobitas y otros radiados de organizacion muy sencilla y elemental. Esta fué la obra del segundo dia, descrita por el sagrado

¹ El conde Saporta en un reciente ensayo, *L'Anciens végétation polaire*, pretende deducir por bien encaminados razonamientos, que los primeros gérmenes de la vida hubieron de aparecer en las regiones polares de nuestro globo. Acerca de las primeras formas en que aparecieron, puede verse ya este mismo ensayo de Saporta, ya las obras de otros autores que han tratado más especialmente estas materias; entre los demas, el libro de Jean d'Estienne *Comment s'est formé l'univers*, el de Pozzy *La torre et le récit Biblique de la Création*, y la preciosa obrita, escrita en ingles *The present and past life of the globe* by David Page, donde se exponen en estilo popular muchas de las cuestiones que no es posible desenvolver en este capítulo con la holgura y extension convenientes.

historiador en esta forma: «Y dijo Dios: Haya expansion en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas; é hizo Dios una expansion (esto es, un espacio ó ensanchamiento), y apartó las aguas inferiores (extendidas como vasto océano por la redondez de la tierra) de las superiores (que en forma de vapor estaban suspendidas en la atmósfera), y fué así, y llamó Dios á la expansion cielos, y fué la tarde y la mañana el día segundo.»

Al describir el sagrado historiador este segundo prodigio del Altísimo, sabe que aún no está acabada la obra, y que aquellos dos inmensurables depósitos, es á saber, la tierra y la atmósfera que la rodea, se van preparando en naturales habitaciones para los seres que con el tiempo los han de adornar, y cuyos primeros representantes ya hemos visto aparecer en las formaciones de los terrenos primitivos: mas mientras aguarda el final de esta operacion, se le presenta otra tercera que inmediatamente pasa á describir.

Las materias que forman el interior de la tierra, sometidas por una parte á la altísima temperatura y por otra á la acción del sol y de la luna, que aunque no visibles todavía ejercen ya en nuestro globo poderosísima influencia, rompen la endeble corteza que las mal contiene, la resquebrajan por mil partes, y surgiendo impetuosas en forma de chorros ó columnas líquidas formidables, alteran profundamente su estructura. A vueltas de mil catástrofes espantosas (ora súbitas y violentas, como sostenian antiguamente los geólogos, ora lentas y graduales, como sostiene hoy la mayor parte)¹, pero de cuya fuerza y efectos no podemos formar idea por las que se verifican á veces en el mundo, levántanse las islas y los continentes, húndense los mares, recogiénose en ellos la inmensidad de las aguas; mil veces se chocan y mezclan y sobreponen

¹ Sobre esto puede verse en la revista inglesa *Nature*, Agosto 20, 1880, un discurso pronunciado por Mr. Crombie Ramsay.

las varias capas de sedimentos que se habian formado; mil veces se verifica aquello de

Et mare contrahitur, siccaque est campus arenae
quod modo pontus erat: quosque altum texerat aequor
existunt montes 1,

hasta que al cabo de siglos innumerables el imperio del fuego cede al de las aguas, y el globo aparece en un estado de aparente quietud. Por efecto de una enorme evaporacion, extiéndose sobre la tierra una atmósfera tibia, brumosa y saturada de elementos volátiles, que cayendo en lluvias diluviales, desagregan y arrastran en pos de sí cuanto encuentran al paso; y la vida vegetal, favorecida por tales circunstancias, se desarrolla con una energía que no sólo sobrepuja inmensamente todo lo que habia aparecido en la época anterior, sino que no ha sido superada en adelante. «Nada en la época actual, dice Pozzy, ni aún en la más vigorosa y lozana vegetacion de los trópicos, puede dar idea de la magnificencia de la flora en este período.» «Esta fué verdaderamente, añade Hugo Miller², la época de las yerbas y de las plantas que llevan semilla.» Un manto tupidísimo de verdura cubria y alfombraba toda la tierra. Las plantas criptógamas y fanerógamas ostentaban toda la opulencia de su frondosidad y la gracia y elegancia de sus formas. Los helechos, con la riquísima variedad de más de ciento y cincuenta especies, ya desparramaban sobre el suelo las riquezas de sus hojas, ya esbeltos y arborescentes se levantaban hasta treinta y cuarenta piés de altura, cimbreando en su extremidad una copa ó penacho de hojas hendidas y dibujadas como el encaje más delicado. Las sigilarias, con un tronco de tres metros de espesor, erguian sus cimas plumosas hasta setenta y cinco piés de elevacion, y hasta noventa los lepidodendros. Debajo de estas yerbas arbores-

¹ *Ovid. Metam.*, lib. III, v. 472.

² *Testimony of the rocks.*

centes brotaban hongos de extraordinaria magnitud, y los helechos y las plantas acuáticas se entrelazaban de una manera inexplicable. Lo más sorprendente de esta vegetación era la rapidez de su crecimiento. Muchas de estas plantas eran anuales, y «el tronco de las calamitas, dice Zittel, llegaba en pocos meses á tener treinta piés de diámetro.» Dicha vegetación suponía un estado de calor y de humedad de que apenas podemos formarnos idea. Merced á tales circunstancias se iban formando bosques espesísimos de plantas que, creciendo y renovándose cada año, criaban los grandes depósitos de carbon que hoy día yacen esparcidos por el suelo, purificando además la atmósfera con la concentración del ácido carbónico, que impedía el desarrollo de la vida animal, la cual se manifestaba únicamente en el fondo de las aguas. Sin embargo, el aspecto de tan grandiosas magnificencias hubo de ser triste y monótono. Las aguas que serpeaban á través de estas selvas frondosísimas, ya recogidas en rios caudalosos, ya derramadas, formando esteros y lagunas, no retrataban los colores de ninguna flor, ni siquiera el verde ramaje de la vegetación que se desarrollaba en su seno. Los dorados rayos del sol, incapaces de penetrar aquella densísima atmósfera, no difundían más que una ténue opaca claridad, que apenas permitía ver el tinte verdinegro de las plantas que con tanta pujanza se desenvolvían; ningún ave venía á turbar ó á alegrar con su canto el silencio de esta vegetación; y la vida animal, aunque más rica que la desarrollada en los terrenos silúrico y devónico, aun apenas se manifestaba fuera del fondo de las aguas, estando, por consiguiente, falta de los insectos, reptiles, aves y mamíferos que tanta belleza y variedad prestan á la naturaleza.

Al estudiar esta época geológica, tan extraordinaria en la vida vegetal, no hay quien no recuerde inmediatamente las palabras con que el escritor sagrado describe el día tercero de la creación. «Y dijo Dios, dice, júntense las

aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la parte seca y árida de la tierra, y fué así. Y llamó Dios á la seca tierra, y á la reunión de las aguas llamó mares. Y vió que esto era bueno, y dijo Dios: produzca la tierra yerba verde; yerba que dé simiente, árbol de fruto que dé fruto segun su género, que su simiente esté en él sobre la tierra, y fué así; y produjo la tierra yerba verde, yerba que dé simiente segun su naturaleza, y árbol que dé fruto, cuya simiente esté en él, segun su género, y vió Dios que esto era bueno; y fué la tarde y la mañana del día tercero.»

Antes de pasar adelante en la descripción de los fenómenos acaecidos en la formación ó disposición del universo, tal como lo cuenta la Sagrada Escritura, hagamos alto recorriendo de una mirada el camino que hemos andado, guiados y conducidos por el divino historiador. Al contemplar en su conjunto las diversas fases de la obra del Criador, al pensar en las luchas terribles de las fuerzas de la naturaleza, en los momentos de luz y claridad, de desorden y confusión con que la ha ofrecido á nuestros ojos la pluma del soberano escritor, sobrecógese el ánimo de asombro y admiración. ¡Con qué orden describe el inspirado autor los varios períodos de la obra divina! ¡Qué atención la suya en acompañar en sus inciertos titubeantes pasos á esa tierra, objeto de sus cariñosos cuidados, hasta verla al fin salir triunfante de los peligros y contrastes que á cada momento la amenazan! ¡Qué armonía entre la narración bíblica y las doctrinas científicas más seguras y añanzadas! Sobre todo, ¡cómo en esta maravillosa narración aparece incomparablemente magnífica la acción de aquella infinita Esencia, principio y origen de todo, que fundó la tierra con sabiduría y afirmó los cielos con inteligencia ¹, cuya eficacia y divino poder traspasa en cada aliento de la vida del universo, y que preparó y hermoseó

¹ Prov. III, 19.

este templo vastísimo, inconmensurable, donde se esculpieron y se adoran sus divinas perfecciones!

Y ahora, extendiendo la vista al camino que nos falta que recorrer, cuando estudiada la obra de los tres primeros días genesíacos, pasamos la consideración á la que se realizó en los tres siguientes, no es posible dejar de advertir, mirándolos en su conjunto, una correspondencia y paralelismo singular entre una y otra parte de la obra divina. Porque si el primer día vibran los rayos de la luz, en el cuarto aparecen los cuerpos luminosos, el sol, la luna y las estrellas; si en el segundo se separan las aguas inferiores de las superiores y en medio se tiende el espacio ó atmósfera respirable, en el quinto se mueven en el fondo de las aguas los peces del mar, y vuelan por el aire las aves del cielo; y finalmente, si en el tercero sale de entre las aguas la tierra y se cubre y viste de plantas, en el sexto se nos presenta poblada de animales, para cuya habitación se hizo la una y se prepararon las otras para su conservación y mantenimiento. Es sabido que advertido por los doctores escolásticos ¹ este paralelismo entre ambas partes de la obra divina, la dividieron en dos, una que llamaron *opus distinctionis*, en la cual los seres se fueron formando y diferenciándose los unos de los otros, y otra *opus ornatus*, en la cual llegaron á la perfección que á cada uno de ellos en su especie le estaba señalada. Ni los modernos han dejado de reparar en este paralelo, digno ciertamente de Aquél que hace todas las cosas en número, peso y medida. En vista de esto cabe preguntar: esta armonía y correspondencia de fenómenos ¿es puramente extrínseca y casual, ó rítmica, como la llamó alguno ², ó más

¹ S^ti Thomae Summ Theolog. p. 1, q. LXX, a. 1.

² Este es Reynolds, uno de los autores que han expuesto este paralelismo con más concisión y belleza. Dice así en su obra *The Supernatural in nature*: «The arrangement in Scripture is probably rhythmical, not scientific; we have not only six days apportioned into three triplets, so that the work of the first is completed in the fourth, that of the second on the fifth, and that of the third on the sixth; but the two triplicates are headed by the seventh or Sabbath day. The triplicates themselves are triple: in vegeta-

bien íntima, esencial y necesaria? ¿Representan dos series ú órdenes de acontecimientos análogos, ó más bien unos mismos acontecimientos desarrollados bajo dos fases, aspectos ó puntos de vista, ó digamos mejor bajo su relación de principio y fin? El modo de hablar de los antiguos escolásticos, como de algunos modernos naturalistas, parece indicar la primera suposición, esto es, dos órdenes de fenómenos completamente separados unos de otros, que se verifican sucesivamente y están representados por los seis días de la creación; mas tal vez el relato bíblico no se oponga á considerarlos de distinta manera, esto es, como cuadros diferentes de unos mismos órdenes de fenómenos. Según esta opinión, que ya en el siglo pasado sonó en las escuelas católicas ¹, y que hoy se abre otra vez camino fortificada con los argumentos que le prestan los adelantos, así bíblicos y exegéticos, como científicos y geológicos, la cosmogonía real podría reducirse á tres operaciones capitales, con dos extremos de principio y fin bastante fijos, determinados y sensibles en cada uno de ellos; pero de modo que ni la primera operación se completara antes de empezar la segunda, ni la segunda antes de empezar la tercera, sino que habiendo verdadera sucesión en los principios de todas (lo cual constituye los tres primeros cuadros), la continuación de ellos fuese simultánea, viniendo finalmente á distinguirse de nuevo en su término, lo cual constituye los tres cuadros restantes. De esta manera el

tion, grass, herb, tree; in light, sun, moon, stars; in life from the water, fish, bird, creature of length; in life from the ground, wild beast, cattle, creeping thing. Over all this life man is constituted king. (Study VI. p. 121 de la primera edición.)

¹ El primero que emitió esta idea fué al parecer Michelis, profesor de Teología en la Facultad católica de Breslau, hácia fines del siglo pasado; mas á lo que se puede colegir de lo que cita de él Gütler en su obra *Naturforschung und Bibel*, parece que aquel docto escritor consideró y presentó la división de la obra divina de una manera ideal más bien que real y efectiva. Hále seguido de cerca Schultz, actualmente profesor de Filosofía en Braunsberg; pero quien ha puesto esta cuestión en la mayor claridad, desenvolviéndola de las nieblas del idealismo germánico, es nuestro compañero el P. José Uriarte, de la Compañía de Jesús, en una doctísima disertación manuscrita que nos ha franqueado, y á cuya lectura nos reconocemos deudores, ya de la idea á que se refiere esta nota, ya de algunas otras esparcidas en el presente capítulo. *Cuique suum*.

dia cuarto vendría á ser complemento del primero, el quinto del segundo, y el sexto del tercero. Con esto, es claro que los tres últimos son paralelos á los primeros, bien para responder á la série real de sus principios, bien por el hecho de haberse terminado en este orden las tres capitales, ó las seis parciales operaciones.

Esta opinion, que hermenéuticamente considerada parece admisible, tiene la ventaja de resolver la mayor dificultad que contiene el relato bíblico de la creacion, y que consiste en que, segun el sentido aparente de la Biblia, los peces no aparecen en la escena del mundo hasta el dia quinto, despues de las plantas, por consiguiente, las cuales ya se muestran en toda su lozanía el dia tercero; orden que está en abierta contradiccion con los datos geológicos que ponen la existencia de los animales marinos, no ya en el terreno pérmico correspondiente al quinto dia, sino tambien en el carbonífero, en el devónico, en el silúrico y aún tal vez en el cámbrico y laurentino. No ignoramos las soluciones y salidas que se dan á esta dificultad ¹; pero

¹ Segun Pozzy (*La terre et le récit biblique de la creation*, l. III, c. IV, p. 323), esta es una de las dificultades más serias con que ha tropezado hasta ahora la conciliacion de la Biblia y de la geología; y por lo mismo es de extrañar no verla mencionada, ó por lo ménos tratada, segun requiere su importancia, por los que se han ocupado más directamente en dicha conciliacion. Aquel docto escritor, sintiendo su fuerza, la expone en los siguientes términos: «En effect, ¿que dit la Bible, que semble-t-elle dire tout au moins d'après nos versions? Que les plantes et les arbres furent créés le troisième jour, les poissons seulement le cinquième. Or la géologie nous montre l'âge des poissons, ou période devonienne précédant l'âge des plantes houillères, ou période carbonifère. Ainsi ce que la Bible met avant, la géologie le met après, et vice-versa; le désaccord est donc complet.» Este Sr. Pozzy resuelve la dificultad diciendo que en el quinto dia la Biblia habla de la creacion de los monstruos y grandes animales marinos, y no de los peces en general, los cuales fueron creados, dice este autor, en el primer dia, que segun él debe contarse desde las palabras *Spiritus Dei ferebatur super aquas*, y no desde *dixitque Deus*, como opina la mayor parte ó la totalidad de los expositores. Prescindiendo del trastorno de la simetría que resulta en el texto sagrado de la interpretacion de Pozzy, el argumento principal con que pretende apoyar su teoria, parece de poco valor; pues la palabra hebrea רִיָּו no significa reptiles de respiracion pulmonar, dotados de hábitos acuáticos ó animales anfibios, como desearia Pozzy, sino como dice Gesenius (*Thes.* p. 1482) reptilia, aquatilia minora, ó segun Winer (*Lexic. man.* p. 1028), *bestiolæ quibus vel mare vel terra scattet*, que es precisamente lo contrario de lo que habia de significar para sacar verdadera la teoria ó explicacion de Pozzy.

respetando la ciencia y la sinceridad de sus autores, nos parece que no acaban de satisfacer á todos los reparos, los cuales tienen completa solucion en el sistema que hemos propuesto. En efecto, siendo el dia quinto complemento del segundo, y comprendiendo ambos la misma clase ú orden de fenómenos, no es extraño que terminara en éste lo que empezó en aquel, y que la creacion ó aparicion de los peces empezara realmente en el dia segundo, como lo demuestra la geología, aún cuando no lo diga expresamente la Sagrada Escritura. Con esto se verificaria lo que sucede muchas veces en el texto sagrado, es á saber, que un hecho científico claro explica un lugar de la Escritura oscuro, ó mejor, mal entendido é interpretado.

En esta opinion, ademas, se allanan y facilitan, ó más bien, no tienen razon de ser las cuestiones movidas sobre la significacion de la palabra יוֹם *yom*, (*dia*) atribuyéndole unos el sentido de período de veinticuatro horas, y otros el de tiempo ó espacio indefinido. El *yom* hebreo, como el $\eta\mu\epsilon\rho\alpha$ griego y el *dies* latino, podrá en algun caso significar temporada ó período de tiempo larguísimo é indeterminable; pero darle este significado en la narrativa de la creacion, parece inconveniente y aún arbitrario y gratuito. «Quien quiera, dice el Dr. Reusch ¹, que no sea absolutamente peregrino en el conocimiento de la lengua hebrea y en la exegesis bíblica, no puede ménos de sonreirse al oír afirmar con seriedad que la palabra hebrea *yom* no significa dia solamente, esto es, un período limitado de tiempo, sino un espacio más largo é indeterminable.» Y nosotros añadiremos á tan discreta observacion del docto alemán, que pretender con esta explicacion resolver y ahuyentar, como con misterioso talisman, las dificultades que ofrece el texto sagrado, es no entender la esencia de estas dificultades. Si hay dificultad de importancia en el texto sagrado, no consiste precisamente en la necesidad de ad-

¹ *La Bible et la nature*, p. 150 de la traducción francesa.

mitir un período de tiempo más largo que el de veinticuatro horas para la formación de los terrenos, y de los vegetales y animales que aparecen en la escena del mundo, sino más bien en la manera, en el orden y sucesión con que aparecen estos seres u objetos.

No debe haber inconveniente ó dificultad en conceder, antes es de todo punto necesario admitir, que el *yom* hebreo significa día natural; pero así como decíamos al principio de este capítulo que la semana de la creación es tipo de la semana del hombre, así el día divino corresponde al humano y es su símbolo ó contraparte; y cuando se dice día primero, segundo, tercero, etc., debemos entenderlo así como suena, pero teniendo en cuenta la razón simbólica y representativa de estas locuciones. Por donde, aunque la palabra *dia* denota espacio de veinticuatro horas, en el relato de la creación puede no denotarlo y tomarse metafóricamente. En resolución, como el día de la semana del hombre es parte de esta, así son partes de la semana divina los días de la creación, y como tales deben mirarse. En este caso, como se ve, las cosas se generalizan más, y el exegeta se libra de una porción de dificultades y pormenores, que son las que más enredan en discusiones de esta clase.

Mas dejando á un lado esta materia que, aunque importantísima para lo que intentamos en este capítulo, es á saber, la conciliación del relato bíblico con los hechos geológicos, es punto meramente opinable, y como tal lo proponemos; sigamos comparando una y otra historia de la creación del universo, esto es, la referida por el inspirado escritor, y la estampada con caracteres indelebles en el libro de la naturaleza.

Hemos visto cómo en el tercer día ó período de la creación, la vida vegetal, si bien representada por un número de géneros y especies menor que el que puebla actualmente el globo, adquirió desarrollo extraordinario. Esta

vegetación maravillosa, durando por siglos, al paso que acumulaba sobre el suelo capas espesísimas de materias orgánicas, purificaba la atmósfera, absorbiendo y asimilándose los miasmas minerales que turbaban su transparencia. En tanto el astro central, del cual se había desprendido la tierra, continuaba su lenta elaboración empezada el día primero, y así como antes de que se desgajara de él la tierra, ya había abandonado las masas materiales que formaron los planetas Neptuno, Urano, Júpiter y Marte, y otros asteroides y satélites, así después de la formación de la tierra, condensándose cada vez más, abandonó primero la masa material que formó el planeta Venus, y más adelante la de Mercurio, y si hay algún cuerpo más que forme parte de nuestro sistema. Y mientras que la tierra experimentaba las asombrosas revoluciones interiores y superficiales de los días segundo y tercero, la masa ignea del sol, reducida cada vez á menor tamaño, flechaba más vivos los rayos de su claridad, que venciendo al fin la bruma de nuestra atmósfera, penetraban hasta el suelo, iluminando con su dorado esplendor aquella tierra que, triste y asombrada hasta entonces, va á ser hermozada en adelante con su eficaz y soberana influencia.

Tal aparece sobre el horizonte el rey de nuestro sistema; tal extiende su majestuosa mirada sobre nuestro globo, y cuando, después de iluminar el hemisferio, pasa á la otra banda del mundo para iluminar otras partes de sus dominios; cuando parece que las tinieblas amenazan sumir otra vez á la tierra en el desorden y confusión de que había salido, una suave apacible claridad sucede á los resplandores del día, y el disco plateado de la luna, rodeado del centelleante ejército de las estrellas, se levanta en el firmamento, para señorear en el sereno espacio de la noche. Y estos dos grandes luminares, cuya aparición en el teatro del mundo hubo de influir eficazmente en el

desarrollo de la vida y en la determinación de los climas y estaciones, según convienen en reconocerlo todos los geólogos, son al propio tiempo destinados por Dios para que sirvan al hombre, término final y cúspide de la creación, como de medidas y reguladores de las épocas, años y días, y otras necesidades de su vida política y civil; providencia admirable que nos refiere el sagrado historiador en estas palabras: «Y dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos, para apartar el día y la noche, y sean por señales y para las estaciones, y para días y años; y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y fué así. É hizo Dios las dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor, para que señorea-se en el día, y la lumbrera menor, para que señorease en la noche; hizo también las estrellas, y púsolas Dios en la expansión de los cielos, para alumbrar sobre la tierra y para señorear en el día y en la noche, y para apartar la luz y las tinieblas; y vió Dios que esto era bueno. Y fué la tarde y la mañana del día cuarto.»

La influencia del calor solar sobre la tierra, siendo cada vez más viva y eficaz, señaló el fin del primer período del desarrollo de la vida orgánica en nuestro globo, y determinó el principio del segundo, llamado mesozóico ó intermediario, por ser medio entre el desenvolvimiento que tuvo en la edad ó período del segundo día, y el que ha de tener en el sexto, en las épocas ternaria y cuaternaria. En este período, en los terrenos triásico, jurásico y cretáceo y sus subdivisiones, además de las innumerables especies de animales inferiores que se disputan el imperio del agua, del aire y de la tierra, aparecen monstruos de desmesurada grandeza; el enorme ichthyosauo, de ocho á diez metros de longitud, anfibio, cetáceo por sus extremidades, pez por el cuerpo y lagarto por la cola y cabeza; el plesiosauo, tan grande y extraño como el anterior, pero que debía morar principalmente en los mares; el pterodáctilo,

reptil alado, especie de dragon volante que alcanzaba á veces extraordinaria longitud; el megalosauo, con un cuerpo largo de cerca de veinte metros; el ranforinco, el hileosauo y otras mil especies á cual más extrañas y desconocidas, que ora se mueven en el fondo de los mares, ora salen á la tierra, y suben á veces á la region del aire. Aquella fué en verdad la época de los monstruos marinos, y no puede ciertamente describirse mejor que con las palabras con que la describe el historiador sagrado. «Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptil de animal viviente, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y crió Dios las grandes ballenas, y toda cosa viva que anda arrastrando, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vió Dios que esto era bueno. Y Dios los bendijo diciendo: Fructificad y multiplicad, y penetrad las aguas en los mares y las aves se multipliquen en la tierra. Y fué la tarde y la mañana del día quinto.»

Las especies animales y vegetales del período secundario ó mesozóico distaban aún mucho de las que actualmente habitan la tierra, y sólo en alguno que otro individuo dejaban prever el futuro desenvolvimiento de la vida. En el principio de la época terciaria, correspondiente al día sexto del Génesis, en los terrenos llamados eocenos, aparecen los mamíferos, reunidos en grandes rebaños y surcando la tierra en todas sus latitudes: el paleoterio, animal herbívoro de variadas dimensiones; el anoploterio, especie de hipopótamo, algo parecido al caballo, aunque de piernas más cortas; el ágil y gracioso xifodon, y otras especies análogas de diferentes formas y tamaños. En el mioceno hállanse los restos del dinoterio, bestia terrible, especie de foca ó elefante, de seis metros de altura, que armada de durísimas quijadas de marfil, hiende el suelo para extraer las raíces, que son su alimento; del megaterio, montaña de carne, cuyos restos aparecen en nuestro Mu-

seo de Historia Natural; del milodonte, de hocico disforme y uñas descomunales; del mastodonte, mayor que el elefante actual, y de otras especies de grandeza desmesurada, que tenían su vivienda en los bosques; y en algunas partes del globo, como en Australia y Madagascar, hánse hallado aves gigantescas como el dinormis, el dronte y el epiornis, de más de tres metros de altura.

Grandes revoluciones y trastornos continúan aún agitando y modificando la estructura del globo; al compas modifícase también la vida, así vegetal como animal; perecen unas especies y se presentan otras nuevas, pero cada vez más semejantes á las actuales; y en el período que forma la transición entre la época ternaria y la cuaternaria, aparece el mammoth, especie de elefante cubierto de vello ó lana, cuyos restos han sido tal vez encontrados dentro de las nieves ó hielos de Siberia, y que no pocos naturalistas creen que vivió en los primeros siglos de nuestra era, y aún que vive todavía en las regiones inexploradas del Polo Boreal; el bos primigenius, de enorme cabeza; el cervus megaceros, el ursus speleus y otras especies, de ellas carnívoras, de ellas herbívoras, pero muy parecidas á las actuales. A esta fauna se aplica con admirable propiedad lo que dice el texto sagrado del día sexto de la creación: «Y dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes, según su género; bestias y serpientes y animales de la tierra, según su especie, y fué así: hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su especie, y todo animal que anda arrastrando sobre la tierra según su especie, y vió Dios que esto era bueno.»

Finalmente, concluida la obra de la creación, cuando la tierra, después de pasar por espantosas catástrofes y convulsiones, ha tomado ya la forma que era más conveniente al fin á que la destinaba la Divina Providencia; cuando levantados los continentes, hundidos los mares, establecidos los climas que diferenciando las estaciones, dan

variedad y esplendor á la naturaleza, reina en gran parte del globo una temperatura apacible; cuando las plantas, los árboles, la vegetación más rica y floreciente, esmaltan de verdor los campos y los collados, cuando discurren por la tierra las especies de animales más hermosas y útiles; en aquel día y momento solemne dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imagen, conforme á nuestra semejanza, y señoree en los peces de la mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en toda la tierra y en todo animal que ande arrastrando sobre la tierra. Y crió Dios al hombre á su imagen; á imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió. Y los bendijo Dios y díjoles Dios: fructificad y multiplicad y henchid la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar y en las aves del cielo y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra..... Y vió Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fué la tarde y la mañana del día sexto..... Y fueron acabados los cielos y la tierra y todo su ornamento.»

Así concluye el sagrado historiador la relación de la obra creadora ó formadora del universo, relación admirable, llena de majestad y grandeza divina, y tan conforme con lo que nos revela acerca de esta misma obra el estudio de la naturaleza, que cuanto más se comparan y estudian ambas relaciones, más verdadera aparece aquella palabra de uno de los hombres más sabios de nuestros tiempos: «O el autor del sagrado texto de la creación poseía un conocimiento de la naturaleza tan perfecto como el que se goza en nuestra edad, ó estaba inspirado por ciencia sobrenatural.»

CAPÍTULO XV.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—EVOLUCION DE LAS ESPECIES. ORIGEN DEL HOMBRE. SU ESTADO PRIMITIVO. LA CRONOLOGÍA BÍBLICA. DILUVIO UNIVERSAL.

EVOLUCION DE LAS ESPECIES.

EN el capítulo anterior, al desenvolver los problemas gravísimos que propone á nuestra inteligencia el estudio del orden con que fueron apareciendo los séres en la escena del universo, hemos visto como no hay la más leve contradicción, antes correspondencia admirable entre lo que nos dicen acerca de este punto las enseñanzas de la fe y lo que puede conocerse á la luz de los descubrimientos científicos más autorizados. Este estudio, aunque importantísimo, no es, sin embargo, el que más apasiona hoy á los cultivadores de las ciencias naturales, como los apasionaba hace treinta ó cuarenta años, cuando los adelantamientos de la geología revelaban nuevos mundos de séres que en tiempos antiquísimos poblaron la tierra, y que juntamente con el orden y disposición de los terrenos, la manera de su composicion y el tiempo que indicaban haberse pasado en su formacion y estructura empeñaban vivamente la curiosidad y daban lugar á profundos estudios é investigaciones acerca de la armonía entre la ciencia y la fe, en lo que enseñan una y otra sobre la formacion y poblacion de nuestro globo. Otra cuestion más alta, más oscura y trascendental, agita hoy las inteligencias; y como no ha sido siempre tratada con la prudencia, sabiduría y sinceridad que debe llevarse en esta clase

de discusiones, ha dado lugar á mayores debates y altercados acerca de sus relaciones con la fe, que la dicha controversia de la creacion ó formacion de la tierra. Esta cuestion es la que se refiere al origen de las especies, ora vegetales, ora animales, que han vivido y se han desarrollado en nuestro globo. No hay quien no haya oido hablar del *Darwinismo*, de la *seleccion natural*, de la *lucha por la existencia*, de la doctrina de la *evolucion*, y de otras hipótesis más ó ménos diversas unas de otras, pero que todas tienden á demostrar cómo los séres organizados provienen de un número muy limitado de especies, que á su vez se reducen á un solo tipo y á un solo sér, origen de toda la vida esparcida en el universo. Acerca de estas teorías vamos á decir breves palabras, considerándolas principalmente en lo que se refiere á su correspondencia con las verdades de la fe, punto que debemos tener especialmente presente en este ensayo.

El año de 1859 publicó Cárlos Darwin su famoso libro sobre el *origen de las especies*, donde desarrolló la hipótesis ó doctrina de la *evolucion*. Esta teoría no era nueva, pues hacía largos años que sonaba en las escuelas; ni aún tenía el mérito de ser expuesta por su nuevo apologista con la claridad, vigor de estilo ó elocuencia que podían hacerla especialmente recomendable; pero como *habent sua fata libelli*, el de Darwin consiguió levantar tan gran clamoreo de aplausos y reprobaciones, que por mucho tiempo apenas se hablaba de otra cosa en las Academias, Ateneos y círculos científicos que de la famosa teoría, no siendo los ménos fogosos y arriscados en hablar, disertar y escribir sobre ella (como sucede generalmente), los que ménos derecho tenían á hacerlo, es á saber, los que ménos la entendían. No es decible lo que se escribió, habló y disertó, y sigue hablándose y escribiéndose sobre el particular, dándose con esto ocasion, como es natural, á discusiones vehementes, y á la enunciacion de bellas teorías y de no

CAPÍTULO XV.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—EVOLUCION DE LAS ESPECIES. ORIGEN DEL HOMBRE. SU ESTADO PRIMITIVO. LA CRONOLOGÍA BÍBLICA. DILUVIO UNIVERSAL.

EVOLUCION DE LAS ESPECIES.

EN el capítulo anterior, al desenvolver los problemas gravísimos que propone á nuestra inteligencia el estudio del orden con que fueron apareciendo los séres en la escena del universo, hemos visto como no hay la más leve contradicción, antes correspondencia admirable entre lo que nos dicen acerca de este punto las enseñanzas de la fe y lo que puede conocerse á la luz de los descubrimientos científicos más autorizados. Este estudio, aunque importantísimo, no es, sin embargo, el que más apasiona hoy á los cultivadores de las ciencias naturales, como los apasionaba hace treinta ó cuarenta años, cuando los adelantamientos de la geología revelaban nuevos mundos de séres que en tiempos antiquísimos poblaron la tierra, y que juntamente con el orden y disposición de los terrenos, la manera de su composicion y el tiempo que indicaban haberse pasado en su formacion y estructura empeñaban vivamente la curiosidad y daban lugar á profundos estudios é investigaciones acerca de la armonía entre la ciencia y la fe, en lo que enseñan una y otra sobre la formacion y poblacion de nuestro globo. Otra cuestion más alta, más oscura y trascendental, agita hoy las inteligencias; y como no ha sido siempre tratada con la prudencia, sabiduría y sinceridad que debe llevarse en esta clase

de discusiones, ha dado lugar á mayores debates y altercados acerca de sus relaciones con la fe, que la dicha controversia de la creacion ó formacion de la tierra. Esta cuestion es la que se refiere al origen de las especies, ora vegetales, ora animales, que han vivido y se han desarrollado en nuestro globo. No hay quien no haya oido hablar del *Darwinismo*, de la *seleccion natural*, de la *lucha por la existencia*, de la doctrina de la *evolucion*, y de otras hipótesis más ó ménos diversas unas de otras, pero que todas tienden á demostrar cómo los séres organizados provienen de un número muy limitado de especies, que á su vez se reducen á un solo tipo y á un solo sér, origen de toda la vida esparcida en el universo. Acerca de estas teorías vamos á decir breves palabras, considerándolas principalmente en lo que se refiere á su correspondencia con las verdades de la fe, punto que debemos tener especialmente presente en este ensayo.

El año de 1859 publicó Cárlos Darwin su famoso libro sobre el *origen de las especies*, donde desarrolló la hipótesis ó doctrina de la *evolucion*. Esta teoría no era nueva, pues hacía largos años que sonaba en las escuelas; ni aún tenía el mérito de ser expuesta por su nuevo apologista con la claridad, vigor de estilo ó elocuencia que podían hacerla especialmente recomendable; pero como *habent sua fata libelli*, el de Darwin consiguió levantar tan gran clamoreo de aplausos y reprobaciones, que por mucho tiempo apenas se hablaba de otra cosa en las Academias, Ateneos y círculos científicos que de la famosa teoría, no siendo los ménos fogosos y arriscados en hablar, disertar y escribir sobre ella (como sucede generalmente), los que ménos derecho tenían á hacerlo, es á saber, los que ménos la entendían. No es decible lo que se escribió, habló y disertó, y sigue hablándose y escribiéndose sobre el particular, dándose con esto ocasion, como es natural, á discusiones vehementes, y á la enunciacion de bellas teorías y de no

ménos graves errores y desatinos. No hace, ni es necesario, á nuestro propósito, entrar en el exámen de estas doctrinas, como tampoco averiguar lo que puedan tener de verdadero y aceptable, examinadas á la luz de una investigación minuciosa y desapasionada; pero como aquí tratamos de ver las relaciones que tienen con las verdades de la Revelación, vamos á apuntar un hecho que servirá no poco para aclararlas y que casi puede llamarse episodio en la historia del desarrollo de la hipótesis darwinista.

Al cabo de algunos años despues de publicado el libro de Darwin, por los de 1870, salió en Lóndres otro con el título de *Génesis de las especies*, escrito por Mr. Saint-George Mivart, en el cual se hacía ver como el problema que Darwin trataba de aclarar, era mucho más complicado que lo que él creía; que sus principios eran incapaces de dar razon de los fenómenos que quería explicar, y que aunque muchas de las ideas darwinistas podían admitirse, la teoría en general era incompleta é insuficiente. Hablando de este libro una autorizada revista inglesa ¹, decía estas palabras poco más ó ménos: «Despues de tanto como se ha hablado del darwinismo, al cabo de tantas discusiones en Academias, revistas y papeles periódicos, y habiéndose escrito sobre él tal muchedumbre de libros que pudieran formar una biblioteca, no tememos asegurar que el libro de Mr. Mivart es la primera refutación que se ha escrito de este sistema ó teoría.» En efecto, la hipótesis darwiniana encontraba en Mivart un adversario docto, decidido y por extremo competente, y así hubieron de entenderlo desde entonces Darwin, Huxley y cuantos defendían la hipótesis, pues se creyeron obligados á contestar á sus observaciones. En este libro, además, el ilustre profesor de la universidad Católica de Kensington demostraba cómo esta hipótesis (á lo ménos tal como la presentaba su autor antes de escribir

¹ Creemos que fuese la *Monthly scientific Review*.

su obra *La descendencia del hombre*), no contenía principio alguno que se opusiese á la doctrina revelada; que la teoría podía ser falsa, pero en sí no era contraria al dogma cristiano, y que por consiguiente debía ser defendida ó refutada sin hacer intervenir en la discusion las enseñanzas de la fe. Con tales explicaciones quedaron desconcertados no pocos de los mantenedores de las teorías darwinistas, y es curioso leer, contado por el mismo Huxley ², la impresion que le causó la lectura del libro de Mivart y su desencanto al ver privada á la famosa hipótesis de lo que él consideraba su *mayor mérito*, es á saber, su supuesto irremediable antagonismo con las doctrinas de la Iglesia; lo cual si por una parte da muestras de su desenfadada ingenuidad, por otra arguye el espíritu no muy desapasionado é imparcial que suelen llevar en sus investigaciones éstos que son tenidos por oráculos de sabiduría.

Examinando ya la cuestion en sí misma, no se ve en qué palabras de la Sagrada Escritura, ó en qué doctrina y autoridad pudiera apoyarse la condenacion de la hipótesis darwiniana. El texto bíblico que á primera vista se opone más á la doctrina transformista, es, sin duda, el del capítulo primero del Génesis, allí donde se dice que Dios *dió á la tierra virtud para producir yerba y árbol segun su género, y á las aguas, animales y seres vivientes segun su especie*. Mas estas palabras no indican que todas las especies de plantas y animales hayan sido criadas inmediata y directamente por la accion divina; pues áun en el caso de haber criado Dios primitivamente sólo algunas especies ó un sér viviente no más, que desarrollándose y diferenciándose por pequeñas alteraciones hubiese dado lugar á la variedad que hoy vemos, esta misma variedad tendria su origen en la eficacia de la divina virtud; lo cual basta para que la palabra sagrada sea verdadera. Aún más; la misma teoría de la gene-

² En la *Contemporary Review*. Núm. de Noviembre 1871.

racion espontánea, si llegase á demostrarse con toda evidencia (lo cual no es probable), podría compadecerse muy bien con las palabras de la Biblia y con los principios del espiritualismo cristiano, supuesto que, hablando en general, no se ve repugnancia en que Dios pudiese dotar á la materia de un principio de espontánea organizacion que se desarrollase en circunstancias especiales, á la manera que lo creyeron muchos teólogos escolásticos y áun santos Padres, atentos á las doctrinas físicas que prevalecian en su tiempo. Es cierto que estos autores ni por sueño pensaron jamas en el sistema ó teoría darwinista; pero no se puede negar que en sus obras admitieron muchos de los principios en que se apoya dicha teoría. Porque prescindiendo de la doctrina comunísima entre los escolásticos de la generacion de séres y especies, y formas nuevas, sacadas, como ellos decian, de la potencia de la materia, en lo que toca al acto mismo primitivo creador, es notoria la opinion de San Agustin, el cual enseña que todas las cosas pasaron del no sér al sér en un instante, no tales como existen actualmente, sino *potentialiter et causaliter*, esto es, en virtud, gérmen ó potencia; de suerte que la idea de creacion no se opone, segun el santo, á la lenta evolucion y trasformacion *per temporum moras* de unas cosas y especies en otras, en las cuales estén contenidas virtualmente. Por lo demas, como dice Mivart en otra obra posteriormente publicada ¹, la cuestion de la conciliacion de la doctrina evolucionista con las enseñanzas cristianas es como la cuestion del movimiento que *solvitur ambulando*; en la Iglesia existe una autoridad doctrinal que nunca calla ó transije con el error cuando conviene hablar, y esta autoridad no ha condenado la doctrina de la evolucion. Ademas, hay algunos naturalistas católicos que (en lo que se refiere á las especies de las plantas y animales inferiores al hom-

¹ *Lessons from nature*, p. 444.

bre) la defienden con gran decision y energía, así como hay muchos racionalistas é incrédulos que la combaten terriblemente, unos y otros nada más que con argumentos científicos, tomados de la observacion y del discurso fundado en el estudio de la naturaleza. Así esta doctrina es libre é independiente del dogma cristiano. En lo que se refiere á la Divina Escritura, lo que importa para dejar verdadera su enseñanza, es, como hemos dicho, mantener la influencia de la eficacia divina, sea inmediata, sea mediata, en la creacion y organizacion del universo. Acerca de este punto es notorio que el mismo Darwin (cualquiera que sea el abuso que hayan hecho otros de sus doctrinas), confiesa que el soplo, aliento ó espíritu vital que animó al primer sér ó á los primeros séres dotados de vida, de los cuales hubieron de desarrollarse los demas, no pudo ménos de tener origen en un acto creativo de la Divina Omnipotencia. Y Wallace, con muchos otros que admiten el sistema de la evolucion natural, no cree posible el desarrollo de este sistema sin la intervencion, no ya de un acto creador, sino de varios, y estos sucesivos. Y tan ocultas y tan tenebrosas son las íntimas operaciones de la naturaleza, tal es el misterio de origen que lleva en sí cada sér individual viviente, que no faltan naturalistas distinguidísimos ² que creen de toda necesidad el admitir un acto creador especial para la produccion de cada uno de los organismos que aparecieron en el teatro del universo.

Con esto no queremos decir que la teoría de la *evolucion natural*, áun con su carácter teístico ó divino, sea verdadera. Los más entendidos y discretos de sus sostenedores no la presentan más que como probable, y áun asientan que no pasará jamas de ese estado, dicen que es una hipótesis buena para dar razon de ciertos fenómenos, pero no completa en sí, ni tal que explique toda la série com-

² Puede verse sobre esto en la *North American Review*, número de Noviembre de 1879, un artículo del profesor Bowen.

plicadísima de efectos, diferencias y especialidades que vemos en los organismos esparcidos por la naturaleza ¹.

En verdad, el plan ó serie ordenada con que segun los darwinistas pueden distribuirse estos organismos, semeja un árbol inmenso del cual todos convienen en que no se encuentran en la naturaleza, ora viviente, ora sepultada en los terrenos geológicos, más que ramos ó fragmentos esparcidos acá y allá, pero cuyos troncos principales, que corresponden á las grandes divisiones y reinos, se esconden tenazmente, al decir de los mismos partidarios de estas doctrinas ², á nuestras investigaciones. Y si esto es así, cabe preguntar: ¿cómo es posible afirmar con entera certidumbre la exacta direccion de estos troncos, de estas ramas y de estos fragmentos? Y aún cuando conociéramos toda la escala y série inmensa de especies, todas las gradaciones insensibles, todas las variedades más minuciosas de las especies y géneros que han existido en el globo desde que comenzó á correr y dilatarse por él el rio de la vida, ¿á quién sería dado desenvolver el misterio, la causa íntima que oculta el origen de estas diferencias? ¿A quién será concedido, explicar hasta qué punto los principios darwinistas son causa, y no ya tan solamente ocasiones de los fenómenos que pretenden explicar? Si no podemos darnos cuenta de por qué un individuo que se engendra de otro, se parece á éste de tal manera, que reproduce sus mismos caracteres físicos, fisionómicos é intelectuales, ¿cómo podremos darnos razon de cómo estos mismos individuos vinieron á diferenciarse hasta el punto de presentar tantas variedades como hoy vemos en la creacion?

No faltan quienes para defender el sistema de la evolucion natural de los séres, pretenden que en él se manifies-

¹ Sobre esto merece leerse lo que dice el docto naturalista americano Asa Gray, partidario de Darwin, en una obra que acaba de publicar con el título de *Natural Science and Religion* (New-York 1880.) Lectura segunda.

² El conde Gaston de Saporta en su libro admirable *Le monde des plantes avant, l'apparition de l'homme*. París 1879, p. 26.

ta de una manera más grandiosa que no en la creacion individual de las especies, la eficacia y poder de la esencia divina, en haber comunicado á algunos séres ó á uno solamente, la virtud de desenvolverse y diversificarse y sacar del fondo de su naturaleza la magnífica variedad de vivientes que hermocean la creacion. Este argumento, como se ve, prueba muy poco. La Omnipotencia divina no ha de plegarse á nuestros planes, caprichos é imaginaciones. Lo que debemos buscar en la naturaleza no son nuestras ideas, sino los fenómenos ciertos y del todo averiguados, los hechos, en fin, que en este caso son las ideas y el lenguaje de Dios. Y si no plugo á su Majestad Soberana el comunicar á un sér ó tipo viviente la facultad de reproducirse tal como la quisieran é imaginan los darwinistas, ¿hemos de decir por esto que la obra divina es imperfecta?

Los que saben leer en el libro de la creacion no necesitan para ver en él indicios de la accion de Dios, de sistemas é invenciones de hombres, de planes más ó menos bellos, de teorías brillantes y galanas y á primera vista seductoras, pero que se prestan á graves dificultades cuando son examinadas á la luz de una crítica severa é imparcial. Bástales echar una mirada sobre la série inmensa de organismos que se han sucedido desde que el gérmen de la vida empezó á manifestarse en nuestro planeta; y examinándolo atentamente, no pueden menos de descubrir, porque salta á la vista de todos los puntos ó partes de esta série, el diseño de una sabiduría infinita que hace que aparezcan estos organismos en un orden admirable, primero sencillísimos, despues más complicados y perfectos, y todos entrelazados unos con otros, el que antecede con el que sigue y con los que coexisten, por relaciones maravillosas de un plan magnífico, grandioso y universal. Esto seguramente es algo más que mera *evolucion física natural*, algo más levantado y sublime que la *trasmucion de las formas específicas sometidas á condiciones exteriores*,

algo más preciso y concreto que la *selección natural en la lucha por la existencia*; y si el hombre ha de entender algo de los fenómenos vitales que se suceden ante su vista, es preciso que, levantando su mirada más allá de esos principios que, aún siendo verdaderos, no serían sino secundarios y mediatos, vea en el desarrollo gradual de los seres un plan ó designio preconcebido, una idea divina que da unidad, orden y hermosura al universo y para cuya realización fué necesario que estuviesen en activa correspondencia todas las fuerzas de la naturaleza relacionadas entre sí y adaptadas las unas á las otras por una inteligencia infinita.

ORÍGEN DEL HOMBRE.

La controversia acerca del origen de las especies de los seres vivientes, no tendría importancia real en lo que se refiere á la reconciliación entre la ciencia y la fe, si no entrañase la cuestión acerca del origen de la especie humana. Esta en verdad es la controversia capital, la cuestión más difícil y complicada y á la que convergen como á un centro comun las investigaciones más profundas de la mayor parte de las ciencias, así naturales como morales y metafísicas. Esta es también aquella de cuya solución dependen consecuencias más graves y trascendentales, ya sea en el terreno puramente científico, ya en el de la fe y en el de las costumbres. No debe extrañar por lo tanto que su resolución escite tanto interés y que sea estudiada y discutida con la pasión y acaloramiento que vemos.

Para resolverla cual conviene, está claro que sería necesario dar á esta parte de nuestro ensayo una extensión que sería tal vez desproporcionada á la composición y armonía del todo. Mas ya que no sea esto posible, procuraremos apuntar en breves palabras las ideas necesarias para su esclarecimiento, en especial, en aquella parte que

se refiere á la conciliación y correspondencia entre lo que enseña en este punto la ciencia más autorizada, y lo que dicen la fe y la revelación.

Todos convienen en que el hombre es la criatura más noble, más bella, más perfecta y ricamente dotada entre todas las que se ofrecen á nuestra contemplación y estudio. La gran columna de los seres en quien resplandece la vida, dice un naturalista poeta, con su base plantada en la profundidad de los mares, se levanta llevando en su alrededor esculpida, como las antiguas columnas triunfales, variedad infinita de formas, ora geroglíficas, ora reales y actuales, y ostenta en su cúspide á manera de hermoso capitel que da belleza y perfección al todo, al ser humano, inteligente, racional y responsable ¹.

Firme y erguido entre todos los seres que pueblan el universo, dotado de la organización más exquisita y de la forma más bella y augusta, su aspecto mismo anuncia la superioridad que tiene sobre todos los seres vivientes. Derramado por la superficie del globo, es capaz de habitar todos sus climas y de extenderse en todas sus latitudes, para dominar y señorear en todas partes. Habla, y todo viviente reconoce la voz de su señor, y viene humilde á su morada para ayudarle y enriquecerle, ó tímido se esconde, respetando su imperio. No le resiste el rinoceronte en los umbríos bosques, ni la garza en la sublime región del viento, ni el leviatan en lo profundo de los mares. Todo se le rinde; á su albedrío está el planeta en que tiene su morada, y ya penetra sus abismos, remueve sus montes, levanta sus ríos, atraviesa sus golfos; ya se remonta á las nubes para colocar su trono entre los cielos y la tierra. Su palabra, vínculo inefable de unión y comuni-

¹ The great column of being, with its base set in the sea, and inscribed, like some old triumphant pillar, with many a strange form—at once hieroglyphic and figure—as the ornately sculptured capital which imparts beauty to the whole, reasoning responsible man. (Hugh Miller.)

cacion con su especie, le da la portentosa facultad de analizar y ordenar el pensamiento, pronunciarle al oído, pintarle á los ojos, difundirle de un lado á otro de la tierra, y transmitirle á las generaciones que no han nacido aún. Su alma sobre todo, destello de la luz increada, purísima emanación de la eterna sabiduría, sustancia simple, indivisible, inmortal, anima y esclarece la parte corpórea y perecedera de su sér, y encaramándola sobre toda la naturaleza visible, la acerca y asimila á la suprema inteligencia. En ella brilla la luz esplendorosa del pensamiento y la fuerza incontrastable de la idea y del discurso. Más aguda que la saeta en la penetración, más veloz que el rayo en su movimiento, más extendida que los cielos en su comprensión, abraza de una ojeada todos los séres, y subiendo hasta la razón de su existencia, ve en ella la gran cadena que los enlaza y columbra la mano omnipotente que la sostiene. Así se levanta al conocimiento del Sér Divino; y á la soberana luz que destella del abismo de la altísima Esencia, descubre el orden moral, el lazo invisible que une á todos los séres entre sí, y enlazados los pone en relación con la Deidad Soberana; así siente en su espíritu la dulce eficacia de la virtud, el respeto á sus semejantes, el amor á la verdad, y sobre todo, el íntimo religioso sentimiento de la Esencia divina, que desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve á buscar en el Creador la causa y el fin de su existencia, como el principio y el término de toda felicidad ¹.

Estos caracteres ó propiedades del hombre no son efecto ó resultado de las condiciones del clima, de la educación ó del contacto con porciones del linaje humano más privilegiadas sobre las demás, sino universales, constantes, inherentes á nuestra especie, y por lo tanto esenciales á nuestro espíritu y derivadas de su propia, íntima é

¹ Esta hermosa descripción del hombre está tomada en su mayor parte del admirable discurso de Jovellanos acerca del estudio de las ciencias naturales.

incomunicable naturaleza. Porque como ha demostrado con toda evidencia la etnografía, la arqueología y la historia, no hay pueblo alguno de la tierra, por degradado y embrutecido que esté, que no use de alguna manera de lenguaje para la expresión de sus ideas, que no tenga nociones ó principios de moralidad, análogos á los que guían la vida social de las naciones más cultas y adelantadas, que no sea más ó menos perfectible en sus facultades, que, en fin, no tenga alguna práctica ó idea religiosa más ó menos pervertida, pero que indique y suponga la idea de la Divinidad. Por otra parte, estos caracteres y distintivos no pueden ser desarrollo de otras cualidades inferiores, como son, por ejemplo, algunas que vemos en los brutos irracionales, sino que son efecto de una fuerza íntima que anima al hombre, que dirige todos sus actos, que influye en las leyes fisiológicas de su organismo, y que tiene su más espléndida coronación en la inteligencia y en el discurso; nuestra alma, en fin, simple, espiritual, criada directamente por Dios, y tan superior á la de los animales inferiores, cuanto ésta se ordena únicamente á la organización y vida del cuerpo y con él perece, y la nuestra se levanta á ser imagen de la sustancia divina y lleva en sí destinos inmortales.

Porque analizando la íntima naturaleza de estos caracteres, vemos con toda claridad que en lo que toca al lenguaje, por ejemplo, los hechos mejor averiguados, como dice el P. Carbonelle ¹, muestran la diferencia esencial que existe entre el lenguaje del hombre y el de los animales. El hombre al hablar (continúa este docto escritor) quiere comunicar á otros su pensamiento; el animal intenta otra cosa muy diferente. Para el primero esta expresión y comunicación son cosas conocidas y explícitamente queridas é intentadas; para el segundo no son más que un medio

¹ En su obra *L'Avengement scientifique*, c. último, donde pone el resumen, que aquí extractamos, de lo que explica más largamente en el cuerpo de su obra.

desconocido para él como lo son los fenómenos cerebrales, nerviosos y musculares que intervienen en el movimiento voluntario; y esto se muestra claramente en que, como la expresión por señales exteriores de lo que pasa en lo interior es tan natural al hombre como al animal, si este conociese los fenómenos intelectuales que pasan en él, tendría, como nosotros, la voluntad explícita de comunicarlos á los demás; luego no haciéndolo, es necesario concluir que no conoce tales fenómenos, sino que sus percepciones se ciñen al círculo de los materiales y sensibles.

Además la perfectibilidad del hombre y del animal, á lo ménos en los superiores, podría parecer casi igual en lo que toca á las facultades orgánicas; mas para las facultades directivas, la perfectibilidad es inmensa en el hombre, mientras que en el animal es casi nula. La curiosidad en el animal permanece en su estado instintivo y rudimentario y no parece tener más destino que el de la más cumplida aplicación de las funciones de su organismo. Al contrario, en el hombre hácese inmediatamente voluntaria, y entonces, lejos de satisfacerse, se desarrolla y aviva más á medida que es más alimentada.

Los hechos, en fin, como hemos dicho hace poco, muestran que la moral y la religión son universales en la humanidad, que son, por consiguiente, característicos, y que en ninguna manera pertenecen á los animales inferiores. Ahora bien; analizando el acto moral, vemos que exige la conciencia de nosotros mismos, esto es, el conocimiento de la causa sustancial de nuestras acciones, y además algún conocimiento del autor de la ley moral. La Religión supone el conocimiento de un poder ó agente superior, al cual se atribuye existencia permanente cual conviene á la sustancia. Uno y otro implican la facultad de conocer la naturaleza y sustancia del sér, y aún se puede decir que esta facultad engendra naturalmente los conocimientos en que se fundan la religión y la moral. Por consi-

guiente, si los animales los tuvieran, deberían presentar, lo mismo que nosotros, fenómenos de moralidad y religiosidad; y como no los presentan, hemos de concluir que no tienen tales facultades. De todo lo cual resulta que la distancia entre el animal y el hombre es de todo punto infranqueable.

Por esto los naturalistas más competentes, aún aquellos que más han contribuido á la difusión de las ideas darwinistas, tales como Wallace, estudiando al hombre nada más que desde el punto de vista científico y naturalista, le consideran, no sólo aparte y como á la cabeza ó cumbre de la gran série de la naturaleza orgánica, sino como un sér nuevo y dotado de cualidades del todo diversas de las que posee el resto de los animales que pueblan la tierra. «Así, como dice este docto naturalista¹, cuando vibró en el aire la primera flecha, cuando por primera vez brilló el fuego destinado á preparar los alimentos, cuando se dejó caer en la tierra la primera semilla, entonces se realizó en la naturaleza una gran revolución; revolución que no había tenido semejante en las edades anteriores de nuestro globo, porque entonces apareció en la escena del mundo un sér que no estaba como los que le habían precedido, sujeto por necesidad á los cambios y alternativas del universo, sino que en cierto modo era superior á la misma naturaleza, por cuanto sabía regular y moderar su acción y armonizarse con ella, y aún adelantarse, no por cambio en el cuerpo, sino por adelanto y progreso en el alma.»

Acerca de la causa primera y fundamental de esta nueva manifestación de la vida, que apareció en el universo, ya hemos indicado que no han faltado mantenedores de las ideas de Darwin que, extendiéndolas al hombre, la han colocado en la evolución natural de los seres que, em-

¹ Citado por Mivart en sus *Lessons from nature in mind and matter*, p. 187.

pezando por los tipos ó especies más ínfimas y elementarias, se han ido perfeccionando por sí mismas hasta llegar á la criatura racional: pocos son, en verdad, los sostenedores de tales absurdos, pues los más avisados, entre ellos el mencionado Wallace, á quien más que á su propio autor Darwin se debe el desenvolvimiento de aquella hipótesis, confiesan que la teoría darwinista, si es sostenible en lo que toca á los seres inferiores al hombre, no puede en manera alguna ser aplicada al origen de éste. Entre los naturalistas más competentes es cosa convenida que la sola prerogativa y excelencia de su organismo debería indicar á cualquiera que el hombre apareció en el teatro de este mundo, no por la evolucion y perfeccionamiento de los animales inferiores, sino en virtud de una fuerza más alta, más sublime y eficaz, cual es la infinita virtud y poder de Dios. Porque si la disposición y estructura de su cuerpo, para corresponder á la armonía y unidad con que la Sabiduría infinita dispuso la série de organismos que hermosean el universo, tiene muchos puntos de contacto ó semejanza con los de otros animales inferiores: por otra parte, hay entre estos y aquel tales diferencias y desemejanzas que, como dice un docto naturalista ¹, es de todo punto imposible considerar el paso de cualquier animal inferior al hombre, á la estructura y organizacion de éste, si no es trastornando todas las leyes del desarrollo orgánico. Y otro no ménos autorizado ² llega á decir que uno de los méritos de Darwin, por el cual se le debe profunda gratitud, es el haber dado ocasion con su libro acerca del *origen de las especies*, á que se pusiese en clarísima evidencia, por reduccion al absurdo, la vanidad de su sistema del origen del hombre por seleccion natural, y la insuficiencia de las causas mecánicas para la explicacion de la armonía,

¹ Quatrefages en su *Rapport sur les progrès de l'Anthropologie*.

² Mivart, en su obra ya citada.

variedad, hermosura y belleza de este mundo, en que bule la vida en formas innumerables, y del cual es el hombre el observador, el historiador y el soberano.

Descartadas estas causas ó agentes materiales y mecánicos, queda la accion de un principio inteligente, voluntario, á quien se debe inmediatamente la creacion del sér humano, y que si para la formacion de la parte material del cuerpo pudo servirse de materia preexistente, la espiritual que da sér y vida á este cuerpo se dignó crearla de la nada por la eficacia de su virtud infinita. Tal es la conclusion á que lleva inevitablemente el estudio del organismo, y de las facultades y caracteres del hombre; conclusion que se armoniza admirablemente, al paso que es confirmada y robustecida con lo que nos dice la Divina Escritura y lo que la Iglesia ha sostenido siempre y enseñado en este punto, es á saber: que Dios formó al hombre de los elementos que antes existian en la tierra, y que despues de haberle formado, «alentó en su faz sople de vida y fué el hombre en alma viviente.»

LA CONDICION SALVAJE DEL HOMBRE PRIMITIVO.

Una de las manías de la ciencia incrédula ha sido siempre esta del salvajismo del hombre primitivo. Ya en el siglo pasado dió bastante que reír el famoso Juan Jacobo con su *estado natural del hombre*, poco diferente, al decir suyo, del de las alimañas del desierto. Hoy sus discípulos y descendientes vuelven á la carga armados de utensilios prehistóricos, con los cuales pretenden demostrar que la inteligencia y cultura del hombre eran en los primeros siglos de su existencia poco superiores á las de los brutos. Como ya hemos dicho en el capítulo segundo de este ensayo, la ciencia profana no tiene datos ni probablemente los tendrá en tiempo alguno, que puedan darnos á conocer el

estado de la cultura humana en los primeros siglos, y mucho ménos en los días primeros de su existencia en la tierra. La Iglesia, de acuerdo con la Sagrada Escritura, se ciñe á decir que Dios crió al hombre en justicia, gracia y rectitud, adornándole ademas con la ciencia conveniente ó necesaria á la consecución del fin á que le habia destinado. Este aserto no se opone en manera alguna á lo que pueda decirnos sobre el particular la etnografía, la historia, la lingüística, ó cualquiera otra de las ciencias que deben ayudar al esclarecimiento de este problema. Por de pronto, es evidente para la mayoría de los autores que han escrito sobre el particular, que la ley que sigue la humanidad, ora individual, ora socialmente considerada, en lo que toca á su instruccion, mejoramiento y cultura, es, que dejada á sus propios instintos y recursos, tiende más bien á degenerar que á mejorarse en su estado de civilización. El salvajismo y embrutecimiento de algunos pueblos no supone necesariamente otro grado mayor de embrutecimiento y salvajismo, sino, antes bien, un estado más civilizado. El hombre salvaje no proviene de un sér más bajo y aproximado á los brutos animales, sino de otros hombres más cultos y civilizados que él. Esto es lo cierto y averiguado, y aún cuando no fuera así, sino todo lo contrario, diremos con el doctísimo profesor de la Universidad católica de Kensington, Saint-George Mivart: «Aunque los rastros é indicios descubiertos ó por descubrir acerca del estado de civilización de los hombres primitivos, indicaran cierta tendencia á adelantarse y perfeccionarse, en virtud de la cual todos los pueblos salvajes podrian ir actualmente subiendo de un nivel de cultura inferior á otro superior; sin embargo de esto, el primer hombre pudo haber sido lo que la teología y las Divinas Escrituras dicen que fué. Su descendencia inmediata pudo

¹ *Lessons from nature*, p. 157.

conservar por largo espacio de tiempo un alto grado de cultura moral, y sin embargo, ser los padres de razas que cayeron de este elevado estado hasta un grado de ignorancia y salvajismo más brutal aún que el de los salvajes que existen hoy en la tierra. Ademas, la teología nos presenta á Adan, al primer hombre, en una categoría única, especial y exclusiva, en la cual fué todo lo que debia ser, poseyendo el uso perfecto de su razon en el primer momento de su existencia. Pero de lo que fué Adan es imposible argumentar lo que hubieron de ser sus descendientes, áun inmediatos, por cuanto la diferencia entre el estado del primero y el de los segundos, no fué de grado, sino de especie y naturaleza. En fin, segun la más estricta teología, se puede decir que alguna parte de los conocimientos que Adan poseyó, y de que fué usando segun las circunstancias, era adquirido, no infuso, y que por consiguiente lo fué alcanzando por grados y segun los tiempos y ocasiones. Sus descendientes se encontraron naturalmente en un estado de ignorancia relativa, del cual salieron, ya por la educacion, ya por la invencion y los adelantos de la industria, y este adelantamiento no sólo no se opone á la Sagrada Escritura, sino que encuentra en ella magnífica confirmacion. Así por lo que toca á las industrias, artes y oficios, que contribuyen al bienestar humano, cualquiera que fuese el conocimiento que tenia de ellas el hombre antes de su prevaricacion, es lo cierto que la Escritura indica el nacimiento de muchas industrias, ni más ni ménos que la mitología clásica; en lo cual va tambien de acuerdo con los resultados de los estudios prehistóricos que señalan orden en el descubrimiento ó uso de los metales, instrumentos ó industrias humanas. Los que tratan de investigar el grado de civilización que alcanzó el hombre en los días primeros de su estancia en la tierra, generalmente van á buscar argumentos para demostrar lo que pretenden en la cultura de los pueblos salvajes que hoy exis-

ten; error gravísimo y fundamental. Porque sobre no haber sido este el modo de ser primitivo de la humanidad, cualquiera ve que del estado de civilización de un pueblo en una época determinada, no es posible deducir la de otro, ni aún la del mismo pueblo en época muy anterior. Además la idea de civilización es muy ambigua y complicada. «Los débiles fulgores de pasados tiempos que han llegado hasta nosotros, dice Alberto Mott, nos revelan un mundo habitado, cual el de hoy, por pueblos cultos y pueblos salvajes; pero al intentar leer en lo pasado, solemos errar, porque suponemos que las señales exteriores de civilización han de ser siempre las mismas y semejantes á las que vemos á nuestro alrededor.» Establecer leyes en el progreso de la cultura humana, ha sido ocupación de los ingenios que han novelado en la filosofía de la historia, novelas que se han deshecho por sí mismas y caído ya en completo descrédito. La ciencia, ni más ni menos que la historia, nos enseñan que si el hombre existe y ha existido en el estado salvaje, no ha sido en fuerza de su condición y manera de ser original, sino que hubo de caer en aquel estado después de una era ó etapa de civilización; que una nación puede pasar muchos siglos en una inmovilidad absoluta, y resistiéndose tenazmente al empuje de una civilización que le viene de fuera, pero que á pesar de todas sus resistencias y extravíos, siempre queda en pie aquella palabra que leemos en el libro de la Sabiduría ¹, donde se dice que, después de sacar Dios al hombre de su culpa y delito, le dió virtud para regir, gobernar y contener todas las cosas.

LA CRONOLOGÍA BÍBLICA.

Parece imposible que después de tanto como se ha escrito sobre este punto, haya hombre preciado de instruido y que dice *haber sido objeto predilecto de su atención*

¹ Sap. x. 2.

el estudio de las ciencias físicas y naturales, habiendo publicado varias memorias sobre tales asuntos que tenga el valor de confundir la fecha de la creación del mundo con la de la aparición del hombre en la tierra. Acerca de la primera la Sagrada Escritura no dice más sino que tuvo principio: *en el principio creó Dios el cielo y la tierra*; refutando con una palabra, que es la primera del libro sagrado, el error fundamental de cuantos no admiten la intervención de Dios en el universo. Entre la creación de éste y la del hombre, pueden colocarse los años que se quieran. No han faltado astrónomos, como Bischof, que han querido calcular el tiempo transcurrido desde la supuesta primitiva ignición del globo hasta que se constituyó en estado de ser habitado por seres vivientes. Este tiempo se extendería hasta la suma enorme de trescientos cincuenta millones de años por lo ménos. El ilustre físico escocés Sir William Thomson ha calculado además por varias series ú órdenes de razonamientos ¹, que el intervalo pasado desde que el globo pudo ser apto para el desarrollo de la vida orgánica hasta el momento actual, no puede ser menor de diez millones de años ni exceder de quince millones; tiempo, dicho sea de paso, poco favorable á las doctrinas transformistas, las cuales, al decir de Lyell y Darwin, exigirían lo ménos trescientos millones de años para explicar el desarrollo de las especies hoy existentes en nuestro globo. Mas estos cálculos, sobre descansar en bases nada más que probables, no tienen en cuenta mil irregularidades que pudieron acaecer en la formación de nuestro globo. Es notoria la divergencia que hay entre los geólogos acerca de la manera cómo puede explicarse esta formación. Por otra parte, la certidumbre con que afirman una duración inmensa, contrasta con sus dudas y vacilaciones acerca del valor numérico de esta misma dura-

¹ Puede verse el fundamento de estos cálculos en la obra de P. G. Tait *Recent advances in physical science*, p. 165 y siguientes.

cion para cada terreno ó capa geológica especial; pero cualquiera que sea el tiempo que se suponga transcurrido entre el momento creador y el de la aparicion del hombre en la tierra, nada hay en ello que pueda oponerse á las doctrinas reveladas, las cuales nada han afirmado sobre el particular. En este como en muchos casos, podemos decir con San Agustin: «Elija cada cual lo que le parezca mejor, teniendo sólo en cuenta de no arrojarle temerariamente á dar por seguro y asentado lo que es incierto ó nada más que probable.»

Por lo que toca á la fecha de la aparicion del hombre en la tierra, la cuestion es más larga y empeñada, y tambien imposible de resolver, á lo ménos con alguna exactitud. En la Biblia no hallamos sobre este punto sino algunos datos tan confusos é inciertos, que han dado lugar á muchos sistemas de cronología. La célebre obra de los benedictinos de San Mauro *Arte de verificar las fechas*, empieza por exponer nada ménos que 108 sistemas de cronología bíblica (y todavía podrian añadirse algunos más escogitados recientemente), en los cuales la fecha de la creacion del primer hombre oscila entre 3483 y 6881 años antes de Jesucristo. Como la Iglesia no se ha declarado jamas por ninguno de tales sistemas, la cuestion es libre, y cada cual puede adoptar el que bien le parezca, ó imaginar otro mejor. Aun más; hombres doctísimos y de cuya ortodoxa no puede caber duda, afirman que no hay propiamente cronología bíblica; y que en la indecision de esta, á las ciencias humanas, como decia el abate Le-Hir, es á quien corresponde averiguar la fecha de los orígenes de nuestra especie. Ahora bien; las ciencias en su estado actual se declaran impotentes para resolver este problema¹, confesando que la determinacion de la edad en que

¹ Así consta de los datos reunidos por el Marqués de Nadaillae en el c. XIII de su obra *Les premiers hommes et les temps préhistoriques*, que es la última que se ha publicado sobre esta materia.

apareció el linaje humano es una ecuacion en que entran demasiados coeficientes no determinados, para que pueda ser resuelta satisfactoriamente. Con esto es claro que buscar conflictos entre lo que afirme la ciencia y lo que enseña la fe en este punto supone ignorancia completa del estado en que se hallan hoy por hoy estas cuestiones.

EL DILUVIO UNIVERSAL.

Dice Draper que las nociones exactas sobre el volúmen de las aguas del mar y el de la atmósfera, lo mismo que sobre el fenómeno de la evaporacion, han manifestado el poco valor de la narracion bíblica en este punto. Esas *nociones exactas* podrán demostrar lo que se quiera, incluso el escaso caletre del que las formó, pero no destruirán jamas la verdad del hecho del diluvio. Este es uno de los acontecimientos más auténticos de la historia del linaje humano; es la tradicion universal por excelencia. Su noticia ha quedado en los monumentos de todos los pueblos desde la China y la India hasta Méjico y el Perú, y desde las islas del mar del Sur hasta el país de Gales y Laponia, como puede verse en las sábias obras de Lüken y de Stiefelhagen, y en la recientísima de Lenormant¹; y estos testimonios admirablemente concordantes entre sí, son imposibles de explicarse por la ficcion de un mito ó leyenda, producto de la imaginacion, ni siquiera por el recuerdo de acontecimientos análogos sucedidos en muchos puntos del globo.

Esta certidumbre histórica del diluvio bastaria á desvanecer todas las dificultades que contra su realidad pudieran aducirse. Porque si el hecho es cierto, auténtico é innegable, aunque el hombre no pueda explicarlo, no por

¹ Lüken, *Die Traditionen des Menschengeschlechts*.—Stiefelhagen, *Theologie des Heidenthums*.—Lenormant, *Les Origines de l'histoire*.

esto debe dejarlo de admitir. Ya hemos dicho en alguna parte de este ensayo que es ley necesaria en el método que sigue el humano entendimiento para la investigación de la verdad, que cada cosa debe ser demostrada por el género de pruebas que le es propio; los hechos de la historia por argumentos históricos, las verdades de las matemáticas por pruebas deducidas de esta ciencia, y así de los demás ramos ó divisiones de las ciencias; y cuando una verdad está plenamente demostrada de esta suerte, el entendimiento debe quietarse y ceder á la evidencia, aún cuando no sepa resolver algunas dudas ó dificultades que contra ella se puedan ofrecer. Así, si el hecho del diluvio universal puede ser demostrado con argumentos de la historia, como lo es en efecto, es necesario admitirlo aún cuando no podamos resolver algunas objeciones que se levanten contra su realidad. Pero tampoco es verdad que las dificultades hechas contra el diluvio no tengan solución clara, evidente y del todo satisfactoria.

Varios son los sistemas ó maneras de interpretación que se han ideado para explicar el hecho histórico del diluvio; mas entre ellos, tres son los principales:

1.º Según algunos, el diluvio fué *universal* en la acepción estricta de la palabra. Habiendo los hombres prevaricado en la observancia de los preceptos divinos, y entregándose á toda iniquidad, Dios los castigó enviando á la tierra tal cantidad de agua, que esta rodeó y envolvió la superficie del globo con una capa líquida de tal espesor, que se levantó quince codos sobre las cimas más elevadas de los montes que á la sazón existían. Esta interpretación, aunque no repugna al poder de Dios, parece poco admisible, por suponer una serie de milagros extraordinarios, fáciles, sin duda alguna, á la divina Omnipotencia, pero que no conviene admitir á no exigirlo necesariamente la interpretación del texto bíblico; y este en verdad no lo exige, según veremos en seguida.

2.º Según otra explicación, la universalidad del diluvio ha de entenderse únicamente con relación á la humanidad que á la sazón existía, que es decir, á la tierra propiamente habitada. Las expresiones *toda la tierra, todos los montes que están debajo del cielo*, hay que entenderlas únicamente de toda la *tierra conocida* y de las montañas situadas en su horizonte. Con esta explicación se atenúan, ó más bien desaparecen todas las dificultades. En verdad nada tiene de inverosímil, mucho menos de imposible, una lluvia que dure cuarenta días seguidos en un espacio ó región de cortos límites, en especial en la zona tróptica ó no lejos de ella. Nada hay tampoco de extraordinario en que por efecto de esta enorme cantidad de agua se hundiese ó desnivelase parte de este terreno, contribuyendo á hacer mayor la espantosa catástrofe. Y si objetase alguno, que siendo esta tan grande y de tan terribles efectos como se supone haber sido, habría dejado indicios ó rastros ó vestigios de ella en la superficie del globo, podemos responder que esto no es necesario, viendo como vemos con frecuencia enormes inundaciones que apenas dejan rastro de sí, fuera de que si se dijese que la parte de la tierra anegada por el diluvio lo está aún actualmente y que por consiguiente es inútil buscar en la superficie terrestre tales rastros ó monumentos, la crítica más severa y quisquillosa no tendría nada que decir ó dificultar.

Es sabido que no han faltado escritores de grande autoridad científica que al observar en la superficie del globo ciertos fenómenos debidos á la acción de las aguas, quisieron ver en ellos indicios del diluvio universal; mas hoy por hoy, la mayoría de los geólogos, concordes en la naturaleza de tales fenómenos, los refiere á épocas más remotas de la que hubo de presenciarse aquella catástrofe, confesando, por otra parte, que dichas inundaciones son argumento efficacísimo para demostrar la *posibilidad* del diluvio, de la Biblia. Por lo que hace á la dificultad de

introducir y colocar en el arca construida por Noé las especies de animales que habia á la sazón en la tierra, es claro que si el diluvio no se extendió más allá de la parte de nuestro globo habitada por la humanidad, no habia para qué pensar en la salvacion de los séres vivientes que estaban fuera de este círculo; y áun este caso, como dice un docto escritor ¹, puede muy bien admitirse que tampoco era necesario que la solicitud de Noé se extendiese más que á los animales domésticos ó que podian servir al alimento del hombre.

La teoría del diluvio que en breves palabras acabamos de exponer, es defendida hoy por hombres doctísimos en ciencias naturales y no ménos ortodoxos en materias de fe y enseñanza teológica, entre otros, por el P. Pianciani que la expuso y adoptó en su célebre *Cosmogonia*, obra publicada en Roma con las censuras y aprobaciones eclesiásticas regulares.

3.º Segun una tercera explicacion, el diluvio no sólo debe referirse únicamente al hombre, sino áun á la parte principal de la humanidad, de suerte que bien habria podido suceder que pueblos ó naciones más alejadas de este centro ó masa principal, como sería, por ejemplo la raza negra, única donde falta la tradicion del diluvio, escaparan del castigo divino. Esta teoría limita aún más la accion del diluvio; mas sin rechazarla como falsa ó herética, puesto que no es contraria á ninguna proposicion definida por la Iglesia, parece preferible atenernos á la teoría puesta en segundo lugar, admitiendo la universalidad del diluvio con relacion al linaje humano universal, pero exceptuando á Noé y su familia.

¹ Jean d'Estienne, en un estudio sobre el diluvio, publicado en los números 9 y 10 de *La Controverse*, de 1887, y en otro empezado á publicar en la *Revue des questions Scientifiques* (Abril, 1887), donde pueden verse extendidas con más pormenores las ideas que apuntamos en este artículo.

CAPÍTULO XVI.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—LA FORMA DE LA TIERRA.
SU INMOVILIDAD. SU RELACION CON RESPECTO Á
LOS CUERPOS CELESTES. GOBIERNO DE LA PROVI-
DENCIA.

LA FORMA DE LA TIERRA.

NO de los puntos de doctrina que, segun el autor de los *Conflictos*, han dado ocasion á diferencias ó querellas de la ciencia contra la fe, es el relativo á la forma de nuestro globo, cual si la Sagrada Escritura y la Iglesia por el consiguiente hubiesen enseñado como dogma de fe que la forma de la tierra es llana y no esférica, como demuestra la ciencia actualmente.

En primer lugar, nada hay en el texto bíblico que demuestre lo que pretende el autor. En este, como en otros puntos, la Biblia usa el lenguaje usual entre los hombres, pues con ellos habla; querer deducir de tales expresiones ó formas de hablar argumentos científicos, es sacar las cosas de quicio, proceder con mala ó dudosa fe, y de todas maneras no tratar las cosas con la debida seriedad. En segundo lugar, examinándolo atentamente, la Sagrada Escritura en muchos pasajes parece indicar la forma redonda y áun esférica de nuestro globo. Por ejemplo, en el capítulo xxvi, versículo 7, del libro de Job, leemos *que Dios extiende el aquilon*, que es decir, todo el cielo, como interpreta el maestro Fray Luis de Leon, *sobre el vacío, y cucl-*

introducir y colocar en el arca construida por Noé las especies de animales que habia á la sazón en la tierra, es claro que si el diluvio no se extendió más allá de la parte de nuestro globo habitada por la humanidad, no habia para qué pensar en la salvacion de los séres vivientes que estaban fuera de este círculo; y áun este caso, como dice un docto escritor ¹, puede muy bien admitirse que tampoco era necesario que la solicitud de Noé se extendiese más que á los animales domésticos ó que podian servir al alimento del hombre.

La teoría del diluvio que en breves palabras acabamos de exponer, es defendida hoy por hombres doctísimos en ciencias naturales y no ménos ortodoxos en materias de fe y enseñanza teológica, entre otros, por el P. Pianciani que la expuso y adoptó en su célebre *Cosmogonia*, obra publicada en Roma con las censuras y aprobaciones eclesiásticas regulares.

3.º Segun una tercera explicacion, el diluvio no sólo debe referirse únicamente al hombre, sino áun á la parte principal de la humanidad, de suerte que bien habria podido suceder que pueblos ó naciones más alejadas de este centro ó masa principal, como sería, por ejemplo la raza negra, única donde falta la tradicion del diluvio, escaparan del castigo divino. Esta teoría limita aún más la accion del diluvio; mas sin rechazarla como falsa ó herética, puesto que no es contraria á ninguna proposicion definida por la Iglesia, parece preferible atenernos á la teoría puesta en segundo lugar, admitiendo la universalidad del diluvio con relacion al linaje humano universal, pero exceptuando á Noé y su familia.

¹ Jean d'Estienne, en un estudio sobre el diluvio, publicado en los números 9 y 10 de *La Controverse*, de 1887, y en otro empezado á publicar en la *Revue des questions Scientifiques* (Abril, 1887), donde pueden verse extendidas con más pormenores las ideas que apuntamos en este artículo.

CAPÍTULO XVI.

OBJECIONES CIENTÍFICAS.—LA FORMA DE LA TIERRA.
SU INMOVILIDAD. SU RELACION CON RESPECTO Á
LOS CUERPOS CELESTES. GOBIERNO DE LA PROVI-
DENCIA.

LA FORMA DE LA TIERRA.

NO de los puntos de doctrina que, segun el autor de los *Conflictos*, han dado ocasion á diferencias ó querellas de la ciencia contra la fe, es el relativo á la forma de nuestro globo, cual si la Sagrada Escritura y la Iglesia por el consiguiente hubiesen enseñado como dogma de fe que la forma de la tierra es llana y no esférica, como demuestra la ciencia actualmente.

En primer lugar, nada hay en el texto bíblico que demuestre lo que pretende el autor. En este, como en otros puntos, la Biblia usa el lenguaje usual entre los hombres, pues con ellos habla; querer deducir de tales expresiones ó formas de hablar argumentos científicos, es sacar las cosas de quicio, proceder con mala ó dudosa fe, y de todas maneras no tratar las cosas con la debida seriedad. En segundo lugar, examinándolo atentamente, la Sagrada Escritura en muchos pasajes parece indicar la forma redonda y áun esférica de nuestro globo. Por ejemplo, en el capítulo xxvi, versículo 7, del libro de Job, leemos *que Dios extiende el aquilon*, que es decir, todo el cielo, como interpreta el maestro Fray Luis de Leon, *sobre el vacío, y cucl-*

ga la tierra sobre nada, en el aire, sin apoyo ni arrimo alguno; más adelante, en el capítulo xxxviii, versículo 13 del mismo libro, se dice: *y aprehendiste los extremos de la tierra y sacudiste á los impíos de ella*; en el capítulo viii, versículo 26 de los *proverbios*, leemos también: *aún no habia hecho Dios la tierra ni los rios, ni los polos de la redondez de la tierra*; y finalmente, Isaias nos representa á Dios *sentado en la redondez de la tierra*. Estas palabras demuestran que las Divinas Escrituras afirman más bien que niegan la forma esférica de nuestro globo. La Iglesia por su parte jamás se ha opuesto á esta enseñanza; antes vemos que los Santos Padres San Clemente, Papa, San Gregorio de Nazianzo, San Hilario, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Isidoro de Sevilla, San Juan Damasceno, bien que considerando tal opinion como puramente filosófica y que nada tenía que ver con el dogma, se expresaron de manera que dieron á entender su creencia en la esfericidad de la tierra; y si hubo algunos autores eclesiásticos, como Cosme Indicopleuste, Severiano de Gabala, Teodoro de Mopsuestia y Diodoro de Tarso, que supusieron lo contrario, su autoridad es de tan poco valor que no merece la pena de citarse. En la Edad Media es notorio que esta opinion fué casi universal; el venerable Beda, Rabano Mauro, Alcuino, Adam de Brema, Honorio de Autun, Guillermo de Conches, Vicente de Beauvais, Alberto Magno, Santo Tomas y otros muchos, la enseñaron y dieron por demostrada ¹.

Por lo que toca á los antípodas, si hubo escritores eclesiásticos que negaron su existencia, no apoyaron sus asertos ó negaciones en las enseñanzas de la revelacion, sino en opiniones filosóficas particulares más ó menos fundadas y de las cuales participaron también los autores profanos contemporáneos. Acerca de los textos de San Agustín

¹ El que desee ver las citas de estos autores puede acudir á la doctísima obra del P. Cahier, *Nouveaux Mélanges d'archéologie*, p. 15 y siguientes.

citados por Draper, si éste se hubiese tomado la pena de leerlos en su original, habria visto que lo que dice de los antípodas, lejos de negar, afirma y supone la doctrina de la redondez de la tierra, pues en el capítulo ix del libro xvi de la *Ciudad de Dios*, dice, que para admitir la existencia de los antípodas no basta que la tierra sea redonda, ni que, siéndolo, esté seca y descubierta por las aguas, sino que además es necesario demostrar que los descendientes de Adán, atravesando la inmensidad del Océano, hayan podido llegar allá; lo cual le parece absurdo á San Agustín por la dificultad de atravesar en frágiles naves la inmensidad del Océano, dificultad nacida simplemente de los escasos progresos de la geografía, de los atrasos de la navegacion y de no conocerse en tiempo del Santo (como no se ha conocido hasta hace pocos años) la existencia de las corrientes oceánicas, las cuales, más que la industria ó ciencia de los hombres, han contribuído á la poblacion de las tierras que caen bajo nuestros piés. En lo que se refiere al Papa Zacarías acusado del mismo crimen, la dificultad no es ménos fácil de resolver; pues si llamó *perversa* á la hipótesis de los antípodas, esto fué en el caso (que entonces se daba por supuesto) de que los tales hombres no fueran descendientes de Adán. Además, nunca pretendió el Papa definir la controversia, ni aún en lo que dijo habló como Pontífice y doctor universal. Acerca de este punto de textos y autoridades de escritores eclesiásticos, Santos Padres y aún Romanos Pontífices, es necesario distinguir entre lo que enseñan como intérpretes de la tradicion acerca de las doctrinas reveladas y lo que dicen sobre cosas científicas. La doctrina de la fe es en ellos constante, firmísima y universal; sus opiniones filosóficas ó científicas pueden ser defectibles, variables con el andar de los tiempos y más ó ménos conformes con las mantenidas generalmente. Confundir unas doctrinas con otras es confundir lo divino con lo humano,

el cielo con la tierra, la ciencia y la revelacion, y trastornar todo el órden intelectual. Aun acerca de los puntos dogmáticos es preciso convenir en que así como sería ridícula temeridad achacar á la ciencia los despropósitos que dicen sobre cosas científicas los que se venden por sus corifeos y representantes, no es temeridad menor atribuir á la Iglesia los errores en que pueda incurrir algun teólogo ó escritor eclesiástico, intérprete no de las enseñanzas de la fe, sino de sus opiniones particulares¹.

LA INMOVILIDAD DE LA TIERRA.

Es notorio que la Iglesia no ha enseñado ni mandado enseñar como doctrina propia el sistema de Ptolomeo, segun el cual el sol y los demas astros se mueven al rededor de la tierra. Si hubo católicos que lo enseñaron, tambien lo enseñaron los no católicos. Puntualmente los primeros en declararse contra él fueron el Cardenal de Cusa y el Canónigo Copérnico, quien por los años de 1500 explicaba en Roma sin obstáculo, antes con la aprobacion del Romano Pontífice, el verdadero sistema del mundo. En 1533 lo explanaba tambien delante de Clemente VII

¹ Ya que se ofrece la ocasion, será bueno advertir el rigorismo de ciertos autores respecto de los antiguos (sobre todo si son eclesiásticos y ortodoxos en cosas de fe) y su laxitud y benignidad en juzgar á otros que no tienen estas condiciones. En pleno siglo xix, Hegel ha dicho (en su *Naturphilosophie*, § 269) que «el movimiento de los cuerpos celestes no es efecto de impulso exterior, sino libre como el de los espíritus; que porque una piedra es inerte, y toda la tierra como compuesta de piedras lo es tambien, y los cuerpos celestes son semejantes á la tierra, no por esto hemos de decir que ellos sean tambien inertes; que, en fin, el movimiento, la presión, la resistencia, el choque, el frotamiento, valen para la materia comun y ordinaria, pero no para la de los astros; porque es verdad que la materia es igual en uno y en otro caso, pero no sus cualidades, así como un pensamiento bueno y otro malo son pensamientos, pero el malo no es bueno, porque el bueno sea pensamiento.» Repetimos que estos desatinos se han soltado en pleno siglo xix. Si cualquier simple mortal, en especial si fuese católico ó eclesiástico, los hubiese estampado en algun libro, no habria en el mundo bastantes puntos admirativos para expresar la sorpresa y el escándalo producido por la enunciacion de tales desvarios. Pero los dijo la grande, la poderosa, la gigantesca inteligencia de Hegel....

el sábio Windmadst, y en 1545 salia á luz la obra de Copérnico *De Revolutionibus orbium coelestium*, dedicada á Paulo III. De suerte que el sistema copernicano fué debido á la Iglesia, así como á ella se debió principalmente aquella gloriosísima expedicion que llevó á cabo el descubridor del Nuevo Mundo y que más que nada habia de contribuir al conocimiento de la forma, dimensiones y situacion de nuestro globo en la inmensidad del espacio¹. El argumento en que pretenden apoyarse los que dicen que la Iglesia ó las Escrituras han enseñado la inmovilidad de la tierra, esto es, el dicho de Josué en el Valle de Gabaon, cuando despues de haber invocado á Dios mandó al sol que se parase, á fin de que los hijos de Israel pudieran continuar la persecucion y derrota de sus enemigos, es de ningun valor. Las palabras de Josué no suponen la estabilidad de la tierra, como no la supone en la mente de los astrónomos ó de los que conocen el movimiento de nuestro globo el decir que se levanta ó se pone el sol. Al contrario, si Josué hubiese dicho á la tierra que se parase, habria usado un lenguaje absurdo y anticientífico, como ya notó Arago. Porque conforme á las leyes del movimiento relativo, como nosotros no tenemos conciencia del movimiento de un sistema de cuerpos del que formamos parte, referimos necesariamente nuestro movimiento á los cuerpos situados fuera del dicho sistema, como es fácil verificarlo en los trenes de los ferro-carriles. Luego, aunque Josué hubiese sabido con ciencia cierta que la tierra y no el sol era quien se movia, habria debido hablar como habló y como se hablará siempre hasta el fin de los siglos².

¹ Sobre esto puede leerse el curioso opúsculo del Sr. Doncel y Ordaz *La Universidad de Salamanca en el Tribunal de la historia*.

² A propósito de este milagro de Josué, puede verse la disertacion del Abate Moigno en el tomo xxxix de su revista *Les Mondes*, pág. 295 y siguientes.

LA TIERRA RESPECTO DE LOS CUERPOS CELESTES.

Otra de las falsas acusaciones contra la Iglesia, es la preponderancia dada por ella á nuestro globo en la comparación con los demás astros; á tal acusación se puede responder que la Iglesia jamás ha ensalzado á la tierra con desprecio de los demás astros.

Desde que se han propagado los delirios del espiritismo es muy común hablar de los habitantes de las estrellas y de *las tierras del cielo*¹. Todo ello no es más que el *mentir de las estrellas*. La hipótesis de la habitación de los astros puede dar lugar á que se esplaye la imaginación sobre un tema socorrido; pero jamás conducirá á ningún resultado seguro y formal. Entre los hombres científicos que han tratado seriamente este punto hay divergencia de opiniones. Algunos, entre los cuales se cuenta el P. Angel Secchi, gloria de la moderna astronomía, se inclinan á creer que si bien la vida, ó sean sus manifestaciones y efectos en los cuerpos celestes, no son accesibles á nuestros sentidos aún ayudados de la fuerza prodigiosa de los telescopios, la analogía de estos cuerpos con el globo que conocemos y sobre el cual vivimos nos debe persuadir de que también en ellos existen seres vivientes, aunque tal vez dotados de otras propiedades y desarrollando su energía nativa bajo otras condiciones y modificaciones climáticas diferentes de las que vemos á nuestro alrededor. Añade el astrónomo ilustre que tiene pobre y mezquina idea del universo quien se lo figura todo él modelado á la

¹ Este es el título de una obra del famoso Camillo Flammarion, quien más que ningún otro ha contribuido á propagar las doctrinas de la habitación de los astros, envolviéndolas con las teorías ó errores espiritistas. Por desgracia en España, donde apenas se conocen los libros de ciencia verdadera y formal, publicados en el extranjero, pero si otros muchos de los llamados *vulgarizadores*, que recrean la imaginación y fatigan poco el entendimiento, estas fantasmagorías de Flammarion han tenido éxito fabuloso, enloqueciendo las cabezas de muchos y llenándolas de desatinos y devaneos tanto más perjudiciales cuanto van encubiertos con ropaje científico.

manera de nuestra tierra, punto microscópico y que verdaderamente se pierde de vista lanzado en el espacio inmensurable de la creación; y concluye, en fin, que supuesto que en los límites estrechísimos á que se extiende nuestra observación vemos tanta variedad de seres vivientes, ora actuales, ora que existieron en épocas remotísimas, pero que han dejado sus huellas en las entrañas de la tierra, no es conforme á buena filosofía pretender que los seres que puedan vivir en los astros hayan de ser semejantes á los que conocemos, y que aún en todo sistema la vida debe estar circunscrita á los cuerpos que no están en estado de ignición. «Por nuestra parte, concluye, creemos absurdo considerar tan vastas regiones como desiertos inhabitados: deben de estar poblados de seres inteligentes y racionales capaces de conocer, honrar y amar á su Criador; y quizá los moradores de esos astros sean más fieles que nosotros á los deberes que les impone su gratitud hácia Aquel que los sacó de la nada; tal vez, y así lo creemos, no haya entre ellos ninguno de esos seres infortunados que cifran su orgullo en negar la existencia y la infinita sabiduría é inteligencia de Aquel á quien deben la suya propia y la facultad de admirar tantas maravillas¹.» A pesar de tan discretas observaciones del sábio á quien debe los mayores adelantos la astronomía física, no pocos encontrarán tal vez de mucho valor las razones con que otro astrónomo no ménos docto que el P. Secchi, es á saber, el ilustre Mr. Faye, pretende probar la imposibilidad de que sean habitados por seres vivientes los cuerpos que vemos girar suspendidos sobre nuestras cabezas². La Iglesia por su parte no ha dicho ni definido

¹ En su obra *El Sol*, lib. VIII, c. único, § IV.

² Sobre este punto leemos en el último número de la *Revue des questions scientifiques* (Abril de 1881, pág. 595), las palabras siguientes: «Los defensores de la habitación de los astros se ven obligados para defender su tesis de amontonar hipótesis sobre hipótesis. *Es posible*, dicen, que cada estrella sea el foco y como el corazón de un sistema planetario igual al nuestro. Admitido esto, es posible que dichos planetas sean habitables, y por

nada sobre asunto tan problemático. Así en este como en muchos otros puntos, cada cual puede sentir como le parezca.

Sobre las consecuencias que los partidarios de la pluralidad de los mundos habitados sacan de sus teorías, es donoso lo que pasa con los que tal vez por antífrasis se apellidan *racionalistas*. Mientras unos levantan al hombre hasta hacerle Dios, otros le deprimen hasta considerarle casi nada en el conjunto de la creación. Aun prescindiendo de consideraciones teológicas, podemos decir que no merecemos ni tanto honor ni tanto envilecimiento. Sobre esto diremos con el célebre Arago que «cuando merced á medidas en las cuales la evidencia del método anda al igual de la precisión de los resultados, el volúmen de la tierra queda reducido á ménos de la millonésima parte del volúmen del sol; cuando este mismo sol, trasportado á la región de las estrellas, va á tomar un lugar modestísimo entre los millones de astros que nos revela el telescopio; cuando los 38 millones de leguas que nos separan del lumínar del día son en razón de su comparativa pequeñez una base de todo punto inadecuada para la indagación de las dimensiones del mundo visible; cuando la velocidad de los rayos luminosos (70.000 leguas por segundo) basta apenas para los cálculos de la ciencia; en fin, cuando forzados por pruebas irresistibles tenemos que colocar algunas estrellas á distancias tan inmensas que la luz tarda en recorrerle no ménos que un millón de años, nos sentimos anonadados bajo el peso de tanta inmensidad. Al dar al hombre y al planeta que habita un lugar tan diminuto en el mundo material, la astronomía parece no haber progresado sino con el fin de humillarnos. Mas si mirando la cuestión á otra luz, consideramos la extrema

lo mismo es posible que sean habitados.... Todo eso sin duda es posible; pero al estudiar una cuestión científica no hemos de colocarnos en este orden de ideas; la imaginación puede plantear un problema, pero los hechos son los que lo resuelven.»

debilidad de los medios con que han sido resueltos tan graves problemas; si tenemos en cuenta que para apreciar y medir la mayor parte de las cantidades que forman hoy la base de los cálculos astronómicos, el hombre ha debido perfeccionar el más delicado de sus órganos, aumentando enormemente su potencia visiva; si advertimos que ha sido preciso hallar métodos apropiados á la medición de tan largas distancias, hasta con la precisión de un décimo, combatir los efectos más microscópicos que causan en los metales, y, de consiguiente en los instrumentos, los cambios continuos de temperatura; defenderse de las infinitas ilusiones que producen en la dirección de los rayos luminosos las alteraciones de una atmósfera, ya seca, ya húmeda, ya tranquila, ya agitada, en la cual tienen que hacerse necesariamente las observaciones, nuestro sér débil, flaco y miserable, recobra su importancia. Al lado de esfuerzos tan prodigiosos del ingenio humano, ¿qué importa la debilidad de nuestro cuerpo pobre, deleznable y quebradizo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta donde habitamos, del grano de arena sobre el cual nos ha tocado en suerte aparecer por unos momentos?»

La astronomía, concluiremos de estas palabras del docto escritor, podrá señalar al hombre y á la tierra un lugar muy pequeño, imperceptible, en el mundo de la creación material; pero la misma astronomía le señala un lugar inmenso en el mundo de las ideas. Nuestra tierra, mirada desde el sol, no aparece sino como un átomo de arena que gira vertiginosamente en el espacio; el sol, mirado desde otros soles ó estrellas, es un punto imperceptible. Las estrellas, soles inmensos, son otros sistemas de planetas más complicados y grandiosos que el nuestro; reunidas y relacionadas entre sí, forman grupos, que vistos desde otras estrellas, aparecen como manchas de materia luminosa derramada como al azar en las profundidades del firmamento. Mundos innumerables se mueven en

el espacio; y estos mundos no son, tal vez, más que productos y transformaciones de otros que hace tiempo incalculable, han desaparecido ya del teatro de la creación. La duración de la vida en la tierra, con los millones de años que hace que empezó, con las infinitas manifestaciones que ha tenido, con las maravillas prodigiosas que ha ostentado, no es más que un momento, una pulsación apenas perceptible en la vida universal, una ola ú ondulación en el río inmenso que, partiendo desde un tiempo indefinible, se extiende por campos y horizontes vastísimos, y corre á perderse en un porvenir incalculable. A pesar de esto, la inteligencia, acostumbrada á considerar las maravillas de Dios, se complace en la idea de que no hay átomo de materia en todo este sistema inmenso de cuerpos que se mueven en el espacio, ni movimiento mecánico ó vital, ni pensamiento en alma humana, aún en la inconsciente del niño, que no esté previsto, regulado é intentado por una Providencia inevitable, como parte de un plan infinito en lo pasado, eterno en lo porvenir.

Para Dios no hay grande ni pequeño; todo lo gobierna, dispone y mira con igual cuidado; pero atiende principalmente al alma del hombre, criada á su imagen y semejanza, destello de su poder, y objeto de su amor é innarrable misericordia. Bello es el mundo, con sus campos cubiertos de flores, con sus montes y praderas, con sus ríos, que derramados por toda la tierra, á todo dan vida, gracia y hermosura, con la muchedumbre innumerable de sus astros, que resplandeciendo perenalmente en el cielo, lo esclarecen y hermocean cual blandones que iluminan un inmenso festín; pero más bello y más admirable es el corazón humano con el mundo de ideas, de aspiraciones y deseos, que en él se revuelve. No hay duda que á veces salen de este corazón pensamientos de muerte, deseos abominables, y un hálito de perversidad que parece salido de las profundidades del infierno; pero en medio de sus fla-

quezas y desfallecimientos imponderables, en medio de esta atmósfera infernal que á veces le rodea, y le envenena y trastorna los sentidos, el hombre siente en su alma influencias sobrenaturales, conoce que una mano invisible le guía y esfuerza, y cuando levanta su espíritu á Dios ve en Él un Padre amoroso, y en su Providencia, entrañas de dulcísima misericordia. Fortalecida con la gracia divina, nuestra alma podrá ser tentada y combatida por las tribulaciones, pero, si quiere, no vencida; las penalidades de la vida podrán doblarnos, pero no quebrarnos; la enfermedad, podrá agostar nuestros cuerpos, pero la muerte no será para nosotros sino anuncio de las cosas que ni ojo vió, ni oído oyó, ni caben en corazón humano, las cuales tiene Dios preparadas á los escogidos. El hombre, en fin, será todo lo pobre y miserable que se quiera; sueño de sombra (*σκιασ ονυα*), como dijo Píndaro¹, pero este sueño nos revela una realidad más esplendorosa y magnífica que todas las que contemplamos con los ojos corporales. Y si, como dice este sublime poeta, acertare á caer sobre él un rayo venido de lo alto, entonces brillará á sus ojos una aurora hermosísima, toda resplandeciente de vida y de delicias incomparables. Esta claridad soberana ha descendido en verdad sobre el hombre más magnífica aún que la que había imaginado la poética antigüedad, y bañando y envistiendo y esplendorando nuestra alma, ha esclarecido también á las veces el cuerpo comunicándole no sé que vislumbres de gloria que le han divinamente transfigurado y embellecido. Entonces ha sido el hombre el espectáculo más sublime y magnífico que se ha ofrecido en el universo. Entonces ha brotado de su corazón un mundo de armonía infinitamente más bello que aquel concierto de los cielos, como le llama Job, que vibra en los espacios estelares. Porque si Dios mora y vive y ostenta las riquezas de su poder y de su

¹ Pítc. VIII.

sabiduría en todas partes, manifiesta especialísimamente estas magnificencias en los deseos, en los pensamientos y en las puras emociones de las almas adornadas con la aureola de la santidad.

Orígen, fuente y causa primordial de estas grandezas y magnificencias, es la gracia de Cristo, alcanzada por sus merecimientos infinitos y por la virtud de su sacrificio inefable. Por esto, al figurarnos con la imaginación á nuestro globo moviéndose en la inmensidad de los espacios, no podemos ménos de contemplarlo enrojecido por la sangre de Aquel que vino á este mundo á redimir y rescatar nuestro abatido linaje, á remediar todas las enfermedades del alma, á bañar el mundo en un océano de misericordia. Este es el título de nobleza de la tierra, este el trasunto de sus glorias y maravillas.

LA PROVIDENCIA PRESIDE EL MOVIMIENTO DE LOS ASTROS.

Así lo enseña efectivamente la Iglesia y lo mismo resulta de mil pasajes de la Divina Escritura, de la doctrina de los Santos Padres y de los teólogos de todos tiempos. Esta ha sido también la creencia del linaje humano en todos los siglos y en todos los lugares de la tierra, creencia arraigada en la conciencia de la humanidad, de la cual no podrán arrancarla jamás los sofismas de los impíos y blasfemadores de Dios, alentados por las concupiscencias que brotan de continuo de nuestro corazón depravado.

Dios existe; los cielos pregonan su gloria; las estrellas de la mañana callando y centelleando anuncian su grandeza, su poder y majestad; la tierra, con su variado manto de flores, yerbas, árboles y mieses, recuerda su divina hermosura; y la universalidad de las cosas criadas enaltece á porfía la Divinidad de su Autor, infinito en la virtud, eterno en la duración, supremo en el señorío y jurisdic-

cion que tiene sobre ella. Su palabra hinche, vivifica y hermosea la creación, cuadro en que el gran pintor del mundo, como llama á Dios uno de nuestros poetas antiguos, al derramar sobre la naturaleza bellezas sin cuento, dejó esculpidas en ella con caracteres imborrables el poder, la sabiduría, la bondad de la Esencia creadora. El orden, la consonancia, la música tan acordada que hacen entre sí las criaturas como cuerdas en el harpa del universo, no son más que reflejo debilísimo de la armonía que reina en la inteligencia infinita. Todo obedece á su voz; Él es el que con su omnipotencia trastorna los montes, quien mueve la tierra de su lugar y hace estallar las columnas de ella. Cuando le place, manda al sol que no nazca, y á las estrellas que no alumbren. Si Él destruyere, no hay quien edifique; si detuviere las aguas, todo se secará, y si las enviare con demasiada abundancia, anegarése toda la tierra. Él es el que envía el viento frío de la banda del Norte sobre el elemento del aire y asentó la tierra en el lugar que ahora tiene, sobre nada. Él es el que recoge y ata las aguas en las nubes para que no caigan de lleno sobre la tierra. Él es el que viste y adorna su trono real, que es el cielo, y lo cubre cuando quiere con las nubes y con la niebla. Él puso término á las aguas de la mar, el cual durará mientras en el mundo hubiere luz y tinieblas. Las columnas del cielo tiemblan de su presencia y tremen á cualquier muestra de su indignación. Por su virtud y fortaleza salieron los mares de su lugar natural y se recogieron en su propio seno después de cubierta la tierra. Su espíritu adornó los cielos. Él lanzó las estrellas cual granos de polvo luminoso en las inmensidades del espacio, y no es posible extender la vista por este

Templo de claridad y hermosura
De innumerables luces adornado;

no es posible considerar por un instante

El gran concierto
 De aquestos resplandores eternos,
 Su movimiento cierto,
 Sus pasos desiguales,
 Y en proporcion concorde tan iguales;
 La luna cómo mueve
 La plateada rueda, y va en pos de ella
 La luz do el saber llueve,
 Y la graciosa estrella
 De amor le sigue reluciente y bella;
 Y cómo otro camino
 Prosigue el sanguinoso Marte airado,
 Y el Júpiter benino,
 de bienes mil cercado,
 Serena el cielo con su rayo amado;
 Rodéase en la cumbre
 Saturno, padre de los siglos de oro,
 Tras él la muchedumbre
 Del reluciente coro
 Su luz va repartiendo y su tesoro.

No es posible fijar los ojos ni el pensamiento

En este gran trasunto
 Do vive mejorado
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado,

sin percibir la armonía inefable que vibra en la creación, y el perfume de Divinidad que, al decir de un Santo Padre, derramó Dios sobre la naturaleza como un licor inmortal. Los que no perciben esta divina armonía, ni sienten la suavidad de esta fragancia, son verdaderamente desgraciados. Nadando entre tantas maravillas no tienen ojos para verlas, ni oídos para oír lo que callando predicán, ni corazones para levantar su espíritu al conocimiento del Hacedor, por el artificio admirable de sus criaturas. Fáltales el sentido de Dios, y desvanecidos en

sus pensamientos, y entenebrecido su corazón insensato, piérdense en un laberinto de mil absurdos y contradicciones; y por no admitir la intervención del divino poder en la creación y conservación del universo, admiten efectos sin causa, movimiento sin principio movedor, fuerza y actividad sin algo donde radique originariamente esta fuerza, y orden y armonía sin quien ordene, componga y conserve en este orden las criaturas.

Lo dicho hasta aquí nos parece responder bastante a las objeciones tomadas del estudio de la naturaleza, que Draper considera como conflictos entre la Religión y la ciencia. Con esto pudiéramos dar esta discusión por terminada. Mas no queremos cerrarla sin mencionar, aunque no sea sino de paso, un argumento general que ha venido inesperadamente á apoyar las enseñanzas acerca de la creación, diluvio, torre de Babel, y otras que registran los primeros capítulos del Génesis. Nos referimos á los llamados *textos cuneiformes*.

Los grandiosos descubrimientos hechos recientemente en aquellos sitios donde antiguamente estuvieron asentadas las famosas ciudades de Nínive, Babilonia, Calach, Sippara, Erech, Larsam y Ur, llevarán á la posteridad rodeados de luz imperecedera los nombres de Botta, Layard, Rawlinson, Oppert, Smith, y otros sábios ilustres. El tesoro de ciencia encontrado en las magníficas bibliotecas que despues de estar sepultadas por espacio de muchos siglos han vuelto á aparecer de nuevo, franqueándonos millares de libros escritos, no en papel ó pergamino, sino en ladrillos, y escritos en una lengua y caracteres de todo punto perdidos, es realmente incalculable. Sería largo entrar en pormenores acerca de esta riqueza. A nuestro propósito toca solamente recordar cómo entre millares de inscripciones y ladrillos de tierra cocida que contienen toda

suerte de memorias históricas y de obras científicas ó literarias, han aparecido recientemente los fragmentos de un poema caldeo, á quien su descubridor, Jorge Smith, con bastante probabilidad, atribuye una ancianidad de unos dos mil años antes de Jesucristo, y que es por consiguiente anterior á la composición del Génesis de Moisés. En él hallamos la tradición caldea acerca de la creación del mundo, así como en los fragmentos de Beroso leemos la tradición asiria acerca de esta misma historia; las cuales tradiciones, comparándolas con el texto sagrado, ofrecen una semejanza maravillosa que indica un origen comun. Efectivamente, las tres representan al mundo primitivo como una masa informe, el caos, el abismo, el agua, materia primordial de donde surge el mundo organizado; la separación del cielo y de la tierra, como también de los continentes y de los mares; el orden que poco á poco va apareciendo en todas las partes del universo; la formación del sol, de la luna y de las estrellas, y la ordenada sucesión de los tiempos debida á los movimientos de los astros; la producción de los animales divididos en varias clases, y por último, la creación del hombre, constituido por Dios rey de la naturaleza. La correspondencia llega hasta las palabras. Así, por ejemplo: el *tehom* hebraico (el abismo) corresponde al *tihannat* caldeo (el mar engendrador de todo) y al *Thavath* de Beroso (la diosa Naturaleza de los babilonios). Mas si tan singulares coincidencias señalan el origen comun de las tres tradiciones, sus diferencias indican que la relación bíblica es la más pura de las tres, pues á una majestad sublime en las formas, junta inmaculada pureza de doctrina, mientras que las leyendas caldea y asiria están desfiguradas por errores gravísimos y extrañas fábulas mitológicas.

Igual analogía hallamos entre lo que del diluvio cuentan Beroso y el poema de Izdubard, y la narración bíblica. Convienen el texto caldeo y la Biblia en considerar al

diluvio como castigo de Dios por los pecados de los hombres, circunstancia que omite la tradición asiria de Beroso. Mas las tres relaciones hablan del episodio de las aves enviadas por Noé fuera del arca, como también del sacrificio ofrecido á la Divinidad, después de haberse salvado de la inundación. La leyenda cuneiforme contiene además muchos pormenores acerca de la construcción y las dimensiones del arca, su aprovisionamiento, la bendición, la alianza, la puerta del arca cerrada, con otras circunstancias que confirman á maravilla la narración de Moisés.

Sería largo demostrar cómo lo que dice el Génesis sobre el paraíso terrestre, la maldición pronunciada contra nuestros primeros padres, las generaciones antediluvianas, la torre de Babel, la historia de Abraham, y otros puntos igualmente controvertidos por la ciencia incrédula, han hallado magnífica ilustración en los textos cuneiformes.

Al considerar la inesperada confirmación de la verdad bíblica hallada en los ladrillos de las bibliotecas de Asiria, vienen naturalmente á la memoria aquellas palabras de Cristo en que respondiendo á la turba de fariseos que no sufrían en paciencia que los pueblos le aclamasen por Rey, que venía en nombre de Dios á salvar el mundo, les dijo: Yo os digo que si estos callan, las piedras hablarán (*οἱ λίθοι κερᾶσονται*). Sí; en medio del trastorno universal de las ideas que hoy agita al mundo, cuando por una parte los pueblos siguen aclamando á Jesús por Dios y hombre verdadero, cuando los modernos fariseos quisieran ahogar esta voz, y cuando una ciencia de falso nombre pretende haber demostrado la falsedad de las Divinas Escrituras, las piedras han hablado, proclamando que la narración de Moisés, obra de inspiración divina, está confirmada por los rastros que han quedado en los monumentos más antiguos del mundo.

CAPÍTULO XVII.

OBJECIONES HISTÓRICAS.

LA historia, dice Cervantes repitiendo una frase de Ciceron, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, y advertencia de lo porvenir. Así es, en efecto, cuando la historia es verdadera. Si es falsa, si no refiere los hechos tales como pasaron, si no retrata con su propia fisonomía y colorido los personajes que intervinieron en ellos, sino con el que les prestan las preocupaciones del escritor, si tuerce las secretas intenciones de los hombres, y no procura estudiar y poner de manifiesto los altísimos secretos de Dios escondidos en el fondo de los acontecimientos, y que se realizan en el agitado revolver de los tiempos y en el choque espantoso de las pasiones humanas, la historia, en lugar de luz derrama tinieblas, y en vez de enseñar á los hombres, los pervierte y desmoraliza y conduce á senderos de perdición. Por desgracia, de no pocas que pasan por historias, se puede decir que la relacion de los acontecimientos humanos tal como en ellas consta, más se acerca á la fábula que á la historia verdadera. En la mayor parte de sus páginas no hallamos ordinariamente más que errores, preocupaciones y falsedades. Hay escritores en cuyos libros la verdad misma seduce y engaña. Todo les sirve para sus fines, para seducir á los incautos y llevar las cosas al camino de sus bajos y ruines intentos. Lo que pasa ante nuestros ojos, y la extraña discrepancia

que advertimos entre la realidad de los acontecimientos que vemos y su interpretacion histórica, demuestra hasta la evidencia que para saber la verdadera historia humana es fuerza aguardar el dia grande de las revelaciones divinas en que, como dice la Sagrada Escritura, se condensarán los tiempos de todas las cosas.

Así, la prueba y el argumento tomado de la historia, aunque de algun valor, pocas veces es decisivo y concluyente. Mas como los enemigos de la fe no cesan de acudir á este arsenal para guerrear contra ella, será bien descender á este terreno para deshacer con la luz de la verdad los fantasmas de los hechos que presentan como causas, efectos ó manifestaciones de los conflictos entre la Religion y la ciencia.

La primera objecion, la más comun, y la que se tiene por incontestable por cuantos defienden la natural oposicion entre la ciencia y la fe, consideradas en su desarrollo histórico, es el Tribunal de la Inquisicion. La sombra del terrible Tribunal es, segun muchos, la mancha más negra que afea el cuerpo de la Iglesia, el oprobio del linaje humano, y la calamidad y el enemigo más feroz que ha tenido la ciencia. Al decir de ellos, esta institucion mató la libertad del pensamiento, persiguió cruelísimamente á los hombres científicos que se lanzaron fuera del estrecho círculo de las fórmulas recibidas generalmente, amedrentó con sus persecuciones y procedimientos á los espíritus más gallardos, y derramó espesas tinieblas en aquellos horizontes que debian ser iluminados por los esplendores de la sabiduría; los siglos que ejerció su autoridad é influencia este Tribunal, hay que contarlos por consiguiente entre los más aciagos para la historia de la cultura humana.

Estas acusaciones y querellas contra el Tribunal de la fe, han sido mil veces contestadas. Pero como los enemigos de la verdad no se cansan de repetirlas en libros, folletos y papeles periódicos, tampoco nos hemos de cansar

en contestarlas á fin de que se haga paso, y triunfe la verdad, y deshaga con los rayos de su luz las tinieblas que quieren oscurecerla y matarla.

La Inquisicion fué obra de la Iglesia, entendiéndose aquí por Iglesia, dice un docto escritor español, «los Papas, Concilios, Obispos, teólogos, canonistas, soberanos, tribunales seculares, confesores y seglares, pues que todos ellos han contribuido, aunque con diferente influjo, en su ereccion y permanencia por seis siglos.» El fin que tuvo presente la Iglesia en su establecimiento, fué velar por la integridad de la fe, perseguir á los herejes, apóstatas y corruptores del dogma, enemigos y perturbadores de la sociedad civil, tal como estaba constituida, arrancando del campo de la verdad la cizaña de los errores, rebeliones y discordias, origen de todo mal en esta y en la otra vida. Siendo esta institucion esencialmente religiosa, entraba de lleno en el orden sobrenatural en que vive la Iglesia; mas como habia de ejercer su jurisdiccion por medio de hombres, y corregir y castigar los extravíos de aquellos que á la vez que miembros y súbditos de la Iglesia, eran tambien miembros de la sociedad civil, hubo de revestirse de formas y atributos extrínsecos, visibles y civiles, encaminados á la más pronta, segura y eficaz persecucion de aquellos errores y extravíos. Para esto entabló la forma de sus juicios, en los cuales, si hubo alguna falta, fué debida á causas meramente accidentales y transitorias. En cuanto á las personas á quienes fué encomendado el ejercicio y aplicacion de sus leyes, fueron de lo mejor que tenia en aquel tiempo la cristiandad, pues como dice el grave historiador P. Juan de Mariana, «para este oficio se buscaban personas maduras en la edad, muy enteras y muy santas.»

Sería prolijo demostrar cada una de estas aserciones ¹.

¹ Quien desee ver esa demostracion puede acudir al libro *La Inquisicion* publicado por D. Juan Manuel Orti y Lara, catedrático de metafísica en la Universidad central.

En cuanto al principio en que se apoyaba el establecimiento de la Inquisicion, y que es la base de todas las acusaciones que se hacen contra ella, no es posible negarlo ó ponerlo en duda. Es cierto que la fe no se impone por la violencia; mas ¿puede permitirse que las bases fundamentales de toda sociedad, de toda ley y de toda moral, como son las verdades religiosas, sean negadas y conmovidas impunemente? ¿No merece castigo el que esparce principios subversivos, quien atiza el fuego de la rebelion, quien perturba la sociedad y la envenena con perversas doctrinas? Si al hacer esto dice que lo hace obedeciendo á los dictámenes de su conciencia, ¿es bueno, es conveniente, ó no es más bien altamente culpable, el consentir que siguiendo su erróneo convencimiento, trastorne el orden y el bienestar social? ¿Hay que dejar suelto al loco y desvariado, ó más bien sujetarlo con la fuerza? La fe es el bien supremo del hombre en esta vida; quien la pierda, pierde el tesoro más grande que puede poseer, el principio de su felicidad temporal y perdurable; quien atenta contra ella, quien públicamente la insulta ó desacata, quien no contento con haberla él mismo perdido priva á otros de bien tan grande, robándoles la joya más preciosa del alma, y destruyendo el lazo más hermoso que une á los hombres entre sí, comete un crimen que la autoridad encargada de guardar esta fe, puede y debe castigar con igual energía, por lo ménos, que la autoridad civil castiga delitos semejantes. Así lo entendió la Iglesia, y esto hizo la Inquisicion, reprimir la heregía, inquirir y pesquisar á los que pretendian alterar ó corromper la fe, atajar el mal cuando era todavía remediable, apagar la chispa que amenazaba vasto incendio, cortar el miembro podrido antes que gangrenase todo el cuerpo social.

La atroz crueldad que tanto le echan en cara los enemigos de la Inquisicion, quedaria reducida á bien escasas proporciones, ó mejor dicho, á la nada, si estos estudia-

sen desapasionadamente su historia, su manera de enjuiciamiento y su acción é influencia en el mundo, no á la luz de sus preocupaciones, sino á la de los usos, costumbres, hechos y leyes contemporáneas. «La Inquisición de España, dice un testigo mayor de excepción, casi era benévola y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones. Todos los moros, judíos y herejes castigados ó quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, á sólo las infelices brujas quemadas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso, que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar, pueblo entonces más bárbaro y feroz que el centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre á torrentes ¹.» Respecto á esta última nación, añadiremos á lo que dice D. Juan Valera que, por confesión de los mismos ingleses, su código penal en los siglos XVI y XVII y parte del XVIII es el oprobio del género humano.

Lo de que la Inquisición se ensañó principalmente con los hombres científicos, sólo puede decirlo quien no haya siquiera atravesado los umbrales de la historia. Por lo que toca á España, donde al decir de muchos andaba más vivo que en ninguna otra parte el fuego de las hogueras del Santo Oficio, basta abrir los *Indices expurgatorios*, esos *Indices* tan citados por los que ni siquiera los han visto por el forro, para leer en ellos la respuesta más victoriosa á tales calumnias. En ellos no aparece ninguno de los nombres que han dejado huella en la historia de las ciencias. Allí vemos prohibidos libros obscenos antiguos ó

¹ Discurso del Excmo. Sr. D. Juan Valera, contestando al del Excmo. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce, en la Academia de la Lengua, pág. 69.

modernos (no todos los que lo merecían), obras de autores herejes ó de sospechosa doctrina, de nigromancia y hechicería, de mística, escritas por los *alumbrados* y *quietistas*, y otras por el estilo. De libros de ciencias y de filosofía, apenas hallamos rastro en los *Indices expurgatorios*. Por lo que hace al teatro, en el espacio de más de 90 años sólo encontramos prohibidos por la Inquisición de 12 á 15 farsas ó comedias, que es decir, ménos de la mitad de las que desde 1817 hasta 1832 fueron prohibidas en la culta, liberal y protestante Inglaterra, según resulta de las eruditas investigaciones de un literato eminente, el más profundo conocedor de nuestro teatro antiguo, y á quien debemos esta noticia ¹.

Acerca de las personas no hay sino recorrer muy á la ligera los nombres de los procesados por la Inquisición, para convencerse de que el decir que este Tribunal perseguía el pensamiento y la ciencia, es ridícula vulgaridad. Las víctimas de la Inquisición pueden distribuirse entre judaizantes, moriscos, protestantes, nigromantes, alumbrados, confesores solicitantes y procesados por causas políticas. Entré ellos no hallamos ningún sábio ni siquiera de segundo orden, ningún escritor insigne, ningún orador, teólogo, filósofo ó moralista mediano; todos son gente oscura, de pocas letras é ingenio. Los únicos hombres de valer que ocurren al hojear las páginas de la historia inquisitorial, son el Arzobispo Carranza, el maestro Fr. Luis de León, Francisco Sánchez de las Brozas y algunos pocos más. Prescindiendo de las pasiones y miserias humanas que se mezclaron en algunos de estos procesos, y de los cuales no cabe la menor culpa á la Inquisición, diremos con el joven y aventajado escritor D. Marcelino Menéndez Pelayo ², que «si la Inquisición persiguió á Carran-

¹ Nuestro amigo D. Manuel Cañete.

² Véase la hoja literaria del periódico *La España* del sábado 19 de Marzo de 1877. Los artículos publicados en *La España* fueron reunidos por su autor en el precioso é interesantísimo libro *La Ciencia española*.

za, fué por haber enseñado doctrina de sabor luterano, y el durar tanto su proceso se debió á la calidad del reo, que era nada ménos que Arzobispo de Toledo, teólogo insigne ademas, y por contera blanco de los tiros de un partido. Lo de Fr. Luis de Leon fué negocio muy hondo y peliagudo. Sus acusadores eran hombres de no vulgar ingenio, y por eso duró tanto la causa; mas ni Bartolomé de Medina ni Leon de Castro pudieron impedir que se reconociese la inocencia del procesado. Lo del Brocense fué cuestion de escuela solicitada por los aristotélicos salmantinos. La Inquisicion le llamó á su Tribunal tres veces, pero no le impuso castigo alguno; finalmente, en cuanto á los demas acusados, si los condenó y castigó, no los castigó por sábios, sino por herejes, ó por enseñar doctrina sospechosa contra la fe.»

No queremos con esto eximir de toda culpa á aquel Tribunal, ó mejor á algunos hombres que en tal ó cual época lo formaron; sin duda alguna tenia peligros su manera de enjuiciar, y en ocasiones parece haber sido excesivo su rigor ó haber abusado de su poder para cosas en que no tenia que ver la religion ó la defensa de la fe puesta á su cuidado. Al fin hombres eran los que componian el Tribunal, sujetos al error, capaces de pasiones y accesibles al engaño y al soborno. Pero quien considere la historia del Santo Oficio imparcialmente y como deben considerarse los grandes hechos históricos, en su conjunto y dentro del cuadro general de los siglos en que existieron, le hallará, sin duda, legítimo en su fundacion, santo en su fin, equitativo en sus procedimientos, justo en sus fallos, humano en sus castigos y saludable en sus efectos. Velando por la pureza é integridad de la fe, mantuvo los corazones de los fieles dulcemente enlazados con los vínculos de una misma religion, y preservando los entendimientos de falsas y desvariadas doctrinas defendió incólumes los derechos de la ciencia. Por lo que toca á

España, débese á la Inquisicion el que entre los ingenios que aquí florecieron, que fueron sin duda alguna los mayores y más aventajados de aquel tiempo, tan atrevidos algunos de ellos y de espíritu tan gallardo y generoso en sus especulaciones, no hubiese ninguno que salvando todos los lindes y atropellando todos los respetos, haya taldado el campo y devastado los dominios de la sabiduría.

Alrededor del hecho histórico de la Inquisicion pueden agruparse algunos otros que continuamente están trayendo al terreno de la discusion los enemigos de la Iglesia, haciendo de ellos arma poderosa para impugnar la trabazon admirable que ella siempre ha procurado establecer entre la ciencia y la fe.

El primero es el famosísimo proceso de Galileo. Dos siglos y medio hace que se entabló y juzgó su causa en el Tribunal de la Inquisicion romana, y desde aquel tiempo no ha cesado de ser objeto de viva y las más veces apasionada discusion, hasta el punto de que con los libros que de una y otra parte se han escrito, pudiera formarse una razonable librería. Cabalmente hace poco ha publicado las piezas del célebre proceso el docto escritor Enrique L'Epinois, y con estas piezas en la mano vamos á decir algunas, aunque breves palabras, acerca de tan manoseado asunto, concretándonos á la parte científica, pues sería largo el tejer toda la historia de la causa.

La dificultad reducida á sus términos más sencillos, es la siguiente: El miércoles 24 de Febrero de 1616, habiendo sido presentadas á la censura del Santo Oficio dos proposiciones enseñadas por Galileo, en las cuales se afirmaba: 1.º, que *el sol es el centro del mundo, y por consiguiente está inmóvil con movimiento local*, y 2.º, que *la tierra no es el centro del mundo, ni está inmóvil, sino que se mueve toda por sí misma y aún con movimiento diurno*, aquel Tribunal dió su censura unánime, diciendo: 1.º, que la primera proposicion era necia y absurda en filosofia y formalmen-

te herética, por contradecir expresamente en muchos lugares á la Sagrada Escritura, tomados segun la propiedad de las palabras y segun la interpretacion y comun sentir de los Santos Padres y doctores teólogos; y 2.º, que á la segunda correspondia igual censura en filosofía, y que en lo tocante á la verdad teológica, era, por lo ménos, errónea en la fe. El viernes 26, llamado Galileo en presencia del Cardenal Belarmino, éste le advirtió de la censura de sus doctrinas, mandándole en nombre del Sumo Pontífice y de la Congregacion del Santo Oficio, que abandonando tales opiniones no fuese osado de enseñarlas en adelante de palabra ni por escrito, á cuya orden Galileo se sometió prometiendo obedecer. Dos años adelante, en 5 de Marzo de 1518, la Congregacion del Indice condenaba como contraria á las Divinas Escrituras la opinion de la movilidad de la tierra y de la inmovilidad del sol, y suspendia hasta nueva correccion los libros de Nicolás Copérnico y Diego de Stuniga, y las demas obras donde se enseñase tal doctrina. Este es el resumen de los documentos oficiales más importantes de la causa de Galileo, segun constan en el proceso folio 377 v.º, 378 v.º y 380 v.º y págs. 39, 40 y 42 de la edicion de L' Epinois. Esto supuesto, se pregunta: ¿cómo vino á darse esta sentencia? ¿Cuál es su autoridad? ¿Qué puede resultar de ella contra la infalibilidad doctrinal de la Santa Sede? ¿En qué se opuso á los derechos, adelantos y conquistas de la ciencia?

Desde luego aparece extraño que habiendo el sistema del movimiento diurno de la tierra sido enseñado desde el año 1435 por el Cardenal Nicolás de Cusa, por Copérnico en su libro *De revolutionibus orbium caelestium*, publicado en Nuremberg en 1543, y dedicado al Papa Paulo III, por algunas escuelas italianas y aún en presencia de Clemente VII, sin promover reclamacion ni censura de ninguna especie, se levantasen tales clamores al ser enseñado por Galileo, que se creyese necesaria la intervencion de la

autoridad eclesiástica. Algun elemento extraño hubo de mezclarse sin duda alguna en la contienda. ¿Pudo ser la sospechosa heterodoxia del autor que con sus doctrinas astronómicas quisiese apoyar alguna doctrina contraria al dogma católico? No; pues Galileo fué siempre hijo sumiso de la Iglesia, y en sus dichos nada hay que se aparte del comun sentir de los teólogos aún en la cuestion gravísima que se agitaba en el fondo de aquella discusion, es á saber, la manera de interpretar los textos de las Sagradas Escrituras relativos á las verdades científicas. ¿Sería tal vez la pretension de hacer pasar por tésis y verdad asentada, lo que no era más que hipótesis más ó ménos probable? Tampoco; pues como tésis lo habia defendido Copérnico y otros, y nadie les habia ido á la mano. El daño de Galileo estuvo en que, ya fuese imprudencia de su parte, ya pérdida maniobra de sus adversarios, la discusion que no hubo de salir jamas del terreno científico, pasó al teológico y exegético; salieron á discusion textos de las divinas Escrituras, y los adversarios de Galileo se aprovecharon del abuso que hacía de ellos; y como por otra parte, las pruebas que presentaba de su sistema distaban mucho de ser eficaces y concluyentes, la briososa y triunfante escuela de los peripatéticos, que veia que con el sistema de Galileo se pisoteaba toda la filosofía de Aristóteles, como alguno de ellos decia, consiguió llevar la cuestion al Tribunal del Santo Oficio; el cual, despues de largo exámen, prohibió las doctrinas de Galileo, y condenó á su autor á desdecirse de ellas y á no enseñarlas en adelante. Hay autores que quieren defender ó excusar la doctrina del Tribunal. Otros creen que ya que la porfia habia llegado al extremo de tener que intervenir en ella la autoridad eclesiástica, esta habia de templar su rigor, ceñirse á la parte de exegésis que entraba en la discusion y no propasarse á declarar nécia y disparatada la doctrina del movimiento de la tierra. De todos modos queda en salvo

la autoridad del Romano Pontífice, pues ni aparece su nombre en el decreto, ni en todo él se ve la sombra más leve de definición doctrinal pronunciada *ex cathedra* y dirigida á toda la Iglesia.

Hoy día es fácil señalar el error del Tribunal de la Inquisición; mas en la época en que se condenó la doctrina del movimiento de la tierra, estaba muy lejos del grado de certidumbre que ahora alcanza; y como la enseñanza de Galileo iba enlazada con interpretaciones de textos de la Escritura algo aventuradas, pertenecía á la autoridad de la providencia eclesiástica el precaver que la interpretación de la divina Escritura no padeciese con conjeturas é hipótesis entonces poco verosímiles y abiertamente opuestas al sentir de la mayor parte de los matemáticos de aquel tiempo. Todo bien mirado, el decreto del Santo Oficio está tan lejos de encerrar espíritu de persecución contra la ciencia, que más bien fué encaminado á defender sus derechos tales como entonces se entendían. De hecho los jueces se engañaron, dice L'Epinois ¹; pero en derecho, si veían la Religión amenazada y perturbada las conciencias por una teoría todavía sujeta á duda y discusión, ¿no podían por ventura decirlo, no con ánimo de impedir los progresos de la ciencia, supuesto que siempre ha permitido defender la doctrina como hipótesis, sino señalando el peligro de afirmarla como verdad absoluta? Por lo demás, no dejaremos de observar que los tormentos padecidos por Galileo que tanto han ponderado los adversarios de la Iglesia y aquel famoso *E pur si muove*, que todavía llena de filantrópica indignación el pecho de más de un enemigo del Santo Oficio, son simplezas ridículas que no han tenido más fundamento que la acalorada fantasía de los que han novelado en la historia de las ciencias naturales.

¹ En el prólogo que encabeza la colección de Documentos sobre el proceso de Galileo.

En la condenación de Galileo fué envuelta, como hemos dicho, la de la obra de Nicolás Copérnico, y esta condenación es otra de las querellas de los que pretenden ver en todas partes conflictos entre la ciencia y la Religión. Mas el haberse más adelante quitado del índice de libros prohibidos la obra *De orbium caelestium revolutionibus*, demuestra evidentemente que al condenarla el Santo Oficio no pretendió atribuirse la infalibilidad doctrinal, propia únicamente de la Iglesia y de su cabeza visible, que es el Sumo Pontífice, sino imponer á los fieles los decretos que creyó conveniente dar y promulgar según las circunstancias de los tiempos, decretos cuya observancia exige, pero de los cuales no hace dogma de fe.

Además de lo que toca á la Inquisición, hallamos en la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, algunos otros hechos que su autor presenta como síntomas de la hostilidad de la Iglesia á los progresos de la razón y de la ciencia. Uno de ellos es la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, atribuida por Draper á los cristianos de esta ciudad, capitaneados por su patriarca Teófilo. Si hemos de atenernos á algunas leves indicaciones de Tertuliano y de San Epifanio, obispo de Constancia en Chipre, parece que después del incendio de la gran Biblioteca, formada por los Ptolomeos en el barrio ó cuartel de Bruchium, y destruida por las llamas en la guerra de César contra el Egipto, hubo de formarse otra junto al templo que fué llamado *Serapeum*, por darse en él culto al dios Serapis. Aunque hay bastantes dudas acerca de la existencia de esta Biblioteca, pues las vagas indicaciones de Tertuliano y Epifanio están no poco desautorizadas por el silencio de escritores que, caso de existir tal colección de libros, habrían debido hablar necesariamente de ella, esto no ha impedido que Draper nos describiese puntualmente sus inmensos tesoros literarios, con el fin de demostrar el fanatismo de los cristianos, el tumulto que

armaron en la ciudad en el reinado del Emperador Teodosio, y cómo, en represalias de anteriores persecuciones, asaltaron el templo de Serapis, pegando fuego á los elementos de cultura intelectual en él depositados, y cuya destrucción había el mismo patriarca Teófilo solicitado del Emperador. No es posible averiguar el fundamento en que puedan apoyarse tales aserciones. Lo único que en prueba de ello pudiera aducirse es una frase del español Orosio ¹. Mas este texto, cuya construcción gramatical es harto embrollada, dice únicamente que como quiera que después del incendio de la Biblioteca de Alejandría, en tiempo de Julio César, se hubiesen allegado algunos libros, en tiempo de Orosio no quedaban más que los estantes vacíos, que fueron asimismo destruidos por las llamas por los que él llama *nuestros hombres*, frase con que alude, no á los cristianos, sino á los romanos por contraposición á los bárbaros ó extranjeros muy numerosos en Alejandría, y cuyas colisiones y revueltas con los romanos, que más de una vez ensangrentaron las calles de esta ciudad, son mencionadas frecuentemente por los historiadores. Por otra parte, como Orosio dice haber visto los tales armarios ó estantes, su destrucción no pudo ser sino después de los años 415 ó 416, en que este historiador hizo su viaje á Palestina pasando por Egipto, mientras que el incendio del templo de Serapis lo colocan todos los escritores el año 389, esto es, veintiseis ó veinti-

¹ El texto de Orosio, *Historiarum*, lib. vi, cap. xv, dice así: «in ipso praelio regia classis forte subducta, jubetur incendi. Ea flamma cum partem quoque urbis invasisset quadringenta millia librorum, proximis forte ædibus condita exussit: singulare profecto monumentum studii curaque majorum, qui tot tantaque illustrium ingeniorum opera congregaverant. Unde quamlibet hodie que in templis extant, quæ et nos vidimus, armaria librorum; quibus direptis exinanita ea à nostris hominibus nostris temporibus memorent, quod quidem verum est; tamen honestius creditur, alios libros fuisse quæsitos, qui pristinas studiorum curas æmularentur, quam aliam ullam tunc fuisse bibliothecam quæ extra quadringenta millia librorum fuisse ac per hoc evasisse credatur.» (Migne P. L. t. xxxi, p. 1036.) Sobre este incendio de la Biblioteca Alejandrina puede verse un artículo publicado por el P. Brucker en los *Etudes*, revista francesa que publicaban años atrás en Francia los PP. de la Compañía de Jesús.

siete años antes del suceso cuya relación quieren encontrar en Orosio los historiadores hostiles á la Iglesia. Si estos tuvieran chispa de juicio habrían debido advertir tal anacronismo, como también el caso singular, de que habiendo sido el incendio del Serapeum uno de los sucesos más ruidosos del siglo iv, y haciendo mención de él Rufino, Sócrates, Sozomeno y Eunapio, ninguno de estos escritores habla de la destrucción de la Biblioteca, ni siquiera el último, que como gentil, no habría desaprovechado la bella coyuntura que se le venía á las manos para hacer una valiente diatriba contra el cristianismo.

Pero ¿cómo hallar imparcialidad en espíritus donde fermenta el odio, y á los cuales agitan y trastornan todas las pasiones? ¿Cómo hallar, no ya imparcialidad, sino sentido común en un autor que después de contar á su manera el incendio de la Biblioteca de Alejandría, que no ha existido más que en su imaginación acalorada, se atreve á atribuir á San Cirilo de Alejandría el asesinato de la célebre Hipatia, estampando á continuación estas ridículas palabras: «así acabó la filosofía griega en Alejandría y pereció la ciencia que tanto se esforzaron en promover los Ptolomeos; la Biblioteca hija, la del Serapeo, fué dispersada, y la suerte de Hipatia sirvió de aviso á los que intentaron cultivar los conocimientos profanos; no hubo por tanto libertad para el pensamiento del hombre; todo el mundo debía pensar como la autoridad eclesiástica ordenase, en el año del Señor 414.» Pues ¿qué diremos de su inacabable ponderación de la ciencia de los árabes, cuando no hay quien ignore lo falso, supuesto y fabuloso de la tal civilización, la más grosera evolución del saber antiguo, al decir del discreto orientalista Don Francisco Javier ² Simonet, y que apenas pudo sobrevivir á la ruina del imperio que la produjo ni ejercer activa

² En un artículo publicado en *La Ciencia Cristiana*, volumen III, pág. 385.

y duradera influencia en la cultura de los demas pueblos? ¿Qué diremos de los tesoros de ciencia que Draper supone destruidos por el Cardenal Cisneros en la quema de los ochenta mil manuscritos en la plaza de Granada, cuando los tales manuscritos apenas llegaron á cinco mil y eran todos ellos libros alcoránicos y musulmicos, pues en el decreto de 20 de Junio de 1511, decreto absolutamente necesario para conseguir la suspirada unidad religiosa, fin sublime de nuestra reconquista, manda expresamente la reina Doña Juana quemar únicamente los libros que tenían los moriscos *De su ley xara e çumna*, dejándoles los de *medicina e filosofía e corónicas*? ¿Qué diremos de otras acusaciones no ménos ridículas y absurdas que hace Draper á la Iglesia, por ejemplo que los Sumos Pontífices y no los godos, ni los vándalos, normandos y sarracenos, fueron los que asolaron la Italia, que el Clero ha monopolizado siempre la enseñanza, oponiéndose á la instruccion de los láicos por el principio de que *la ignorancia es madre de la piedad*, que la Iglesia ha puesto en descrédito á los médicos y á la medicina, porque dañaban á la explotación de la pública credulidad en la eficacia de las reliquias aplicadas á la curacion de los enfermos, que ha tenido en horror el estudio del griego y del hebreo, que impidió la aplicacion de progresos del arte de imprimir, que protestó amargamente contra la limpieza, aseo y cuidado del cuerpo, y contra el barrido de las calles, como medios de preservarse de las epidemias y otras facecias por el estilo? ¿Dónde ha leído Draper esas ridículas patrañas? ¿Por qué no cita los documentos, historias ó autoridades, siquiera sean falsas ó apócrifas, en que puedan apoyarse? ¿Es que así sin más ni más se pueden echar á volar especies falsas y calumniosas? ¿Es que con declarar bajo su palabra de honor, que es un sábio que va á exponer al público las ideas que han sido objeto de sus más graves y profundas meditaciones, con decir que ha escrito

no sabemos cuántas obras, reimpresas, traducidas y recibidas en todas partes benévolamente, como él asegura, con protestar de su amor á la verdad, de su espíritu severo é imparcial, de la satisfaccion que espera tener en el ocaso de su vida por haber cumplido con nobles y levantados propósitos, posee ya carta blanca para lanzar á diestro y siniestro las ideas más absurdas y descabelladas? ¿Es que con decir á cada página de su libro la ciencia afirma, la ciencia demuestra, la ciencia ha reconocido, se cree dispensado de presentar las pruebas de sus asertos? ¿Tan nécios y estúpidos cree á sus lectores que puede presentarles los mayores desatinos del mundo, seguro de que los han de tragar revueltos en la pepitoria de una erudicion fácil y allegadiza?

¡Ah! ¡cuán bien decia nuestro inmortal Cervantes que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento! ¡Cuán á propósito observaba que los historiadores debian ser puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la aficion, no les hagan torcer un punto del camino de la verdad! ¡Y cuán hermosamente añadía que la historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad!

Si todos los que han escrito contra la Iglesia hubiesen tenido siempre por regla de sus acciones estas máximas del insigne y cristiano ingenio que decia de sí, que si por algun modo alcanzara que la leccion de sus obras pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, antes se cortara la mano con que las escribió que sacarlas en público, cuántos libros se habrian podido dejar de escribir! ¡Cuánto habria ganado en ello la ciencia verdadera! y ¡cuántos nombres, hoy día famosos, no habrian salido jamas de una oscuridad humilde, pero honrada!

HEMOS llegado al término que nos propusimos al querer desvanecer algunos reparos que, tomados de los hechos ó acontecimientos históricos, podían oponerse á la tesis que intentamos demostrar. Sin duda alguna habríamos podido extendernos más acerca de los errores que hemos tomado en consideración, ó deshacer otros atribuidos calumniosamente á la Iglesia, y presentados como origen de querellas entre la ciencia y la fe. La tarea, en verdad, habría sido larga, inmensa, fatigosa, pues como dice el proverbio inglés, el necio puede hacer más preguntas y poner más dificultades en un cuarto de hora, que las que es capaz de resolver un hombre prudente en un año; mas tal vez esta tarea no habría sido de gran provecho y utilidad, á lo menos en lo que toca á convencer algunos entendimientos naturalmente incon vencibles ¹. Por otra parte, los que buscan sinceramente la verdad, los hombres de corazón recto y bien intencionado, los que enriquecidos con clara inteligencia, no se dejan seducir por el ruido de la mudable opinión ni por los devaneos, errores y desvaríos de los hombres, no necesitan para estar seguros de la verdad de sus creencias cristianas, y de la concordia de estas con los adelantos de las ciencias, de la refutación minuciosa de todos los desatinos que á cualquier majadero se le antoje escribir ó publicar, puesto que saben que las enseñanzas de la fe, no menos que las de la razón, son eternas, invencibles é incontrastables; y que por consiguiente la unión y correspondencia íntima de estos dos órdenes de verdades es necesaria é indestructible.

Omnia cunctanti, decía un antiguo. Firmes en la verdad

¹ Esta refutación está hecha en varios libros, en especial en el que ha publicado recientemente el P. Tomás Cámara, de la órden de San Agustín, y que ha sido recibido en España con grande y merecida aceptación.

de nuestra religion, podemos aguardar tranquilos todos los embates, acometidas y asechanzas de la impiedad, seguros de que la realidad de nuestra fe y la magnificencia de nuestras grandiosas esperanzas, triunfarán para siempre de las sofisterías de los incrédulos, de la vanidad de las opiniones de los hombres, de la alucinación de las extraviadas inteligencias y de las infinitas miserias de los corazones depravados. Este triunfo podrá tardar más ó menos; pero es seguro é inevitable. La Iglesia está acostumbrada á vencer; las verdades de la fe han sido mil veces puestas al ensaye y siempre han salido de él más puras, más resplandecientes y hermosas; y así ha de suceder en adelante. A la manera que la luz que nos envían los astros, despues de atravesar espacios inmensurables, llega á nosotros con grandes diferencias de tiempo, pero cuando llega recrea y embelesa nuestras almas con su resplandor apacible, así el rayo de la verdad, surgiendo del abismo de la Esencia divina, podrá llegar á nuestro entendimiento más ó menos tarde; pero ora nos sea dado gozar de ella en este mundo, ora nos esté reservado contemplarla en el otro, de una cosa podemos estar ciertos, y es que, cuando la yerba del campo se habrá secado, y la flor de la yerba marchitándose y deshecho, y la gloria del hombre desvaneciéndose como esta flor y esta yerba, cuando, en fin, el velo que oculta hoy la divina palabra se habrá corrido para dejarnos ver en todo su soberano esplendor su magnífica realidad y hermosura, á todos será manifiesto, á unos para su gloria, á otros para su confusión é ignominia, que la *palabra de Dios permanece para siempre*.

CAPÍTULO XVIII.

AUTORIDADES.

PARA terminar este ensayo, vamos á reunir en este último capítulo algunos testimonios de sábios ilustres en favor de la tésis que nos propusimos demostrar. Mas antes de referirlos queremos recordar lo que ya hemos indicado en otra parte, es á saber, que la Religion cristiana es verdadera independiente del consentimiento del hombre, y de lo que este pueda discurrir para probar su verdad. Dios no necesita de nadie; para él lo mismo es el rico que el pobre, el sábio que el ignorante; antes en el Sagrado Evangelio leemos unas palabras inefablemente misteriosas, y que no se pueden recordar sin miedo y temblor. «Yo os doy gracias, decía el divino Redentor de los hombres, dirigiéndose á á la Divinidad, yo os doy gracias porque habeis escondido la luz de vuestros misterios á los sábios y prudentes del siglo, y os habeis dignado revelarla á los pobres, á los ignorantes y pequeñuelos ¹.» Así la verdad de la Religion, nada tiene que ganar ni que perder en sí misma con el apoyo ó con la contradiccion de los sábios ó de los que pasan por tales; si bien tampoco se puede negar que cuando, repasando la historia del linaje humano, ve uno desfilar delante de sí á los ingenios más grandes que han existido en la tierra, aquellos en quienes Dios se complació en distribuir con mayor largueza los dones del entendimiento, los que más hondamente escudriñaron los se-

¹ Luc. x, 27.

cretos del universo visible y del invisible, prosternarse llenos de respeto ante el trono de la Divinidad, y confesar que no sólo no hay contradiccion entre la Revelacion natural y la sobrenatural, sino que viven las dos admirablemente concordes y unidas, confirmase más y más en esta persuasion, y ve desvanecerse cual humo las sombras y objeciones con que la ignorancia pretende destruir tan divina armonía.

Sería largo en extremo trasladar aquí todas estas autoridades. Así mirando á la brevedad, sólo citaremos algunas, y aún de estas, las que se refieren directamente á las relaciones entre la ciencia y la fe, consideradas en la generalidad con que las hemos venido examinando hasta aquí, de suerte que al par que confirmen la doctrina que hemos expuesto, presenten como en resúmen las ideas esparcidas en este libro.

Ab Fove principium. Ocupe el primer lugar en esta serie de autoridades la del ingenio más grande, más claro, más vasto y profundo que ha atravesado los siglos, aquel cuya mente sondeó más que nadie los misterios de la Religion y las profundidades de la ciencia, el genio de la razon y de la fe, el verdadero Maestro de los que saben, el Ángel de las escuelas, el grande, el sublime, el incomparable Santo Tomás de Aquino; el cual, discutiendo en el capítulo vii del libro primero de la *Suma contra los Gentes*, sobre si las verdades de la razon se oponen ó no á las verdades de la fe, dice así resumiendo la doctrina de los Padres de la Iglesia:

«Aunque las verdades de la fe exceden la capacidad de la razon humana, los principios conocidos naturalmente por nuestro entendimiento no pueden en ningun caso contrariar la verdad de la fe, y esto por las razones siguientes.

Primera. Las verdades naturalmente conocidas por la razon, son de tal modo verdaderas, que no es posible ni

CAPÍTULO XVIII.

AUTORIDADES.

PARA terminar este ensayo, vamos á reunir en este último capítulo algunos testimonios de sábios ilustres en favor de la tésis que nos propusimos demostrar. Mas antes de referirlos queremos recordar lo que ya hemos indicado en otra parte, es á saber, que la Religión cristiana es verdadera independiente del consentimiento del hombre, y de lo que este pueda discurrir para probar su verdad. Dios no necesita de nadie; para él lo mismo es el rico que el pobre, el sábio que el ignorante; antes en el Sagrado Evangelio leemos unas palabras inefablemente misteriosas, y que no se pueden recordar sin miedo y temblor. «Yo os doy gracias, decía el divino Redentor de los hombres, dirigiéndose á á la Divinidad, yo os doy gracias porque habeis escondido la luz de vuestros misterios á los sábios y prudentes del siglo, y os habeis dignado revelarla á los pobres, á los ignorantes y pequeñuelos ¹.» Así la verdad de la Religión, nada tiene que ganar ni que perder en sí misma con el apoyo ó con la contradicción de los sábios ó de los que pasan por tales; si bien tampoco se puede negar que cuando, repasando la historia del linaje humano, ve uno desfilar delante de sí á los ingenios más grandes que han existido en la tierra, aquellos en quienes Dios se complació en distribuir con mayor largueza los dones del entendimiento, los que más hondamente escudriñaron los se-

¹ Luc. x, 27.

cretos del universo visible y del invisible, prosternarse llenos de respeto ante el trono de la Divinidad, y confesar que no sólo no hay contradicción entre la Revelación natural y la sobrenatural, sino que viven las dos admirablemente concordes y unidas, confirmase más y más en esta persuasión, y ve desvanecerse cual humo las sombras y objeciones con que la ignorancia pretende destruir tan divina armonía.

Sería largo en extremo trasladar aquí todas estas autoridades. Así mirando á la brevedad, sólo citaremos algunas, y aún de estas, las que se refieren directamente á las relaciones entre la ciencia y la fe, consideradas en la generalidad con que las hemos venido examinando hasta aquí, de suerte que al par que confirmen la doctrina que hemos expuesto, presenten como en resúmen las ideas esparcidas en este libro.

Ab Fove principium. Ocupe el primer lugar en esta serie de autoridades la del ingenio más grande, más claro, más vasto y profundo que ha atravesado los siglos, aquel cuya mente sondeó más que nadie los misterios de la Religión y las profundidades de la ciencia, el genio de la razón y de la fe, el verdadero Maestro de los que saben, el Ángel de las escuelas, el grande, el sublime, el incomparable Santo Tomás de Aquino; el cual, discutiendo en el capítulo VII del libro primero de la *Suma contra los Gentes*, sobre si las verdades de la razón se oponen ó no á las verdades de la fe, dice así resumiendo la doctrina de los Padres de la Iglesia:

«Aunque las verdades de la fe exceden la capacidad de la razón humana, los principios conocidos naturalmente por nuestro entendimiento no pueden en ningún caso contrariar la verdad de la fe, y esto por las razones siguientes.

Primera. Las verdades naturalmente conocidas por la razón, son de tal modo verdaderas, que no es posible ni

siquiera imaginar su falsedad; por otra parte, lo que creemos por la fe, ha sido revelado y confirmado por Dios con tal evidencia, que no es posible sospechar que sea falso. Y como solamente lo falso es contrario á lo verdadero, segun aparece de las definiciones, es absolutamente imposible que una verdad de fe sea contraria á los principios conocidos naturalmente por la razon.

Segunda. Lo que el maestro ó el que enseña induce ó ingiere en la mente del discípulo está contenido en la ciencia del maestro, á no ser que su enseñanza sea engañosa, lo cual es absurdo decirlo de Dios; mas los principios conocidos por la lumbre natural de la razon, nos son ingeridos por el mismo Dios, como autor que es de nuestra naturaleza; luego estos principios están contenidos en la ciencia divina. Luego todo lo contrario á ellos es contrario á la ciencia de Dios, y por tanto no puede venir de él. De donde se colige que los conocimientos que alcanzamos por la fe en la Revelacion divina, no pueden ser contrarios al conocimiento de la razon natural.

Tercera. Más aún; nuestra inteligencia, cuando es movida por impulsos ó razones contrarias, se confunde y enreda de tal manera, que es imposible el conocimiento. Luego si Dios ingiriese en nuestra mente conocimientos opuestos y contrarios, el entendimiento no podría absolutamente alcanzar la verdad.

Cuarta. Finalmente; las cosas que son naturales no pueden mudarse, si no cambia su naturaleza. Pero las opiniones ó conocimientos contrarios no pueden coexistir en un mismo entendimiento; luego es imposible que Dios ingiera ó enseñe al hombre una verdad contraria al conocimiento natural.»

De todo lo cual concluye Santo Tomás que no puede hacerse objecion alguna contra la fe que proceda de principios naturalmente conocidos por la razon. De aquí es que segun él los argumentos contra la verdad revelada

tienen que ser meramente opinables ó sofisticos, sin valor demostrativo y faltos, por consiguiente, de todo peso ó autoridad científica. De esta manera resuelve el angélico Doctor el problema de las relaciones entre la verdad revelada y la ciencia del orden natural, manera y forma de argumentacion que, como se ve, resume en pocas palabras todo el procedimiento demostrativo que hemos desarrollado.

Al lado del ángel de las Escuelas bien puede ponerse, si quiera sea por no ser sospechoso á los católicos, la autoridad del moderno Aristóteles, la gloria más alta de Alemania, aquel cuya inteligencia vastísima abrazaba todos los ramos del saber, y que habria reputado por la página más gloriosa de su vida la reconciliacion (por otra parte absurda) que anhelaba, y por la cual tanto trabajó, entre la Iglesia católica y las sectas disidentes, el ilustre y sublime genio de Leibnitz. En el discurso que precede á su magnífico tratado de Teodicea, y en el párrafo que intitula «De la conformidad entre la fe y la razon,» leemos los pasages siguientes:

«Tomo como cierto é incontestable que dos verdades no pueden contradecirse la una á la otra; que la materia sobre que versa la fe es la verdad revelada al hombre de una manera extraordinaria, y que la razon es el conjunto y encadenamiento de las verdades que puede nuestro entendimiento alcanzar por sí mismo y no ayudado de las luces de la fe..... Siendo la razon y la fe igualmente don de Dios, su contradiccion argüiria lucha y contraste en la esencia divina. Luego en el caso de que las objeciones que pone la razon contra alguna doctrina de la fe nos parezcan insolubles, hemos de decir que los principios en que se apoyan estas dificultades no son ni doctrina de la razon, ni verdad revelada por Dios, sino sueño y ficcion del humano entendimiento.....» En otro lugar, distinguiendo entre lo que está sobre la razon y lo que es con-

tra ella, dice: «Lo que es contra la razon se opone á principios absolutamente ciertos y mayores de toda excepcion; mas lo que está sobre la razon opónese únicamente á lo que nos enseña la ordinaria experiencia de los sentidos ó del entendimiento. La verdad que excede la razon no puede ser comprendida por el humano entendimiento (antes por ningun entendimiento creado); y á este órden, segun mi opinion, pertenecen el misterio de la Augusta Trinidad y las cosas que sólo Dios puede hacer, como por ejemplo, la creacion..... Mas no hay verdad alguna que pueda ser contraria á la razon; un dogma que la razon destruye y refuta no es, en manera alguna, incomprendible; sino tal, que lo absurdo de él puede facilísimamente comprenderse y evidéntísimamente demostrarse.»

Euler, uno de los más profundos matemáticos del siglo pasado, en su obra *Defensa de la Religion contra las objeciones de los racionalistas*, dice así: «Por lo que toca á las dificultades de los incrédulos y á las contradicciones que pretenden hallar en las Sagradas Escrituras, será bien comenzar por advertir que no hay ciencia alguna, por sólidamente fundada que esté, contra la cual no puedan ponerse tanto ó más fuertes dificultades (que las que se hacen contra la Biblia). Las ciencias tienen tambien sus contradicciones aparentes, y tales que á primera vista se creerian insolubles; mas como podemos subir á los primeros principios de estas ciencias, esto nos proporciona medios de resolver y desvanecer enteramente sus dificultades. Con todo, aun cuando no se hallase su solucion, las ciencias no perderian por esto su certidumbre. ¿Por qué, pues, razones y dificultades análogas han de bastar para quitar toda autoridad á las divinas Escrituras? Todos consideran á la geometría como una ciencia en la cual no se supone ó afirma cosa alguna que no pueda ser deducida clara y distintamente de los primeros principios de nuestros conocimientos; sin embargo de

esto, ha habido ingenios, nada vulgares por cierto, que creyeron encontrar en la geometría dificultades gravísimas cuya solucion les parecia imposible, con lo cual se imaginaban haber quitado á esta ciencia la base de su certeza y exactitud. Y en efecto, los discursos y racionios que proponian eran tan capciosos, que se requeria no poco trabajo y penetracion de ingenio para refutarlos completamente. A pesar de esto, la geometría, á los ojos de todos los hombres de buen sentido, no hubiera perdido nada de su valor científico, siquiera hubiese sido imposible disipar enteramente tales objeciones. ¿Con qué derecho, pues, pretenden los libre-pensadores que hay que rechazar sin apelacion la autoridad de las Sagradas Escrituras por estar sujetas á algunas dificultades, que las más de las veces no son, ni con mucho, de tanta importancia como aquellas á que está expuesta la geometría?»

Desenvolviendo la idea de Euler, dice el sábio filósofo y teólogo Newman ¹: «Yo estoy muy lejos de asegurar que los artículos de nuestra fe no estén rodeados de dificultades; antes, cuando afirmo que por lo que á mí toca no puedo responder á muchas de ellas, no hago más que asentar un simple hecho. Hay algunas gentes sobremanera escrupulosas é inquietas á causa de los puntos difíciles que ofrece nuestra Religion; yo por mi parte siento su fuerza como el que más; pero nunca he acertado á ver el enlace que pueda existir entre conocer la dificultad, por grande y poderosa que sea, y dudar de la doctrina á que se refiere: diez mil dificultades no suman una duda, tal como yo entiendo las cosas. La duda y la dificultad no guardan proporcion entre sí, y de consiguiente no pueden sumarse. De seguro podrá ser á veces difícil el llegar á la demostracion y á la evidencia de la verdad; pero aquí no hablo de esta dificultad, sino de las que son intrínsecas á la verdad misma que se propone ó la compatibilidad de

¹ En la *Apología pro vita sua*, pág. 239.

una doctrina con otra. Uno puede muy bien sentir que le es imposible hallar la solución de un problema de matemáticas, del cual sabe por otra parte que la tiene.»

Hablando de las objeciones especiales que pueden oponerse á las doctrinas de la Revelación uno de los sábios de más nombradía en Inglaterra, Tesorero y Vicepresidente de la Sociedad Real de Londres, Mr. William Allen Miller, decía lo siguiente en un notable discurso acerca de la Biblia y la ciencia:

«A las personas extrañas á la ciencia les parece á veces muy difícil el decidir hasta qué punto deben aceptar lo que les dicen en nombre de la misma ciencia. Suponen generalmente que en esta no se impone nada como artículo de fe; que siempre se exige la prueba de lo que se afirma, ya por la observación directa, ya por las deducciones rigurosas de la lógica. Así es, en efecto, en las ciencias completas; mas las ciencias realmente completas son muy pocas; y en muchos casos, principalmente en las ciencias nuevas, y que han alcanzado rápido desenvolvimiento, es necesario distinguir con gran cuidado entre los hechos y las teorías que de ellos han resultado. Aquellos, suponiéndolos exactamente averiguados, son inmutables; pero su completa averiguación es empresa muy difícil, pues hay hechos recibidos por largo tiempo como exactos, que sufren todos los días restricciones y modificaciones. Las explicaciones de los hechos averiguados varían necesariamente aún mucho más que las observaciones de los mismos. Según van estos acumulándose, los vamos viendo desde un punto de vista más alto y extenso. En geología, por ejemplo, el orden de sucesión de las capas estratificadas, su espesor relativo, la naturaleza de sus fósiles, las proporciones numéricas de cada género ó especie de plantas ó animales, correspondientes á cada

¹ Un resumen ó extracto de este discurso puede verse al final de la obra *Sept leçons de physique générale par Augustin Canchy*.

una de estas capas, son hechos sobre los cuales no hay cuestión ni disputa. Pero el tiempo que duró la formación de cada depósito, y las condiciones de esta formación, son puntos muy controvertidos, sobre los cuales pueden modificarse sin cesar las opiniones admitidas. El hombre científico puede, como lo hace ordinariamente, proponer una teoría inexacta, pero que es admitida provisoriamente por la utilidad que puede prestar; pues, como observa Bacon, la verdad sale más fácilmente del error que de la confusión. Además una teoría puede también presentar cierta oposición más ó menos aparente á la enseñanza de la Biblia. Mas en todos casos, su valor científico debe determinarse por consideraciones igualmente científicas, y por consiguiente debe ser admitida si explica perfectamente los fenómenos, si sus partes se coordinan armoniosamente, y si no está en oposición con ninguna otra teoría. La ciencia, como la literatura, tiene sus novelas. Si sus adeptos dan alguna vez libre vuelo á la fantasía, no hay que tenerlos desde luego por incrédulos por no adaptarse estrictamente en su lenguaje y en sus ideas al lenguaje sencillo y á la voz sublime de la sagrada Escritura; mas si se le declaran abiertamente hostiles, intentando destruir nuestra fe con sofismas, deben ser tratados como se merecen. Podrá ser que la imaginación del poeta ó las fascinaciones del genio alucinen un momento y arrastren al error al hombre de más recto sentir; pero la verdad no tardará en reaparecer, desvaneciéndose las ilusiones con el tranquilo exámen de la razón.»

En una palabra, como hemos dicho largamente en este ensayo, en las cuestiones oscuras y difíciles de la ciencia, importa tener presente que muchas de las dificultades que se ofrecen al que estudia la Biblia, en su relación con las ciencias naturales, nacen, no de hechos demostrativos, sino de hipótesis basadas en datos muy incompletos.

Esta distinción entre los hechos y las hipótesis que so-

bre ellos se levantan, tan claramente explicada por el docto Vicepresidente de la Sociedad Real, es de suma trascendencia para resolver las dificultades que puedan hacer contra la armoniosa unidad que reina entre la ciencia y la fe; porque las hipótesis, conjeturas ó teorías más ó ménos probables podrán oponerse tal vez á las enseñanzas de la fe; no los hechos ni su fiel interpretacion en el órden de las ideas.

Apoyándose en esta distincion esencial más de doscientos sábios ilustres, de los cuales treinta eran miembros de la misma Sociedad Real de Lóndres, cuarenta médicos célebres, y no pocos de los más distinguidos en las ciencias naturales, entre ellos Tomás Anderson, I. H. Balfour, Tomas Bell, I. S. Bowerbank, Sir David Brewster, Jaime Glaisher, Tomás Ryner Jones, Jaime P. Joule, Roberto Main, Sir Enrique C. Rawlinson, Tomás Richardson, Enrique D. Rogers, Adam Sedgwick, Alfredo Smee, Juan Stenhouse, etc., en Julio de 1864, firmaron una declaracion, en la cual, expresando su sincero sentimiento al ver que la investigacion de la verdad científica era desviada de su fin por algunos hombres de nuestro tiempo que tomaban de ella ocasion para sembrar dudas acerca de la veracidad y autenticidad de las Santas Escrituras, decian: «Nos parece imposible que la palabra de Dios escrita en el libro de la naturaleza y la enseñada en la Santa Escritura se contradigan realmente la una á la otra, aunque al parecer puedan presentar algunas diferencias. Las ciencias físicas no están completas, sino solamente en vía de progreso; al presente nuestra limitada razon no nos permite ver sino oscuramente y como á través de un cristal. Mas vendrá tiempo en que se verán concordar ambos testimonios en todos sus pormenores. Así no podemos ménos de deplorar que muchas gentes que no han estudiado las ciencias naturales las miren con desconfianza, sólo porque algunos mal aconsejados quieren po-

nerlas en oposicion con la Sagrada Escritura. El deber de todo hombre que estudia las ciencias es el llevar adelante la investigacion de la naturaleza con el único fin de aclarar la verdad, y que caso de parecerle que algunos de los resultados obtenidos están en contradiccion con la palabra escrita, ó más bien con la interpretacion que él le da (la cual puede ser errónea), no vaya á afirmar presuntuosamente que tienen que ser justas sus conclusiones y falsas las afirmaciones de la Escritura, sino más bien dejarlas á cada una en su lugar hasta que plazca á Dios de manifestarnos la manera de poder conciliarlas entre sí. En lugar de insistir en las diferencias aparentes entre la ciencia y las Escrituras, sería mejor apoyar nuestra fe con los dogmas de la ciencia en los cuales estan de acuerdo con ella ¹.»

Estas ideas de los sábios ingleses han recibido recientemente confirmacion admirable en la formacion de algunas sociedades científicas dedicadas á defender la armoniosa unidad entre la ciencia y la fe, las cuales sociedades, por el número, clase y carácter especial de los individuos que las componen, son la prueba más eficaz de lo viva que se mantiene esta union en los ingenios más vigorosos de nuestra época, á pesar de los estragos causados en los entendimientos por la confusion de las ideas y la postracion y debilidad de los caracteres.

Sería largo individualizar estas sociedades, la naturaleza de sus estatutos y las calidades de los sujetos que las componen; mas no dejaremos de decir, aunque sean pocas palabras, de la *Asociacion científica* de Bruselas y de la *Sociedad de Góerres* de Alemania. Fundadas ambas hace muy pocos años, han ya logrado reunir en su seno la flor de los hombres más ilustres que hoy día cultivan las cien-

¹ Esta declaracion, publicada por los periódicos ingleses en Julio de 1864, puede verse por entero en el Apéndice puesto por el Ab. Moigno á la obra de Cauchy arriba citada, y tambien en la obra de Reusch *La Bible et la nature*, pág. 79.

cias, contando la *Asociación científica* más de 600 miembros y la *Sociedad de Gœrres* más de 1.200, entre ellos matemáticos eminentes, físicos y químicos famosísimos, naturalistas, médicos, filósofos, historiadores, anticuarios y profesores de primer orden en todos los ramos de la sabiduría, de suerte que la fuerza viva intelectual, reunida en estas dos sociedades, puede ser considerada como la más alta representación de la ciencia en todos sus adelantos. Su fin, al par de la difusión de los conocimientos naturales, es hacer ver la unión estrechísima de estos con las verdades de la fe; tanto que la *Asociación científica* tiene por divisa estas palabras del Concilio Vaticano: *Nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest*, divisa que, como decía el doctísimo Secretario de la Asociación, no solamente proclama que una verdad científica no puede estar en oposición con el dogma revelado, sino que afirma, además, que en el alma humana no hay la menor incompatibilidad entre el espíritu científico y el espíritu religioso. «Vosotros sabéis, añadía el P. Carbonelle, dirigiéndose á los asociados, vosotros sabéis que estos dos espíritus han caminado en todos los siglos estrechamente unidos y que aún lo están en el nuestro, no siendo lo contrario más que una excepción, excepción hoy día más ruidosa y vocinglera que nunca, y á la cual con vuestra Asociación habéis querido desmentir.»

En verdad, como ya hemos observado en otra parte, la ciencia y la fe no solamente están en sí mismas armoniosamente enlazadas, sino que siempre lo han estado en los entendimientos de la mayor parte de los hombres. Por esto el ilustre director de la revista científica *Les Mondes* decía no há mucho estas palabras al hacer constar la cristiana muerte de cuatro hombres célebres, á cuyos esfuerzos debe la ciencia grandes adelantos, Leverrier, Becquerel, Regnault y Claudio Bernard: «La prueba de que la luz de la fe es la luz de la ciencia está en que los más no-

bles representantes de la razón, de la ciencia y del progreso en todas sus formas, los guías y conductores de la humanidad, han sido apóstoles y discípulos de Jesucristo. En los tiempos pasados, como en los presentes, al frente de todos los ramos y departamentos de las ciencias, y entre los ingenios especialistas que son la gloria y el honor de nuestro linaje, figuran cristianos sinceros y católicos fervientes. Aun en el siglo XVIII, como observó Mr. Augusto Nicolás, entre los sesenta y nueve hombres científicos, cuyos elogios hizo Fontenelle, apenas hay dos ó tres que no se distinguiesen por su piedad no ménos que por su ciencia. En pleno siglo XIX, y en esta época en que desgraciadamente la fe va siendo tan rara, no hay sección en nuestra Academia de ciencias, astronomía, geometría, mecánica, física, química, historia natural, mineralogía y geología, botánica, medicina y cirugía, que no posea algun individuo, no solamente amigo del cristianismo y de la Iglesia católica, pero cristiano ferviente y piadoso.»

No negaremos que hoy día no pocos ingenios esclarecidos abusan de su poderosa inteligencia para poner obstáculos á la hermosa unión entre la ciencia y la fe. Mas una cosa son los sábios y otra es la ciencia. Los sábios, por las razones que expusimos en el capítulo noveno de este ensayo, podrán alejarse de Dios y aún hacerle guerra ú oposición, las ciencias jamás. Estas, cuanto más adelanten y se perfeccionen, más se acercarán á su principio y su fin. El cristiano debe estar persuadido de ello, y vivir y descansar en esta confianza, sobre todo al ver cómo cesando aquellas causas extrínsecas á la ciencia vuelve á renacer en el entendimiento la hermosa armonía entre la ciencia y la fe. «Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las ciencias naturales, decía uno de los sábios más ilustres de nuestro siglo, el ilustre Baron de Cauchy, dirigiéndose á sus compañeros; analizad la materia, re-

velad á nuestros ojos las maravillas de la naturaleza; explorad, si podeis, todas las partes de este universo; interrogad los anales de las naciones y las historias de los pueblos antiguos; consultad los monumentos de los siglos pasados que yacen esparcidos por la superficie del globo. Lejos de que me alarmen tales investigaciones, yo mismo las provocaré sin cesar y las alentaré con mis esfuerzos y deseos. No temeré que la verdad se encuentre en contradicción consigo misma ni que los hechos ó documentos recogidos por vosotros puedan estar jamas en oposicion con nuestros libros sagrados. Lo que únicamente os pido es que os guíe en la investigacion de la verdad aquel candor y aquella buena fe que allanan los caminos que á ella conducen.»

«Estamos en una época extraordinaria, añadía, en que devora á los espíritus una incesante actividad. El hombre ha medido los cielos y sondeado las profundidades del abismo; ha consultado los restos de los monumentos antiguos, haciéndoles contar la historia de las generaciones que duermen sepultadas en el polvo del sepulcro; ha visitado las cimas de los montes más escarpados, y los climas más distantes, los desiertos abrasados por el fuego tropical y las áridas peñas que rodean los hielos de los polos; ha ascendido á la region donde se engendran las tempestades, y ha bajado á las entrañas de la tierra, á fin de asistir, si le fuese posible, á la creacion misma de nuestro planeta; ha descompuesto los elementos haciéndolos servir á sus necesidades ó á sus caprichos; ha obligado al vapor y á los gases á conducir sus barcos sobre las llanuras del Océano ó á trasportar su navecilla á través de los aires; ha interrogado al álgebra, agotado los recursos del análisis, exigido á una fórmula que le revele las leyes que rigen el curso de los astros y la propagacion de las vibraciones insensibles de las últimas partículas de la materia. Finalmente, despues de haber escudriñado la

naturaleza, ha dirigido la mirada de su investigacion al órden moral y de la sociedad, y ha citado ante el tribunal de su razon al mismo Dios que le dió el sér. De tantos afanes, de tantos viajes y fatigas, de tantas especulaciones dificilísimas y atrevidas, ¿ha resultado por ventura una verdad contraria á las verdades de la Revelacion, ó la demostracion de un error evidente consignado en nuestros libros sagrados?» El ilustre matemático afirmaba que no, gozándose en proclamar esta su conviccion inquebrantable y en hacer gala delante de todo el mundo de sus cristianas creencias.

«Yo soy cristiano, decia ¹, esto es, creo en la divinidad de Jesucristo, con Ticho Brahe, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grimaldi, Euler, Guldin, Boscovich, Gerdil, en compañía de todos los grandes astrónomos, de todos los grandes matemáticos, de todos los grandes físicos, de todos los grandes geómetras de los siglos pasados. Soy católico con la mayor parte de ellos; y si alguien me pidiese razon de mis creencias, se la daría con mucho gusto; y entonces se vería que mis convicciones no son fruto de preocupaciones de la infancia, sino de exámen profundo y detenido. Veríase de qué manera se han grabado por siempre jamas en mi entendimiento y en mi corazon unas verdades, que á mi parecer son más incontestables que el cuadrado de la hipotenusa, y el teorema de Maclaurin. Soy católico sincero como lo fueron Corneille, Racine, Labruyère, Bossuet, Bourdaloue y Fenelon, como lo han sido y lo son aún muchos hombres distinguidísimos de nuestros dias que han honrado la ciencia, la filosofía y la literatura é ilustrado más que nadie nuestras Academias. Participo de las profundas convicciones que manifestaron con sus palabras, con su vida y con sus obras, tantos hombres científicos de primer órden, los Ruffini, los Haüy, los Laen-

¹ En su opúsculo *Sur les Ordres religieux*, p. 3 y siguientes.

nec, los Ampère, los Pelletier, los Freycinet, los Coriolis; y si dejo de nombrar los que aún viven, temeroso de ofender su modestia, puedo á lo ménos manifestar el placer que he tenido en encontrar toda la nobleza y toda la generosidad de la fe de cristianos en mis ilustres amigos, el creador de la cristalografía, el inventor de la quinina y del stesopio, el célebre navegante que conduce la *Urania* y el inmortal autor de la electricidad dinámica.» Con estas elocuentes palabras, afirmaba el baron de Cauchy sus convicciones religiosas y su creencia firmísima en la correspondencia necesaria entre la ciencia y la fe.

«Yo la afirmo con él, dice su discípulo y amigo el sábio Moigno, yo la afirmo con él, y con más energía que él, y con más convencimiento de causa que él, porque hace cuarenta años que por deber y por vocacion estoy leyendo todo lo que se refiere más ó ménos directamente á la gran cuestion de la armonía entre la Religión y la ciencia. Como Cauchy, no temo que la fe se ponga jamas en contradiccion con la ciencia; pero temo por los sábios cuando los veo que en sus conclusiones se ponen en contra de la fe....» «Yo he hecho en mí mismo, añade en otra parte, con la gracia de Dios, la conciliacion de la fe y de la ciencia. Yo he estudiado más que todos los campeones de libre pensamiento, y mi fe ha permanecido intacta.»

Seríamos infinitos si fuésemos á consignar análogas protestas, declaraciones ó profesiones de fe que en favor de la union entre la ciencia y la revelacion han hecho otros sábios ilustres. Mas como el punto principal á donde convergen las objeciones que suscita la incredulidad contra los dogmas de la fe, sea aquella parte del libro del Génesis en que se cuenta la historia de la creacion del universo, vamos á copiar algunos, aunque breves, testimonios de los más profundos conocedores de las ciencias naturales, que deponen en favor de la exactitud y divina autenticidad de la narracion bíblica.

«Está demostrado evidentemente, dice Linneo, que Moisés no escribió ni pudo escribir sino dictándole el mismo Autor de la Naturaleza.» «La descripcion de Moisés, añade Buffon, es la narracion exacta y filosófica de la creacion de todo el universo y del origen de todas las cosas.» «Moisés, observa Cuvier, nos ha dejado una cosmogonía cuya exactitud se verifica cada dia de una manera admirable. Las observaciones geológicas recientes concuerdan perfectamente con el Génesis en lo que se refiere al orden en que fueron creados todos los seres organizados.» «El orden de la aparicion de los seres orgánicos, afirma Ampère, es precisamente el orden de la obra de los seis dias, tal como nos lo da el Génesis.» «Ó Moisés tenia en las ciencias una instruccion tan profunda como la tienen los sábios de nuestro siglo, ó estaba inspirado.» «Ningun monumento, sea histórico, sea astronómico, asegura Balbi, ha podido demostrar que los libros de Moisés sean falsos; sino, al contrario, están de acuerdo con los resultados obtenidos por los filólogos más aventajados y por los geómetras más profundos.» «Concordancia extraordinaria, dice Beudant, que no puede ser efecto del acaso y que forzándonos á admitir hechos que ha querido Dios esconder en los libros sagrados, nos obliga tambien á reconocer, en las partes que nos descubre, una profundidad de conocimientos que contrasta de una manera singular con la ignorancia de los tiempos en que fueron escritos.» «Tales son, observa Marcel de Serres, los datos principales que encontramos en el libro, hácia el cual hemos querido llamar la atencion de los hombres ilustrados, libro realmente milagroso, hecho para todos los siglos, y cuya importancia va creciendo al par de ellos. Admirable para nosotros, lo será todavía más para nuestros descendientes, cuyos espíritus, iluminados por la luz siempre creciente de las ciencias, apreciarán mejor su importancia y su profundidad y belleza....» «Nuestras investigaciones serán

probablemente bastantes para aquellos cuyo entendimiento esté libre de preocupaciones; en cuanto á los demas, no abrigamos la esperanza de convencerlos; porque sabemos demasiado que hay enfermedades de espíritu, como las hay del corazon, que el hombre no puede curar ni siquiera disminuir ó aliviar.»

«En este libro augusto, concluiremos con Lord Byron, está encerrado el misterio de los misterios. ¡Felices entre los mortales aquellos á quienes Dios ha hecho la gracia de escuchar, de leer y de pronunciar las plegarias y las palabras de este libro! ¡Dichosos los que saben forzar la puerta, y entrar en sus senderos! ¡Desgraciados los que dudan de él ó le desprecian! ¡Más les valiera no haber nacido!»

Cerremos como con llave de oro la série de textos y autoridades que para demostrar la armonía que existe entre la ciencia y la fe, hemos agrupado en este capítulo, con las elocuentes palabras que á modo de oracion dirige á la Divinidad el ilustre Keppler, el inmortal legislador de los cielos, aquel que esperaba ansiosamente el dia en que, conociéndose la pura verdad en el libro de la naturaleza y en las Santas Escrituras, se gozaria su alma con la armonía de las dos revelaciones; aquel, finalmente, que dejó escrito para su sepulcro estos hermosos versos.

*Mensus eram ccelos, nunc terra metior umbras;
Mens coelestis erat; corporis umbra jacet.*

«Antes de dejar esta mesa sobre la cual he hecho todos mis cálculos é investigaciones, decia al poner fin á su obra de astronomía, no me resta sino levantar las manos y los ojos al cielo, y dirigir piadosamente una devota plegaria al Autor de toda luz: ¡oh Tú que por los sublimes resplandores que derramaste sobre la naturaleza, levantas nuestros deseos hasta la luz divina de tu gracia, para ser transportados algun dia á la eterna lumbre de tu gloria. Yo te

«doy gracias, ¡oh Señor y Criador mio, por los goces inefables que ha experimentado mi corazon en los éxtasis en que me ha sumido la contemplacion de la obra de tus manos! Héme aquí que he dado fin al libro que contiene el fruto de mis trabajos, y en cuya composicion he gastado toda la suma de inteligencia que me diste. He proclamado delante de los hombres la grandeza de tus obras, descubriéndoles tus perfecciones en cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar tu extension infinita. Me he esforzado en levantarme á las regiones de la verdad, y conocerla lo más perfectamente que me ha sido posible; mas si se hubiese escapado de mi pluma alguna cosa menos digna de tí, házmela conocer á fin de que pueda borrarla. Si en presencia de la hermosura admirable de tus obras me he dejado seducir por los halagos de la vanidad, si al levantar este monumento que sólo debia ser consagrado á tu gloria, he buscado la mia entre los hombres, recíbeme en tu clemencia y misericordia, y concédeme la gracia de que esta obra que estoy ahora mismo terminando sea impotente á hacer el mal, y contribuya por siempre jamas á tu glorificación, y al provecho y á la salvacion de las almas.»

CONCLUSION.

JESUCRISTO es el Verbo de Dios. Imágen sustancial de la Divinidad, engendrado antes que toda criatura, y para quien fueron criadas todas las que hay en el cielo y en la tierra, las visibles y las invisibles, las abarca y contiene á todas en sí, porque en Él plugo á Dios que coexistiese y se asentase lo humano y lo divino, lo creado y lo increado, y lo sumo y cumplido de todas las cosas. Él tiene el principado y eminencia entre todas, las cuales, así como en Él fueron concebidas y formadas, así en Él tienen su sér y su última perfeccion y complemento. Él, en fin, es el principio, el medio y el término de todo lo criado.

Este Verbo de Dios, resplandor de la gloria del Padre, espejo clarísimo de su Majestad, Palabra inefable que resuena eternalmente en las profundidades de la esencia divina y cuyos ecos repiten todas las criaturas, despues de hablar al hombre por el espectáculo de la creacion, por la voz de sus Profetas y por los beneficios que se complació en derramar sobre la gran nacion á quien escogió por objeto de sus misericordias, quiso, finalmente, hablarnos por sí mismo, y aún vestirse de las miserias de nuestra humanidad para acercarse más á nosotros, y unido é incorporado con nosotros, reconciliar á todas las cosas del cielo y de la tierra, esto es, al hombre con Dios, á todos los hombres entre sí, y á los elementos, inclinaciones y facultades que en nuestra naturaleza andaban desunidas y enemistadas. Esta soberana reconciliacion se obró en el madero

de la cruz. La ignominia de un patíbulo fué el trono donde se asentó el Rey inmortal de los siglos para desde allí señorear el mundo, y difundir é irradiar á todos los puntos del espacio, como á todos los instantes del tiempo, la luz de sus enseñanzas y la benéfica influencia de sus misericordias. La sangre del Redentor de los hombres, brotando de su corazon y corriendo presurosa por el sagrado madero, vino á sancionar y á rubricar la divina alianza. Así se obró y consumó el misterio de la Redencion humana; así triunfó la caridad de Dios del orgullo del hombre; y destruido el imperio de las tinieblas, se fundó el de la luz en la unidad de todos los entendimientos en el reino de la verdad, y en la union de todos los corazones en el imperio de un mismo santo é inefable amor.

La Iglesia está divinamente encargada de dilatar este imperio, no por la fuerza de las armas, ni por el fragor de los combates, sino por la predicacion de la fe, *palabra de reconciliacion*, como la llama San Pablo ¹, que todo lo ordena y pacifica, que vence al mundo, regenera la sociedad, arrolla las tinieblas de la ignorancia y fecundiza la esterilidad de los humanos corazones. En esta palabra soberana todo se enlaza y armoniza, lo humano con lo divino, lo creado con lo increado, los derechos de Dios con las exigencias y prerogativas de la razon del hombre. Ella es el resúmen de toda la enseñanza revelada, expresion de la unidad prodigiosa que Dios quiso poner en los entendimientos de los hombres, para que sus corazones estuviesen igualmente unidos con vínculos de indestructible amor. De esta manera la palabra de la fe, ni más ni menos que la divina persona de cuyos labios brotó, ha venido á ser la piedra angular, preciosa, escogida por Dios, para que en ella se juntaran y se hermanasen y reconciliasen cosas que eran al parecer irreconciliables.

¹ II. Cor. 5. 19.

En el discurso ó ensayo que precede hemos procurado estudiar esta armonía maravillosa, investigando los elementos que la componen, los enemigos que la combaten y las principales dificultades que contra ella se suelen generalmente presentar.

Al fijar la vista en este cuadro, tal como nos ha permitido bosquejarlo la debilidad de nuestro ingenio, una cosa nos parece resaltar clara y evidente, es á saber, la confusión que reina en el campo de los enemigos de esta harmoniosa unidad, la inseguridad de sus doctrinas y la fatal ceguera de sus entendimientos.

El último escritor que con ánimo hostil á la verdad revelada ha tratado de los conflictos entre la ciencia y la fe, ha tenido la *habilidad* de gastar más de cuatrocientas páginas de impresion sin llegar á definir claramente lo que entendía por Religión ó ciencia, y el verdadero carácter de las relaciones que existen entre ambas.

Esta confusión y vaguedad, más que á pobreza de ingenio ó á ignorancia, debe atribuirse á las consecuencias lógicas de la posición de los adversarios de la fe. Todo entendimiento que desampara los caminos de Dios, está condenado á perderse entre oscuridades y tinieblas de muerte. Apenas se aleja uno de este centro de vida, siéntese oprimido por una atmósfera que todo lo corrompe y envenena. En apagándose en el alma la lumbre de la fe, la misma luz de la razón se debilita y entenebrece. Nada parece quedar fijo ni estable. Todo es desorden, vacilación é incertidumbre. La contradicción penetra en todos los sistemas filosóficos formados por la ciencia enemiga de Dios; y á poco que se profundicen sus secretos, se descubre en el fondo la duda y el escepticismo, castigo de la Providencia divina, por el cual quien niega el orden sobrenatural, ve desvanecerse cual sombra el mismo orden natural en que pretendía apoyarse. Y lo que pasa en el alma de cada individuo sucede en la sociedad, en la cual, á medida que

disminuye la creencia de las cosas sobrenaturales, se apaga, desvanece y trastorna el conocimiento de las naturales, ennegreciéndose con aterradora oscuridad todos los horizontes, y corriendo el orden social hácia abismos de perdición y de muerte. Por manera que si los argumentos que demuestran la verdad de nuestra fe no fueran por sí mismos incontrastables, serían motivo bastante para admitirla y abrazarla, la confusión, el trastorno y el desvarío espantoso que se apodera de las inteligencias luego que desamparan esta fe.

Aun en su oposición á la enseñanza revelada, no hay manera de reducir la ciencia separada de Dios á un sistema lógico de impugnación. Siempre negando, siempre revolviendo el cieno de las mismas calumnias, siempre dando vueltas alrededor de los mismos sofismas, aparece hija legítima de aquel que, como dice San Pedro, nos anda rodeando por ver si se aprovecha de nuestro descuido para cogernos en sus redes y tentaciones. En verdad, no hay ciencia contra Cristo ó su Iglesia, no puede haberla; la sabiduría que se levanta contra Dios, la que le niega ó blasfema, no es más que ignorancia amañada, ciencia de falso nombre, máscara con que se cubre la impiedad para engañar á las gentes sencillas, y aún tal vez para engañarse é infatuarse á sí propia. Engédrase, no en la atmósfera esplendorosa de la inteligencia, sino en los senos más tenebrosos del corazón. Allí se traman las terribles conjuraciones contra la verdad. De allí surge la densa humareda que ahoga el espíritu, que embota y adormece nuestros buenos instintos y despierta los malos, y los encona y embravece contra Dios. Así representó Milton al pecado, saliendo de la cabeza del Arcángel prevaricador envuelto en pavoroso torbellino engendrado por la nube del mal deseo que había brotado del corazón.

Esta ciencia terrena, animal, diabólica, como la llama el Apóstol Santiago, mentirosa contra la verdad, nada po-

dria contra ella si no contase con las funestas complicidades del corazon de aquellos á quienes va dirigida. Por efecto de la corrupcion con que toda la naturaleza humana fué originalmente viciada y pervertida, hay en nosotros un cierto instinto que rechaza el bien y que abraza lo que nos lleva al mal y todo cuanto puede ser ocasion de nuestra ruina. Instintivamente corremos á nuestra perdicion; llevamos en todo nuestro sér cierta habitual disposicion, por la cual, así como nuestra voluntad está encendidamente inclinada á lo malo, así nuestro entendimiento tiene afinidad misteriosa con el error. Toda palabra que sea contra Dios, toda voz en cuyo acento resuene el grito del primer rebelde, padre de la mentira, enemigo y tentador de los hombres, es seguro que encontrará eco en el corazon de estos, y que más ó ménos tarde dejará en ellos tristes resultados. A la voluntad de engañar parece que corresponde el deseo de ser engañado. Porque si por una parte nada hay en el mundo más obstinado que la malignidad de los enemigos de la fe, su voluntad de ignorar, su empeño en cerrar los ojos á la luz y en derramar tinieblas sobre las verdades más sencillas y evidentes; por otra nada hay más triste ni deplorable que la propension de nuestra naturaleza á darles crédito y á admitir cualquier falsedad, calumnia ó desvarío que se les antoje proponer, á fin de seducir los entendimientos, enloquecer sus corazones y apartarlos del camino de la verdad. Así se obra en el mundo lo que llama San Pablo *misterio de iniquidad*¹ (que no lo es para los que tienen luz de lo alto para penetrar los abismos espantosos del corazon humano) reducido todo, como dijo el mismo Apóstol, á destronar á Dios del lugar que debe tener en nuestra alma para que en él se asiente el espíritu de las tinieblas, el hombre del pecado é hijo de perdicion. Para lograr este

¹ II Thess. II. 7.

fin no han menester los enemigos de nuestro bien de grandes argumentos ni de pomposo aparato de doctrina. Un gesto, una sonrisa burlona, una mentira desvergonzada, y cuanto más necia y desvergonzada mejor, si tiene por cómplice al corazon, basta á esparcir las nieblas de la duda sobre los principios más firmes y asentados. Toda la elocuencia de San Pablo tiene que luchar en Efeso con un tal Alejandro, oscuro calderero, cuya ignorancia zafia y brutal logra desvirtuar aquella palabra milagrosa que conmovió al imperio romano é hizo prosternarse al pié de la cruz del Redentor á los personajes más influyentes del paganismo.

Esta historia se repite sin cesar. A todas horas renuévase en nuestro espíritu la lucha de las bajas pasiones del hombre contra la virtud de Dios. Entregados á nuestros instintos, sucumbiriamos en esta lucha; pero contra nuestra natural debilidad está la fortaleza de Dios, y contra las pequeñeces, miserias y villanías inenarrables de nuestro espíritu, está la condescendencia infinita de la divina misericordia. Dios, dice San Juan, es más grande, más poderoso, más esforzado que nuestro corazon. Su luz soberana resplandece en las tinieblas, y no hay culpa, ni mentira, ni ignorancia que basten para ofuscarla. El rayo de esta claridad sobrenatural no nos desampara un momento si nosotros voluntariamente no la desamparamos. Ella es la que vence y es sobre todas las cosas. La palabra divina, al brotar de los labios de Cristo, llena el mundo de ecos inextinguibles que afirman la inteligencia y fortalecen el corazon; y la fe, símbolo de sus enseñanzas, vence al mundo, símbolo de los errores, de los terrores y de los vanos y fementidos amores con que el ángel de las tinieblas pretende de continuo seducir nuestras almas. La victoria que vence al mundo es nuestra fe. Asentada sobre fundamentos incommovibles, esta soberana virtud podrá ser vencida en el tiempo en cuanto muchedumbres de hombres

más ó ménos numerosas podrán abjurarla, contradecirla y desampararla; pero los apóstatas de la fe no serán capaces de destruirla. Su prevaricacion no será más que un velo que interceptará por un momento algunos de sus rayos, no dejándolos llegar á la humana inteligencia para vivificarla con su resplandor; pero su hermosa claridad visible siempre á los ojos de los elegidos está destinada á brillar eternamente; y todos los esfuerzos que haga el hombre para combatirla no lograrán sino hacer más evidente la necesidad de esta luz soberana para encaminalle por los senderos del bien y de su felicidad temporal y perdurable. Esta palabra de la fe es, en verdad, la fuerza que sostiene el mundo, impidiéndole caer en el abismo de la desesperacion y de la barbarie; su enseñanza es la luz que no puede ser absorbida por las tinieblas; su voz la única que no puede ser ensordecida por el estruendo de las tempestades ni por el clamoreo espantable de las pasiones humanas.

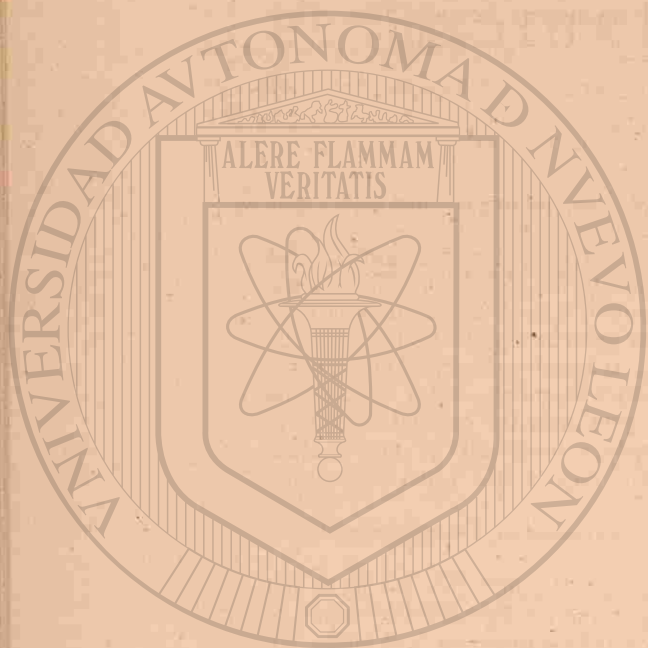
La Iglesia, intérprete de esta enseñanza y defensora y promulgadora de sus derechos, si por un momento llega á aparecer abatida y humillada, al fin vence, é irguiendo su frente majestuosa por encima de sus enemigos, los ve estrellarse uno tras otro bajo sus piés, sin que dejen tras de sí más rastro que el horror de sus blasfemias y los ayes de su despecho é impotencia. Por más esfuerzos que haga la soberbia y la rebeldía del hombre para oponerse á los divinos decretos, estos tienen que cumplirse irremisiblemente. Dios, al fin, acaba siempre por tener razon; y el Verbo Divino, imágen consustancial de la Divinidad, y por quien todas las cosas son, viven y subsisten, continúa siendo la nota inefable, origen de toda la armonía que vibra en la creacion, en la ciencia y en la fe, en el órden natural y en el sobrenatural, en el divino y en el humano.

Esta soberana armonía durará eternamente; porque Dios no miente y Dios lo ha jurado: el Reino de Jesucristo no tendrá fin: contra él no prevalecerán jamas las

potestades del infierno: la Jerusalem celestial sucederá á la Jerusalem terrena; y mientras se revuelva la rueda de los siglos, mientras alumbre el sol y las estrellas esmalten la azulada bóveda, todos los verdaderos creyentes, al fijar su vista en el anchuroso firmamento, podrán leer grabadas en él con caracteres inmortales las palabras que esculpidas en frágil mármol se levantan en el sitio más augusto de la tierra:

CRISTO VENCE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA;

CRISTO NOS DEFIENDA DE TODO MAL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Páginas.

INTRODUCCION.

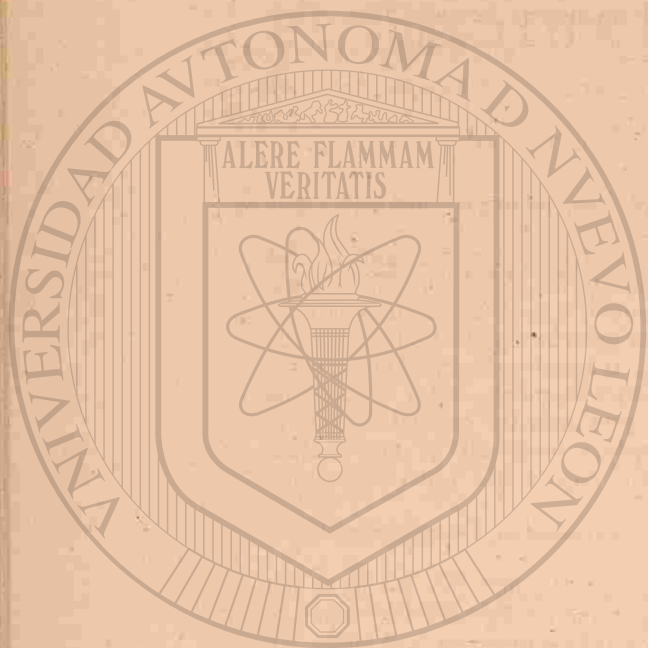
La unidad en la variedad es ley del mundo físico, moral y científico. Su principio está en Dios. La armonía del universo, conocida por el primer hombre, fué destruida por el pecado. La filosofía gentílica se esforzó por comprenderla; mas el principio de la unidad en el orden inteligible no apareció sino con Jesucristo. A pesar de la revelación, la soberbia del hombre levanta contra esta armonía dudas y dificultades. De aquí han resultado los conflictos entre la ciencia y la fe. Importancia actual de esta cuestión y manera de tratarla. Respóndese á una dificultad. 5

CAPÍTULO I.—*La ciencia en el entendimiento.*

Desenvolvimiento racional é histórico de la ciencia. El universo ofreciéndose á la inteligencia del hombre, y excitando su curiosidad da origen á la ciencia. En ésta se distingue el sujeto que es el alma, y el objeto que es todo cuanto abarcan nuestras facultades. El conocimiento para ser propiamente científico debe ser verdadero, demostrativo y cierto. De qué manera resulta de tal conocimiento la ciencia parcial y la total, que tienen su complemento en la sabiduría.. 19

CAPÍTULO II.—*La ciencia en la historia.*

Ciencia del primer hombre, inspirada por Dios y correspondiente á la perfección en que fué criada su naturaleza, y á su condición de padre del linaje humano por quien debían formarse las generaciones venideras. Los monumentos primitivos evidencian la sabiduría de las primeras edades del mundo, estrechamente unida á la religión. El politeísmo destruyendo esta unidad, debilitó y falseó la ciencia, la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Páginas.

INTRODUCCION.

La unidad en la variedad es ley del mundo físico, moral y científico. Su principio está en Dios. La armonía del universo, conocida por el primer hombre, fué destruida por el pecado. La filosofía gentilica se esforzó por comprenderla; mas el principio de la unidad en el orden inteligible no apareció sino con Jesucristo. A pesar de la revelacion, la soberbia del hombre levanta contra esta armonía dudas y dificultades. De aquí han resultado los conflictos entre la ciencia y la fe. Importancia actual de esta cuestion y manera de tratarla. Respóndese á una dificultad. 5

CAPÍTULO I.—*La ciencia en el entendimiento.*

Desenvolvimiento racional é histórico de la ciencia. El universo ofreciéndose á la inteligencia del hombre, y excitando su curiosidad da origen á la ciencia. En ésta se distingue el sujeto que es el alma, y el objeto que es todo cuanto abarcan nuestras facultades. El conocimiento para ser propiamente científico debe ser verdadero, demostrativo y cierto. De qué manera resulta de tal conocimiento la ciencia parcial y la total, que tienen su complemento en la sabiduría.. 19

CAPÍTULO II.—*La ciencia en la historia.*

Ciencia del primer hombre, inspirada por Dios y correspondiente á la perfeccion en que fué criada su naturaleza, y á su condicion de padre del linaje humano por quien debian formarse las generaciones venideras. Los monumentos primitivos evidencian la sabiduría de las primeras edades del mundo, estrechamente unida á la religion. El politeismo destruyendo esta unidad, debilitó y falseó la ciencia, la

cual, á pesar de los esfuerzos de las naciones orientales, no logró reconquistar su perfeccion hasta que le vino por el cristianismo. Santos Padres, filósofos cristianos, universidades y centros de instruccion en la Edad media. Progresos extraordinarios de la ciencia en los siglos xvi y xvii. La revolucion del siglo xviii destruye en parte la admirable obra del cristianismo, introduciendo la enemistad entre la ciencia y la fe. En nuestro siglo, sin embargo, se ha logrado comprender mejor que antes la armoniosa unidad de las leyes del mundo moral y científico...

37

CAPÍTULO III.—*Límites de la ciencia.*

La ciencia desvanece al hombre, pero debiera más bien humillarle, ya por razon del corto número de los que se dedican al cultivo de las facultades más nobles de su espíritu, ya por lo escasa que es esta ciencia aún en los más sábios é ingeniosos. En todos los ramos del saber hay misterios que el hombre no puede penetrar. Aun en lo poco que alcanzamos de las cosas, nuestro conocimiento es lento y difícil, no por escondérsenos la verdad, sino porque no nos aplicamos á investigarla. Nuestras facultades son finitas y defectuosas; y aunque la razon sea infalible en lo que conoce evidentemente, este conocimiento es muy raro en nosotros, ya por culpa nuestra, ya por parte de las cosas que conocemos. El conocimiento científico positivo es difícil, porque en él se han de unir las ideas generales con los hechos particulares, lo que no se consigue sino por largos racionios, en los cuales se introduce fácilmente el error. Además nuestro conocimiento es imperfecto, porque conocemos las cosas no por su esencia sino por sus propiedades. Finalmente, aunque conociésemos su misma esencia, no podríamos tener de ellas ciencia adecuada y total sin comprender la naturaleza divina, lo cual es imposible á nuestro entendimiento, y solamente posible á la inteligencia infinita de Dios.....

55

CAPÍTULO IV.—*Fin de la ciencia y necesidad de la fe.*

El fin de la ciencia, como el de la facultad que la engendra, se subordina al fin de la voluntad, en la cual está propiamente el fin del hombre. Respecto á la capacidad del entendimiento humano para alcanzar

la ciencia necesaria á la consecucion de su fin, el estado del mundo en el orden intelectual, moral y religioso antes de la venida de Jesucristo, demuestra que el hombre es moralmente incapaz de adquirir por sí solo las verdades necesarias á su fin y perfeccion moral. En Jesucristo encontró el género humano el guía que ansiaba; y la revelacion de su virtud y enseñanza le introdujo en la senda de la felicidad. Además esta revelacion nos era necesaria no sólo moralmente, sino también físicamente, por razon del fin sobrenatural á que estamos destinados, y al cual nos levanta la virtud de la fe. Economía de Dios en esta Providencia.....

71

CAPÍTULO V.—*Naturaleza de la fe.*

La fe, principio de nuestros actos sobrenaturales, consiste en asentir á la verdad, apoyándonos en la autoridad que nos la revela. En el acto de fe afirmamos: 1.º Una verdad determinada. 2.º La autoridad divina. Y 3.º El hecho de la revelacion. Necesidad de este triple conocimiento. Aclárase una grave dificultad. El asentimiento á la autoridad divina es racional, porque se apoya en motivos de credibilidad, que son algunos hechos sobrenaturales que atestiguan la intervencion personal de Dios en el orden del universo; así el acto de fe no es instintivo, sino resultado de la conviccion del entendimiento; es también libre, y por tanto, meritorio, mas sin excluir la accion de la gracia que es el principio formal del acto de fe. De las verdades reveladas unas exceden el orden natural y otras están dentro de él. Dios ha facilitado el acto de creer por la institucion de la Iglesia, maestra y promulgadora de la fe, y aún argumento invencible de su verdad. Al cual testimonio se añade la gracia de Dios, que llama á todos sin excluir á ninguno, si positivamente no se hace indigno de sus beneficios.....

90

CAPÍTULO VI.—*Comparacion entre la ciencia y la fe.*

La ciencia y la fe pertenecen al entendimiento. Diferénciase una de otra en que por la ciencia afirmamos las cosas apoyados en su evidencia, ya mediata, ya inmediata, mientras que en la fe nos apoyamos en la autoridad de Dios que nos la revela. Mas es-

tas dos maneras de conocer no se excluyen ni contradicen. La firmeza del asentimiento es mayor en la fe que en la ciencia, porque aquella estriba en la veracidad absoluta de Dios, y está en la veracidad relativa de nuestras facultades. El principio de la ciencia, que es la fuerza de la razón, no se opone al principio de la fe, que es una virtud sobrenatural y un don divino. La revelación en su conjunto es físicamente posible. Además es el hecho más auténtico de la historia humana. En el triple orden de verdades en que pueden dividirse las de fe, no hay ninguna que se oponga á los principios de la razón. Finalmente, aunque las verdades de la fe sean incomprendibles, son irreprehensibles é innegables. 109

CAPÍTULO VII.—*Mútua influencia entre la ciencia y la fe.*

La razón y la fe, aunque separadas por grandes diferencias, se ayudan y auxilian la una á la otra; la razón asiente á la fe y la recibe libremente; la predica, y la define y declara. La fe influye en la razón, dándole mayor certeza de las verdades que ya conocía, enseñándola otras nuevas, y empeñando á los entendimientos en investigaciones profundísimas para aclarar y defender los principios revelados. La Iglesia es, por consiguiente, institución esencialmente docta y obligada á adelantar toda suerte de conocimientos, como lo prueba además la historia. 126

CAPÍTULO VIII.—*Unión entre la ciencia y la fe.*

La unión entre la ciencia y la fe es esencial. El fin del universo está en Dios, y consiste en la manifestación de la gloria divina; todas las criaturas cumplen con este fin; pero las racionales son las únicas que pueden reducirlas todas á la glorificación de su autor, completando así el fin del universo. De esta manera viene á ser el hombre el lazo y perfección de todas las cosas, porque á su fin está subordinado el fin de todas ellas. Mas como el fin del hombre sea sobrenatural, el fin de las criaturas está también subordinado á este fin sobrenatural y se endereza naturalmente á él. El hombre caído de su estado, se levanta al orden sobrenatural por la fe, y obrando según los principios de la gracia, levanta á todas las criaturas á este mismo orden sobrenatural y á la

glorificación de los justos por Jesucristo, fin supremo al cual aspiran todas las criaturas; y como la ciencia no sea más que la naturaleza de las mismas cosas reproducida en el orden de las ideas, de aquí es que el fin sobrenatural del hombre, término de la fe, lo es también de la ciencia, y en él se enlazan las dos con unión indestructible. 145

CAPÍTULO IX.—*Origen de los conflictos entre la ciencia y la fe.*

El origen de los conflictos entre la ciencia y la revelación, está no en la naturaleza de las verdades científicas ó reveladas, sino en otra causa extraña á ellas. Todo error es voluntario y tiene su origen en las pasiones del corazón, causas generales de los errores y de los conflictos entre la ciencia y la fe. El orgullo, el exclusivismo científico y la ignorancia influyen más particularmente en crear estos conflictos. Además tiende á promoverlos la mala interpretación que pueden dar algunos á las enseñanzas de la fe. 260

CAPÍTULO X.—*Dificultades generales.*

La fe no impide la libertad de la razón, pues, sobre que aquélla nos es impuesta por ésta, las dos pueden coexistir y desarrollarse en nuestro espíritu. La fe no nos priva de ninguna de nuestras facultades; antes las ennoblece, endereza y asegura en su ejercicio; además no se impone, sino que se acepta racionalmente. Mas como la libertad absoluta del pensamiento no existe, sino que está sujeta á ciertas condiciones, una de ellas es la sujeción á la legítima autoridad que nos revela é impone una verdad determinada. La religión no teme el examen de sus dogmas, sino que lo provoca; tampoco pretende que en estos dogmas esté todo cuanto puede el hombre saber. Finalmente, el hecho de que, si bien la fe es gracia de Dios, ha estado unida estrechamente con la ciencia en los entendimientos más ilustres que han brillado en el mundo, demuestra la natural unidad y armonía de entrambas. 182

CAPÍTULO XI.—*Objeciones filosóficas. La naturaleza divina.*

Las dificultades particulares de la ciencia contra la fe, están resumidas en el libro de Draper; su introducción en España; carácter de esta obra y dificultad de refutarla; división de los conflictos entre la ciencia y la religión; antes de particularizarlos se ponen tres principios. Conflictos filosóficos; Draper desconoce lo que es ciencia y lo que es religión; conflictos acerca de la naturaleza de Dios; desvaríos de la falsa ciencia, y enseñanzas de la fe sobre este punto.

199

CAPÍTULO XII.—*Objeciones filosóficas. La materia y el espíritu.*

El movimiento que vemos en la naturaleza material excita la curiosidad del hombre, y le empeña en averiguar las causas, sus efectos y sus fines; este estudio hace ver cómo los fenómenos materiales, efectos todos del movimiento, demuestran la existencia de una sustancia espiritual: 1.º porque siendo contingentes suponen un sér necesario; 2.º porque en la serie de causas y efectos hay que llegar á una causa absoluta; y 3.º porque de lo contrario sería posible la actuación de un número infinito. Además la ley de la conversión del movimiento vibratorio en traslatorio y visible exige que el mundo haya tenido principio en un sér extraño á él y espiritual. En los séres vivos, también, como son las plantas, los animales sensitivos y los racionales, es necesario admitir la acción de sustancias inmateriales. Exígela, en fin, el orden que vemos en el universo.

216

CAPÍTULO XIII.—*Objeciones filosóficas. Las leyes del universo.*

El universo, criado libremente por Dios, está regido por leyes que no son absolutamente necesarias, sino que pueden ser alteradas según la voluntad del Creador. En verdad, las fuerzas inferiores, como son las de los agentes criados, pueden ser intervenidas por otras superiores. La naturaleza de las leyes del universo no exige su inmutabilidad ni la alteración

de la suma de la energía universal. Cuando Dios interviene en la acción de los agentes inferiores, lo hace obedeciendo á un plan de providencia extraordinaria que arguye su bondad misericordiosa para con el hombre.

236

CAPÍTULO XIV.—*Objeciones científicas. La creación y la obra de los seis días.*

Variedad en interpretar los primeros versículos del Génesis permitida por la Iglesia. Su razón de ser. Distinción entre la obra de la creación y la de la formación del Universo. La base para explicar esta última es la comparación entre la obra divina y los días de la semana humana. Compárase lo que dice la Biblia como acaecido en los días primero, segundo y tercero, con los hechos científicos mejor averiguados. Correlación entre los tres primeros días y los tres últimos. Harmonía entre estos tres últimos con los adelantos de las ciencias.

253

CAPÍTULO XV.—*Objeciones científicas (continuación).*

Evolución de las especies. Origen del hombre. Su estado primitivo. La Cronología Bíblica. Diluvio universal. Demuéstrase cómo entre lo que enseña la revelación sobre estos puntos, y lo que puede descubrir la ciencia más autorizada, no hay oposición alguna.

280

CAPÍTULO XVI.—*Objeciones científicas (continuación).*

La forma de la tierra. Su inmovilidad. Su relación con respecto á los cuerpos celestes. Gobierno de la Providencia. Entre lo que dice sobre estos puntos la ciencia y la revelación, no hay discrepancia. Los textos cuneiformes han venido á comprobar las enseñanzas del primer capítulo del Génesis.

305

CAPÍTULO XVII.—*Objeciones históricas.*

El argumento tomado de la historia raras veces es concluyente. La Inquisición; legitimidad del principio que presidió á su establecimiento; exageraciones de sus enemigos; no persiguió á la ciencia, según se prueba por sus índices expurgatorios y por las personas procesadas; antes defendió los derechos de

aquella. Proceso de Galileo; en él quedó en salvo la autoridad doctrinal de la Iglesia, como también en la condenación del libro de Copérnico. Acláranse otros hechos que aduce Draper como conflicto entre la ciencia y la fe..... 321

Páginas.

CAPÍTULO XVIII. — *Autoridades.*

Testimonios de Santo Tomás, Leibnitz, Euler, Newman, Allen Miller y de otros sabios ingleses. Asociaciones científicas creadas recientemente para defender la armoniosa unidad entre la ciencia y la fe; palabras de Carbonelle, Moigno, Cauchy, sobre la unión de ambas en los entendimientos de la mayor parte de los sabios de Europa. Testimonio de Linné, Buffon, Cuvier, Ampère, Balbi, Beudant, Marcel de Serres y Byron, sobre la sublime veracidad del Génesis. Plegaria de Keppler..... 340

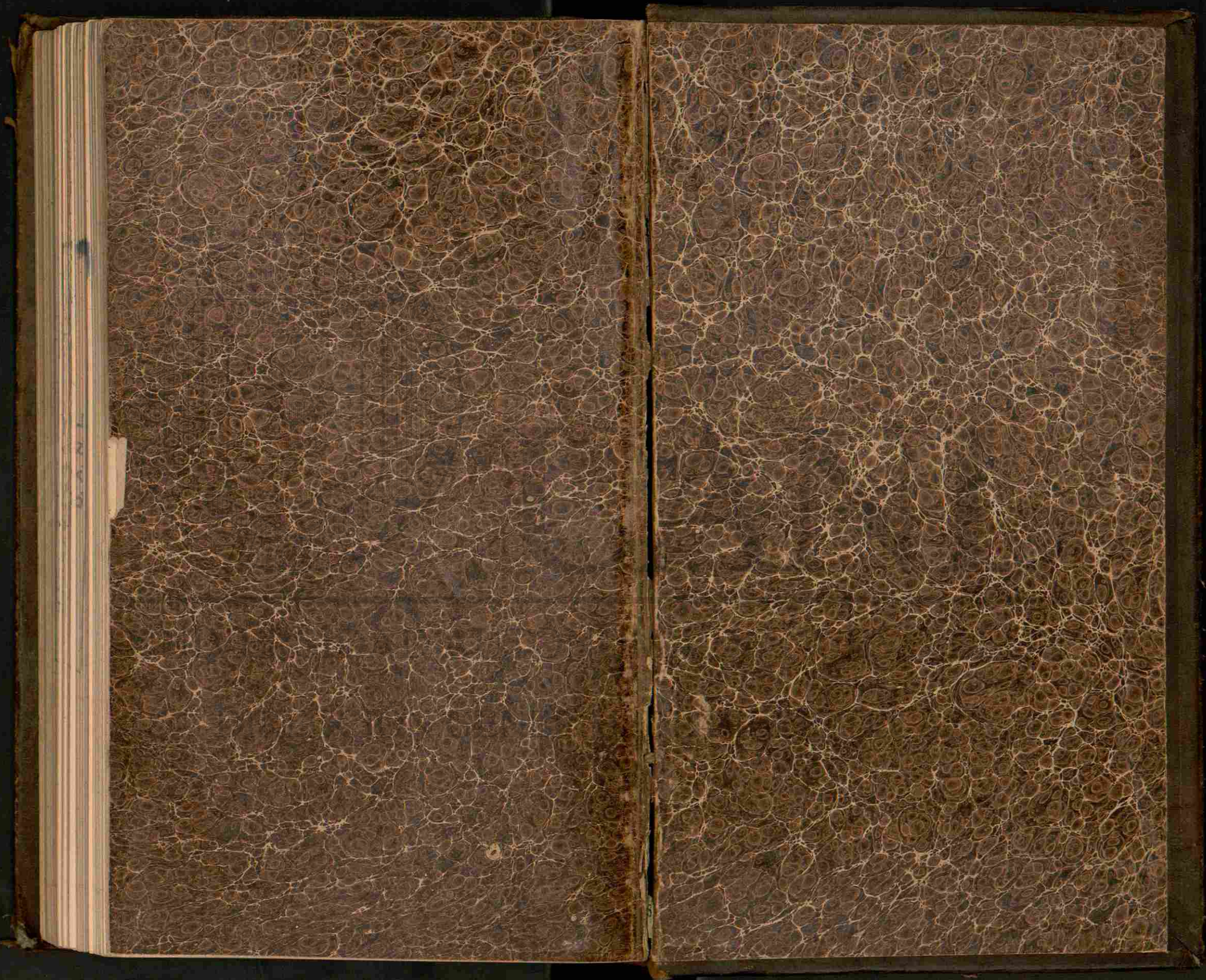
CONCLUSION.

Jesucristo, centro de todas las cosas, las une y las armoniza por la palabra de la fe. Confusión y contradicción de sus enemigos. No hay ciencia contra Cristo. La falsa ciencia enemiga de la fe no podría nada contra ella si no contase con las perversas inclinaciones de nuestro corazón. A pesar de esto, la gracia de Dios vence nuestros malos instintos; la Iglesia siempre triunfa, y en las enseñanzas de la fe se armonizan todas las cosas..... 358

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

TEC
1954
1000